

CAMILO TORRES RESTREPO

WALTER J. BRODERICK

Para Lalita

El que no tiene espada,
venda su capa y compre una.
Porque os digo que es necesario
que se cumpla en mí
aquello que está escrito.
Y fue contado con los inicuos.

Jesús

Los hombres hacen su historia. Mas no la
hacen simplemente a su gusto. No la hacen
en circunstancias escogidas por ellos, sino
en circunstancias ya existentes que les han
sido transmitidas del pasado.

Marx



Camilo Torres en la guerrilla. (Dibujo del autor).

Prefacio

Esta es la historia del primer personaje de Colombia en el siglo veinte que se hizo conocer a nivel mundial. Es preciso reconocer, además, que después de Camilo sólo han existido otros dos hasta ahora, cuyos nombres alcanzaron comparable resonancia universal: el uno escritor, y el otro un gángster. Aparte de estos casos excepcionales, ni los logros más bellos, ni los crímenes más espantosos de la vida nacional suelen merecer mayor comentario; nuestros héroes y villanos no trascienden.

El caso de Camilo Torres fue particular. El "cura guerrillero" causó un impacto internacional en el momento mismo de morir; mejor dicho, a raíz de las circunstancias de su muerte, y del momento en que ella ocurrió. Era una época de agitación universal. En todas partes las protestas contra la guerra que libraban los Estados Unidos en Vietnam se habían acrecentado, y grupos pacifistas de inspiración cristiana marchaban con la vanguardia. El poeta-jesuita Daniel Berrigan había forzado la entrada a los archivos del Pentágono para quemar las tarjetas de conscriptos en el ejército norteamericano. Católicos de izquierda cuestionaban la autoridad no solamente del Estado, sino de su propia Iglesia. El Papa Juan XXIII y su Concilio Vaticano, a comienzos de la década, habían abierto una ventana, permitiendo que nuevos vientos soplaran por los vetustos pasillos de aquella institución mundial, hasta entonces monolítica. El momento era propicio para producir una figura capaz de aglutinar las inquietudes de cientos de miles de creyentes en el mundo entero que iban, por primera vez, en contravía.

En febrero de 1966, entonces, al morir baleado en las montañas de Colombia, Camilo Torres irrumpió en escena como un símbolo. Representaba la quintaesencia del hombre comprometido con los oprimidos de la tierra y dispuesto a sacrificar hasta su propia vida por salvarlos. Sin buscar privilegios ni honores, se había integrado a un pequeño puñado de revolucionarios románticos que seguían el camino trazado por Fidel y sus compañeros barbudos en la Sierra Maestra. Además, fue evidente que no se trataba de un curita alocado o resentido; se supo que el cura guerrillero muerto había ocupado una cátedra universitaria y que, aun después de colgar los hábitos, nunca abandonó su fe religiosa. Al contrario, cuando cayó en combate, murió convencido del deber de hacer la revolución como único camino hacia una fraternidad cristiana de verdad, donde la celebración de la Eucaristía cobrara su verdadero sentido.

Es solamente en este contexto que se entiende el interés despertado mundialmente por la figura de Camilo —interés que llevaría a una casa editorial neoyorquina a comisionar esta biografía en 1969—. De haber quedado restringido al panorama meramente nacional, Camilo no habría pasado de ser un fenómeno pasajero, el protagonista de un episodio político local, fugaz y fracasado, un fulgor que iluminó el horizonte momentáneamente antes de apagarse para siempre. Es la historia de ese fracaso, en realidad, la que se cuenta aquí, con todos sus frustrantes detalles. Pero lo que le da significación a la historia es un factor que sólo se puede llamar teológico. Yeso a pesar de que Camilo no era teólogo; era pastor, que es distinto. Lo que pasa es que su vida, tal como la vivió, encerraba una lección de ramificaciones prácticamente bíblicas, y eso fue captado en seguida —no se sabe cómo— en los sitios más diversos y remotos del planeta. El hecho fue que Camilo, espontáneamente y sin proponérselo, se había metido de Mesías. Un Mesías “fuera de contexto”, como observó Antonio Caballero en el epílogo a una edición anterior de este libro. “Mesías de pipa y sotana en la Universidad Nacional y en la Escuela Superior de Administración Pública, bautizando retoños de oligarcas y confesando beatas en la parroquia de la Veracruz, disputando con cardenales de provincia (Anás, Caifás), enredado en las mezquinas politiquerías de una izquierda casi analfabeta, hundido hasta las orejas en toda la comicidad involuntaria de lo real, que no deja otro escape que la tragedia”.

Los primeros lectores de esta biografía eran angloparlantes que ignoraban el contexto histórico de aquella tragedia, desconocían los personajes del drama. El libro fue escrito para ellos. Pero, con el tiempo, se convirtió también, en un texto de interés para los colombianos, al descubrir éstos que su país había engendrado un héroe y mártir de estatura mundial. Y hoy los jóvenes, al leer este relato sobre Camilo y el mundo que lo produjo, encontrarán de pronto elementos para entender mejor las interminables guerras y la descomposición general que vive Colombia en la actualidad.

Treinta años después de su muerte, todavía es difícil saber qué fue realmente lo que Camilo dejó. Aparte de un mensaje profético, que es incuestionable y duradero. En el campo político es virtualmente imposible valorarlo; sobre todo porque sigue siendo utilizado, como fue utilizado en vida. Por fortuna, el biógrafo no está llamado a juzgar la importancia de su sujeto; se limita a contar el cuento. Aquí está, pues, tal como yo lo conté, hace veinticinco años, con todo el entusiasmo que la causa de Camilo me inspiraba en aquella época cuando Bob Dylan cantaba “los tiempos están cambiando” y creíamos, inocentemente (como el propio Camilo), que la revolución socialista estaba a la vuelta de la esquina. El libro queda como testimonio de ese momento, y por lo tanto no he querido cambiarle ni una palabra.

Quiero dejar constancia, una vez más, de mi gratitud para con todas las personas que colaboraron en esta empresa, tantos años atrás, mediante entrevistas y documentación. Agradezco especialmente a los generosos monjes benedictinos de Santa María de Usme por haberme recibido en la tranquilidad de su claustro, donde

muchos de estos capítulos fueron escritos; a Ivan Ilich por haberme animado a emprender la tarea; a Ralph Della Cava por haberme ayudado a arrancar y a Walter Bradbury por ser un paciente y escrupuloso editor. Julio José ("Junior") Fajardo me ayudó críticamente en cada momento; nunca sabré cómo agradecerse.

Para esta versión en castellano, tuve la suerte de contar con la colaboración de dos buenos amigos, Hernando Salazar Patiño y Miguel Valiente Roncales, quienes dedicaron incontables horas a la revisión y corrección del manuscrito. Con ellos estoy enormemente endeudado. Lo mismo que con todos mis amigos colombianos, y de una manera especial con Alonso Moncada y su esposa Lalá, a cuya memoria el libro está dedicado.

Walter J. (Joe) Broderick
Santafé de Bogotá, enero de 1996

Una nota sobre el material gráfico

Las fotografías que aparecieron en la edición original (Doubleday, N. Y.) llevaban los debidos créditos. Pero, por razones ajenas a mi voluntad, las ediciones posteriores omitieron esos créditos. Quisiera, entonces, expresar mi especial gratitud a Hernán Díaz por su retrato de Isabel Restrepo y por las fotografías del álbum familiar que Isabel le había confiado y que Hernán me facilitó para el libro.

La caricatura de Camilo es un dibujo contemporáneo de Aldor

Muchas fotografías históricas son de Lunga. Y en esta edición he incluido algunas fotos inéditas tomadas en la guerrilla del ELN a fines de 1965.

W.J.B.

Capítulo 1

El fin

El 15 de febrero de 1966, a las ocho en punto de la mañana, el subteniente Jorge González Alarcón de la Batería de Morteros 120, Unidad de Fusileros, Quinta Brigada, Santander, Colombia, se dirigió a la fila de soldados formados frente a una casa campesina donde habían acampado la noche anterior. Tanto el oficial como la tropa sufrían los estragos de diez días de patrullaje en una región selvática.

—Hoy comenzamos la última jornada. Emprendemos la marcha a las nueve. En dos horas llegaremos a la base militar de El Centenario.

Los soldados sonreían, relajados.

—Pero no hay que descuidarse. Estamos en zona peligrosa. Anden con suma cautela.

El subteniente se dio media vuelta, de repente, al notar que alguien se movía a su espalda. Un hombre emergió de la casa, caminando hacia el monte. Se detuvo, clavado por la mirada del militar.

—Con su permiso, mi teniente. Voy a pasar —dijo con voz de disculpa.

—Acérquese —ordenó González—. ¡A ver sus papeles!

El campesino hurgó en sus bolsillos, sacando una vieja tarjeta arrugada.

—No sirve. Está vencida. Muéstreme su salvoconducto.

—Se me olvidó, mi teniente —contestó nervioso.

El militar también se estaba poniendo nervioso. Para disimular, empezó a interrogarlo a gritos.

— ¿ A dónde va?

—Pu'aquí, mi teniente, pu'el monte. A buscar un macho que se me perdió...

— ¿Y los bandoleros? No te hagas el pendejo! ¿Por dónde andan?

—No sé, mi teniente. Ante los ojos de Dios le juro que ni los conozco.

Bien sabía González que los campesinos no soltaban información. Que la mayoría estaban de parte de los guerrilleros. Que estaban resentidos por las columnas de soldados que andaban siempre pisoteando los sembrados, confiscando 'mercaos' y metiéndolos presos. Dejó pasar al campesino y se dirigió de nuevo a la tropa.

—Repito. A las nueve marchamos. En fila india. El pelotón formará tres escuadras. Nueve soldados en cada escuadra. Los de la primera andarán bastante distanciados. Diez metros entre cada uno.

Con esta medida pensaba reducir el peligro de emboscada. Cuanto más espaciados marchaban, más difícil sería que los cercaran. Le inquietaba el encuentro con el campesino. Recordaba además las instrucciones de su capitán: “En esos montes está el cura Torres. Y lo vamos a joder”. Hacía poco que Camilo Torres se había integrado a la guerrilla. En seguida los jefes militares habían ordenado nuevas operaciones de seguridad, interrogatorios, duplicación del patrullaje. Convertían a los soldados en policías.

El pelotón de González había pasado demasiado tiempo en esta patrulla. Habrían regresado días antes, de no haber sido por una falla en el radiotransmisor. Estuvieron perdidos durante cuarenta y ocho horas en el cerro de los Andes hasta captar señales nuevamente de El Centenario. Se aconsejaba mantener contacto permanente con la base. Tres semanas antes los guerrilleros asaltaron una patrulla similar en un lugar llamado Los Aljibes, a pocos kilómetros de distancia, matando a dos soldados. Los bandoleros no bromeaban. González deseaba salir de la zona de peligro y estar al abrigo del cuartel.

A eso de las nueve dio orden al sargento Castro, su segundo en el mando, de que formara a los hombres. Castro llamó a la primera escuadra.

— Castellanos! ¡Navarro! ¡Patarroyo!

No lo sabía, pero estaba pasando una lista de muerte.

En el cuartel general de Bucaramanga, el comandante en jefe de la Quinta Brigada, el coronel Álvaro Valencia Tovar, aguardaba ansioso algún informe de la zona de El Centenario donde operaban, entre el cerro de los Andes y la cordillera de los Cobardes, el líder guerrillero Fabio Vásquez Castaño y el Ejército de Liberación Nacional. El coronel estaba informado, por fuentes de inteligencia militar, que el padre Camilo Torres militaba con ellos. Hasta el año anterior, el coronel había colaborado con Camilo como un amigo. Ahora, lo combatía. Torres y sus compañeros constituían una amenaza para el gobierno. Para atraer su fuego, el coronel había enviado de carnada a un pelotón de patrulleros.

Al cabo de una hora de marcha forzada, el subteniente González y su patrulla de soldados atravesaban una zona de selva tupida. Los rayos del sol se filtraban por entre los árboles dibujando rompecabezas de luz y sombra en los helechos. El canto de un pajuil sonaba en unas ramas altísimas. Los patrulleros caminaban entre troncos caídos y raíces gigantescas. Un soldado se deslizó, perdiendo el equilibrio. Se levantó de prisa para continuar la marcha.

Andaban en silencio, cada cual con sus propias preocupaciones. José Torres, soldado raso, pensaba en Simacota, un pueblo que los guerrilleros habían invadido un año atrás. José estuvo en el pelotón enviado para liberar a Simacota. Por poco lo acabaron. A dos metros vio a los insurgentes matar a un soldado y llevarse su fusil. Desde entonces, en cada patrullaje sentía a sus espaldas la presencia de francotiradores.

Encabezaba la segunda escuadra el soldado Solano, campesino pobre, recién ingresado al ejército. Si hubiera podido juntar un poco de dinero, habría comprado su tarjeta de servicio militar. Así no tendría que caminar por la selva

sirviendo de blanco para guerrilleros. En Los Aljibes le tocó presenciar la muerte de dos compañeros. Los guerrilleros les habían quitado todo, hasta las botas. Solano no lo olvidaría nunca. Fue su primera acción.

Osma Villalobos se llamaba el soldado que hacía el número cinco en la primera escuadra. Hacía poco, el propio coronel le había echado un terrible rapapolvo. Ocurrió después del desastre de Los Aljibes. Valencia Tovar hizo inspección en el campamento. Estaba furioso. "Parece que algunos esquivan la pelea. A ver, soldado —se fijó en Villalobos—. ¿Quieres regresar a tu casa?" Villalobos habría regresado feliz. "No, mi coronel —respondió—. Estamos aquí es para pelear". Ahora marchaba detrás del sargento Castro hacia el punto de mira de alguna metralleta enemiga.

Más allá del sargento, Villalobos divisaba al subteniente González. Adelante, Navarro y Alarcón. Los abrecaminos. Mejor dicho, señuelos. En caso de emboscada, recibirían las primeras balas.

El subteniente se detuvo por un momento, observando el denso follaje de plantas tropicales en la empinada loma a su derecha. Las escrutaba, buscando algún movimiento, una forma extraña, el destello de ojos ajenos.

Un soldado, Marco Antonio Higuera, adelantó a Villalobos y al sargento y acercándose a González le pidió permiso para coger un plátano. Señaló el platanal a la izquierda en la pendiente que daba al río. "Bueno", contestó el subteniente, e Higuera rompió filas. La columna avanzó. A su izquierda corría el río, treinta metros abajo. A la derecha, una jungla impenetrable.

Higuera no alcanzó el platanal. Sintió como si una punzante descarga eléctrica le abrasara el cuerpo, las piernas, la mano. Todo el bosque se estremeció, crujió. Unos soldados cayeron, otros se precipitaron cuerpo a tierra. El subteniente yacía boca abajo, quieto como un muerto, a unos pasos de su fusil.

El sargento se echó a tierra, rodando hacia la orilla del río. Una bala le mordió el brazo. Hizo un hueco en la maleza, ocultándose entre raíces, zarzas, sombras. Alzó la carabina.

De pronto cesó el tiroteo. En seco. Silencio. No se oía ni un pájaro. Los soldados se arrastraban buscando refugio, cavando escondites. Algunos parecían muertos. El subteniente no se movía.

Pasaron los minutos. Un susurro de hojas. Se vislumbraba una silueta. Alguien se inclinaba sobre el subteniente. El sargento Castro lo vio desde detrás de las sombras de su parapeto. Apretó el gatillo. El hombre cayó.

—¡Acáballo! —ordenó el sargento al soldado más próximo.

El soldado Villalobos (*¿regresar a tu casa, Villalobos?*) avanzó cautelosamente y disparó a quemarropa contra la costilla izquierda del hombre caído.

Se oyeron gritos: " ¡Alguno está escondido ahí abajo!".

Otra silueta de un hombre jalando al que cayó. El sargento lo alcanzó. Un tiro. Dos, tres, cuatro, cinco. Un guerrillero acribillado.

El soldado Higuera, herido, sintió un hombre inclinado sobre él. Cerró los ojos. Dejó de respirar. Rogó a la Virgen que le diera fuerza para no respirar. Oyó una voz: " una cuchilla!" ¡Momento final! ¡Ya lo iban a matar! Sintió la cuchilla cortar. ¿Qué? ¡Los cordones de sus botas! Se las quitaban. El sargento disparó varias veces. El guerrillero se desplomó, con las botas en la mano. Castro le voló los sesos.

Voces frenéticas. " al hijueputa! Frita1o! ¡Tira la granada! ¡Ya!".

Comenzó un nuevo tiroteo.

Dos escuadras todavía quedaban fuera de la emboscada, dieciocho soldados bien armados. Cercaron al enemigo invisible, animándose a gritos — Colombia! ¡Viva la patria!— disparando ciegamente. Figuras oscuras zigzagueaban entre las matas. Un soldado se encontró frente a un guerrillero. Le disparó a quemarropa. El pecho del hombre reventó en un chorro de sangre. El soldado no miró. Avanzó a la carrera. Disparó. Recargó. Disparó.

De repente no hubo un solo movimiento. Ya no corría nadie. Los soldados disparaban al aire. De los asaltantes sólo quedaban unos cadáveres.

Castro ordenó el cese al fuego. Emergieron de la maleza. El subteniente González estaba malherido. Lo de Higuera se curaría. Los soldados de primera fila, Navarro y Alarcón, estaban muertos. También el soldado Patarroyo. Castellanos con las tripas afuera lloraba como un niño: " me dejen! ¡No me dejen!". Luego: " ¡Acábenme!".

Observaban cuerpos diseminados por el suelo. ¡Los malparidos! Los soldados les daban puntapiés. Rodaban cadáveres. A uno le faltaba medio rostro. Otro se veía apenas un muchachón. Tendido boca abajo, el guerrillero muerto por Villalobos. Un soldado le pegó duro con la bota, volteándolo de medio lado. Gimió. Quedó inmóvil. El soldado lo miró, impresionado. ¿Volvería a moverse? Lo creía ya muerto.

El sargento se acercó al guerrillero tendido. Le miró la cara —la tez blanca, la barba rojiza, los ojos abiertos. Se inclinó para tocarlo, sintiendo el frío de un cadáver. Vestía traje de campaña, botas, cinturón de cuero, brazalete de fondo rojo con las iniciales ELN. A su lado, en el suelo, un revólver Colt, calibre 38. La camisa manchada de sangre por detrás y por delante. Una bala le había atravesado el cuerpo.

El sargento lo abandonó para dar órdenes. Primero hacer camillas para el subteniente González y demás heridos. Luego más camillas para los muertos.

Alzó el transmisor. Quería establecer contacto con El Centenario. Sólo escuchó el estático. Después de varios intentos frustrados, pasó el aparato a otro, con instrucciones de seguir tratando de comunicarse.

Regresando a donde el guerrillero barbudo, desabotonó uno de los bolsillos grandes de su camisa. Sacó una pipa y una bolsa de tabaco. Rebuscó en el otro bolsillo. En él encontró un fajito de papeles —algunos impresos, otros a máquina, una hoja a mano. La mayoría en lenguas que Castro ignoraba. Pero la hoja a mano, escrita en español, era una carta de

Minneapolis fecha da el 27 de enero. Comenzaba “mi amorcito” y terminaba “con miles de besos tu Isabel”. Llevaba una posdata firmada por “tu hermano y mejor amigo, Fernando”.

El sargento dobló los papeles cuidadosamente, se los metió al bolsillo y continuó organizando la retirada. Ya no se oían los lloros del soldado Castellanos. Acababa de morir.

Capítulo 2

El principio

La noche del 2 de febrero de 1929 Gerda Westendorp estaba tan excitada que no podía dormir. Al día siguiente iba a cumplir trece años, mas ese no era el único motivo que le quitaba el sueño. Estaba pensando, además, en el nene que les iba a nacer. Hacía tiempo venía observando a su mamá, Isabel, y se le había ocurrido que de pronto el niño podría nacer el mismo día de su cumpleaños.

Se irguió en la mitad de la cama, esforzándose por percibir cualquier ruido extraño. Sintió crujir en el silencio las tablas del viejo caserón. Le parecía que alguien estaba caminando en el patio principal. ¿Sería el médico que venía a atender a su mamá? La niña se preguntaba por qué no la atendería más bien su padrastro, el doctor Calixto Torres. Todo el mundo lo tenía como el médico más famoso de Bogotá. Inclusive a Cerda le habían contado que una vez le salvó la vida, pero tenía una imagen imprecisa de aquello, ya que había sucedido años atrás cuando era muy pequeña, antes de que muriese su padre, y mamá se casara con el médico... Se abrazó las piernas, descansó el mentón en las rodillas y quedó inmóvil, escuchando.

Por fin, al amanecer, se deslizó de la cama y caminando de puntillas se asomó al cuarto de su mamá. Encontró a Isabel dormida y no había ninguna señal de un bebé. Después del desayuno, la niña, todavía a la expectativa, fue despachada a pasar su cumpleaños donde los tíos, mientras que en la mansión de la Calle Catorce, Calixto Torres acompañaba a su mujer en el parto. Iba a ser el segundo hijo de Calixto; de Isabel el cuarto y, definitivamente, el último.

Durante su gravidez, Isabel Restrepo había estado más impaciente que de costumbre. Entre otras razones porque el niño estaba tardando, y también porque una vieja pitonisa, amiga de su madre, había predicho que “la criatura iba a ser varón y sería una figura grande en la religión o en la política”. Para Isabel esta fue una broma de mal gusto; no le parecía gracioso que un hijo suyo se “metiera de cura”. Iba en contra de su tradición familiar.

Sus antepasados, tanto los Restrepo como los Gaviria, fueron anticlericales empedernidos. Su padre, el doctor Manuel Restrepo, murió en 1901 prestando atención médica a los liberales heridos en la Guerra de los Mil Días —última de las continuas guerras civiles entre liberales y conservadores

que azotaron a Colombia a lo largo del siglo diecinueve. De acuerdo con esa misma tradición, su abuelo materno, Juan de la Cruz Gaviria (cariñosamente Papá Cuco), había perdido por lo menos tres fortunas haciéndole la guerra a los godos —epíteto liberal para los conservadores.

El temperamento de Papá Cuco se reflejaba en la personalidad de Isabel, y su hijo había de heredar algo del espíritu inquieto de un bisabuelo tan singular.

Papá Cuco no pertenecía precisamente a la clase de terrateniente del fértil Valle del Cauca, cuna de los Restrepo. Se ubicaba mejor en ese grupo laborioso que a comienzos del siglo pasado, inició la colonización de las vertientes occidentales de los Andes. Hasta entonces, la región occidental del país estaba casi sin descubrir, ya que abundaban buenos pastos en las planicies orientales y la caña de azúcar crecía exuberante en las márgenes del río Cauca. Pero el siglo diecinueve vio nacer un nuevo fenómeno humano: gente tenaz, individualista, descendiente de los vascos —como los Gaviria— que se dio a la tarea de conquistar los inhóspitos montes de occidente. Abrieron tierras nuevas y sembraron palos de café allí donde nadie creía posible un cultivo. Fundaron el departamento de Antioquia, y sus nietos se convirtieron en los industriales y banqueros del siglo veinte. Eran los únicos hombres poderosos en Colombia que, como grupo, tuvieron ciertamente algo del espíritu capitalista-burgués. Los otros, simples terratenientes, eran conservadores en el fondo aun cuando algunos presumieran de liberales y se afiliaran al Partido Liberal. A menudo, estas etiquetas políticas, tan caras a los colombianos, no correspondían a la realidad. La burguesía antioqueña vendría a ser el pilar del Partido Conservador. En cambio, algunas familias latifundistas de otras regiones se inscribirían en el Partido Liberal. Como los Torres, antepasados de Camilo. No obstante, el ímpetu liberal-progresista tan palpable en el ambiente familiar de Camilo no provino de los Torres sino de los Gaviria.

Fue el caso de Papá Cuco. Su espíritu individualista y libertario rompió con las convenciones de familia y los rótulos de partido. Como benjamín de un hogar conservador y obstinadamente católico, lo tenían destinado desde pequeño a la vida eclesiástica. Sus padres pensaban en el provecho que de vengaría como miembro del clero y calculaban el posible incremento de la fortuna familiar. Lo enviaron al seminario. Pero el muchacho miraba por encima de los muros del convento. Se enamoró y rápidamente colgó el hábito. Su familia lo desheredó, pero el joven, lejos de resignarse, puso una tienda en su pueblo natal que, más tarde, un inexplicable incendio dejó en cenizas. Juan de la Cruz Gaviria quedó endeudado hasta el cuello y amenazado con prisión. Logró conseguir un pasaje y salió de Antioquia. Se estableció en un pueblo del Tolima a orillas del Magdalena. Allí, con su mujer y dos niños, empezó su vida de nuevo.

Esta vez tuvo más suerte. Trabajó como contador en una plantación, ahorró dinero y pronto estaba cosechando sus propios cultivos de tabaco y añil. Al cabo de unos años se hizo rico, y por esa época nació la madre de Isabel. Contaban en la familia que un buen día, diez años después del

incendio, Papá Cuco sacó de debajo de la cama un cofre repleto de piezas de oro. Ensilló su caballo, llenó las alforjas con monedas y salió para el pueblo antioqueño a pagar sus deudas.

Papá Cuco vivió sus días de gloria en las últimas décadas del siglo diecinueve. Para entonces era dueño de una cadena de almacenes en varios pueblos del Tolima, y viajaba a Europa a comprar sus mercancías en Marsella y Hamburgo. Era comerciante en un país que carecía de industrias propias, ya que Colombia vendía el café a bajo precio e importaba artículos de lujo.

Fue una época de guerras civiles causadas por las clases dominantes, las cuales inducían a los trabajadores del campo a combatirse los unos a los otros en nombre de los partidos políticos. Los conflictos tenían su origen fundamental en las disputas entre potentados sobre títulos de propiedad, pero los campesinos ignoraban el verdadero motivo de la discordia. Los ánimos se caldeaban de tal manera que bastaba que un cura denunciara a los liberales del villorrio vecino como “¡herejes!, ¡ateos!”, para que los conservadores los consideraran enemigos y los atacaran sin piedad. Los liberales, a su turno, alborotados por la demagogia de los gamonales, incendiaban los ranchos de sus vecinos godos, convencidos de que así adelantaban la lucha por la libertad y la democracia. De hecho, los favorecidos eran siempre los terratenientes quienes aumentaban sus tierras con las parcelas abandonadas por los campesinos que huían de la amenaza.

Esta secular historia, repetida docenas de veces, no terminó con la Guerra de los Mil Días. Continuó en el siglo veinte. 1-lijó y actor de la historia fue Papá Cuco. Militante del Partido Liberal —no solamente por contradecir a su familia, sino por el mismo tono rebelde de las consignas liberales—, Papá Cuco apoyó a su partido en cada guerra civil. Una de ellas estalló cuando tenía tres barcos en alta mar cargados de mercancías de Hamburgo. Las autoridades se informaron de que el señor Gaviria pensaba invertir su fortuna en la guerra. Las tropas del gobierno destruyeron sus almacenes, y cuando la flota llegó al puerto de Cartagena le confiscaron la carga completa. Una vez más Juan de la Cruz quedaba arrumado.

Le importó poco. Rehizo su capital, lo invirtió en cafetales cerca a Sasaima y allí, no lejos de Bogotá, en las faldas de los montes que bajan al río Magdalena, pasó sus últimos días. Su nieta Isabel vivió la niñez en ese lugar y mantuvo siempre la memoria de su abuelo, una figura patriarcal de largas barbas blancas. Recordaba, también la noche en que los cuarenta y ocho nietos llegaron de improviso a la finca y no dejaron ni un caballo ni una mula en los establos; necesitaban las bestias, dije ron, para una guerra que se estaba fraguando. Y así fue como montaron y salieron a “ ¡más godos!”.

Isabel llevaba en la sangre la impetuosidad de los Gaviria, y necesariamente transmitiría algo de ese espíritu al niño que nació el 3 de febrero de 1929. Ese día, a las tres de la tarde, Gerda estaba jugando con sus primos cuando la llamaron al teléfono. Era su padrastro. “Tienes un lindo regalo de cumpleaños —le dijo—, te llegó un hermanito”. Luego, con un dejo profesional, agregó el doctor Torres: “el niño pesa siete libras y media”.

A las pocas semanas, siguiendo una tradición religiosa observada aun en los hogares más liberales, envolvieron al niño en su ajuar y lo llevaron a la iglesia parroquial para ser bautizado. Le pusieron por nombre Jorge Camilo, pero de ahí en adelante lo llamaron simplemente Camilo.

Por ese entonces Isabel tenía treinta y un años. El célebre doctor Calixto Torres Umaña no fue su primer marido. Apenas quinceañera, se desposó con Karl Westendorp, un hombre de negocios que la sobrepasaba en veinte años. Westendorp, un alemán seriamente dedicado a amasar una buena fortuna en Colombia, se había dejado distraer por la coquetería de esta bella niña de la alta sociedad bogotana. Era espigada, temperamental, de tez blanca y pelo oscuro. El alemán la adoraba. Le construyó un palacete con muebles estilo Imperio y porcelanas de Limoges puso servidumbre y coches a su disposición y contrató institutrices privadas para remediar lo que él consideraba las deficiencias de su educación. A su vez Isabel le dio dos hijos. Más tarde, en 1920, Westendorp murió dejándole una fortuna, los dos niños (Gerda y Edgar), una colección de muñecas y el recuerdo de las tardes que había pasado reclinada sobre el piano oyendo a su refinado marido tocar las sonatas de Beethoven. Había sido más su niña que su mujer.

A la muerte de Westendorp, Isabel viajó a Alemania con su madre y los niños. Adquirieron una lujosa residencia de tres pisos en Hamburgo y recorrieron todo el continente. Isabel no estaba hecha para acumular tesoros. Al contrario, gastaba su dinero tan liberalmente que la llamaban "La Princesa del Dólar". A Europa llegó el médico de la familia, Calixto Torres, con el fin de especializarse en pediatría y casarse con la Princesa. "Siempre he hecho las cosas al revés —dijo Isabel—, ¡me casé con un alemán en Colombia y con un colombiano en Alemania!".



La familia Torres en los años treinta:
Gerda y Edgar Westendorp, Calixto Torres Umaña,
Isabel Restrepo de Torres y sus hijos Fernando y, a la derecha, Camilo.

Los recién casados se instalaron en París donde nació el primer hijo, Fernando, en 1925. Luego regresaron a Colombia y Calixto abrió consultorio en Bogotá. Al principio todo iba bien, pero pronto el médico empezó a fastidiarse con las frivolidades de su mujer, y la fogosa Isabel a cansarse de su puntilloso marido. No constituían, ni mucho menos, la pareja perfecta.

Calixto Torres Umaña, tanto por temperamento como por tradición, representaba algo diametralmente opuesto al espíritu rebelde de los Gaviria.

Sus antepasados, es verdad, habían sido “padres de la patria”. Un bisabuelo o tal vez tatarabuelo, don Joaquín Umaña, fue muerto por los españoles en 1816. Pero no encontró su bala en el calor de una batalla como la hubiera encontrado un Gaviria. Murió fusilado por haberse convertido en cabecilla del gobierno local. Fue uno de los fundadores de lo que ha venido a recordarse en la historia colombiana con el nombre poco halagador de “la Patria Boba”.

Los “padres” de la Patria Boba, descendientes de los criollos de los siglos diecisiete y dieciocho, expropiaron grandes extensiones de tierra en los altiplanos de lo que hoy es Boyacá, Santander y la zona del departamento de Cundinamarca donde se asienta la Sabana de Bogotá. Estaban, entre otros, los Torres, los Umaña, los Calderón, los Montejó, cuyos apellidos han formado, desde entonces, el núcleo de la llamada aristocracia capitalina. Si se merecían el nombre de “padres” de la Patria Boba, fue por su conducta en los albores del siglo diecinueve bajo la inspiración de Camilo Torres, uno de los autores intelectuales de la independencia. El prócer Torres —sin ningún parentesco comprobado con el protagonista de este libro— condujo a los terratenientes de su época a protestar contra el régimen español y formar su propio gobierno local. Por un tiempo lograron su cometido. Pero les duró poco, ya que hicieron caso omiso de los consejos de estadistas —Simón Bolívar y Antonio Nariño, por ejemplo— quienes, con mayor visión, trataron de convencerlos de que sólo unidos y armados podrían impedir que los españoles les arrebataran el poder adquirido. Fue así, en efecto. Camilo Torres y sus amigos fueron ejecutados y su época fue ridiculizada, más tarde con aquel apodo. Sin embargo, sus estatuas están erigidas en las plazas de todos los pueblos, consagrándolos como héroes nacionales. Se jugaron la vida no tanto por la libertad del pueblo como por los intereses económicos de su clase. Sus hijos siguieron fieles a ese mismo espíritu. Una vez que Bolívar y sus tropas derrotaron a los españoles y enviaron a los virreyes al exilio, los señores de Boyacá y Bogotá tomaron el control del país y, con exactitud jurídica, dividieron el botín entre ellos. De un ancestro semejante provenía Calixto Torres.

Era un hombre remilgado, sobremanera escrupuloso, dado a lamentarse exageradamente por cualquier contratiempo. No obstante su gran éxito profesional —llegó a ser el especialista más cotizado por la burguesía bogotana en materia de enfermedades infantiles, varias veces decano de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional y reconocido como uno de los pioneros de la medicina moderna en Colombia— nunca fue feliz. Toda la vida trató de ser un libre-pensador, pero no logró desprenderse realmente de las tradiciones conservadoras de su medio. Se declaraba anticlerical, esforzándose por no creer en la existencia de Dios. Era un ateo de fines de siglo.

Otro aspecto de su temperamento se aprecia en la curiosa correspondencia que sostuvo con Camilo cuando éste, ya mayor, estudiaba en Europa. Las cartas de Calixto estaban plagadas de preguntas tales como “ate compraste ropa abrigada?, ¿guantes?, ¿ropa interior de lana?”, y de consejos tales como “ponte siempre un suéter antes de salir” y “cuando vayas a atravesar una calle mira primero a la izquierda, luego a la derecha, y nunca vayas a atravesar sino donde haya cruce de peatones” y así por el estilo, página tras página, carta tras carta.

En la época en que escribía estas cartas, Calixto ya se había resignado al hecho de que su hijo hubiera escogido la carrera eclesiástica y sólo esperaba que Camilo fuera “un buen sacerdote y buen propagador del cristianismo, o sea de la civilización, que es realmente la esencia del cristianismo”. No eran éstos precisamente los sentimientos del inflexible volteriano que Calixto se creía. Los hombres de su generación eran hijos tardíos, abortivos, del siglo de las luces. Nacieron en la oscuridad de un altiplano lluvioso bajo el yugo de una jerarquía de tipo español. Y ese ambiente marcó a Calixto con carácter indeleble.

¡Qué contraste con la personalidad iconoclasta de Isabel! Era inevitable que los dos chocaran. Sin embargo, los primeros años del matrimonio fueron relativamente tranquilos. Calixto no se opuso a las iniciativas de su mujer, ni siquiera cuando Isabel se decidió a comprar un hotel. Con sus dos hermanos como socios, invirtió un dinero de Calixto, más lo que quedaba de la herencia de Westendorp, en el elegante Hotel Ritz sobre la Carrera Séptima. Luego, poco después del nacimiento de Camilo en 1929, la familia fue a vivir en un apartamento anexo, pues Isabel asumió la gerencia del hotel.

Bajo su dirección el Ritz floreció. Su comedor no tardó en convertirse en escenario de reuniones brillantes de las cuales la más memorable fue el banquete celebrado para promover la candidatura del doctor Enrique Olaya Herrera, nominado para la presidencia por el Partido Liberal. Fueron estos los tiempos del resurgir del liberalismo luego de cincuenta años de hegemonía conservadora. Isabel, gozosa con la campaña, puso sus esperanzas en el triunfo electoral.

Logró una victoria no sólo política; también doméstica. Olaya, una vez en el poder, se vio en la obligación de corresponder a Isabel con un reconocimiento por sus servicios, y ella le solicitó un puesto para Calixto. El Ritz había tenido gran éxito social, pero desde el punto de vista económico fue un desastre, debido, quizás, a las extravagancias de la misma Isabel. Pero ella no se arredró. Al nuevo presidente, Olaya, le arrancó un nombramiento para Calixto en la Liga de las Naciones en Ginebra y pronto la familia viajó de nuevo a Europa.

Aunque con el tiempo se había acrecentado la tensión conyugal, la estadía en Europa fue ocasión de un nuevo comienzo. Isabel colaboraba con su marido en experimentos de laboratorio; se hizo su ayudante, su recepcionista, y en ocasiones dibujaba las minuciosas ilustraciones que acompañaban sus escritos. A pesar de esto, no terminaron los conflictos, provocados frecuentemente por su estrecha situación económica. El uno echaba la culpa al otro y se separaron por un tiempo. Primero Isabel llevó a su mamá y a los cuatro niños a vivir en Bruselas so pretexto de que el costo de la vida era menos alto en Bélgica. Poco después, cuando los niños apenas se habituaban al colegio, Isabel los desarraigó de nuevo para trasladarse a Barcelona.

Al fin, en 1934, los Torres decidieron regresar a Colombia, haciendo un último esfuerzo por salvar el matrimonio —propósito destinado al fracaso.

Era natural que Isabel se rebelara contra las presiones que normalmente sentía la mujer en una cultura machista. En un principio cayó en la tentación de hacer las veces de enfermera de Calixto. Al darse cuenta de que esto iba en detrimento de su papel de esposa, se sintió llena de rabia y resentimiento. Por otro lado, su exhibicionismo, su vanidad e independencia y la búsqueda de pleitesía, fácilmente satisfecha, que ella desplegaba sacaban de quicio a su esposo.

Sin embargo, quien primero reaccionó dramáticamente con tra Isabel no fue Calixto, sino Gerda.



Camilo a los diez años (1938):
su recuerdo de la Primera Comunión.



El Camilo de los años cuarenta:
" una versión bogotana de la *dolce vita* ".

Gerda Westendorp ya no era una niña. Era una mujer enérgica e inteligente, no menos atractiva que su madre. Y como ésta se conservaba aún suficientemente joven para ver en su hija una especie de rival, surgió una abierta hostilidad entre ambas. De pequeña, a Gerda le fascinaba su madre. En su adolescencia la temía, debido al exagerado control a que la sometía. Ahora, joven estudiante de medicina en la Universidad Nacional (la primera mujer en Colombia que siguiera una carrera universitaria), Gerda no soportaba los flirteos de su madre y se mostraba indiferente a sus amenazas de suicidio. Subrayaba este rechazo cultivando la memoria de su padre, anhelando todo lo

alemán en contraste con lo colombiano e insistiendo en el código moral que las monjas españolas y belgas le inculcaron en sus años de colegio. Poco a poco, Isabel se convirtió en la negación total de sus valores. A los diecisiete años se

casó y abandonó la casa. Por la misma época, su hermano Edgar Westendorp partía para Chile. Dejaron que Calixto e Isabel resolvieran los conflictos a su propio arbitrio.

La discordia continuó en presencia de Fernando y Camilo, sus dos hijos pequeños. El asunto del dinero era siempre el motivo principal. Calixto protestaba porque el despilfarro de su mujer lo llevaba a la ruina. Isabel oponía que era Calixto quien la tenía en la miseria. ¿Qué había, preguntaba, de la herencia de Westendorp?, ¿los "cien mil dólares" y las tres haciendas? Según ella su marido ¡lo había gastado todo! Los líos acerca del Hotel Ritz se hacían interminables. Cada uno atribuía el fracaso al otro. Y Calixto lamentaba haberse casado antes de 1932, año en que el nuevo gobierno liberal modificó la ley matrimonial en el sentido de hacer a la esposa responsable de la disposición de sus bienes.

Pero Calixto no podía con ella; lo vencía con su sarcasmo. Lo reconocía como un gran científico; sólo le hallaba tres pequeños defectos: que era loco de remate, tacaño y mujeriego desenfrenado.

"Y yo tan inocente —repetía—. No me pasaba por la mente que tuviera tiempo para mujeres. ¡Yo creía que estaba siempre mirando por su microscopio!".

Años más tarde, Calixto solía revivir todas estas escenas con amargura. En cambio Isabel, en su larga correspondencia con Camilo, apenas las mencionaba. Fue su padre, entonces, quien hizo recordar a Camilo los disgustos que había presenciado en su niñez: "Fernando echándose en el suelo y gritando que yo la había golpeado". "Una vez en tu presencia ella me acusó de haberlos dejado a ustedes con hambre y que ¡tenía que empeñar una medalla que fue trofeo mío!". "Un día, estando oyéndole por teléfono una de esas andanadas que solía y que suele endilgarme, sin otra represalia que no aceptarle lo que me decía, de repente empezó a decir que no la insultara y Fernando tomó el teléfono para regañarme, lo cual mostraba su total desconocimiento de mi carácter ya que no soy capaz de insultar a nadie ¡y menos a una mujer!".

En una carta que escribió a su padre en 1954, Camilo se mostraba todavía dolorido por esos malentendidos iniciados cuando no tenía más de ocho años: "Tú no conoces sino las manifestaciones esporádicas del temperamento violento de mi mamá. No sabes, como lo sé yo, el respeto y cariño por ti que mi mamá cultivó expresa e intencionalmente en nosotros, yo sí lo sé. A eso se debe en parte que durante los años maleables de la infancia ese amor y ese respeto haya perdurado incólume hasta hoy, como tú lo reconoces... Tú, no creo que te hayas puesto el trabajo de estudiarla, de tratar de comprenderla. En los primeros años de matrimonio estoy seguro de que se entregó con toda su alma, porque ella se entrega así. Tú no la conociste sino a través de los defectos que te eran molestos... Mi mamá nunca nos dijo que la culpa había sido tuya... ella ha reconocido sus errores. Sin embargo tú nunca has reconocido la menor imperfección de tu parte...".

Este constante rencor entre los esposos no podía continuar así indefinidamente; requirió una solución drástica. En el año 1937 se separaron. Una separación era vista con recelo por la sociedad bogotana de aquel entonces y la ruptura de un matrimonio tan distinguido como éste se convirtió en el escándalo del momento. Sin embargo, Calixto e Isabel lo aceptaron como algo inevitable. Los muchachos se quedaron con la madre y Calixto pasó a vivir con sus hermanas. Los dos se encargaron de la educación de los niños, comunicándose a veces por teléfono, otras por medio de un encuentro personal, esforzándose siempre por mantener una relación cordial. Pero no volverían a vivir juntos; la separación había sido definitiva.

El padre de Camilo era un hombre neurótico y su madre una "prima donna". Pero Isabel resultó ser mucho más que esto, afortunadamente para Camilo —y para la historia— ya que ella iba a tener una influencia determinante en su vida.

Capítulo 3

De la danza de los millones a los dominicos

Camilo creció entre la clase alta de Bogotá durante las décadas de los treinta y los cuarenta, en un mundillo que se complacía en su propia prosperidad.

Aunque Isabel dramatizara la calamidad que sufrió la familia con el fracaso del Ritz y relatara cómo ella la salvó del borde de la penuria con la confección de sombreros de estilo francés, vendiéndolos a sus amigas acomodadas como modelos genuinos importados de París, no hay ningún motivo para creer que sus dos hijos se sintieran amenazados con la pobreza. Cuando Isabel los llevó a vivir a La Granja, una finca lechera que estableció en las afueras de la ciudad ("plata de mi bolsillo!", se quejaría Calixto), no fue tanto por necesidad como por capricho. En todo caso, Fernando y Camilo estudiaban en los mejores colegios, eran miembros del círculo social bogotano y experimentaban el sentimiento de seguridad y progreso que compartía toda la burguesía de la época.

El optimismo de esa generación sólo se explica por los acontecimientos históricos que la preceden. En 1921 el gobierno de los Estados Unidos decidió ganarse la amistad de Colombia luego de haberle cercenado el estado de Panamá veinte años antes. Los norteamericanos hicieron las paces a su manera —es decir, derramando dinero— y en 1924, con el pago de la "indemnización" de 25 millones de dólares, reanudaron relaciones diplomáticas con Colombia. Seguidamente comenzó el derroche de inversiones; los norteamericanos iniciaron toda clase de empresas —pozos de petróleo, minas

de oro y platino, plantíos de banano y refinería de azúcar— construyeron ferrocarriles, plantas eléctricas y realizaron tendidos de cables telefónicos.

La época se llamó la Danza de los Millones. Correspondía a los “alborotados veintes” (*the Roaring Twenties*) en los Estados Unidos y, de hecho, los dos momentos eran más que meramente paralelos: el uno dependía del otro. Los millones que danzaban en Colombia iban hacia el norte y contribuían a que los años veinte fueran alegres para los norteamericanos. Los millones bailaban para los empresarios extranjeros y para sus intermediarios, las clases altas de Colombia, pero no para las masas. Al contrario, éstas se empobrecían cada día. Los trabajadores del campo abandonaron la tierra y acudieron a buscar un jornal en las minas, plantaciones y obras públicas. En consecuencia, no se producían los alimentos básicos en cantidad suficiente y los obreros se hallaron acosados por el hambre. Pero este proletariado naciente no iba a soportar en silencio las condiciones infrahumanas de trabajo. Nació por entonces el Partido Revolucionario Socialista, que más tarde sería el Partido Comunista, y los líderes populares hablaron por primera vez en Colombia de “lucha de clases”.

El sindicalismo se desarrolló especialmente en el corazón del trópico colombiano, a orillas del gran río arteria, el Magdalena, donde estaba concentrado el grueso del transporte entre la costa Atlántica y el interior —los ferrocarriles y las vías fluviales— además de los pozos petroleros y los grandes cultivos de banano. Fue allí donde 23 mil jornaleros de la “United Fruit Company” organizaron un paro en 1928. El gobierno conservador envió al jefe del Ejército, general Carlos Cortés Vargas, a poner fin a la huelga, y una noche de diciembre, en un pueblo donde los miles de huelguistas esperaban con sus familias la llegada del tren del gobernador, el general Cortés Vargas dio la orden de fuego y su tropa disparó sobre las gentes indefensas, dejando cientos de cadáveres de hombres, mujeres y niños regados en la plaza.

La masacre, que empañó de sangre la conciencia del pueblo, sucedió poco antes del nacimiento de Camilo, y durante los años de su adolescencia él oyó hablar más de una vez de la Matanza de las Bananeras. El descrédito que semejante genocidio le trajo al Partido Conservador proporcionó a los liberales uno de los peldaños por los que subirían al poder. Supieron aprovechar, además, el estado de bancarrota general que sacudió al mundo capitalista en la época de la Gran Depresión. Se presentó el momento en que las clases altas se vieron forzadas a la revisión total de su sistema económico-político. Situación que, en 1930, vino a desembocar en la elección a la presidencia del candidato liberal Olaya Herrera, después de medio siglo de administración conservadora.

En el comedor del Ritz, los Torres y Restrepo brindaron por la victoria liberal. Y en todo Colombia creció una oleada de demagogia y nacionalismo. Se decía que, por fin, las viejas estructuras estaban a punto de romperse. Los latifundistas recalcitrantes renegaban de los industriales advenedizos, mientras los elementos más retrógrados de la Iglesia se sentían desafiados por una nueva élite progresista dentro del clero, que no tardó en hacer suyas las aspiraciones del liberalismo.

La Iglesia había gozado siempre de poder y prestigio, y era curioso observar cómo algunos de los clérigos más ilustrados cambiaban de color político para no estar fuera de tono con el momento. Recién moría el primado de Colombia, monseñor Herrera Restrepo, luego de administrar contundentes “baculazos” durante casi cuarenta años, mostrándose siempre ultra conservador. Su sucesor, Ismael Perdomo, hijo de un político liberal del departamento del Tolima, fue más consciente que Herrera de las necesidades de su época. Poseía no sólo una cierta sensibilidad social, sino también hábiles consejeros. Durante los primeros días de su gobierno en la Arquidiócesis de Bogotá, hizo su secretario a Luis Concha Córdoba, hijo de un expresidente. Concha había recibido formación clerical de las mejores escuelas eclesásticas de Roma y París, y su bien instruida inteligencia le permitió ver que el conservadurismo había pasado de moda. Concha influyó en Perdomo a tal punto que la indecisión del arzobispo sobre cuál de los candidatos conservadores merecía su apoyo fue uno de los factores que favoreció al Partido Liberal en su victoria de 1930. Concha ayudó a Perdomo a aceptar el gobierno liberal como *unfait accompli*. No podía volverse la historia atrás, decía. En todo caso, los liberales constituían un mal menor; mil veces peor sería una rebelión de los trabajadores, que se estaban volviendo comunistas. No sería prudente oponerse al gobierno como hacía la mayoría de los obispos, invocando las encíclicas papales. Los papas, explicaba Concha, no habían condenado a ningún Partido Liberal en particular sino a la doctrina liberal en general. Adaptar la doctrina papal a la situación colombiana era simple cuestión de sentido común. Desde luego que esta actitud diplomática por parte de Concha y Perdomo les mereció la férrea oposición de un gran número de sus hermanos en el episcopado.

Pese a las diferencias de opinión política entre los miembros de la jerarquía, el cambio real en la vida de los colombianos fue insignificante. La mayoría de los ciudadanos siguieron igualmente explotados, y no tenía por qué alegrarles el triunfo liberal celebrado en el Palacio Arzobispal y en las mansiones de la zona norte de Bogotá, mas no en las covachas del sur. Parecía que ni los obispos ni los residentes del norte notaran la diferencia, pues la ciudad se había construido de tal manera que la clase adinerada no tenía contacto con los desposeídos. En las faldas de la sierra alta en un extremo de la Sabana de Bogotá, se recostaban residencias de ladrillo rojo estilo pseudo-inglés; alejados, en el otro extremo, los ranchitos de los pobres pululaban en las llanuras. Los niños que jugaban en los parques del norte eran sanos y bien vestidos; en cambio, por los senderos del sur muchachos desnutridos se distraían junto al hedor de las alcantarillas. La zona sur era inmensamente más poblada que la del norte, pero los de aquí preferían ignorarlo.

Camilo pasó su niñez y juventud en el frívolo ambiente del norte, en salones de sabor inglés o francés rodeado de gente petulante que buscaba afanosa lo nuevo, lo extranjero, con la convicción de que sólo era digna de tenerse en cuenta una opinión y aceptable una moda siempre y cuando no tuviese origen colombiano. También en el aspecto político los bogotanos concedían el tinte de superioridad a lo foráneo. Se tenían como discípulos de la democracia inglesa, y la apreciación sobre Bogotá como la “Atenas

Suramericana" poseía rigor axiomático. Politicastros y leguleyos que proliferaban por entonces se deshacían en discursos de ciceroneano acento sobre las maravillosas esperanzas que se abrían con el nuevo régimen liberal. No se les ocurría mirar más allá de aquel barniz de progreso que los encandilaba por los años treinta. De haberlo hecho habrían descubierto, tal vez, el germen de su decadencia.

Porque el cambio que se esperaba con el advenimiento al poder del Partido Liberal resultó ser, realmente, más superficial de lo que habían pregonado sus corifeos. Tenía que ser así. El candidato liberal fue llevado a la presidencia mediante una coalición de fuerzas oligárquicas de ambos partidos. De ese modo se refrenaba la ascendente lucha de clases engendrada por las palpables injusticias. Pero las tímidas reformas de la administración Olaya aliviaron muy poco la miseria y el descontento de las masas. Oportunamente para el gobierno, surgió un pleito fronterizo entre Colombia y el Perú que tomó casi las proporciones de una guerra entre los dos países. Logró distraer la atención del pueblo de sus propios problemas, encauzándolos hacia un falso nacionalismo. Aun así, el pueblo no se dejó engañar por mucho tiempo. Notificada la oligarquía del desasosiego creciente de las masas, se sintió en la necesidad de encontrar una solución hábil y drástica. Sobresalía en el escenario político un caudillo liberal de indiscutible talento, Alfonso López Pumarejo. Era la carta precisa. Y la oligarquía lo llevó a la presidencia en 1934.

López actuó como un prestidigitador. Sedujo a los trabajadores con el manejo de un lenguaje socializante, y no sólo logró contener las fuerzas revolucionarias, sino aprovecharlas en beneficio de la misma clase empresarial. Advirtió que, hasta cierto punto, los intereses de los industriales parecían coincidir con los de los obreros. Tal ilusorio punto de coincidencia fue el que López supo explotar. Modificó el derecho laboral para ponerlo a tono con las mínimas exigencias del siglo veinte; estimuló la formación del sindicalismo; estableció un sistema tributario moderno; por la separación entre la Iglesia y el Estado; y propuso una reforma agraria. Sus reformas no tocaban el meollo del problema, ya que el poder económico y político continuaban usufructuándolo las clases privilegiadas. El proceso de modernización simplemente desvió la tempestad que éstas temían. El gobierno legalizó al Partido Socialista, y los camaradas, fieles a la línea moscovita de entonces —la política de los frentes populares— aceptaron la invitación que les ofreció López para participar en su administración. Algunos adquirieron relativa importancia como funcionarios de la república liberal, y su beligerancia disminuía conforme subían en la jerarquía burocrática.

Como los camaradas, el clero progresista también colaboró con el liberalismo. En 1942, cuando el gobierno quiso introducir reformas al Concordato entre Colombia y el Vaticano, monseñor Luis Concha, por ejemplo, no manifestó ninguna oposición. Mientras que la mayoría del episcopado colombiano tradicionalmente conservador, se indignó ante la posibilidad de perder los privilegios que les aseguraba el convenio, el obispo Concha fue blanco de violentos ataques en la prensa conservadora. De hecho, la campaña de difamación contra el obispo produjo efectos contrarios: le mereció la simpatía de la gente más liberal y le creó un prestigio de hombre moderado,

enemigo de la intervención en asuntos políticos. En efecto, Concha se consideraba así mismo como tal, y años más tarde, ya arzobispo de Bogotá y cardenal primado, habría de jugar un papel decisivo en la vida de Camilo con relación a este tema —la iglesia y la política. En todo caso en 1942 su aparente neutralidad le dio al partido del gobierno mayor autoridad moral.

Aparte del clero culto, los industriales más avezados y, naturalmente, los accionistas norteamericanos, dieron su apoyo a los proyectos del presidente López y a los de su sucesor, Eduardo Santos. Al mismo tiempo la masa trabajadora prestaba oído a los falsos profetas del liberalismo y los seguía ciegamente. En cambio, los latifundistas de viejo cuño y el sector reaccionario del clero guardaban rencor contra el régimen. Y pocos años después, cuando el reclamo del pueblo se hiciera incontenible, estos grupos conservadores lo silenciarían, haciendo estallar un torrente de sangre y violencia.

Entre tanto, en La Granja, Isabel se ocupaba de la venta de leche y la crianza de sus hijos. Su método de educación no era, para Calixto, el más ortodoxo. Sabía que la niñez de Isabel había sido algo extraña; hija menor de su familia, a los tres años perdió a su padre y creció casi sin disciplina, trepando los tejados como un muchacho. Consciente de esto Calixto sentía la obligación de velar, como buen padre, por el bienestar de Fernando y Camilo. Cuando Isabel se reía de sus travesuras, Calixto los regañaba.

En una oportunidad en que Camilo fue amenazado con expulsión del colegio, mientras Calixto lo castigaba, Isabel intervino en su defensa.

—El muchacho no tiene la culpa —dijo—. Es hereditario. ¡A mí me expulsaron de cuanto colegio había!

Luego le preguntó a Camilo qué había hecho.

—Nos fuimos para el Salto de Tequendama con unos amigos a tomar trago.

— ¡Dios mío! —exclamó su mamá—. ¡Eso es algo que heredó de su padre!

¡Cómo minó la autoridad de Calixto! Peor todavía; fue Isabel quien se enfrentó con el rector del colegio. Lo aplacó guardando a Camilo en casa durante una semana y lo puso a hacer un laguito para los gansos. Por supuesto el castigo le gustó al muchacho.

A pesar de lo irascible que su madre se ponía en ocasiones, Camilo la encontraba entretenida, y gozaba sobre todo con las epopeyas de los Restrepo y Gaviria y sus intrepideces en las guerras contra los godos. Estos relatos tuvieron por actor principal a Papá Cuco, quien se convirtió en una figura legendaria de la familia. Pero hubo también otros personajes. Contaba de un tío, un tal Restrepo del Valle del Cauca, que se rebelara contra el notable esclavista, don Julio Arboleda. Éste lo tomó preso y lo condenó a fusilamiento. Pero la heroica mujer de Restrepo no le tenía miedo al amo de esclavos. “te maten a ti —le gritó— tal como tú estás matando a mi marido!”. Estas fueron sus últimas palabras; desde entonces quedó muda. Resultó profética; antes de terminar el año, fue asesinado Julio Arboleda. De relatos similares Isabel

atesoraba millares. A veces su propia madre figuraba como una heroína de la Guerra de los Mil Días. Y tras las anécdotas del álbum familiar, Isabel impartía a sus hijos una enseñanza política.

Su formación religiosa le interesaba menos. Sin embargo, en un país tan católico como Colombia, ésta no podía descuidarse del todo, ni siquiera en un hogar anticlerical. Al cumplir los diez años, Camilo hizo la Primera Comuni3n. Pero Isabel no permitió que los muchachos sufrieran ningún trauma religioso, como lo había sufrido ella en su niñez. Recordaba el temor que sentía de Dios y cómo se escondía del diablo debajo de las cobijas. Creía que iba a tragársela viva. Luego, una noche se liberó. Se quitó las cobijas, gritando " me trague!", y como no lo hizo, la niña dejó de creer en el diablo. De allí en adelante Isabel tuvo una actitud algo escéptica, y como consecuencia sus hijos no fueron escrupulosos en materia religiosa. Tampoco indiferentes. Tuvieron sus prácticas católicas en la casa, como la novena por las almas del purgatorio, e Isabel despertaba a Camilo los domingos para que fuera a misa.

— ¿Porqué me despiertas a mí y a Fernando no? —preguntó una vez.

—Porque tú crees en la misa. Para Fernando perder la misa no es pecado, pues él no cree, pero tú, sí.

La incipiente fe religiosa de Camilo fue menguada, sin embargo, por la hipocresía que descubrió como característica de los buenos católicos de Bogotá. Éstos lanzaban las calumnias más insólitas contra su madre. Si no la llamaron abiertamente "mujer pública" fue sólo por pudor, ya que mediante consejas de mala fe lograron dibujar la imagen de una Isabel disoluta e inmoral. Al llegar las espeluznantes versiones a los oídos de Camilo, le causaron un sufrimiento inenarrable.

Los ataques contra Isabel fueron inevitables, porque suscitaba la envidia de todas las mujeres de la ciudad. Bogotá era una ciudad provinciana incrustada entre montes, sofocada por el eterno gris de la neblina; una ciudad en donde los miembros de "la high" murmuraban en clubes, cafés y salones. En tal sociedad a Isabel no se le presentaba sino una alternativa: o someterse o rebelarse. Ella se decidió, naturalmente, por lo segundo. Aún muy atractiva, no consideraba que su separación de Calixto fuera motivo para vestir de luto o limitarse simplemente a sus deberes del hogar. Gustaba de llevar una vida activa. Como mujer mordaz e inteligente que era, tenía su círculo de amigos y nunca le faltaron admiradores. Sus críticos la perseguían con ojos de águila, y pusieron el grito en el cielo la noche que apareció en el Teatro Colón acompañada de un distinguido general en traje de gala. Pocos vieron el espectáculo del escenario, distraídos por el que brindaba el palco de Isabel. Y las lenguas que empezaron a agitarse aquella noche no se habían silenciado treinta años más tarde. Siendo Camilo líder revolucionario, y aun después de morir en combate, las piadosas almas de la élite bogotana se guían hablando de la noche que Isabel fue a la ópera con el general fulano de tal, y atribuían las "aberraciones" de Camilo a la nefasta influencia de su madre. Es más, explicaban la vida de Camilo como una huida constante de la vergüenza de ser hijo de "Chavela" Restrepo.

Tal fue el mundo en el que Camilo pasó su juventud. No podía menos de afectarlo y, todavía un muchacho sin experiencia, sucumbía a veces a las presiones sociales de Bogotá. Sin embargo, jamás traicionó a su madre en el más mínimo detalle. Y el día que descubriera la otra cara de Colombia, un país de gente trabajadora menos dañada por los vicios burgueses, él también se rebelaría.

Pero ese día estaba lejos. El Camilo de los años cuarenta era tan inconsciente como cualquier otro muchacho del Liceo Cervantes, el último de la serie de colegios donde estudiara y en el que obtendría su bachillerato en 1946. Sus contemporáneos lo recordarían como un joven francote, bromista, deportivo. Era el alumno que tocaba el bombo en la banda del colegio y publicaba un periodiquito ("un diario semanal que sale cada mes") donde satirizaba a los profesores. Como todo adolescente, pasaba por períodos de introspección, pero los superaba pronto, anunciando alguna determinación inesperada (y nunca cumplida) como la de evitar el trago, o no volver a salir con niñas. Socio del Country Club, andaba con sus amigos en auto deportivo a velocidades locas hasta que una noche se estrellaron contra la motocicleta de un policía de tránsito. Camilo fue llamado al despacho del rector, y una vez más estuvo a punto de ser expulsado.

El Cervantes fue, de todos sus colegios, el más religioso. Era un instituto privado para la educación de hijos de familias influyentes, y sus directores, católicos laicos más apegados a los preceptos de la Iglesia que sus propios ministros. Por tanto Camilo, como todo alumno, seguía el curso anual de "ejercicios espirituales" bajo la dirección de los padres jesuitas. Tomaba estos retiros con la acostumbrada seriedad, pero no modificaba por ello su conducta. Siguió gozando de la *dolce vita* en su muy limitada versión bogotana. Era alto y buen mozo, con un ligero desafío en su modo de andar. Y su risa a carcajadas, contagiosa como la de su madre, le hacía amigo de todo el mundo.

Del colegio, en 1947, Camilo pasó a estudiar derecho en la Universidad Nacional. Su amigo más cercano era el estudiante Luis Villar Borda. Juntos se graduaron de bachilleres e iniciaron estudios universitarios en la misma facultad. Pasaban horas interminables en un café de la Avenida Jiménez, El Molino, tomando "tinto" y analizando los grandes problemas de la filosofía. Luis había leído algo de Kant y la *Historia Universal* de Hegel. Se autodefinía racionalista y trataba, en vano, de demostrarle a Camilo la no-existencia de Dios.

Los dos compartían una cierta inquietud social, aunque Luis mostraba más interés en lo específicamente político. De todas maneras, ninguno de los dos se iría a contentar con sacar simplemente un grado universitario. Luis creía en "una cultura orgánica, integral" y protestaba contra "el sistema educativo que deforma la mentalidad, que la convierte en una ficha de colocación". No pensaban dejarse absorber por el sistema, ni perderse en el anonimato. Tenían algo que expresar y buscaban una tribuna dónde expresarlo. "La inquietud periodística —dijo el joven Camilo— es la expresión lógica de la inquietud intelectual".

Nada extraño, entonces, que los dos amigos editaran la "página universitaria" de *La Razón*, un diario bogotano. En sus columnas escribían sobre la importancia de la solidaridad estudiantil para obtener ventajas tales como un mayor presupuesto, mejores técnicas y la independencia de la universidad del control político. Los universitarios, sostenían, eran "los jefes natos del porvenir colombiano", y Camilo elogiaba, en especial, a los estudiantes de la Universidad Nacional por haber "logrado liberarse de ese marasmo intelectual que caracteriza a los de las universidades privadas".

La "página universitaria" no tenía contenido revolucionario. Camilo y Luis la ofrecían como foro a todas las corrientes de opinión, aunque de hecho Camilo escribió varios ataques un tanto petulantes contra revistas estudiantiles de tendencia radical. Criticó duramente, valga citar, las ideas de un joven que, con el tiempo, llegaría a ser colaborador de su propio periódico revolucionario, *Frente Unido*. En esta época Camilo calificó a *Izquierdas*, la revista de aquel muchacho, como "una publicación pseudouniversitaria". No le gustaban ni sus críticas al imperialismo de los Estados Unidos ni su apoyo a la Unión Soviética. Ridiculizaba su "mentalidad marxista" y "su criterio determinista". En un artículo sobre publicaciones estudiantiles en general, Camilo alabó la de la Facultad de Medicina, *Bisturí*, como "el único periódico puramente científico... los demás sólo manifiestan los primeros ensayos de politiquería malsana". Más tarde, la misma revista *Bisturí* se convertiría en órgano de uno de los grupos más radicales de la Universidad Nacional y, paradójicamente, sus editores serían los compañeros de armas de Camilo como sacerdote revolucionario.

En Camilo, el único presagio del revolucionario del mañana fue su deseo de vincularse a un trabajo de tipo social. Voluntariamente se inscribió en un grupo distinguido como la Unión Universitaria que se dedicaba, aparentemente, a la asistencia a los desvalidos. En realidad la tal Unión era una organización-fachada del Partido Conservador, "una organización falangista (según denuncia de la época) que se ha dedicado a fomentar el sindicalismo paralelo en los barrios bogotanos a los que llega con el pretexto de hacer obras sociales". Para justificar su presencia en un grupo tan altamente sospechoso, Camilo se defendió alegando su apoliticidad: "en nombre de la Unión Universitaria agradezco se le reconozca que es una institución propicia para desarrollar una labor de apostolado".

La frase "una labor de apostolado" sonaba extraña en labios de un líder estudiantil, aun en aquellos tiempos. Luis Villar, al menos, jamás la habría usado. Se explicaba por la creciente fascinación que estaba sintiendo Camilo hacia los temas religiosos, ya que había caído bajo la influencia de un par de sacerdotes franceses que aparecieron por aquel entonces en los medios intelectuales católicos de Bogotá.

Eran miembros de la Orden Dominicana, enviados de Francia con la misión de inyectar nueva vida a sus cofrades colombianos. Los superiores internacionales de la orden se preocupaban porque, en un país tan católico, se exhibiera una versión menos pobre de su gloriosa tradición. Los jesuitas tenían universidades y prestantes colegios en Colombia; los dominicos también tenían una universidad pero eran más conocidos por su santuario de la Virgen. Y para

colmo, los sacerdotes que manejaban el santuario gozaban de fama, bastante merecida, de ser unos ignorantes ("indios", dirían los bogotanos) que vivían de la superstición de los pobres. Ya era hora que la comunidad francesa de la orden mandara unos agentes (llamados "promotores de vocaciones") a buscar adeptos, razón por la cual los padres Nielly y Blanchet, envueltos en sus majestuosos hábitos blancos, fueran introducidos en la sociedad bogotana siempre presta a recibir cualquier novedad, especialmente si tenía acento francés.

Camilo los conoció por intermedio de su novia, Teresa Montalvo, cuyo padre desempeñaba destacado papel político en el Partido Conservador. De hecho era más que un político. Era también una especie de pontífice laico en los círculos católicos, de modo que resultaba lo más normal del mundo que Montalvo estuviera propiciando la visita de los dos dominicos y que el novio de su hija cayera en su órbita. Los religiosos se especializaban en establecer contactos con jóvenes intelectuales para, de acuerdo con la costumbre de su orden, ejercer el apostolado entre los ricos. Organizaban conferencias, círculos de estudio y retiros para estudiantes. Camilo asistió a uno de ellos y descubrió, dijo, "no un clericalismo fetichista de supersticiones, sino una manifestación racional de las creencias".

Pronto Camilo y Teresa estuvieron entre los asiduos asistentes a las charlas de los dominicos, y Camilo escribió para la "página universitaria" entusiastas informes sobre "el criterio de amplitud filosófica que le imprime a esta comunidad religiosa un cariz netamente cultural".

El hecho de que unos sacerdotes católicos fueran hombres de tanta cultura le pareció a Camilo una contradicción. Sus padres le habían inculcado un concepto del clero que no tenía nada que ver con lo que apreció en Nielly y Blanchet. Éstos eran exponentes de un catolicismo renovado. Fueron formados por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial en Francia, donde muchos sacerdotes habían colaborado con la resistencia y padecido las cárceles alemanas. El mismo Jean-Batiste Nielly, como joven teniente bretón, fue prisionero de los nazis y narraba los detalles de su dramático escape. Sus episodios cautivaron a Camilo, y cuando este sacerdote hablaba del apostolado no le importaba tanto la "salvación de las almas", ni siquiera la misa dominical; ponía énfasis más bien en el compromiso (*l'engagement*) y el testimonio (*le témoignage*). Su cristianismo aparecía como una aventura, un reto.

No había pasado mucho tiempo cuando uno de los dominicos le hizo a Camilo la inevitable pregunta: si no se sentía llamado al sacerdocio. Otros muchachos se hubieran reído, pero Camilo lo tomó en serio. Tenía la sensación de ser acosado por un desafío y quería retirarse a un sitio tranquilo para pensarlo. En sus tiempos de scout le habían gustado Los Llanos Orientales de Colombia donde pasaba las vacaciones cazando, pescando y nadando en los ríos que quebraban esa tierra de horizontes infinitos. Ahora regresaba a buscar el silencio de las llanuras para meditar la proposición de los sacerdotes franceses. Se preguntaba si podría haber sido una mera casualidad la que lo llevó a conocerlos; o si el encuentro no indicaba más bien el signo de un destino providencial. Camilo, por naturaleza generosa, entusiasta, no hacía

nada a medias. A la gran pregunta sobre qué hacer con su vida, el sacerdocio le pareció “una respuesta total”. En quince días estaba de nuevo en Bogotá resuelto a hacerse dominico.

No veía sino un solo obstáculo: su madre. Sabía que ella se enfurecería. Tal vez sería mejor no decirle nada. Hizo sus planes furtivamente; se encontraría con los franceses un día determinado a la hora en que partía el tren para el pueblo de Chiquinquirá, donde los dominicos tenían su monasterio.

Llegado el momento Camilo dejó una nota a su madre y salió sigilosamente de la casa. Pero cuando Isabel se enteró de lo que estaba pasando, acudió veloz a la estación. Llegó antes que el tren saliera y armó todo un melodrama victoriano. Agarrando a su hijo con ambas manos lo arrancó de su compartimento y contra sus protestas lo amenazó diciéndole que tenía dos detectives armados a la puerta de la estación. Camilo quiso esperar a los dominicos para explicarles la situación. “De ninguna manera —gritó su madre—. No quiero que mañana salga en los periódicos que la señora del doctor Calixto Torres ha abofeteado a dos curas en la estación”. Llevó a Camilo cautivo para la casa y lo mantuvo varios días en su cuarto, incomunicado.

Su padre, Calixto, se encontraba asistiendo a un congreso de médicos en Washington, y tuvo que regresar inmediatamente para tratar el problema. Tanto él como Isabel estaban consternados por el hecho de que su hijo, aparentemente un muchacho normal y equilibrado, de repente hubiera querido meterse de cura. A pesar de sus mil diferencias de opinión, sobre este solo punto Calixto e Isabel llegaban a un acuerdo total: ambos consideraban a la Iglesia Católica una peste y a sus ministros, unos parásitos. Es verdad que durante los años treinta se había divisado una leve tendencia liberal en ciertos elementos del clero. Pero ahora, en 1947, los conservadores estaban de nuevo en el poder y, por tanto, los clérigos dominaban como nunca en materia de gobierno, educación, matrimonio y, en general, en todos los asuntos del prójimo. Con razón se horrorizaron que Camilo insistiera en convertirse no solamente en sacerdote sino, lo que era peor: en dominico. Si alguna comunidad religiosa se caracterizaba como oscurantista, ésta era la orden dominicana de Chiquinquirá.

En plena discusión, intervino un viejo amigo de la familia. Se trataba de Enrique Martínez, un alma de Dios, quien se había ganado la confianza de Camilo, ante todo por ser miembro de la Tercera Orden Dominicana y discípulo incondicional de los sacerdotes franceses. Como tal, Enrique se había convertido en consejero espiritual del joven, y en esta oportunidad le propuso una solución conciliadora al problema con sus padres. En lugar de ingresar de inmediato al noviciado de los dominicos, podría iniciar sus estudios eclesiásticos en el seminario diocesano de Bogotá.

Nadie, ni Camilo ni sus padres, estaba contento con esta sugerencia, pero tampoco se les ofrecía ninguna otra alternativa, y Camilo no desistía de su propósito de ser sacerdote.

Una vez tomada la determinación, Calixto, extremadamente receloso, hizo una visita de inspección al seminario. Esperaba encontrar una

destartalada abadía del siglo diecisiete con celdas tan oscuras como la mente de los frailes que las infestaban. Pero no fue así. Se sorprendió más bien con la última palabra en seminarios modernos. Poco antes, los obispos colombianos habían construido este nuevo símbolo de su poder y prosperidad: un edificio gigantesco en ladrillo rojo, situado en uno de los verdosos parques de El Chicó, al norte de Bogotá. Dotado de campos deportivos y toda clase de confort, la grandeza del seminario, discretamente disimulada por una aparente austeridad, impresionó a Calixto muy favorablemente. Después de todo, no le pareció tan mal. Y el sacerdote que le sirvió de guía disipó los últimos temores del viejo médico con una urbanidad desarmante.

Camilo ingresó al seminario en septiembre de 1947. Durante los siete años que siguieron, esta gran construcción de ladrillo sería su hogar, y el mundo de los clérigos, sus sayales, sus inciensos, su teología, sus ascetismos, sus intrigas sobre el nombramiento del obispo fulano de tal para ésta o aquella diócesis, su idealismo, sus aspiraciones por la salvación de las almas y rebaños entregados a su cuidado —todo eso vendría a ser el mundo de Camilo.

Capítulo 4

El claustro y la violencia

Por los pasillos del seminario circulaba todo un anecdotario sobre el pasado de Camilo: recién convertido, exalumno de la Universidad Nacional — un antro, según decían, de vicio y subversión— y (más picante!), hijo de padres célebres que llevaban vidas separadas. Parecía que su madre había hecho algo censurable, pero nadie quiso precisar qué era.

La tarde de su llegada, todo el mundo estaba alerta, y cuando caminaba por el corredor hacia su celda, las puertas se entreabrían silenciosamente detrás suyo, y una fila de adolescentes vestidos de negro se asomaba a contemplar a este Gonzaga del siglo veinte.

Camilo se sentía extraño. No se acomodaba a la sotana que le impusieron, y por no cerrar todo su listón de botones, quedó con el cuello romano mal anclado y la fajita de celuloide blanco se desprendía de su cauce a cada momento y saltaba como un resorte. Se le enredaban las piernas en las faldas de paño negro, y todo movimiento, aun el más sencillo, se le hacía complicado. Durante los primeros días, caminar era difícil, y correr, imposible. Al observar con asombro a los veteranos portadores de sotana jugando al baloncesto sin tropiezos, dudaba que pudiera obtener algún día semejante destreza.

En una semana había domado la sotana y empezó a sentirse a sus anchas. Sus condiscípulos chismeaban menos que al principio, aunque espiaban por las rendijas las visitas de su madre y no podían evitar comentarios sobre su padre, Calixto, cuando llegaba, solo, en su gran Chrysler gris.

Camilo prestaba tan poca atención a las reacciones de los demás que apenas una vez en esas primeras semanas se dio cuenta de que había causado conmoción. Fue el día en que un convertible rojo paró a la puerta del seminario con un escándalo de frenos y una voz gritó: "¡Hola! ¿Aquí vive el cura Camilo?". Del auto se derramó una manada de universitarios alborotados muertos de risa al ver a Camilo envuelto hasta los tobillos en faldas negras.



En el seminario: 1948 - 1954.

Con el tiempo, estos viejos amigos lo visitaban menos y empezó a entablar amistades con los seminaristas. Éstos procedían de ambientes variados, pues el seminario era un modelo en miniatura de la pirámide social tan cara a los economistas. La ancha base de la pirámide la formaban muchachos del campo e hijos de obreros. En cambio, su estrecha cúspide estaba integrada por jóvenes de familias acomodadas, muchos de ellos conocidos de Camilo. Encontró, entre otros, a los dos Montalvo, hermanos de su exnovia, y algunos que habían estudiado con él en el Cervantes, más varios primos de una u otra rama de su familia. Casi todos los muchachos de este grupo estaban destinados al éxito; habían llegado al seminario con una mitra imaginaria en el fondo de sus baúles.

Entre el ápice de la pirámide y su base existía una delgada capa de jóvenes que sin ser precisamente pobres, tampoco tenían acceso a los círculos altos. Tenían asegurada una vida cómoda como futuros ministros de la Iglesia, pero no llegarían nunca a la cumbre social sin el apoyo de aquellos que estuvieran en ella por simple derecho de nacimiento. Buscaban la amistad de Camilo por instinto, como las abejas buscan el polen de la flor, y Camilo, ignorante de estas sutilezas, la aceptó con toda naturalidad.

Del estrato superior, uno de los primeros que se le acercó fue Miguel Triana quien había sido su compañero de colegio. Persona seria, no le gustaba el frívolo Camilo que había conocido "fuera en el mundo". Recordaba sobre todo la noche de una fiesta en la que vio a Camilo bailar amacizado con las niñas, y ahora, al volverlo a encontrar, se dio a la tarea de conducirlo por el sendero de la santificación.

Imposible encontrar mejor discípulo. Después de haber renunciado al mundo y sus placeres, Camilo no se iba a contentar sino con las más altas formas de santidad. Con Miguel, inventaba prácticas austeras: por las noches arrojaban sus colchones para dormir en las tablas, y competían en aumentar sus penitencias secretas, sus mortificaciones de la carne, y pequeños actos diarios de autodisciplina que se imponían a espaldas de todos.

Pero hubo una advertencia de Miguel que Camilo jamás pudo comprender. Aquél insistía en la importancia de ser amigable con los

muchachos “menos favorecidos” y de no tratar exclusivamente a los de su propia clase. Pero Camilo, tan dado a la amistad espontánea, no entendía qué quería decir Miguel con eso.

Su amigo se dedicó también a quitarle a Camilo el sueño de ser fraile dominico. Cosa nada fácil. Tres de sus amigos ya llevaban el hábito blanco de Chiquinquirá, y Camilo les envidiaba su claustro en los montes de Boyacá, mientras él tenía que resignarse a un seminario cerca de la ciudad. Algún día, tal vez al cumplir su mayoría de edad, podría él también seguir las huellas de Nielly y Blanchet. *Contemplata aliis tradere* (*Transmita a los demás las verdades contempladas*) rezaba el lema de los dominicos. Este fue el anhelo de Camilo: contemplar y predicar. Miguel decía que podría lograr lo mismo si se daba íntegramente a la regla del seminario, y Camilo la cumplía al pie de la letra.

A las cinco de la mañana saltaba de la cama al timbrazo de las campanas eléctricas. Los primeros rayos del sol filtrados por los vitrales de la capilla lo sorprendían de rodillas al lado de sus compañeros en una larga media hora de meditación; se sujetaba el mentón contra los puños y hacía lo posible por no cabecear. Luego, la Santa Misa. Camilo hojeaba las páginas de su misal al compás de un zumbido en latín que se percibía desde el altar, y en el momento de la comunión sentía la blanca película del cuerpo del Señor disolverse sobre su lengua. Regresaba recogido al reclinatorio. Pasaba al refectorio en silencio y tomaba el desayuno pensando en la Santísima Trinidad. A veces se sentía próximo a la perfección espiritual.

En cuanto a sus estudios, se aplicaba a los cursos de filosofía escolástica. Tanto los textos como los profesores le exponían verdades transmitidas desde toda la eternidad, o por lo menos desde la Edad Media, cada una probada con un silogismo impecable. Las distintas épocas de la historia, le enseñaban, habían producido sus herejes, hombres que cerraban los ojos caprichosamente a la verdad; entre los más obstinados nombraban a Kant y Hegel, Leibnitz y Descartes. Pero bastaba con leer la *Summa* de Santo Tomás para apreciar que estos filósofos modernos no elaboraron sino unas aberraciones pueriles. La verdadera sabiduría existía exclusivamente dentro de la tradición de la Iglesia Católica. Camilo pasaba sus mañanas tomando apuntes de todo esto para luego aprenderlo de memoria. Era un alumno ejemplar.

Por las tardes jugaba una hora de fútbol o baloncesto antes de ser llamado por un nuevo timbrazo a las clases de griego, canto gregoriano e historia eclesiástica. El sonido de la campana regulaba el movimiento de la comunidad a cada instante. El almuerzo y la comida aparecían en las mesas del comedor a las horas establecidas y los muchachos comían acompañados por la lectura de la vida de un santo o los consejos del monje Kempispre viniéndoles contra las tentaciones del mundo. Al seminario no llegaba ningún periódico —al menos lícitamente—ni podía Camilo oír jamás la voz de la radio. Crecía en un ambiente donde los efectos del tiempo y el espacio se reducían al mínimo. Se concentraba más bien en lo eterno y lo trascendental. Ningún día

se diferenciaba del otro; los meses y los años se deslizaban imperceptiblemente; era un mundo irreal.

Esta ausencia de intereses externos creaba una atmósfera despreocupada y hacía que los seminaristas soltaran carcajadas por la broma más banal. Pronto Camilo cayó en la cuenta de que algo faltaba.

Una tarde, mientras andaba solo cavilando, golpeando con el pie las piedras del camino, uno de sus compañeros lo saludó y empezó a sondearlo. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba aburrido? Pues sí; Camilo admitió que esperaba algo más del seminario. Y el encuentro con este nuevo amigo, Gustavo Pérez, le dio ocasión de expresar su descontento.

Gustavo no pertenecía a la clase alta. Tampoco a la baja. Encuadraba mejor en la mitad de la pirámide social. Hijo de una familia antioqueña de clase media, había entrado al seminario, como tantos, a los once años. No conocía vida distinta de ésta y su experiencia del mundo era nula. La llegada de Camilo despertó en él un deseo de descubrir el universo y tomar contacto con gentes nuevas y lugares desconocidos. Lo que sucedía en el seminario, le dijo Camilo, era que no informaban sobre los verdaderos problemas del país. El sacerdote del mañana debería estar al corriente de lo que ocurría en el mundo. Los dominicos habían hablado de compromiso. Pero ¿cómo comprometerse si uno ignoraba la problemática de su tiempo?

Para remediar esta situación, los dos jóvenes planearon un círculo de estudios. Ya existían varios dedicados a la práctica y conocimiento de la física, la química o la literatura. Camilo y Gustavo pidieron permiso para iniciar otro sobre asuntos sociales, pero el rector estimaba prudente que no comenzaran de inmediato. Recurrieron entonces al vicerrector, el padre Solano, un clérigo ambicioso que solía cultivar la amistad de muchachos prometedores como Camilo. Solano les animó a dedicar sus momentos libres a estos estudios. Más tarde, dijo, se lograría la aprobación oficial.

Así, casi clandestinamente y con una licencia subrepticia, Camilo y Gustavo se lanzaron a la lectura de la *Rerum Novarum*, la encíclica escrita por el Papa León XIII a fines del siglo diecinueve como respuesta al marxismo. No se trataba de una actividad precisamente subversiva; pero sí era el comienzo.

Al año siguiente (1948) estudiaron obras de ensayistas católicos del siglo pasado sobre materia socioeconómica. No se apresuraban a profundizar sobre temas más actuales, y de haberlo hecho, no les habría sido fácil encontrar documentos del siglo veinte en la biblioteca del seminario.

El primer estudio que consideraron "realmente serio" lo hallaron en un libro del dominico belga, Pére Rutten, "pionero (según el prefacio) del Movimiento Obrero Cristiano en Bélgica". El volumen contenía comentarios sobre la *Rerum Novarum* y describía los movimientos sociales de inspiración católica en Europa. Relataba la vida de un par de aristócratas franceses, el Conde de Mun y el Marqués de Tour du Pm, la del cardenal Manning y la del obispo alemán Von Ketteler. El pensamiento de éstos, escritores católicos y activistas sociales, se presentaba como un equilibrado punto de vista que distinguía entre la justicia conmutativa y distributiva, y condenaba

rotundamente la frase de Proudhon: "La propiedad es un robo". Al final, Rutten trataba el siglo veinte, al citar una declaración de Pío XI en los años treinta sobre la propiedad: el primer derecho a la propiedad, decía el Papa, provenía de la posesión, no del trabajo.

El libro describía el socialismo como algo verdaderamente temible y les puso en guardia contra la revolución y la violencia en todas sus formas. Hacía aparecer la Democracia Cristiana como solución a todos los problemas mundiales, y los lectores se sentían poseedores de conocimientos suficientes para arreglar las situaciones políticas más graves.

Por aquellos días, en las calles de Bogotá, una turba in controlable se lanzaba al incendio, el saqueo y la matanza.

Era abril de 1948.

El país fue sacudido por un estallido sin precedentes. Ciudades y campos se vieron sumergidos en una marea de sangre tan horrenda que aquella época sería recordada siempre en la historia colombiana con el nombre de La Violencia. Las vendetas y matanzas usuales durante cien años llegaron a su clímax en los días de 1948 con motivo del asesinato de un solo hombre, un orador torrencial, que había sembrado de esperanzas el alma de un pueblo desesperado y había congregado a millones de colombianos en un movimiento de inconformismo. Se llamaba Jorge Eliécer Gaitán. En 1948, en la cumbre de su fama, mientras caminaba por la Carrera Séptima a la una de la tarde del 9 de abril, un hombre desgredado salió súbitamente de la sombra de un portón y le descargó un revólver a quemarropa. Gaitán, agonizante, se desplomó en la acera y los transeúntes se echaron encima del asesino quitándole la vida a golpes y puntapiés.

A partir de ese instante las gentes de Bogotá enloquecieron de rabia. Convertidas en hordas salvajes corrieron por las calles en busca de sangre y venganza. Asaltaron el Capitolio reclamando la cabeza de Laureano Gómez, el odiado jefe del Partido Conservador. Arremetieron contra el Palacio Presidencial con el propósito de linchar al presidente Ospina. Los guardias abrieron fuego. Los revoltosos replicaron con descargas de rifles y escopetas. El pueblo se armó con cualquier cosa que encontró a su alcance —machetes o fusiles, antorchas de gasolina, piedras y palos. En cuestión de horas habían destrozado la ciudad. Rompían, quemaban y se cortaban cabezas los unos a los otros.

Al anochecer, se distinguían hombres y mujeres buscando con terror entre los cadáveres regados en las cunetas o amontonados en las plazas y sobre los andenes. Trataban de hallar parientes que no alcanzaron el refugio de sus casas. Se movían como fantasmas entre el humo y las cenizas de edificios que ya no eran sino esqueletos chamuscados o al lado del armazón de los tranvías aún en llamas sobre los rieles. Una continua ráfaga de metrallas traqueteaba en la oscuridad.

Desde los frondosos parques del seminario, a escasos kilómetros de distancia, todo esto era inimaginable. Por la tarde, es verdad, mirando hacia el sur, los seminaristas podían percibir una nube rojiza que manchaba el cielo

lluvioso y grisáceo sobre la ciudad. Pero no sabían que esta era la mortaja de Bogotá. Bajaron a la capilla a rezar sus oraciones nocturnas y encomendar el país en manos de Dios antes de retirarse cada cual a su celda y apagar la luz a las nueve y media, de acuerdo con el reglamento.

Los seminaristas eran los únicos que dormían aquella noche. Más de un millón de bogotanos temblaba detrás de sus puertas. El jefe del Partido Conservador, Laureano Gómez, bajo la protección de la noche y la lluvia, se escabulló hasta alcanzar el avión que lo llevaría al exilio. Las turbas iracundas, frustradas por su evasión, incendiaron las oficinas del periódico de Gómez. Entre tanto, el presidente de la República, Mariano Ospina Pérez, se estremecía de miedo en su palacio; creía llegada su última hora. Pero para el momento crítico llegaron refuerzos para aplastar a los rebeldes y, poco después, una comisión de políticos liberales acudió al palacio. Éstos pensaban tomarse el poder. Pero cuando vieron que Ospina se negaba a renunciar a la presidencia, prometieron ayudarlo a aplacar la revuelta con la condición de obtener ministerios y otros puestos importantes en el gobierno conservador. Ospina consintió a este pacto con los liberales, viendo que ayudaba a calmar a las masas gaitanistas. Así Jorge Eliécer Gaitán, cuyo cadáver aún estaba caliente, fue traicionado por sus más acérrimos defensores.

El pueblo había entendido bien a Gaitán cuando éste, lejos de predicar componendas con la oligarquía conservadora, llamaba a la lucha contra la oligarquía entera y abogaba por un cambio social. Gaitán fue un mestizo de origen humilde quien se hizo conocer inicialmente en 1928 como defensor de las víctimas de la masacre en las bananeras de la "United Fruit Company". Representante entonces en la Cámara, Gaitán reveló al público la complicidad del gobierno en la matanza de los obreros, y esta acción del joven parlamentario vino a ser uno de los factores que preparó el camino para el retorno de los liberales al poder en 1930. Luego, el mismo Gaitán desempeñó varios ministerios del régimen liberal y la alcaldía de la ciudad de Bogotá. Finalmente, en la segunda mitad de la década de los cuarenta, logró unir bajo una sola bandera a los desposeídos de Colombia. Entorno a él, millones de trabajadores se dejaron sentir en la historia del país. A estas masas, apenas mencionadas de paso en los anales académicos, debe devolverse su fundamental importancia, pues sin ellas la vida de Camilo no podría entenderse. Al igual que Gaitán, Camilo iba a buscarlas, a descubrirlas casi, y a convertirse en su adalid y esperanza, tal como lo hizo Gaitán, aunque Camilo lo haría más tarde, de un modo diferente y con resultados totalmente distintos.

El momento de la historia colombiana que se trata ahora (1948) presenta una coyuntura crítica, fruto inevitable de los años anteriores, los de la Segunda Guerra Mundial.

La guerra mundial dejó como consecuencia no solamente un saldo de millones de muertos en Europa, sino también el hambre y la muerte de millones de colombianos. El país perdió el mercado europeo para sus productos, mientras que los Estados Unidos, obligados a invertir sus recursos en producción bélica, disminuyeron sus exportaciones a Latinoamérica. Lo poco que vendían, lo vendían caro. En cambio, continuaban comprando materias

primas, pagándolas ya no con bienes manufacturados sino con dólares. De este modo, las clases altas de Colombia amontonaban grandes reservas de capital y gozaban de la llamada "prosperidad del dólar". En esos tiempos de guerra se compraban mil toneladas de hierro barato un día, y se vendía carísimo al día siguiente. Todo dependía de una información oportuna. Por supuesto que la corrupción florecía como nunca en los círculos gubernamentales.

Por otro lado, los trabajadores se hundían en la miseria. Debido a la inflación, los precios subían mientras los salarios bajaban. La productividad de las fábricas estaba casi paralizada, y si bien es cierto que los campesinos tenían hambre, peor todavía era la suerte de los habitantes de la ciudad. Era de esperar que las masas de desempleados se sumaran a las filas de Gaitán cuando éste, con el puño alzado, exigía a los politiqueros una "¡Moral!".

En 1945 el gobierno estaba en crisis. Alfonso López, el reformista de los años treinta, vuelto al poder para un segundo período, había perdido su encanto original. Ninguna de sus promesas condujo a un cambio real, y ahora se enredaba en una maraña de intereses económicos y ambiciones personales. Viéndose forzado a dejar el cargo, López entregó la presidencia a un joven político liberal, Alberto Lleras Camargo, quien aplastó a los sindicalistas en huelga y abrió camino para la Unión Nacional, una nueva coalición de fuerzas reaccionarias de ambos partidos contra la amenaza de Gaitán y su movimiento de masas.

Los conservadores reconocieron en esa coyuntura, con presagios de rebelión, la oportunidad de volver a tomar el poder. Bajo el liderazgo del fanático Laureano Gómez se unieron los elementos más extremistas de la oligarquía —grandes latifundistas, industriales millonarios, banqueros y financistas— y, como cómplices, los jefes de la Iglesia Católica.

Los clérigos no vacilaron en bendecir la cruzada de los conservadores. Monseñor Miguel Ángel Builes, su principal vocero, definió el Partido Liberal como "un verdadero sanedrín judío contra Cristo y su Iglesia", y no se cansaba de prevenir a sus feligreses contra "el espíritu verdaderamente diabólico del liberal-comunismo y sus secuaces". Estas diatribas se repitieron en los púlpitos y parroquias del país, pues los sacerdotes exhortaban a sus rebaños a librar una Guerra Santa contra los enemigos de Dios, o sea los liberales.

Apoyados por la poderosa mística del catolicismo, los conservadores supieron aprovechar también la división del voto liberal entre Gaitán y un candidato más moderado. Fue el candidato del Partido Conservador, Mariano Ospina Pérez, quien obtuvo el triunfo en los comicios de 1946.

El presidente Ospina, elegante y urbano, con sus trajes de saco cruzado y su pelo plateado, impecablemente peinado debajo del *Homborg* caído sobre el ángulo dictado por la moda, lucía como un auténtico capo. A la empresa privada —sobre todo a la propia— le dio rienda suelta, y para protegerla organizó comandos de policía política con el fin de combatir las disidencias de algunos sectores liberales. Estos policías, reclutados en su mayoría en Chulavita, reducto godo de Boyacá, fueron diseminados por los campos de

Colombia con poderes casi ilimitados de represión. En cada pueblo los gamonales del Partido Conservador empleaban sus servicios para vengarse de jefes liberales, al tiempo que se enriquecían expulsando a campesinos liberales de sus parcelas, vendiendo sus tierras, cosechas y ganado a los terratenientes conservadores. *La Violencia* postraba al país.

En los inicios de *La Violencia*, muchos crímenes fueron perpetrados en los pueblos de Santander donde, en los años treinta, la policía del Partido Liberal había tratado salvajemente a los habitantes de aquel departamento tradicionalmente con servador. Como venganza, hacia fines de 1947 la policía asesinó a una familia entera de aparceros liberales en el pueblo de Cucutilla por haber cometido el “delito” de no emigrar de la zona. Aquella desdichada gente —el señor Rico y su familia— había pedido al gobernador el permiso de aplazar su partida hasta que pudiera “recoger su cosechita de café”. El gobernador respondió que no podía dar la solicitada protección y mandó el caso a la Presidencia de la República, de donde fue diferido al ministro de Gobierno quien lo trasladó de nuevo al gobernador del departamento de Santander. Entre tanto, la familia Rico había encontrado una muerte espantosa a manos de la policía.

Centenares de crímenes con igual sevicia cometieron los sangrientos agentes de un régimen que hacía alarde de ser libre y democrático. Iniciándose en Santander, estos “guardianes de la ley y el orden” libraron una batalla feroz contra los liberales en departamentos como Boyacá, Cundinamarca, el Valle y Caldas. En este último departamento aparecieron por entonces las primeras pandillas de los que más tarde se denominarían “pájaros”, matones a sueldo organizados y entrenados por un conocido político conservador. Los desalmados “pájaros” incursionaban los campos, haciendo huir de sus tierras a toda persona afiliada al Partido Liberal. Allí donde operaban, transformaban la estructura política de la región.

A esta violencia, los trabajadores agrícolas empezaron a responder también con violencia. Hambrientos y desposeídos, les quedaba poco por perder. A las ciudades acudían miles de campesinos en busca de trabajo. Su voz de angustia llegó a los oídos de Jorge Eliécer Gaitán quien, dos meses antes de morir, encabezó una multitudinaria Marcha del Silencio a la Plaza de Bolívar de Bogotá. Allí, en presencia de unos cien mil manifestantes, a pocos metros del palacio presidencial, Gaitán dio expresión a la oración que estaba callada en labios de su pueblo. Se dirigió al presidente Mariano Ospina Pérez.

“Impedid, señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. Señor presidente, nuestra bandera está enlutada y esta silenciosa muchedumbre y este grito mudo de nuestros corazones sólo os reclama: que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como queráis que os traten a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes”.

Este espectáculo conmovedor fue la última gran manifestación no-violenta del pueblo colombiano. Dos meses más tarde, con el asesinato de Gaitán, el refrenado rencor del pueblo se desbordó en una orgía de sangre. El

terrible "Bogotazo" de abril de 1948 fue el momento en que los trabajadores oprimidos irrumpieron espontáneamente para rebelarse contra la violencia oficial. Y como habían sido divididos por sus jefes políticos en dos partidos opuestos, se dejaron conducir a una guerra entre unos y otros. Esa fue la suerte de los desposeídos.

Los de arriba, en cambio, salieron ilesos. A través de la inmunidad que les aseguraba siempre su dinero, ellos, los políticos de turno, los terratenientes, los hombres de negocio, al lado de sus aliados, los llamados "líderes espirituales del pueblo", hicieron pronunciamientos sobre la triste condición de los colombianos. Su veredicto fue fácil y trillado, Atribuían la culpa a los "agentes del comunismo internacional" quienes, aseveraban, se aprovecharon de "la ignorancia de los pobres".

De lo anterior fue poco lo que pudo infiltrarse por el caparazón protector del seminario de El Chicó. Llegaron noticias del Bogotazo, naturalmente, a oídos de los seminaristas, pero tan tergiversadas que la justa lucha del pueblo fue vista como si fuera una guerra diabólica contra la santa religión. El obispo Builes, el prelado más elocuente de la época, publicó prontamente una pastoral sobre los acontecimientos, que en unos apartes rezó así:

"Era la tarde del 9 de abril, como rugidos del infierno repercutieron en los oídos de los creyentes las más horrendas blasfemias contra Dios, vomitadas por bocas impías en todo el suelo de la patria. Al odio de Dios se siguieron los atentados apenas creíbles contra todo lo divino: ultrajada la presencia real de Jesucristo en la adorable Eucaristía; arrojadas por el suelo y pisoteadas las sagradas especies; robados los vasos sagrados y utilizados en usos innobles, como en la negra noche de Baltazar; destronadas de sus nichos y hechas pedazos las sagradas imágenes; destinadas las sacristías a iniquidades y diversiones inmundas; amontonados y convertidos en piras los ornamentos sagrados, los muebles y demás elementos del culto; incendiados los templos, las casas religiosas y los palacios de la Nunciatura y del prelado...".

A continuación monseñor Builes mencionó de paso la muerte de varios sacerdotes y hasta la de algunos civiles, pero dejó muy en claro que, según su concepto, la pérdida de esas vidas era de una importancia menor si se comparaba con el daño causado a las propiedades eclesiásticas, y en ningún momento indicó cuáles habían sido las causas reales de la catástrofe. Camilo y sus condiscípulos quedaron convencidos de que la tragedia más grande que ocurrió el 9 de abril había sido la destrucción de dos palacios, los del nuncio y el arzobispo, por una pequeña camarilla de extremistas anticlericales. Ignorantes de la realidad, se limitaron a hacer votos por el bienestar de la Iglesia y sus ministros.

Este lamentable aislamiento de Camilo no era, ni mucho menos, un caso único. Si él se había cerrado a todo contacto con el pueblo, la gran mayoría de los de su clase social había logrado lo mismo sin necesidad de meterse en un claustro. Trataban exclusivamente con los del mismo estrato económico y se negaban a reparar en la realidad porque no era de su agrado.

Camilo, por el contrario, dejó el mundo por motivos más nobles. En el silencio del seminario esperaba encontrar la fuente de la sabiduría y de la gracia para beber profundamente de ella y luego volver a su pueblo como un hombre consagrado (en el mundo, pero ya no del mundo) con el mensaje cristiano de la fe y la esperanza. Y si los estudios oficiales no le daban adecuada preparación para poder cumplir esa misión, Camilo no vacilaría en tomar iniciativas.

Consiguió, con Gustavo Pérez, la aprobación del rector para su Círculo de Estudios Sociales en el que ya participaban varios de sus amigos, casi todos de las capas altas y medias de la pirámide. Mandaron imprimir elegantes tarjetas de visita para darle al grupo un cierto *caché*.

Ahora sus estudios abarcaban algunas de las encíclicas más recientes. Leían, por ejemplo, la *Quadragesimo Anno* en la que el Papa Pío XI condenó enérgicamente al socialismo y pretendió dar, con la respuesta cristiana, una solución al problema de las injusticias cometidas contra los asalariados. Estudiaban también algunos documentos colombianos, entre otros, un folleto titulado *El Manual del Trabajo*, escrito en Bogotá en 1945 por el padre Juan Botero. Este autor insistía en la importancia de lo que llamaba “círculos obreros” (o sea, grupos de estudio en las fábricas) “a fin de impedir que las masas sigan hacia la izquierda comunista y se pierdan para siempre para la Iglesia”.

Botero enumeraba las excelentes leyes sociales que databan de la década anterior —es decir, las reformas liberales de Alfonso López— pero no decía nada acerca del abismo entre esas disposiciones jurídicas y su cumplimiento, ni contaba que fueron burladas y pisoteadas tanto por los empresarios como por los mismos políticos. Los estudiantes tampoco investigaban las estructuras económicas y políticas que necesariamente llevaban al poder a una sucesión de gobiernos corrompidos. Atendían únicamente a las leyes mismas, sin tener ninguna oportunidad de ponerlas a prueba en el contexto real del país.

Otro escritor clerical que les proporcionaba material de estudio era el reverendo Andrés Basset. En un grueso tomo, *Justicia conmutativa y contratos*, Basset explicaba el Código Civil colombiano, y su libro impresionó a los jóvenes lectores como un verdadero monumento a la rectitud de criterio. Les enseñaba que los sindicatos obreros no se debían utilizar para fomentar la lucha de clases, y que aquellos que se aprovechaban en esta forma de una organización sindical estaban pecando gravemente. Pertenecer a un sindicato comunista, escribía Basset, era pecado mortal.

Doctrinas de esta índole fueron ampliamente divulgadas por medio de los panfletos de un sacerdote jesuita, Vicente Andrade Valderrama, quien había montado la Unión de Trabajadores Colombianos (la UTC) para contrarrestar la influencia pecaminosa de la Confederación de Trabajadores Colombianos (la CTC) que bajo el control del Partido Comunista se vislumbraba como la única organización obrera a escala nacional. El padre Andrade, S.J., fue muy bien visto por los gobiernos conservadores de aquel entonces. Aprobaban sus diatribas contra el comunismo, la lucha de clases, la propiedad colectiva, y

aplaudían cuando el sacerdote alababa la propiedad privada, la autoridad legítima y todos los demás atavíos morales con los cuales los gobernantes justificaban su continua acción represiva.

Camilo no tenía por qué poner en tela de juicio la seriedad de estos autores. Si se hubiera mantenido en contacto con sus antiguos amigos de colegio —con Luis Villar, por ejemplo, quien se estaba convirtiendo en un líder estudiantil de izquierda— tal vez habría cuestionado las aseveraciones de los clérigos. Pero por el momento no tenía ningún otro punto de referencia para orientarse en materia social. Sólo los manuales y las encíclicas moldeaban su pensamiento.

Por fortuna, Camilo no se contentaba con las ideas divorciadas de la acción, y un cierto sentido común le ayudó a mantener un pie, por lo menos, en la tierra. No le parecía lógico estudiar libros sobre la justicia social si uno no veía la pobreza, ni hacía nada por aliviarla, ni sabía siquiera a qué olían los pobres. Había observado un racimo de chocitas colgadas en las lomas de los montes que se levantaban detrás del seminario, donde habitaban familias de picapedreros que trabajaban allí. Camilo pidió permiso para poder visitarlas y darles instrucción religiosa. La solicitud, aunque desusada, fue aprobada por el padre Solano. Así que, de allí en adelante, después del almuerzo, a la hora en que los demás seminaristas salían del comedor y corrían hacia los campos de deporte, Camilo trepaba montes para hacerle la visita a una pobre viuda que vivía con toda su tribu de muchachitos en una casa que había improvisado con trozos de lata, tablas desvencijadas y viejas cajas de cartón.

Por fin, pensó Camilo, había iniciado su apostolado con los pobres. No le importaba que sus condiscípulos lo consideraran un tanto excéntrico. Ellos se reían al ver a “Camiloco” precipitándose cuesta abajo para alcanzar el seminario cuando la campana ponía fin al recreo. Pero, no obstante las bromas, se sentía feliz por haber empezado a ejercer, en cierta manera, su ministerio sacerdotal. Poco a poco, logró convencer a algunos de sus amigos de que lo acompañaran, y por las tardes subían las colinas con catecismos y libros de gramática para adelantar su labor educacional.

En una ocasión le pidieron al padre Solano que llevara los sacramentos a un hombre que yacía enfermo en una de las casuchas. El vicerrector subió a socorrerlo y sintió repugnancia al toparse con las condiciones miserables en que vivía aquella gente. El inválido, que se moría de tuberculosis, compartía su cama con otro, ya que no había alquilado sino la mitad de la pieza. El padre Solano quiso ayudar a remediar la situación, y esa misma noche visitó a doña Mercedes Sierra en su mansión señorial a quinientos metros del seminario. Doña Mercedes, propietaria de casi toda la zona de El Chicó, había donado un lote para la construcción del seminario. Semejante benefactora, pensaba el padre, estaría dispuesta a ayudar a los pobres de las canteras.

Se equivocó. La señora no quiso oír hablar de miseria. Respondió, enfática, que no soportaba un tema tan desagradable. Además, se encargaba de suficientes obras de caridad. El padre Solano regresó al seminario desilusionado. Su fracaso hizo comprender a Camilo que la solución al

problema de la pobreza no se debe buscar precisamente en liberalidades de los ricos.

En época de vacaciones, Camilo tuvo más oportunidades de mezclarse con los marginados. El padre José Restrepo, uno de sus profesores, mantenía una vieja casa como especie de albergue para los muchachos desamparados de la ciudad —los que los bogotanos llaman *gamines*—. Muchos seminaristas solían ir a entretenerlos y educarlos. Pero ninguno frecuentaba la casa tanto como Camilo, ni gozaba tan desmesuradamente con la compañía de los niños. Era tal su entusiasmo que el padre Restrepo, ya envejecido, soñaba en Camilo como su sucesor.

También en las vacaciones de verano pasaba días en su casa con Isabel, y visitaba la residencia de su padre. Calixto (“mi viejo Herodes”, como le llamaba Camilo afectuosamente, aludiendo a su pediatría) se adivinaba triste y solo. Camilo salía deprimido de “el cuarto de solterón” donde su padre vivía en casa de sus hermanas. El viejo médico estaba más introvertido que nunca y reiteraba las mismas quejas y los mismos sufrimientos. Sólo al hablar de política olvidaba momentáneamente sus propios problemas y se desataba en ataques verbales contra los godos. Y a su hijo no le quedó duda acerca del rechazo que su padre sentía por la farsa electoral que llevó a la presidencia, a fines de 1949, al ultraconservador Laureano Gómez.

La llegada al poder de Laureano Gómez y su subsiguiente dictadura dejarían en Colombia una cicatriz imborrable. Bajo su gobierno, *La Violencia* recrudeció, desembocó en crueldades hasta entonces inimaginables y creó en el pueblo un condicionamiento para la violencia que sería el contexto de la vida madura de Camilo.

Durante cuarenta años, Laureano Gómez dominó el escenario de la política colombiana. La imagen de esa cara toscamente esculpida y su penetrante mirada de energúmeno se grabó en la fantasía colectiva del pueblo. Gómez, que se había formado en Francia en la escuela de la *Action Française* de Charles Maurras —un movimiento condenado por Pío XI y rehabilitado por Pío XII— regresó a Colombia en los años treinta decidido a luchar por la creación de una sociedad católica de tipo hispano, integrada bajo las dos espadas, Iglesia y Estado. Con brillantez y sarcasmo arrollaba a sus adversarios en los debates parlamentarios y fue considerado el mayor estadista de su época, aunque esta fama se la debió a su capacidad oratoria, no a su honestidad.

Al llegar Colombia a los años cuarenta con su herencia de desintegración, tanto económica como moral, Gómez había alcanzado la madurez de su retórica. Con dinero donado por un sector de la oligarquía, fundó un periódico, *El Siglo*, en cuyas páginas libraba sus batallas con celo de cruzado. La derrota de la República Española lo inspiraba, y jamás ocultaba su admiración por los nazis y la Falange. En 1940, el editor de *El Siglo*, vocero de Gómez, burlado en el Senado por sus amenazas de “revolución”, replicó furioso: “Ríanse todo lo que quieran. Pero no crean que nos faltarán armas. ¡Las conseguiremos donde las consiguió Franco!”.

En sus campañas contra los liberales, Gómez se valía de todos los métodos, descendiendo incluso, cuando lo estimaba necesario, al nivel de la más vulgar prensa amarilla para desprestigiar a sus adversarios políticos. Una vez hubo logrado la elección de su candidato Ospina Pérez, en 1946, condujo a sus copartidarios del conservadurismo a la persecución implacable de liberales. De modo que Gómez, tal vez con mayor razón que Ospina, puede considerarse uno de los autores principales de La Violencia.

La rebelión popular que lo había obligado a exiliarse en abril de 1948 dio origen también a unos grupos guerrilleros que fueron creados bajo la inspiración y con el apoyo, por lo menos tácito, del Partido Liberal. Estas guerrillas liberales, iniciadas como una medida de defensa, no se demoraron en tomar la ofensiva contra la policía política del gobierno. Esta fue precisamente la provocación que Gómez deseaba. Regresó de España en son de guerra, y al pisar suelo colombiano, el 24 de junio de 1949 en el aeropuerto de Medellín, respondió a la aclamación de sus copartidarios con el saludo de la Falange. Levantó el brazo a la usanza fascista y gritó: “

En los meses siguientes, la violencia aumentó en los campos y se hizo sentir hasta en el propio Congreso. El hijo de Laureano Gómez, Álvaro Gómez Hurtado, organizó bochinches parlamentarios que desembocaron, el 8 de septiembre, en un pistoletazo; unos representantes conservadores dispararon, en plena Cámara, contra la oposición.

El gobierno aprovechó este incidente para cerrar el Congreso y declarar el país en estado de sitio. Lo único que faltaba era un fingido proceso electoral para santificar la candidatura de facto. Se montó para el mes de noviembre. En las zonas rurales la represión se acrecentó. En cada departamento agentes del conservadurismo, con el apoyo de mandos militares, realizaron una especie de censo por medio del cual obligaban a los campesinos a inscribirse en su partido. Al hacerlo, el recién inscrito recibía una tarjeta de salvoconducto que llevaba una fotografía de Laureano Gómez y la leyenda que se transcribe:

El inscrito presidente del Directorio Conservador
certifica: que el Señor _____
portador de la cédula de identidad N° _____
otorgado en _____ ha jurado que
no es miembro del Partido Liberal. Por lo tanto su vida,
su propiedad y su familia serán respetadas.

Como resultado de la farsa electoral llevada a cabo el 27 de noviembre de 1949, Laureano Gómez fue nombrado Presidente de la República. Los liberales se abstuvieron de ir a las urnas, y de los 1.140.634 votos registrados, todos, menos catorce, fueron colocados a favor de Gómez.

Uno de los aspectos más tristes de esta historia fue la claudicación de los políticos gaitanistas quienes, a la hora en que el pueblo, muerto su caudillo, pedía una orientación, abandonaron a las masas y se solidarizaron con la oligarquía liberal-conservadora.

Si lo hicieron por interés, las ventajas económicas del nuevo régimen no tardaron en aparecer. Los industriales y empresarios que habían favorecido las reformas de López diez años antes estaban cansados de la inestabilidad política que caracterizaba el período 1946-1949. Reconocían la conveniencia de un "hombre fuerte".

Y tenían razón. El gobierno del "hombre fuerte", desencadenando un derroche de sangre y la miseria de millones de colombianos, creó, sin embargo, un buen ambiente para los negocios.

Estos acontecimientos políticos repercutieron en la formación de los seminaristas, pues el seminario, casi herméticamente sellado contra los contagios del mundo exterior, no recibía sino las influencias que le eran permitidas por la jerarquía reinante. Y en la época de Camilo predominaba en la jerarquía la línea con servadora. Pocos obispos simpatizaban con los liberales. Ya para finales de la década de los años cuarenta, el viejo arzobispo Ismael Perdomo, estaba achacoso y no influía como antes en la política eclesiástica. Vivía en un gran apartamento en El Chicó y andaba con los muchachos del seminario menor, regalándoles dulces que extraía de entre los hondos bolsillos de su sotana. Cuando finalmente se le apagó la vida, fue ensalzado ante los creyentes de Colombia llevando una aureola de santidad. Circulaban estampillas con su venerable imagen, y el apartamento que había habitado fue cerrado hasta el día en que llegara un visitador apostólico de Roma para investigar la posibilidad de la canonización y verificar los milagros que habrían ocurrido a raíz de su muerte. Los obispos actuaron con la máxima prudencia. Congelaron el recuerdo del peligroso arzobispo liberal hasta cuando no apareciera sino la estatua del santo. Sólo faltaba encontrarle un inofensivo nicho y asegurar a un sucesor de tendencia conservadora para llenar la sede metropolitana que Perdomo dejó vacante.

El hombre indicado para el arzobispado era monseñor Concha Córdoba, entonces obispo de Manizales. Hijo de un ex- presidente, había viajado ampliamente por Europa y con versaba fácilmente en tres o cuatro idiomas; era, en una palabra, un bogotano de abolengo y el prelado más distinguido de Colombia. Sin embargo no resultó de buen recibo, pues toda la vida se negó a hacerle el juego al Partido Conservador. Laureano Gómez no había podido utilizarlo nunca, como utilizaba a tantos obispos, como bandera para agitar ante las narices de sus adversarios liberales. Sobre este punto, Concha siempre se mostraba firme y exhortaba a los sacerdotes bajo su jurisdicción a no ponerse al servicio de los políticos conservadores, quienes los usaban para ganar votos en nombre de la religión católica. Por supuesto que Laureano Gómez, resentido por la independencia de Concha, no vaciló en impedir que llegara a ser arzobispo de Bogotá.

Con ese fin postuló un candidato propio: monseñor Crisanto Luque, de Boyacá, confidente de la familia Gómez y conservador a todo trance. Pomposo, de muy limitada capacidad intelectual y fácil de manejar, era el sujeto ideal. Además le llevaba otras ventajas a Concha: de tez rojiza, medía un metro con ochenta —un verdadero adorno en los banquetes y ceremonias públicas. Concha, en cambio, era bajito, fofo y feo; de ninguna manera la figura

elegante requerida para el puesto. Así que Laureano Gómez se las arreglaría para hacer nombrar a Luque.

Recurrió al Concordato entre el gobierno colombiano y el Vaticano. Años antes, el mismo Laureano había luchado para que el Concordato no fuera modificado por los liberales, y ahora pudo invocar una cláusula de aquel acuerdo que rezaba: "El Padre Santo, como prueba particular de deferencia y con el fin de conservar la armonía entre la Iglesia y el Estado, conviene en que a la provisión de las sillas arzobispaes y episcopales proceda el agrado del Presidente de la República...".

Corría 1950, Año Santo y temporada de peregrinación a Roma. A la cabeza de los peregrinos oficiales de Colombia, Laureano Gómez envió a su canciller con el encargo de presentar al Sumo Pontífice los respetos de su gobierno y un bello obsequio. El aristocrático Pío XII debió sentir honda emoción al tomar en sus manos una inmensa piedra preciosa — esmeralda más grande del mundo!— que este gobierno católico le ofreció como símbolo de su adhesión a Roma. Debajo de la gema descansaba una tarjeta blanca en la cual el canciller había escrito, sin mucha sutileza, su recomendación: "Arzobispo de Bogotá —leyó el Santo Padre— Crisanto Luque". El Papa aprobó la sugerencia, y a los pocos días el lerdo obispo de Boyacá fue nombrado para la sede metropolitana.

Tan pronto tomó posesión de la arquidiócesis de Bogotá, Luque destituyó a los "clérigos liberalizantes", como los llamaba, que gozaron de cierta libertad en la época de Perdomo. El rector del seminario, monseñor Díaz, anciano humilde y erudito, se encontró de la noche a la mañana sin puesto. Subió a la rectoría el padre Jesús Martínez Vargas, de poca erudición pero, eso sí, siervo incondicional del nuevo arzobispo. Martínez Vargas se dio a la tarea de descubrir seminaristas de tendencia liberal y tratar de quitarles sus ideas nocivas. En el examen anterior a las sagradas órdenes, a un aspirante se le reconoció como "serio y piadoso", pero Martínez Vargas objetó que "se había manifestado un tanto beligerante en materia política a favor del liberalismo".

Camilo, cuyos padres eran conocidísimos liberales, mereció el cuidado especial del nuevo rector. Urgía que Camilo hiciera lo posible por salvarlos, y le propuso que les hiciera leer El Catolicismo, semanario diocesano, como un buen paso hacia su conversión. Inclusive llegó a insinuar que Camilo no debería ordenarse hasta que convirtiera a sus padres y les arreglara su problema matrimonial.

Como los demás estudiantes, Camilo se reía del rector y su vicio de meterse en los asuntos familiares de cada cual.

—¿Tus padres están separados? —preguntó el rector alguna vez a uno de los muchachos.

—Sí, padre.

—Entonces tenemos que ver cómo volverlos a unir.

—Difícil, padre —replicó el seminarista—. ¡Pues mi papá se murió hace diez años!

Camilo se reía, es cierto, sin embargo, el régimen conservador y las constantes amonestaciones del rector, mas la atmósfera de misticismo en la que pasó su tiempo, lo marcaron profundamente, y se dedicó a la tarea de llevar a sus padres a ser “tocados (según su propia frase) por la gracia de Dios”.

Su madre era blanco fácil. Después de recuperarse del choque inicial del ingreso de Camilo al seminario, Isabel siguió de mostrándole total afecto. Llegaba al seminario con bizcochos para todo el mundo y se convirtió en una especie de hada madrina para los muchachos del campo cuyos padres, a causa de las distancias, no podían visitarlos. La llamaban cariñosamente la Restrepo.

Camilo se volvió el centro de su vida. Sus hijos mayores, Edgar y Gerda, se habían casado y estaban lejos. Fernando, ausente también, estudiaba medicina en los Estados Unidos. No le quedaba sino Camilo, su niño pequeño y la pupila de sus ojos. Si él quería que volviera a la práctica religiosa, ella no tenía inconveniente; lo haría para darle gusto. Sólo esperaba el momento preciso, y éste se le presentó cuando Camilo preparaba a un grupo de niños para la Primera Comunión. Isabel se decidió a darle una sorpresa. Sin decirle nada se confesó, y de pronto, durante la ceremonia de la Primera Comunión, Camilo vio a su madre arrodillada ante el comulgatorio con la boca abierta y la lengua tendida para recibir la sagrada hostia. Los ojos del seminarista se llenaron de lágrimas. Su madre había vuelto a Dios.

Su celo alcanzó tal intensidad que hasta exhortaba a su padre, ateo confeso, a que hiciera “una renuncia espiritual, entrega del alma, abandono de prejuicios, de convencionalismos sociales. Ese paso —le escribió— no lo darás sino por el influjo de la gracia y por eso confío en que mi oración... te logrará esa gracia”.

“Nos has dado todo —le confiaba a ‘Calix’ su ‘papito adorado’— menos lo que más ansiamos: a ti mismo, tu alma, tu esfuerzo por vivir nuestra mentalidad, tu entrega espiritual. Tú dices que la religión es cuestión de sentimientos. Entonces, si tu entrega a mí por medio de la religión falló, fue porque falló la entrega de tus sentimientos... Eso implicaría una entrega espiritual que sé que no harás. Esa entrega tampoco la quiso hacer mi mamá antes de volver al cristianismo práctico... El que enseña a entregarse le ha tocado el corazón”.

Al leer estas palabras Calixto se enojó y, con fina ironía, le hizo caer en la cuenta a Camilo de que Isabel había continuado sus injustos ataques contra él aun después de que “El que enseña la entrega espiritual le había tocado el corazón”.

Para terminar, el médico, más que picado, le recordó a su hijo que “para complacerte asistí a aquel retiro, llegando puntualmente a todas las conferencias, meditaciones y misas sin faltar”. Esta concesión, notable por parte de un anticlerical tan convencido como Calixto, demuestra, entre otras cosas, el efecto de los esfuerzos proselitistas de Camilo.

En realidad el seminario lo transformó. En esas infrecuentes ocasiones en que sus amigos de antes lo encontraban, les parecía una réplica de

Alyoscha, el hermano menor de los Karamazov, y aun sus superiores religiosos se preocupaban por su "escrupulosidad" —lo cual, en la jerga espiritual, quería decir cumplimiento exagerado de las reglas. Su prefecto le aconsejó que no tomara los detalles del reglamento tan a pecho. Camilo, obedeciendo el consejo, se convirtió de buenas a primeras en el bromista y tomador de pelo número uno del seminario. A tal extremo, que el prefecto se lamentaba de haber hecho tanto hincapié en el problema de los escrúpulos, y trató de conducir a Camilo por un camino intermedio, dándole una noción más equilibrada de lo que exigía la vida espiritual.

A pesar de su evidente mistificación, una gran inquietud por lo espiritual tomaba cuerpo auténtico en el Camilo de esa época. Es más, constituía la realidad central de su existencia. Los años del seminario le preservaron mucho de su inocencia infantil y, con seriedad de niño, buscaba humillaciones, cultivando lo que se llamaba "el abandono" y "la pobreza de espíritu". Era el culto al heroísmo, como si el fracaso fuera un bien en sí que debería alcanzarse para poder burlarse de los hombres de éxito. Una derrota alegremente aceptada significaba la llave a todo progreso interior.

Su primera "gran humillación" (como lo recordaba) la sufrió el día que se puso a trabajar con pico y pala con unos muchachos del campo. Habían bajado al jardín para excavar una pequeña laguna artificial concebida como miniatura del Lago de Genesaret. Luego de media hora con el pico, Camilo estaba agotado, pero sus compañeros seguían como si nada, y él, que se las daba de atleta, tuvo que reconocer la superioridad física de los hijos de los campesinos.

Tal vez no entendía que el deseo de humillación era una virtud resbalosa capaz de llevarlo a un sutil autoengaño. Sea como fuera, le nació un anhelo de doble filo: renunciaría a sus privilegios para descender al nivel del hombre común, y al mismo tiempo aprendería a manejar un pico o un machete a la par con cualquiera. En verdad, Camilo, como buen latinoamericano, era machista. Pero siendo también seminarista, con altas aspiraciones espirituales, su machismo se vestía de virtud.

Ese mismo machismo le hizo guardar celosamente un secreto: que tenía como "santo favorito" a Santa Teresita de Lisieux. Sólo a los más íntimos les confesaba su admiración por la monjita francesa del siglo diecinueve, aunque en realidad la autobiografía de Teresita, *L'Histoire d'une Ame*, se había convertido en el libro de cabecera de miles de seminaristas en el mundo católico. Teresita fue la niña mimada de una familia burguesa y sus penitencias posteriores las practicaba a manera de rechazo de los privilegios de su infancia. Camilo encontró que tenía un rasgo común con Teresita. A él también le daba vergüenza que lo reconocieran por la importancia de su familia. Con un cierto masoquismo deseaba los desaires y, como Teresita, cultivaba una "devoción al niño Jesús". Sus meditaciones sobre "la doctrina de la infancia espiritual" cimentaban en su personalidad ese encanto innato algo ingenuo que iba a ganarle el cariño de sus amigos a lo largo de su vida.

Desde luego que Camilo no lo hacía a propósito. Aunque el cultivo deliberado de estas actitudes revelaba síntomas de narcisismo, los seminaristas no tenían conciencia de que estuvieran haciendo nada desusado.

Sus prácticas diarias, tales como la lectura espiritual, la meditación y el examen de conciencia eran costumbres seguidas universalmente en los seminarios y casas religiosas. En el caso de Camilo le ayudaron a formar hábitos de autocontrol y recogimiento ajenos al desorden de su temperamento.

Después de completar su curso de filosofía a fines de 1950, Camilo pasó a la escuela de teología donde tuvo que tomar asignaturas no menos áridas que las anteriores. Pero se dedicó a los estudios prescritos sin ninguna queja, obtenía buenas notas en todas las asignaturas y se regocijaba al pensar que, con el avance de los años, se acercaba más y más al día de su ordenación sacerdotal.

En el transcurso de esos años se incrementaron las vejaciones en contra de sus compatriotas. Hasta las ficciones democráticas habían desaparecido, y la dictadura de Gómez que los azotaba se implantó como un verdadero régimen de terror.

Años antes, José Antonio Montalvo, ministro de Justicia de Ospina Pérez —el que habría sido suegro de Camilo si éste, novio de Teresita Montalvo, no hubiera optado por la vida religiosa— pronunció una célebre amenaza ante el Senado, exclamando que el Partido Conservador se impondría, si fuera necesario, “¡a sangre y fuego!”. Ahora su profecía estaba cumpliéndose.

Un testigo ha dejado la siguiente descripción de aquella época: “Mis ojos vieron muchas cosas. Me tocó presenciar cómo a las ciudades llegaban hombres mutilados, mujeres violadas, niños flagelados y heridos. Vi a un hombre a quien le cercenaron la lengua, y refirieron los testigos que, amarrados a un árbol, presenciaban esa escena dantesca, que los policías que ejecutaban ese acto decían: Te la cortamos para que no volvás a gritar vivas al Partido Liberal, manzanillo hijueputa. Y a algunos les amputaron los órganos genitales para que no procrearan más liberales; a otros les amputaban las piernas y los brazos y, sangrantes, los hacían caminar de rodillas. Y supe de campesinos a quienes mantenían sujetos mientras que otros policías y civiles conservadores, por turnos rigurosos, violaban a sus esposas y a sus hijas. También supe del incendio de la histórica y gallarda ciudad de Rionegro por tratarse de que era la meca del liberalismo antioqueño. Era el desarrollo de un preconcebido plan de exterminio. Sobre todo las gentes humildes del liberalismo eran víctimas de la sevicia y de las depredaciones de esos agentes uniformados. Se fusilaban mujeres, ancianos y niños, a plena luz pública. Los agentes oficiales se posesionaban de las fincas de dueños liberales. Mataban a sus propietarios, requisaban sus guarnieles y disponían de su dinero, de sus bestias, de todo cuanto les proporcionaba el sustento de sus familiares. Era un zafarrancho de pillaje y una orgía de sangre lo que cometían. La impunidad y las sombras de la noche cobijaban esos atroces proceder, estimulados por altos funcionarios del gobierno. Y todo eso se cometía en el falso nombre de Dios, con escapularios en el bolsillo y sin remordimiento”.

Estas masacres, llevadas a cabo en los montes de Antioquia, eran representativas de lo que sucedía en muchas regiones del país. Familias enteras fueron expulsadas de sus casas y fusiladas sin juicio ni proceso. Los

agentes oficiales llegaron a extremos sádicos: lanzaban los niños al aire para ensartarlos en la punta de sus bayonetas; cortaban las orejas a sus víctimas y las exhibían como trofeos en los cuarteles; aviones de guerra descargaban prisioneros como bombas humanas para atemorizar a los campesinos.

Las masas se desquitaban con igual ferocidad, y en varios departamentos se formaron cuadrillas de guerrilleros.

Una vez más los belicosos hombres de Santander fueron de los primeros en tomar la iniciativa. Por los alrededores de San Vicente de Chucurí un agente de la policía, Rafael Rangel, se rebeló y formó una Fuerza de Resistencia Civil. El día de la elección de Laureano Gómez, en el momento en que los habitantes del pueblo fueron llevados a votar bajo la coerción de los fusiles, Rangel llegó a San Vicente galopando a la cabeza de setecientos hombres armados. Quedaron docenas de soldados muertos en la plaza. La guerrilla de Rangel se extendió por la zona selvática de la región de San Vicente y pueblos cercanos, y por las orillas del río Magdalena.

Empero, el movimiento guerrillero más beligerante y, para el gobierno, más peligroso, fue el que surgió en Los Llanos. Bogotá se abriga a la sombra de montañas amuralladas que, en su faja oriental, descienden súbitamente hacia una tierra ancha, plana y quemada por el sol que los colombianos conocen como los Llanos. Los vaqueros que la habitaban eran los menos indicados para agacharse mansamente bajo los latigazos del gobierno. Los llaneros no conocen fronteras ni ley. Acostumbrados a llevar su ganado en busca de nuevos pastos, su vida es la lucha perpetua contra una naturaleza hostil. Hace siglo y medio Simón Bolívar tuvo en ellos a los soldados más intrépidos en la lucha libertadora contra los españoles; así mismo, en los tormentosos años de La Violencia los llaneros demostraron ser los más aguerridos de los guerrilleros.

De repente surgieron sus líderes. Eduardo Franco, hijo de un ganadero acomodado, sintió el llamado de la revolución. Un buen día tomó su pistola, ensilló su caballo y partió como cualquier Quijote hacia los campos de batalla. Admirador de la tenacidad de los llaneros, quienes, levantados en armas, estaban derrotando a los temidos policías de Chulavita, decidió luchar a su lado, abrigando la ilusión de dar mejor contenido político y organización a lo que no era sino un espontáneo movimiento popular. Su proyecto estaba destinado al fracaso. Cientos de combates improvisados bajo el mando de jefes diferentes desperdiciaron el ímpetu revolucionario.

Franco organizó su propia guerrilla en la población de Yopal. Depositó su esperanza en los líderes del Partido Liberal en Bogotá y en los terratenientes liberales de Los Llanos. Éstos, a su vez, contaban con los guerrilleros para defender sus hatos de la violencia conservadora. A la postre, tanto políticos como terratenientes traicionaron al movimiento guerrillero. Cuando los vaqueros y jornaleros que formaban las cuadrillas empezaron a hablar de revolución, de mejores pagos, de donativos de ganado para aprovisionar a los hombres en armas, y hasta de redistribución de la tierra, asustados, los dueños de hatos cambiaron su actitud de apoyo a los guerrilleros e iniciaron

una campaña de delación y entrega a las autoridades, motejándolos de "bandoleros".

Al mismo tiempo, los jefes políticos de la capital hacían vagas promesas de solidaridad, insinuando que los guerrilleros podrían contar con ellos para la obtención de armas, y aun más, que organizaban un golpe de Estado. De hecho, el golpe no resultó, ni tampoco el paro nacional que decían planear.

Los rebeldes de Los Llanos estaban aprendiendo lecciones amargas. Cuando se dirigieron al directorio nacional del liberalismo en Bogotá para solicitar auxilio, el secretario general del partido, Carlos Lleras Restrepo, les contestó en tono condescendiente, "ni autorizo ni desautorizo. Dígales a esos muchachos que estamos de corazón con ellos".

De Bogotá los guerrilleros no podían esperar nada. Como un liberal desilusionado escribiría años más tarde, "cuando la violencia oficial planificada se estrelló contra los pueblos, y las gentes del campo se vieron ante la alternativa de perecer o resistir y optaron por la resistencia, entonces los prohombres liberales, hasta ayer tan valerosos, exigentes e insatisfechos, o se recluyeron en sus casas y particulares ocupaciones, u optaron por la circunspección, la moderación, las buenas maneras, la cabeza fría, los amistosos acercamientos y los respetuosos memoriales". Aun después de que el gobierno cerrara el Congreso, los parlamentarios liberales no dejaron de devengar sus sueldos.

Pero el pueblo continuó luchando. No solamente en Los Llanos sino también en otros departamentos. En el Tolima, sobre todo, las cuadrillas guerrilleras empezaban a tomar las pro porciones de una verdadera amenaza para el gobierno. Tolima consta de grandes haciendas a la orilla del río Magdalena y pequeños cultivos de café en las estribaciones de la cordillera Central. Contra las gentes mestizas, alegres, pacíficas, que habitan esas montañas el régimen cometió las atrocidades más espeluznantes. De los cuarenta y dos municipios del Tolima, cuarenta sufrieron los golpes de *La Violencia*.

Era apenas natural que los trabajadores agrícolas se agruparan en bandas que rondaban por el campo, defendiéndose a sí mismos y a sus familias. Como el enemigo no mostraba clemencia, ellos tampoco. En la capital del Tolima aprehendieron a un viejo profesor de música, y al preguntarle su identidad, el anciano respondió que era director del conservatorio. Lo mataron allí mismo. A estos hombres iletrados la palabra "conservatorio" les sonaba altamente sospechosa.

Las guerrillas del Tolima recibieron una cierta influencia del Partido Comunista y por tanto gozaban de un mínimo de orientación política y conciencia de clase. Sin embargo, por lo general "los intelectuales revolucionarios permanecieron en las ciudades", según la confesión de un destacado miembro del mismo partido. Amparados en la seguridad de las ciudades, los camaradas mandaban instrucciones a los guerrilleros, y éstos se apropiaban de tierras en algunas regiones montañosas, formando milicias dedicadas a la defensa de sus fronteras. Así se iniciaron las "Repúblicas

Independientes” en el corazón de Colombia, zonas rurales que serían sometidas a los ataques y bombardeos de un gobierno tras otro en los años venideros.

Infinidad de cadáveres fueron esparcidos por el suelo, muchos de ellos destrozados. Y terriblemente honda fue la herida que *La Violencia* dejó en el alma del pueblo. Pero el régimen de Gómez era bueno para los negociantes.

El control impuesto a las exportaciones a raíz de la guerra mundial se había levantado, y la venta del café trajo una gran ganancia en dólares para los intermediarios colombianos que monopolizaban su mercado. Aunque el peso se devaluó hasta una tercera parte de su valor anterior, esto sólo creó problemas a los trabajadores; no afectó a los mercaderes, que hacían sus negocios en dólares. El dólar estaba en alza. Las industrias textiles, las compañías de tabaco, las fábricas de cemento, los ingenios azucareros —todos producían dividendos fabulosos. Rendían utilidades que otros países capitalistas, como los Estados Unidos o las economías europeas, ni soñaban. No era raro que la vida humana se valorara poco. Del capitalista se había dicho: “Asegúresele un 10 por ciento, y acudirá donde sea; un 20 por ciento, y se sentirá ya animado; con un 50 por ciento será positivamente temerario; al 100 por ciento es capaz de saltar todas las leyes humanas; el 300 por ciento, y no hay crimen a que no se arriesgue”. En Colombia las ganancias superaban al 300 por ciento.

Esta opulencia engendró sus propios problemas. Suscitó un choque de intereses en el seno mismo de la oligarquía entre industriales y financieros por un lado, y los latifundistas intransigentes por el otro. Estos últimos eran representados por el gobierno de Laureano Gómez, lo cual hizo inevitable que tarde o temprano los industriales lo derrocaran. La intemperancia de Gómez había dado lugar a la creación de las guerrillas, y éstas se salían del control oficial. Para gobernar eficazmente y no perder las riendas, hacía falta un figurón atractivo para las masas y, a la vez, fácil de manejar.

El hombre que gestionó el derrocamiento de Gómez fue Ospina Pérez, a quien el propio Gómez había llevado al poder en 1946. Ospina encabezó una campaña para desacreditar al régimen — nada difícil!— y al mismo tiempo iba fabricando un nuevo caudillo para el pueblo. Un general esta vez. Su nombre: Gustavo Rojas Pinilla.

Por un laberinto de intrigas palaciegas, los conservadores menos retrógrados, junto con ciertos políticos liberales, condujeron al general Rojas Pinilla paulatinamente hacia las candilejas de la vida pública. Manejaban su propaganda con la maestría de los publicistas de Madison Avenue, haciéndole pronunciar promesas de pacificación y de amnistía para los guerrilleros. Finalmente, el 13 de junio de 1953, para sorpresa del mismo general, lo llevaron de un reciente anonimato a la silla presidencial.

Rojas llegó al poder en medio de un ambiente de regocijo. Quienes solían condenar todo régimen militar como un atentado contra la democracia, lo justificaban ahora citando una frase inscrita en las espadas de los conquistadores españoles: “No me saques sin razón, ni me guardes sin honor”.

Los oligarcas habían sacado la espada de la dictadura militar para defender su razón, y no la volverían a guardar hasta que les viniera en gana. Mientras tanto, elogiaban a las fuerzas armadas como guardianes de la libertad y proclamaban a Rojas Pinilla el nuevo Simón Bolívar. Las multitudes bailaban en las calles cantando el Himno Nacional: " la horrible noche!". Y Laureano Gómez escapó de nuevo al exilio.

Un aspecto tragicómico de la nueva situación lo ofrecían aquellos hombres públicos, hasta aquel momento fieles partidarios de Gómez, que daban volteretas de saltimbanqui para engancharse al tropel de Rojas Pinilla. Un caso ejemplar, el del arzobispo Crisanto Luque. Semanas antes, en las ceremonias que festejaban su elevación a la dignidad cardenalicia, desde las gradas de la catedral, empavonado con el esplendor de su capa escarlata, Luque hacía una verdadera profesión de fe al régimen de Gómez. Ahora, 13 de junio, Su Eminencia no tardó en tomar una posición concorde al momento político. Convocó un comité de eminentes juristas que proclamó, con gran solemnidad, el derecho legítimo del nuevo gobierno. Laureano Gómez, es verdad, había sido amigo de la familia; pero igualmente lo era Rojas. Aparte de ello, se cansaba de servir de títere a Gómez, y como Rojas necesitaba el apoyo de la Iglesia, le fue más fácil entenderse con él.

El prelado ordenó cantar el *Te Deum* en la catedral en acción de gracias al Altísimo por haber enviado a Colombia un nuevo salvador. En la fotografía oficial de dicho acto, el general descansa sobre su reclinatorio con un gesto de aburrimiento, o quizás de preocupación; en contraste, el arrogante Ospina aparece arrodillado a su diestra, las bien cuidadas manos enlazadas en actitud de oración y el rostro iluminado con expresión de éxtasis.

Con la bendición conjunta del cardenal y Mariano Ospina Pérez, la oligarquía instaló a Rojas Pinilla en el palacio presidencial.

Por esos días del nuevo régimen, Camilo se preparaba para su ordenación. Entre 1953-1954 llegaba al término de sus estudios teológicos. Conocía la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, pecado mortal y pecado venial, gracia actual y gracia santificante. Había aprendido a resolver los "casos de conciencia" que se le iban a presentar en el confesionario, y las clases de oratoria sagrada le habían enseñado a predicar un buen sermón. Estaba casi presto para el gran día.

Como le faltaba poco para completar sus estudios, había llegado el momento de decidir sobre su futuro inmediato. A Calixto e Isabel no les cupo la menor duda de que su hijo debía perfeccionarse en el exterior. Aunque Isabel hablaba románticamente de cómo iba a servirle de ama de llaves en una parroquia de pueblo, y hasta se imaginaba recogiendo los huevos de las gallinas, sin embargo, si se le hubiera propuesto en serio que Camilo aceptara la suerte de un vicario rural, Isabel se habría indignado. Para ella un Torres Restrepo no era un don nadie. Estaba a la altura, por lo menos, de los hermanos Montalvo quienes se iban a Roma a prepararse para altos puestos eclesiásticos, lo mismo que otros, flor y nata del seminario.

Como era de esperar, Camilo se inclinaba al estudio de las ciencias sociales. Su amigo Gustavo Pérez, ya en Roma, pasaría luego a Bélgica a seguir un curso de sociología en la Universidad Católica de Lovaina. Miguel Triana, recién regresado de Lovaina, ponderaba el avance de esa universidad: a Camilo le informó sobre ciertos teólogos que allá se atrevían a poner en duda las "cinco vías" de Santo Tomás. Camilo, intrigadísimo, decidió hacerle compañía a Gustavo.

No había ningún alumno del seminario mejor calificado que Camilo para los estudios sociales. El círculo que fundara con Gustavo progresaba, y quienes lo componían se consideraban prácticamente sus discípulos. A tal punto que, cuando partía para Lovaina, les pareció lógico que Camilo dejara instrucciones al seminarista que lo sucedería como coordinador del grupo.

"Objetivamente hay que reconocer —escribió Camilo pretenciosamente— que la vanguardia cultural y ascética de nuestro país la lleva Bogotá. Y en Bogotá la debe llevar el clero diocesano, que es la columna vertebral de la jerarquía".

Continuaba describiendo el movimiento de renovación social que tenía en mente: "Tiene que comenzar en el seminario, y dada la orientación que las necesidades exigen, con los que estén más convencidos de la necesidad de trabajar en el campo social. Nuestro círculo, creo yo, debe fomentar cada día más una mística ardiente. Creo que un estudio frío y un convencimiento abstracto no bastan. El trabajo de las minorías solamente es eficaz cuando es el resultado de una convicción apasionada y desbordante".

Luego soltó una frase que tomó a sus lectores desprevenidos: "la violencia no se puede combatir sino con la violencia". Pero inmediatamente se explicó: "ante la violencia de los adversarios (y del contexto es evidente que se refería a los marxistas) en el terreno espiritual y en el de la acción material, nosotros tenemos que oponer la única que nos es lícita: la de las convicciones".

La preocupación por los problemas sociales, lejos de ser característica exclusiva de Camilo, era más bien una moda del momento. Para el adoctrinamiento de los campesinos, José Joaquín Salcedo, eficiente sacerdote de Boyacá, organizaba una gigantesca red de escuelas radiofónicas. Su emisora llegó a ser una de las más potentes de la América Latina. El mismo año, 1954, Salcedo logró un contrato entre el nuncio apostólico y la Philips para la importación de 10 mil receptores. Otro proyecto que llamaba la atención en esos días fue el de monseñor Agustín Gutiérrez en el pueblo de Fómeque donde, gracias a un programa de cooperativas dirigido por el párroco, se creó un campesinado sumamente dócil a los preceptos de la Iglesia. Podría decirse que el éxito en las acciones sociales de inspiración católica fue considerado una garantía de triunfo en la lucha contra el comunismo y otras perturbaciones del orden establecido. En gran estima se tenía a quien se dedicaba al estudio de las cuestiones sociales.

De ahí que los padres de Camilo no pusieran ningún impedimento a su elección. El cardenal Luque también estaba de acuerdo, y como Calixto lo

financiaba, "su eminencia" no vaciló en dar permiso. Inclusive adelantó la fecha de ordenación para facilitar el proyecto de viaje, con tal que todo fuera más cómodo para el hijo de un Torres Umaña.

Este manejo de influencias era cosa cotidiana, aunque Camilo se sintiera obligado a disfrazarlo de virtuosidad. Para lograrlo, recurrió a su virtud preferida. "A nosotros no nos van a mandar al extranjero —le dijo a un condiscípulo. Vamos a tener que pedirlo, que será una humillación".

No resultaría extraña esta tendencia a mistificar cualquier detalle banal. Era fruto de siete años de enclaustramiento en un ambiente en el que las experiencias más rutinarias se sublimaban. Ningún aspecto de la vida se escapaba. Ni las naturales ambiciones, ni las debilidades humanas, ni un sentimiento tan natural como el enamorarse.

Sobre lo último, Camilo aconsejaba a un amigo que sufría tentaciones contra el celibato. "Hay que renunciar a ese amor legítimo —decía—, grande y aun sublime, por nuestro ideal que se presenta como algo especulativo y racional, frío a nuestra sensibilidad, sobre todo en los momentos en que la sensibilidad está ocupada con entusiasmo en otra persona. Hasta un pagano tiene que reconocer que el sacrificio de un valor real y además sensible por un ideal espiritual puramente intelectual es algo digno de un HOMBRE en todo el sentido de la palabra".

Camilo lo exhortaba a "concretar ese ideal en la persona adorable de Jesús ante el cual todo lo que dejamos, noble y sublime, es estiércol". Escribió largas páginas acerca del "sacrificio de dejar a una niña" y afirmó que "o estás decidido a entregarte todo a Jesús, o lo que hiciste al dejarla fue una solemne pendejada".

Con este mismo espíritu de sacrificio y entrega, Camilo se preparó para su ordenación. Como una novia alistando su ajuar. Tenía que seleccionar sus ornamentos, diseñar y mandar imprimir las estampillas conmemorativas, planear una comida para los amigos y parientes, enviar las tarjetas de invitación sin olvidar a nadie y, al mismo tiempo, mantenerse por encima de los asuntos mundanos y meditar en el misterio divino del sacerdocio.

El 29 de agosto de 1954, durante la ceremonia en la capilla del seminario, donde tantas veces había rezado, se sumergió en un mar de emociones tan complejas que no las supo distinguir, menos comprender. Al día siguiente, familia y amigos lo acompañaron al oratorio de su antiguo colegio, el Liceo Cervantes, para la celebración de su primera misa. Los amplios pliegues de su ornamento resaltaban su alto porte, y la suavidad de su voz y su recogimiento agregaban un toque especial a la solemnidad del rito. Los asistentes se emocionaron en el momento en que Camilo, levantando sus manos largas y expresivas, alzó por primera vez la sagrada hostia. A él mismo se le asomaban las lágrimas. Al salir de la sacristía luego de la misa dijo: "Siento que ha sido irreal, como un sueño".

Pocas semanas después, su otro sueño se realizaba: partía hacia Lovaina. El 25 de septiembre, un pequeño grupo de familiares se congregó en el aeropuerto a despedirlo. Su futuro se les mostraba claro. Calixto no dudaba

que Camilo sería un presbítero destaca do. Sentía orgullo al abrazarlo, y lloró aquella mañana como no había llorado, confesó, desde el día en que murió su madre. Isabel, quien viajaba con Camilo hasta Nueva York, feliz de ver que a su hijo se le iban a abrir los horizontes, tampoco dudaba de su éxito. La frase de un amigo de la familia resumió lo que todos pensaban: “Querido Camilo, tenemos la certeza de que en el futuro alcanzarás los más altos títulos en la jerarquía religiosa, pues estás destinado providencialmente a ser un gran príncipe de la Iglesia colombiana”.

Camilo, por su parte, estaba ilusionado con lo que esta nueva etapa de su vida pudiera traer. Presentía que iba a ser importante, y que le obligaría a una suerte de responsabilidad especial.

Un observador cualquiera no hubiera visto en Camilo sino a un joven que gozaba de uno de los privilegios reservados a los de su clase social. En todo caso, nada de esto tenía que ver con la situación que vivían los colombianos que trabajaban en los campos y en las fábricas, luchando por conquistar una migaja de tranquilidad después de tantos años de pesadilla. Si algún trabajador hubiera visto a Camilo aquella mañana abordar el avión para Nueva York, se habría encogido de hombros y continuado, en silencio, su labor.

Capítulo 5

De Lovaina a Minneapolis

Cuando Camilo llegó a Lovaina en octubre de 1954, las primeras lluvias del invierno arreciaban en la pequeña ciudad universitaria. El viejo colegio en donde arrendó una pieza vecina a la de Gustavo Pérez no era una vivienda nada cómoda, y el típico desayuno belga de café y *croissant* le parecía demasiado frugal. Los dos amigos se consiguieron un reverbero eléctrico, instalaron una pequeña despensa con jugos, *cornflakes*, jamón y huevos, y se dieron a la búsqueda de un apartamento más confortable. Hasta se les ocurrió que Isabel acudiera a atenderlos.

Ella permanecía aún en Nueva York con su hijo Fernando. No quería prolongar en exceso esa visita, pero tampoco le apetecía volver a Bogotá a pasar la Navidad en una casa vacía. No sabía qué hacer. Le escribió a Camilo: “Quiero vivir tu vida, minuto a minuto”, y que había pensado “gastar lo que me queda de La Granja en irme a verte”. Obvio que no faltaba sino la mínima insinuación de Camilo para decidirla.

A mediados de octubre Camilo, cansado de lavar platos —tarea que siempre le dejaba Gustavo— puso carta a Nueva York proponiéndole a su madre los rescatara de la sórdida residencia estudiantil. Isabel, por supuesto, protestó. “La noticia me cayó tan de repente. Tengo que madurar la idea y hacer cuentas”.

De hecho, fue Calixto quien tuvo que hacerlas, y sus objeciones al proyecto provocaron nuevamente la ira de su mujer. "Me advierte —escribió La Restrepo, furiosa— que como él está ya muy cansado no podrá seguir prestándome su apoyo por mucho tiempo. Me parece que a tu papá se le olvidó el español, pues una cosa es apoyo, cosa que jamás me ha prestado, ni material ni moral, y otra es la palabra justa pensión obligatoria por ser su esposa y la madre de sus hijos". Estaba resuelta a pelear. Camilo le pidió clemencia para con su padre, e Isabel accedió con la condición de que no tuviera que aguantar "esa palabrita apoyo. En chiste o en serio se la quito de la cabeza y de su léxico".

Dolorido por sus ataques, Calixto le mandó un cheque en seguida, y guardó el talón como prueba. Todo se arreglaba al gusto de Isabel; dentro de unas semanas estaría con Camilo. Llegó a Brúcelas el 15 de diciembre, y Camilo y Gustavo estaban allá para darle la bienvenida.



La Isabel que esperaban se había convertido en los últimos tiempos en una especie de directora espiritual de Camilo a quien esbozaba, de vez en cuando, pequeños tratados teológicos. El mejor de ellos fue el que le escribiera a raíz del incidente del breviario perdido.

Había ocurrido semanas antes, cuando lo estaba despidiendo de Nueva York en la última etapa de su viaje a Bélgica. De pronto, en el aeropuerto, Camilo se dio cuenta que le faltaba su breviario, el libro de salmos y otros

textos que eran lectura obligatoria de todo sacerdote. Ofuscado, envió a su madre y hermano en el coche a buscar el libro al apartamento. Cuando volvieron a Idlewild, Camilo ya había iniciado vuelo a Bruselas. A los pocos días, recibieron una carta donde, reprochándose su negligencia, decía que la pérdida del breviario fue un castigo de Dios por su "disipación" en Nueva York.

Isabel consoló su remordimiento con una joya de teología doméstica. " puedes pensar —le escribió— que hiciste algo malo en estar contento y distraído con tu viaje? ¿En volver a ver a tu hermano? ¿En conocer cosas nuevas? ¿Y que esto hizo que Dios, que es infinita bondad, comprensión y sabiduría, pudiera ofenderse por eso y castigarte haciendo que llegáramos tarde al aeropuerto? ¿Y que por este motivo no tuvieras tu breviario y no pudiéramos darnos el último abrazo? No, mi hijito. Mi Dios es muy diferente del tuyo. Es más humano y más grandioso. El no llegar al avión a tiempo fue falta de cálculo de Fernando en las distancias y en las congestiones del tráfico. Nos mortificó enormemente, primero por tu breviario, pues pensamos en lo que significaba para ti, y luego por la parte sentimental. Pero jamás pensamos en un castigo del Patrón. Estoy segura que esta idea pequeña que tienes de Él se te va a quitar en esos países civilizados, y pienses que todo lo que admiraste y admirarás, aun las obras hechas o ideadas por el cerebro del hombre, son chispas del cerebro divino y por consiguiente debemos admirarlas y agradecerle a Él el que nos permita hacerlo".

Tal era la Isabel —de pelo blanco ya, pero no por eso menos enérgica— que bajó del avión en Bruselas y corrió a los brazos de Camilo aquella tarde de invierno. Alquiló una pieza en el Hotel Royale hasta tener tiempo de buscar un apartamento. Mientras tanto, propuso a Camilo hacer una gira por Europa durante las vacaciones de Navidad.

Calixto les hizo llegar un Volkswagen en el cual pudieron pasear los tres: Camilo, Isabel y Gustavo. Viajaron por Alemania y los Alpes de Austria, gozando de las atracciones turísticas, como el festival de Mozart en Salzburgo, la ópera en Viena, la cerveza de Munich y la misa de medianoche en la abadía benedictina de María Lach. Luego regresaron a Lovaina, reanudaron sus estudios y se establecieron cómodamente en un apartamento escogido por Isabel. Camilo y Gustavo eran los estudiantes mejor alojados de Lovaina, y su casa se convirtió pronto en lugar de encuentro de la colonia latinoamericana.

Presidía estas tertulias Isabel, mordaz y graciosa anfitriona, prodigando chistes y café. Pero a altas horas de la noche, cuando los estudiantes prolongaban demasiado su visita, se oía desde el interior su voz rezongona llamando a Camilo a acostarse. Siempre se quejaba de sus trasnochadas, lo regañaba cuando venía tarde a almorzar, le aconsejaba que no prestara el auto, y amenazaba con represalias su desobediencia. Pero todo en vano. Camilo nunca se acostaba temprano, rara vez alcanzó un almuerzo a tiempo, prestaba el auto a todo el mundo y llegaba a cualquier hora de la noche acompañado de jóvenes desconocidos a quienes acostaba en el cuarto de huéspedes, donde Isabel los encontraba a la mañana siguiente.

Camilo viviría con su madre casi continuamente desde aquella época hasta el final, y su relación nunca fue fácil. Se volvía tan tirante en ocasiones

que Camilo tuvo que imponerse. “Me miraba —confiaba Isabel— con ojos de acero”. Pero ella sabía conquistarlo de nuevo a base de chistes y buen humor. Y, por lo general, les iba como a dos pajaritos en jaula.

En cierta oportunidad, después de una de sus disputas, Isabel le escribió lo siguiente: “Tú tienes que conocerme y tomarme como soy. No estoy, ni mucho menos, a la altura espiritual tuya, pues en primer lugar tú eres un santo, y luego has estudiado y estás estudiando para darte cuenta de los actos y mandatos del Altísimo, y por mucho que yo haga, jamás te llegaré a los tobillos. No creas que no te entiendo un poco; pero no puedes, como te digo, pretender que te comprenda del todo. Cuando eras niño, tú no me entendías, y yo con paciencia y amor te soportaba. Ahora se han cambiado los papeles”.

De esta manera, Isabel lograba hacer las paces y restaurar el ambiente jovial que reinaba normalmente entre ambos.

En la sala del apartamento y en aquel ambiente nació el Equipo Colombiano de Investigación Socioeconómica, el ECISE. El ECISE se concibió en conversaciones entre Camilo y Gustavo durante su primer mes en Lovaina. Los dos hicieron contacto con una cantidad de estudiantes colombianos que compartían su preocupación por los asuntos sociales, y se preguntaban si no sería posible reunirlos. A comienzos de 1955 lo consiguieron.

A pesar de la aparente frivolidad de los primeros días en Lovaina, Camilo no había perdido su tiempo. Su disipación, como todavía la consideraba, se mitigaba por los esfuerzos que hacía para adaptarse a la vida de estudiante en un país y una cultura extraños. Se inscribió en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, llenándose la cabeza con conocimientos fragmentarios de matemáticas, estadísticas, variables independientes y microeconomía, todas materias nuevas para él y, para colmo de males, dictadas en un francés que le costó bastante dificultad aprender. En la lista de lectura recomendada, encontró libros sobre marxismo. Inmediatamente mandó una carta al cardenal Luque pidiéndole permiso para leer autores prohibidos, y el cardenal le concedió licencia con tal que se asesorara: “dirigido en esas lecturas estarás más tranquilo”.

Sin demora, Camilo se fue familiarizando con el medio estudiantil de Lovaina. Conoció a numerosos paisanos y estudiantes latinoamericanos, pues escrutando las filas de cada aula, distinguía las inconfundibles fisonomías de jóvenes de su continente y, entablando diálogo con unos y otros, hizo amistad con un médico del Perú, un ingeniero de Chile, un agrónomo de Ecuador —en una palabra, con gente que representaba toda la gama de profesiones y nacionalidades que antes no había conocido. Estaba en su elemento, y se abrió al recibo de nuevas influencias.

Es posible que se preguntara por qué tanta gente latinoamericana venía a estudiar a Lovaina. La explicación era sencilla. La Iglesia Católica acababa de descubrir, por así decirlo, a la América Latina como una región del mundo subdesarrollado que le competía de una manera especial. A los ojos de los católicos europeos, los habitantes del continente latinoamericano eran, en su gran mayoría, miembros de la Iglesia que estaban en peligro. Si no se hacía

algo para aliviar su miseria, probablemente pasaran "al otro lado", o sea al comunismo. Para evitar esto, era menester entrenar a los intelectuales católicos de la nueva generación para que tuvieran acceso a puestos claves en los gobiernos latinoamericanos del futuro. Por tanto, las universidades católicas de toda Europa facilitaban becas a los latinoamericanos. Pero éstos encontraban la mejor bienvenida en Lovaina.

Lovaina era un fortín de la Democracia Cristiana y sede de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos. Bélgica había sido escenario de las primeras luchas del Movimiento Obrero Cristiano en los años treinta, y un sacerdote belga, Cardijn, fue quien viajó a Roma para convencer al Papa, Pío XI, de que "la tragedia más grande del siglo diecinueve constituía la pérdida para la Iglesia Católica de la clase obrera". Si esa pérdida había sucedido en Europa, no debía repetirse en América Latina. Y Bélgica, país católico, se pondría a la vanguardia de los que luchaban por impedirlo.

Aunque Camilo asimiló algo de este espíritu proselitista, percibió también otro aspecto del problema. De las charlas con sus nuevos amigos dedujo que muchos de ellos no compartían su entusiasmo por la doctrina cristiana, y que conservaban arraigados y comprensibles prejuicios contra la Iglesia y sus ministros. Por ello, Camilo insistía poco en asuntos específicamente religiosos, y cuando convocó, con Gustavo, una reunión de colombianos para redactar la primera plataforma del recién-fundado equipo del ECISE, se expresó en términos amplios: "Buscamos la unión por encima de nuestras divergencias partidistas o ideológicas. Prescindimos de los factores que nos separan, para centralizar la atención en lo que tenemos en común. La juventud no quiere malgastar sus energías y preparación científica en luchas sectarias. Todos concordamos en la idea de un previo examen de la realidad del país, y por eso queremos organizar un equipo de investigación severamente objetivo que informe a la opinión pública".

Este documento fue un buen comienzo. A Camilo y Gustavo les recordaba sus furtivas lecturas de León XIII años antes, actividad que fructificó en el Círculo de Estudios Sociales del seminario.

Aparte de organizar encuentros dominicales entre estudiantes colombianos, en ese primer año Camilo no hizo nada fuera de lo común. Realizó otra gira turística, esta vez a la Semana Santa de España. Y el año académico terminó en junio de 1955 con buenas notas y afectuosas despedidas. Isabel regresó a Bogotá, Gustavo partió para Nueva York, y Camilo a pasar el verano en Berlín.

El siguiente año, 1955-1956, fue más fecundo. Camilo ya se había hecho al nuevo ambiente y estaba en el centro de toda actividad estudiantil, sobre todo en las del grupo latinoamericano. La partida de su madre le permitió mayor libertad para integrarse a la vida universitaria. Causó muy buena impresión a los clérigos belgas, hasta el punto que le ofrecieron el puesto de vicerrector del Colegio Latinoamericano, instituto donde se preparaban sacerdotes europeos para misiones en América Latina. Camilo aceptó el nombramiento y trasladó su residencia al colegio.

La vicerrectoría le facilitó el contacto con algunos eclesiásticos progresistas de mayor talento que había en la Iglesia en ese momento. El padre François Houtart, joven sociólogo y fundador de FERES (Oficina Internacional de Investigación Social) se hizo amigo de confianza. La primera vez que Houtart, un aristócrata, lo invitó a pasar un fin de semana a su castillo, la alegría desbordante del “curita suramericano” sorprendió a los estirados miembros de la familia; pero cuando se acostumbraron a Camilo le tomaron cariño.

Houtart era una de tantos especialistas en materia social que cortejaban a los latinoamericanos. Los invitaban a jornadas de estudio organizadas por la JOC (Juventud Obrera Cristiana), a conferencias de Van Istandael, secretario general de la Confederación Internacional de Sindi Cristianos, a reuniones de la Sociedad Belga de Cooperativas, y a otras actividades semejantes. El joven vicerrector, siempre entre los primeros invitados, hallaba tiempo para todo.

Hasta para asistir a conferencias dictadas por maestros contemporáneos de filosofía cristiana. Jacques Leclerq, anciano canónigo, uno de los sabios más respetados en Lovaina y en el mundo católico, fascinaba a Camilo con sus argumentos criticando las doctrinas del Papa Pío Nono y el Sílabus de Errores. Leclerq, adalid de la libertad religiosa, sostenía que la verdad no tiene derechos; únicamente el hombre los tiene. Esta máxima, nueva para Camilo, lo impresionó.

Charles Möeller fue otro maestro que lo indujo por caminos intelectuales totalmente inexplorados. Con avizor ojo de teólogo, Möeller analizaba la obra de escritores contemporáneos desde Gide hasta Julien Green. Y Camilo, a quien se le había desaconsejado la lectura de estos autores por ser de sospechosa reputación, descubrió en sus novelas reflexiones profundas sobre el cristianismo.

Del mismo modo influyeron en la inteligencia de Camilo las conferencias del padre Gustav Thils aludiendo a “la falta mayor de los cristianos del siglo veinte: haber permitido que el mundo se vaya haciendo y unificando sin ellos, sin Dios o contra Él”, y su propuesta de que la Iglesia “volviera a ser, en un futuro próximo, lo que fue en la Edad Media para el occidente: el centro espiritual del mundo”.

Estos exponentes del pensamiento cristiano recogieron algo de la herencia espiritual del filósofo tomista francés, Jacques Maritain, quien, en su célebre libro *Humanisme Intégral*, abogaba por una “nueva cristiandad” como alternativa a lo que él consideraba “el estado totalitario” de Marx por un lado, y el *sacrum imperium* medieval por el otro. “El problema no es de suprimir el interés privado —había escrito— sino de purificarlo y ennoblecerlo”.

La enseñanza de Maritain cristalizó en los años treinta como respuesta a la doctrina de la Action Française. A mediados de los cincuenta sus nociones habían sido superadas, aunque para Camilo, recién salido de las telarañas de la jerarquía colombiana, constituían una novedad. No detectaba la voz agonizante de los que expresaban su fe en “la tercera vía” entre el capitalismo y el

comunismo. Al contrario, la presumía como una solución tan ideal que la incluyó en varios ensayos escritos en ese período.

La libertad de opinión permitida a los profesores de Lovaina marcaba un sorprendente contraste con el concepto monolítico de poder romano que predominaba en la Iglesia bajo el autocrático Pío XII —pontífice que se establecía como máxima autoridad en todo, desde la obstetricia hasta la bomba atómica. En una oportunidad, por lo menos, les valió censuras. A Mœller y Thils, Roma les suspendió provisionalmente las cátedras cuando se atrevieron a hacer críticas al Vaticano por la medida que decretó el fin del Movimiento de los Sacerdotes-Obreros.

El experimento que la historia recuerda con el nombre del Movimiento de Sacerdotes-Obreros había florecido en Francia, y hasta cierto punto en Bélgica, durante los años de la posguerra. Camilo presenció sus últimos días de existencia. Se sintió inmensamente conmovido por el compromiso con la clase obrera que caracterizaba a los más generosos elementos del clero belga y francés. Estos sacerdotes no habían escrito libros, ni exponían ninguna filosofía nueva. Vivían con los obreros, simplemente, compartiendo sus vidas y sufrimientos. Publicaban documentos sólo para dar testimonio de los hechos que observaban, como la indiferencia de las masas frente a la fe cristiana, al menos en el ropaje en que se les presentaba la religión tradicional.

Nuevamente, como en los tiempos del seminario, Camilo no se limitaba a las teorías y aseveraciones a priori que escuchaba en las aulas. No perdía ocasión de prestar servicios en una parroquia de mineros próxima a Lovaina, y regresaba a sus libros meditando sobre lo que había visto: la dura vida de los trabajadores, la angustia de su párroco y los esfuerzos que hacía por mejorar su suerte. El párroco del pueblo minero era un convencido del Movimiento de los Sacerdotes-Obreros.

Estos sacerdotes practicaban una pobreza evangélica. Dejando de lado todo lo innecesario, trataban de echar un puente sobre el abismo que separaba a la Iglesia de las llamadas "masas descristianizadas". Camilo, bajo esa influencia y avergonzado de su propio estado burgués, decidió vender el auto para vivir más sencillamente y no ser causa de escándalo.

Ocurrió "simplemente infantil", escribió burlescamente Isabel, "Si Cristo viviera en este siglo en lugar de andar a pie o en burro él también tendría su V.W.". En cuanto a la intención de Camilo de vivir pobremente y lavar su propia ropa, su madre afirmó: "Eso puede ser muy lindo y muy edificante para leerlo de un santo del siglo pasado, ¡pero muy jarto!".

No obstante las sátiras de Isabel, Camilo se desprendió del auto e hizo lo posible por cultivar el espíritu del ideal evangélico. "Es claro que la pobreza interior es la principal —le escribió a un amigo— pero es necesario que su exteriorización efectiva se realice muy a fondo. El ambiente creado por las injusticias sociales y por el marxismo hacen que cualquier testimonio a medias sea tildado de hipocresía".

Se sentía atraído por la paradoja, el "misterio" como decía, de las grandes empresas llevadas a cabo por "medios pobres, humanamente

inadecuados, locos como la Cruz". "Por ejemplo —dijo—, ¿de qué sirve un automóvil que nos ayuda a visitar más número de personas, a desarrollar más actividades llamadas pastorales, si el hecho de tener ese automóvil hace que el contacto entre cada uno de nuestros hermanos y la persona de Jesús no pueda establecerse?". En carta a un sacerdote, Camilo pedía: "que estemos siempre inquietos por suprimir cosas superfluas".

Sin embargo, se trataba de algo más que la búsqueda de la pobreza por la pobreza. En su edición del libro *Les Pauvres de Yahvé* por Albert Gelin, que estaba en manos de todo el mundo en esa época, Camilo subrayó dos frases: "La pobreza es un estado escandaloso que no debe existir", y "los grandes profetas eran los campeones de los débiles, y no se cansaban de denunciar la opresión en todas sus formas". Si así eran los grandes profetas, él trataría de convertirse en un profeta menor en la lucha contra la miseria y la injusticia.

Ocasión de hacerlo se presentó durante su primera visita a París en 1956, cuando conoció a un hombre que trabajaba entre los pobres, el famoso Abate Pierre. El abate veía que los tugurianos, los desechados de la sociedad, tenían que alimentarse y vestirse precisamente con lo que la sociedad desechaba. Para llamar la atención sobre esta escandalosa realidad, el sacerdote movilizaba muchachos de los bajos fondos para que escarbaran por entre los escombros de la ciudad a la busca de objetos o alimentos que les pudieran servir. Camilo se ofreció como voluntario para participar en una de estas caserías de basuras por los vertederos de París. La experiencia fue breve, pero significativa. Detrás de la Ciudad Luz, Camilo había descubierto, en su primera visita, un mundo cuya existencia ni sospechan los turistas.

Este tipo de vivencias era el fruto de su propia iniciativa. Su amigo Gustavo compartía su interés en los problemas sociales, desde luego, pero con una diferencia: mientras que a Camilo le gustaba compenetrarse con el problema, Gustavo prefería estudiarlo de lejos. Camilo se enredaba inextricablemente en las vidas y preocupaciones de los demás, mientras que Gustavo analizaba los problemas sentado en su escritorio. Durante ese primer año en Lovaina, por ejemplo, a la hora en que Isabel estaba gritando a Camilo que se acostara, Gustavo ya se había retirado a su cuarto, terminado su tarea y apagado la luz. Camilo, en cambio, se quedaba hasta la madrugada oyéndole a un condiscípulo alguna confidencia desesperada sobre cuestiones de plata o de faldas. Gustavo era alto, como Camilo, y no menos bien plantado. Andaba inmaculadamente peinado y vestido, por contraste con la facha desgredada de su amigo. Ponderaba sus palabras y planeaba sus acciones con gran deliberación. Camilo, a la inversa, improvisaba todo al azar. La única vez que Gustavo vio a Camilo enojado fue durante una de sus excursiones. "Tú siempre arreglas todo a tu gusto —se quejó— y terminamos haciendo lo que tú quieres".

Sin embargo, era muy real la amistad que existía entre los dos, y durante las vacaciones, aún las cortas como las de Semana Santa o Todos los Santos, viajaban a París o Londres, Roma o Berlín, agitando su propaganda para el ECISE y resueltos a convertir a todo estudiante colombiano que tropezara con ellos a la causa de la investigación socioeconómica.

Establecieron comités del ECISE en la mayoría de los países de Europa Occidental.

Ya para entonces el ECISE lanzaba su pequeño manifiesto —redactado principalmente por Camilo— que enunciaba estos principios:

“1. La crisis más importante en nuestro país es la crisis del elemento humano.

2. La forma más efectiva de solucionar esta crisis es la unión de la juventud alrededor de las bases fundamentales: la ciencia en sus incidencias sociales y el desinterés en el servicio de la sociedad”.

Luego el manifiesto exigía una “formación científica y ética”. Estas referencias a la ética y el desinterés que formaban el leitmotiv de las conversaciones y escritos de Camilo, y que reflejaban la “pureza de intención” que se le había inculcado en el seminario, eran los únicos elementos de su ambicioso programa de reformas que lo diferenciaban de tantos otros que se habían elaborado para resolver los problemas del país. Por lo demás, los aspectos técnicos del ECISE eran bastante trillados; consistían en becas para estudiantes, contactos con institutos de investigación, la coordinación con ellos, la realización de los proyectos por canales políticos y administrativos “por todos los medios lícitos que estén a nuestro alcance”, la financiación del movimiento, la apertura de una oficina central y la publicación de un boletín.

Aparte de la importancia que le dio al desinterés y la mención, un tanto curiosa, de “medios lícitos”, el plan de Camilo contenía otro ingrediente que parecía original; hablaba de “la infiltración de nuestros elementos en los organismos que ponen resistencia, para orientarlos hacia los fines patrióticos y científicos que nos proponemos”. La tal “infiltración” no era tan siniestra como sonaba; era simplemente una herencia del lenguaje de la Acción Católica que hablaba de “ganar contactos” en un medio determinado para poder ejercer influencia y presión.

Los hijos de la clase alta y media-acomodada de Colombia, diseminados por las universidades de Europa, recibieron al manifiesto y a Camilo —sobre todo a Camilo— con los brazos abiertos. Se formaron comités en París, Roma, Londres y Madrid, además de la sede en Lovaina bajo la dirección del propio Camilo. El ECISE fue recibido con frialdad únicamente en la ciudad de Berlín.

Camilo visitó Berlín varias veces y pudo refrescar el idioma que había aprendido en el Colegio Alemán de Bogotá donde inició su bachillerato. Pero la atracción principal de Berlín no era la lengua, sino establecer un primer contacto con el mundo comunista, lo que logró por medio del tren subterráneo que lo llevó al otro lado de la ciudad. Allí, en Berlín Oriental, Camilo encontró a un grupo de estudiantes colombianos entre los cuales estaba su viejo amigo Luis Villar Borda. Los dos se habían perdido de vista a través de los años y ahora reanudaban la amistad.

Luis y sus colegas, estudiosos de Karl Marx, se burlaban del cristianismo que inspiraba a Camilo, y del exagerado optimismo del manifiesto del ECISE. Ellos tenían ideas más radicales sobre el cambio social. Camilo, por su parte,

no podía menos que comparar la seriedad de sus amigos marxistas con las parrandas y borracheras típicas de los estudiantes colombianos en otras ciudades de Europa. Le habían contado de una fiesta en Roma que terminó con la caída de un muchacho del octavo piso de un edificio, y le pareció inconcebible que semejante locura sucediera en Berlín Oriental. Escribiendo a un amigo en Bogotá, contrastaba la mística y la austeridad del mundo comunista con la inmoralidad y confort del capitalismo. De la misma manera que los bárbaros habían purificado la decadencia del imperio romano, afirmó Camilo, los comunistas purificarían a los capitalistas.

De Berlín se volvió para Lovaina, rumiando estas ideas, y sin haber conseguido ningún nuevo miembro para el ECISE.

Su segundo año en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales iba a terminar con los exámenes de junio de 1956, y Camilo tenía que seleccionar su especialización y el tema de su tesis para la licenciatura en sociología urbana. Escogió la realidad socio económica de su ciudad natal. De este modo podría aplicar las técnicas sociológicas que había aprendido y, al mismo tiempo, como diría más tarde en la introducción a su tesis, "tomar contacto con el grupo social que constituye la mayor parte de la diócesis en la cual estoy llamado a trabajar". Su motivación principal siguió siendo el ministerio pastoral pues no había disminuido en él, ni mucho menos, el fervor que desde años atrás sentía por su apostolado sacerdotal.

El proyecto de tesis le obligaba a conseguir datos estadísticos sobre Bogotá; así que decidió viajar a Colombia durante las vacaciones de verano, y mientras recogía material para la tesis podría cumplir otra misión: establecer el comité ejecutivo del ECISE en Bogotá.

Al recibir noticias de su próxima llegada, sus amigos, sobre todo los del seminario de El Chicó, se pusieron a la expectativa, ya que hacía dos años que no lo veían.

Desde el momento en que se empezó a hablar de su vuelta a casa, Isabel, en vez de mostrar entusiasmo, como Camilo esperaba, le aconsejó pensarlo dos veces, ya que estando en Bogotá, el cardenal Luque podría obligarlo a quedarse, lo cual impediría que pudiera "coronar su carrera" con un doctorado en Lovaina. Isabel conservaba una pésima opinión del cardenal desde el día en que ella le recomendara que trajera a algunos de los sacerdotes belgas que se preparaban en el Colegio Latinoamericano de Camilo. A su eminencia no le gustó la idea, e Isabel comentó más tarde en una carta, "el cardenal no es muy inteligente (¡perdóname pero la inteligencia es un don de Dios!), pero en cambio es muy zorro y me dio la impresión de que no tiene deseo alguno de traer sacerdotes extranjeros, como no sean españoles bien retrógrados". "Ni mandaré —había continuado el cardenal con poco tino— más sacerdotes a Europa, pues ven otros horizontes y vienen con la ilusión de puestos importantes..." Isabel le aseguró inmediatamente que por Camilo no tuviera cuidado, pues su hijo estaría feliz en la parroquia rural más humilde. Había empezado a repetir su cuento del ama de llaves y las gallinas, cuando el cardenal la interrumpió con "Camilo es otra cosa. ¡Lo tengo para algo grande".

Sin embargo, Isabel no se dejó convencer tan fácilmente; siguió escribiendo sus consejos a Camilo.

Un poco más tarde, el tono de sus cartas se volvió más serio, y no solamente exhortaba a Camilo a que no viniera sino que hasta proponía para ella misma su salida de Colombia, y abrir una residencia estudiantil en Lovaina. Podría dar clases de pintura en porcelanas y hacer cerámicas. En realidad estaba asustada, no tanto por sus dudas sobre el comportamiento del cardenal sino por un acontecimiento público que había causado escalofríos a toda la nación: las masacres que tuvieron lugar en la plaza de toros de Bogotá la tarde de un domingo de febrero de 1956,

La tragedia de la corrida de toros significó el comienzo del fin para el régimen militar del general Rojas Pinilla. El 4 de febrero los aficionados que esperaban la salida del primer toro, se encontraron de repente amenazados por unos rufianes que, de acuerdo con un plan previo, aparecieron en diversos sitios de la plaza, todos armados de garrotes o cuchillos, obligando a la gente a dar vivas al general. Cuando algunos se negaron a hacerlo empezaron las violentas escaramuzas y, en cuestión de segundos, cuerpos golpeados rodaban por encima de las cabezas del público atemorizado, hasta caer al ruedo m de sangre. Sacaron muertos a unos cuantos y docenas de heridos.

La oligarquía, que había llevado a Rojas al poder como una medida transitoria y que, para la época de 1956 estaba planeando su derrocamiento, no vaciló en denunciarlo como culpable del crimen.

De hecho, el escenario para esta masacre se había preparado por medio de la manifestación política en la primera corrida de la temporada, la semana anterior. Cuando el jefe del Partido Liberal, Alberto Lleras, apareció en su palco, estallaron los aplausos; en cambio la llegada de la hija de Rojas y su marido provocó escarnios y rechiflas. Rojas se enfureció de la afrenta a su hija. Sospechaba que el incidente encerraba una maniobra política, y amenazó con "tomar medidas".

La historia no ha puesto en claro cuál de los grupos políticos era responsable por lo ocurrido el domingo siguiente, pero la prensa presentó la tragedia como un típico acto de represión por parte del cruel tirano. Menos de dos años atrás, cuando una cadena de casualidades, igualmente misteriosas, desembocó en la muerte de manifestantes estudiantiles en la avenida principal, los líderes tanto del Partido Liberal como del Conservador habían corrido al palacio para ofrecerle al general Rojas su garantía de solidaridad y apoyo. Pero ahora, resueltos como estaban a destronarlo, evocaban el recuerdo de aquella matanza de junio de 1954 y la señalaban como otra prueba más de su tiranía.

Las clases dirigentes habían improvisado el régimen de Rojas como último recurso, cuando la llamada constitucionalidad se mostró incapaz de detener un derroche de sangre y violencia. Pero esa fue una coyuntura especial. El ejército, en realidad una fuerza policíaca para la defensa de los intereses de las clases altas, cumplía tal función normalmente en la calle, no en la silla presidencial. Los uniformes en palacio daban muy mala impresión. Dejaban demasiado en claro que las familias poderosas no vacilaban, cuando

les hacía falta, en gobernar por tácticas fascistas. Peor aún, con los años, Rojas había logrado una cierta cuota de poder real y promovía las ambiciones económicas de una clase media arribista. Nada extraño, entonces, que los oligarcas viendo que Rojas se había pasado, decretaran su fin.

Al comienzo, el general los había servido bien. A tal punto que un comité especial, presidido por Ospina, lo declaró elegido constitucionalmente para el período 1954-1958. Además, la personalidad jovial de Rojas ganó las simpatías del pueblo, y miles de guerrilleros llaneros, encantados con sus promesas de paz y amnistía, corrieron a deponer las armas. Cuando Rojas hizo una visita personal a Los Llanos, Guadalupe Salcedo, uno de los comandantes guerrilleros más temidos, cabalgaba a la cabeza de sus hombres para encontrarlo en Yopal. El general se le acercó magnánimamente con la mano extendida, y Salcedo, sin apearse, la estrechó con soberbia. La gente se sentía feliz. Eduardo Franco, quien se había exiliado en Venezuela, volvió a Colombia con sus esperanzas, como las de tantos, puestas en el militar bonachón. Grandes sumas del presupuesto nacional fueron destinadas a Los Llanos para la reconstrucción de viviendas y la explotación de la tierra. Pero jamás se habló de la redistribución de la tierra, como soñaban los guerrilleros. Vanamente habían librado la batalla. Ahora, cansados de tantos años gastados en combate estéril, se dejaban engañar por la tregua de Rojas. Después de enterrar a sus muertos, quedaban en las mismas condiciones. Gozaban de una paz relativa, pero vieron que las cosas habían cambiado muy poco. Observaron también, en 1955, que el régimen de Rojas castigaba implacablemente a los que, en otras regiones, se negaban a morder el anzuelo de la pseudoamnistía, o a aceptar una paz según los términos dictados por el gobierno. Ese año, un extenso sector del departamento del Tolima fue declarado "Zona de Operaciones Militares", y la tropa oficial empezó a invadir la tierra, torturando a los campesinos y tomándolos presos, en un esfuerzo por acabar con las llamadas "Repúblicas Independientes". Con razón, los oligarcas habían estado contentos con Rojas y su "pacificación" del país.

Pero los grandes industriales detentaban el poder en Colombia y no tenían ninguna intención de entregarlo a la clase ascendente representada por Rojas. El general no era un industrial; conservador tanto por tradición familiar como por filiación partidista, su política favorecía a los grandes hatos de ganado y los cultivos de azúcar, más que a la industria manufacturera. Por tanto, su economía dependía fuertemente de la agricultura, susceptible de sufrir las consecuencias de cualquier flujo en el mercado internacional. Durante los primeros años de su gobierno los precios del café, el producto principal de exportación, batieron todos los récords. Pero ese boom no fue duradero. Pronto el país estaba pidiendo préstamos, y la burguesía, lejos de aliviar la deuda, la aumentaba sacando su dinero del país para invertirlo, con mayor seguridad, en el extranjero. Fue el momento en que Ospina y su camarilla empezaron a tomar la iniciativa contra Rojas. Ospina representaba los intereses de los grandes empresarios, que necesitaban un gobierno que fomentara la inversión dentro del país. Ya no les hacía falta Rojas, por más que los fusiles hubieran establecido el orden, y el régimen militar hubiese construido grandes obras de infraestructura —carreteras, canales y

aeropuertos— que serían útiles para la oligarquía. Ahora Rojas les sobraba. Había llegado la hora de hacerlo desaparecer.

La gran burguesía controlaba la prensa, naturalmente, y no le costó trabajo fabricar informes y escándalos para desacreditar a la administración de Rojas. Los periódicos hacían hincapié en lo de la plaza de toros, y volvían a sacar de sus archivos las fotografías más espeluznantes de la masacre de estudiantes en 1954. Las masas urbanas se dejaban impresionar con la propaganda antigubernamental, sin caer en la cuenta de que los propietarios de los periódicos eran los mismos que, como presidentes, habían causado la muerte de cientos de miles a lo ancho y a lo largo del país. Los lectores no pensaban ahora sino en las docenas de crímenes perpetrados recientemente por Rojas en la ciudad.

Rojas, arrinconado, desesperado, trataba de frenar a los que manejaban los medios masivos de comunicación, hasta que tuvo que tocar, de todos los tabúes, la vaca más sagrada, o sea la libertad de prensa. La oligarquía lo había conducido a una encrucijada en la que no le quedaba otra alternativa sino cerrar El Tiempo, el diario más poderoso del país, propiedad del expresidente Eduardo Santos. La opinión pública y la opinión mundial se levantaron airadas contra Rojas, y empezaron a doblarse las campanas por su régimen militar.

Fue este el momento que Camilo escogió para anunciar a los miembros de su familia su proyectada visita. Por supuesto que estaban preocupados. No eran inmunes, ni mucho menos, a la propaganda que se había desatado contra Rojas, y hasta llegaban a creer que todo ciudadano vivía bajo una constante amenaza. Fernando, el hermano de Camilo, graduado en medicina, con su consultorio en Bogotá en excelente perspectiva, decidió viajar. Tanto él como su esposa suizo-americana optaron por un futuro menos precario en los Estados Unidos. Isabel se había vuelto una antirrojista militante. Acompañada de amigas recorría la ciudad, regando volantes contra el régimen por las ventanas de su coche. Meses atrás había marchado a la cabeza de una manifestación de protesta. También el viejo Calixto, aunque no se apuntaba para las marchas de protesta, condenaba la inmoralidad del gobierno y, a pesar de sus prevenciones contra los conservadores, veía con buenos ojos la coalición partidista que se estaba fraguando para derribar a Rojas. Sin embargo, Camilo no se dejó desanimar por los oscuros presentimientos de su familia. En julio arribó a casa.

La mera presencia optimista de su hijo ayudaba a disipar la pesada atmósfera que los envolvía a todos. Camilo les explicó que el problema de Rojas no era suyo, que lo resolvieran otros, pues él y sus amigos se sentían “desposeídos de responsabilidades próximas en la dirección del país... ante la imposibilidad de colaborar con la dictadura”. “Era curioso anotar —recordaba más tarde— la semejanza de actitudes entre los jóvenes colombianos que estaban en el exterior por esa misma época, y los que residían en el país. La lejanía de las responsabilidades inmediatas nos daba a todos una orientación más global, más de conjunto, en la solución de los problemas nacionales”.

Esa visión global se había expresado cabalmente en el programa del ECISE. Sin perder un momento, Camilo buscaba a las viejas amistades y entablaba unas cuantas nuevas, entre la juventud profesional de Bogotá, para organizar su comité ejecutivo. En todas partes lo invitaban a hablar, y durante los meses de julio y agosto, en varias salas de conferencia y en docenas de casas particulares, charlaba sobre su plan para “un desarrollo auténtico e integral”.

Pedía una renovación moral y una preparación técnica para romper lo que llamaba los dos círculos viciosos que tenían al país amarrado: el económico y el político-cultural. El primero de éstos lo describía de la manera siguiente: “Tenemos un nivel de vida muy bajo. Esto, en gran parte, porque no hay capitales. Y no tenemos capitales porque no hay producción. Por otra parte, no tenemos suficiente producción, porque no tenemos suficiente técnica. Para formar técnicos se necesita también capital”. De esta forma se desarrollaba el argumento, cazando su propio rabo. La premisa básica era la necesidad de más inversión de capitales, tanto nacionales como extranjeros. De ahí Camilo, por un camino de enredado raciocinio, llegaba a su conclusión que era, casualmente, también su punto de partida, o sea “la falta de técnicos”.

“No aspiramos a ver resueltas las dificultades en un futuro inmediato” — agregaba modestamente. Su proyecto era más bien a largo plazo. Reconocía que el segundo de los círculos, o sea el político-cultural, iba a ser el más difícil de romper. “La acción política —decía— puede ser una culminación de una acción económica, social y cultural previa”.

Los jóvenes lo escucharon con entusiasmo y se decidieron a establecer el comité. Nombraron presidente, secretario, tesorero y vocales, y planearon sus futuras actividades. Pero una vez que Camilo hubo regresado a Europa, el comité bogotano del ECISE terminó por convertirse en un circulito social, verboso pero nada eficaz.

Cuando Camilo visitó el seminario para dar lo que los muchachos llamaban irreverentemente su “rollo sobre los círculos viciosos”, los dejó muy impresionados. Los seminaristas y el clero joven veían en él una de las máximas esperanzas para el mañana de la Iglesia en Colombia. Dos años antes lo habían despedido como un muchacho prometedor, aunque todavía muy pichón. Ahora había vuelto, pipa en boca, discursando sobre el “sub desarrollo” (una palabra que algunos escuchaban por primera vez). Cuando hablaba de sus viajes por Europa, se hacía evidente que andaba en París o en Berlín como Pedro por su casa. No había perdido su sencillez, pero sí había ganado un cono cimientado del mundo que fascinaba a estos alelados muchachos.

También le echaron el ojo los altos funcionarios de la Iglesia, convencidos de que aquí había un joven que llegaría muy lejos. Monseñor Mendoza, secretario del recién fundado Consejo Episcopal de Latinoamérica (el CELAM), solicitó su ayuda para la organización del pabellón para la Santa Sede en la Feria Mundial de Bruselas programada para 1958. Y el cardenal Luque le prestaba más que una mera atención formal cuando le hablaba del sueño,

compartido con Gustavo, de lanzar un centro de investigación social auspiciado por la Iglesia. El mismo interés mostraron algunos de los tecnócratas del clero empeñados en la modernización de la arquidiócesis. “Magnífica idea —le decían—. De acuerdo. Tenemos que ganarles a los comunistas!”.

En aquellas semanas de 1956, mientras Camilo se ocupaba de sus proyectos a largo plazo, otros, como él mismo lo anticipara, se encargaban del proyecto más inmediato: tumbar al general.

Encabezaba la conspiración un hombre que a la calidad de brillante periodista unía la de político garboso: Alberto Lleras Camargo. No era ningún advenedizo. A lo largo de cuatro décadas, los colombianos lo habían observado cambiando varias veces de color ideológico y ajustando hábilmente su velamen político para captar la última brisa que soplabá. Miembro fundador de una célula comunista en los años veinte, ministro ene! gabinete liberal de los treinta, llegó hasta la misma presidencia en 1945, como tapón que cubría el vacío entre López, el presidente liberal depuesto, y Ospina, el conservador. Posteriormente, estuvo al servicio de los intereses de los Estados Unidos en América Latina desde su puesto de secretario de la Unión Panamericana (antecesora de la Organización de Estados Americanos). Este cargo en Washington lo alejó de Colombia durante los peores años de La Violencia. Al regresar, con gran prestigio internacional y amplísimas relaciones en el exterior, se presentaba como el hombre intachable, ajeno a las sucias peleas políticas de los últimos tiempos. Fue llevado inmediatamente a la jefatura del Partido Liberal, y la burguesía puso a su disposición toda su panoplia de recursos, reconociendo en él a la persona indicada para encontrar la fórmula más viable para salir de Rojas.

No es que fuera tampoco una tarea difícil. Sólo se necesitaba una tregua provisional entre latifundistas conservadores e industriales progresistas del Partido Liberal para deponer al molesto militar. Un armisticio semejante era fácil de arreglar entre los líderes de ambos partidos. No obstante, como mosca en leche aparecía el jefe del Partido Conservador, Laureano Gómez, a quien Rojas había derrocado y por ello nutrido de un creciente rencor desde su exilio en España. Gómez no perdonaba a aquellos colaboradores de otra época que habían jurado su lealtad al general Rojas. Existían pocos conservadores que no hubieran participado en el golpe del “usurpador”, como Gómez llamaba al general. Y los liberales, por supuesto, siempre fueron enemigos declarados de los laureanistas. El único político al que Gómez atribuía una conciencia limpia era Alberto Lleras. Lo recordaba como el hombre que tendió un puente entre liberales y con servadores en 1946. Ahora podría tender otro.

Sucedió entonces que, en el mes de julio de 1956, bajo el sol meridional de un pueblo veraniego español, Alberto Lleras empleaba todo su encanto diplomático y su amplia sonrisa de dientes salidos en la labor de coquetearle al arrogante exdictador. Tras varios días de conversación jovial, acompañada de un buen vino de Rioja, los dos políticos firmaron la llamada Declaración de Benidorm, un documento que la historia de Colombia recordará para siempre como una obra maestra de la hipocresía. La declaración afirmaba que La Violencia y demás crímenes cometidos en Colombia se debían a Rojas y sus

seguidores; repudiaba “la violencia ejercitada por armas y elementos oficiales” (si Gómez nunca hubiera permitido semejante abuso!); protestaba contra “el avance del bandolerismo, desconocido por las generaciones anteriores”, y abogaba por el retorno a las “instituciones democráticas” y “la normalidad jurídica”, esas dos ficciones invocadas tradicionalmente por ambos partidos políticos para darle un disfraz de respetabilidad a la dictadura de las clases dirigentes. En una palabra, el documento proponía la unión de los dos partidos. O sea, los mismos jefes que, hasta entonces, habían exhortado a sus partidarios a matar o morir por su partido, se encaramaban ahora encima de los cadáveres de casi medio millón de campesinos masacrados, y publicaban, desvergonzadamente, la noticia de su cordialísima reconciliación en un lejano balneario de España. Al sentir amenazados sus bolsillos, la oligarquía, tanto liberal como conservadora, había llegado al más perfecto acuerdo.

En Bogotá, la noticia del pacto entre Gómez y Lleras fue recibida con alborozo por la familia de Camilo y sus amigos, cuyas opiniones políticas estaban totalmente condicionadas por la prensa oligárquica. Por supuesto que las versiones publicadas en los diarios ocultaban el verdadero fondo del pacto: la alianza de poderosos. Los lectores tampoco se detenían a hacer un análisis de las motivaciones que habían inspirado la nueva coalición. Sólo entendían que ya era tiempo de unirse contra Rojas y acabar con las disputas partidistas. Un año atrás, Isabel resumió la preocupación de las clases altas y medias en una frase sucinta: “Vamos a pasos agigantados hacia el comunismo — escribió—, por consiguiente, ¡hacia el abismo!”. Ahora la coalición fue propuesta por Lleras como “la única salida posible, no revolucionaria, de la dictadura militar”, y como tal merecía la más cálida bienvenida de la burguesía.

Camilo y su generación sentían aversión por estas maniobras políticas, aunque no abrigaban dudas de que el pacto fuera un convenio destinado a despejar el camino hacia la democracia. Camilo, de todos modos, poseía poca formación política. Sus intereses eran otros. Empleaba sus mejores energías en preparar jóvenes técnicos para una acción social a nivel de base.

Ya había tenido contacto con la base durante esas breves semanas en Bogotá. Un amigo escribió por la época, describiendo sus actividades: “Cuando llegó a Bogotá, procedente de Lovaina, estuvo desarrollando un trabajo admirable. Tuvo tiempo para recorrer desde el salón más lujoso hasta la más miserable covacha de los barrios del sur. Un día le dije: ‘En la cárcel X hay un preso político que se está muriendo de hambre y de tuberculosis. No le dejan entrar nada... Tenemos que hacer algo’. Esa misma tarde, a grandes pasos, Camilo penetró en la cárcel. Cuando nos volvimos a encontrar me dijo: ‘ poder el que tiene la sotana en Colombia! Me dejaron entrar inmediatamente y con muchas atenciones. Recorrí toda la cárcel. Confesé a algunos presos. Y me di cuenta del absoluto abandono en que se encuentran esos hombres”.

La suerte de los encarcelados conmovió también a Isabel, quien organizaba comités y recolectaba fondos para su alivio. Bajo el estímulo de Camilo, empezó a visitar a “los pobres infelices (como decía) llevándoles

cuanto podía de cosas materiales y consuelos espirituales". Estaba complacida con que Camilo hubiera conocido la cárcel durante su estadía en Bogotá, dándoles a los presos la oportunidad de ver "que los ministros de Dios están con ellos y que la religión también sirve para protegerlos y no para matarlos y perseguirlos en nombre de Cristo". Isabel no ocultaba su desprecio por la mayoría de los ministros de Dios, y le satisfacía pensar que su hijo fuera un cura de otra ralea.

Un día, cuando Camilo llegó a casa, la encontró charlando con un joven de gafas y cabellos lacios.

"Te presento a mi ateo de cabecera", le dijo Isabel, con la deliberada intención de crear un ambiente de polémica.

La discusión que siguió entre Camilo y este joven, Rafael Maldonado, literato aficionado, tomó calor desde el momento en que el autodenominado ateo se dio a ridiculizar los mitos cristianos de Camilo y tildarlo de "clásico tipo de intelectual burgués... encargado de crear justificaciones para el mundo y la clase que representa". Pero Camilo le quitó el piso cuando convirtió la conversación en un debate serio y, más aún, empezó a adelantarle algunas tesis sobre el cambio social, tan audaces que "me impresionaron fuertemente —confesó Maldonado más tarde— por estar en labios de un sacerdote ¡católico y colombiano!".

Maldonado no demoró en llevar el diálogo al plano político. "¿Considera usted acertada —le preguntó a Camilo— la tesis de que la América indígena, para emplear el término justo, sí es en realidad una colonia sometida al imperialismo norteamericano?".

Sin vacilar contestó Camilo: "Económicamente, sí. Además, los países capitalistas no esperan a que por medio de su sistema nuestros países lleguen algún día a independizarse económicamente, sino que, por el contrario, pretenden mantenernos atados a sus sistema para poder aprovechar más fácilmente nuestra mano de obra barata y nuestros productos básicos a precios irrisorios".

El interlocutor, sorprendido, y todavía incrédulo, continuó bombardeándolo con preguntas, haciendo lo posible por desenmascarar sus alienaciones religiosas. Camilo se defendió bien. Solamente en un momento en que Maldonado lo arrinconaba y exigía respuestas claras sobre asuntos de actividad revolucionaria, Camilo se refugió en las doctrinas de Jacques Maritain.

—Primero —dijo—, para la Iglesia el sistema capitalista en sí no es condenable. El cristianismo tiene tanta fuerza que es capaz de volver humano cualquier sistema, aun al capitalista. Lo que la Iglesia ha condenado es el peligro de abusos que este sistema implica. Segundo, creemos que los católicos pueden abogar por la abolición de tal sistema sin que para ellos revolución sea necesariamente sinónimo de sangre.

—Ahora bien —replicó Maldonado— le pregunto ¿en cuánto tiempo piensan ustedes realizar esa revolución sin que ello implique derramamiento de sangre?

El tono era altanero, y el joven le notó a Camilo “una reacción bastante brusca, que nosotros explicábamos perfectamente, sobre todo teniendo en cuenta que su respuesta tendría que definir y comprometer, inevitablemente, la ideología cristiana que con tanto tacto y maestría venía defendiendo”.

Pero Camilo no perdió las riendas. “ pregunta me la hace como cristiano, o como dirigente político? Si es como lo primero, le digo que en cuanto tal, más siendo sacerdote, eso no me incumbe sino en sentido negativo. Si ese derramamiento de sangre implica odio de cualquier clase que sea, nunca lo podremos realizar. Si es como dirigente político, creo que no lo soy ni lo debo ser, y por tanto no puedo responderle”. Hizo un alto y sintió que su respuesta había quedado inconclusa. “Sin embargo —agregó—, yo creo que un dirigente político cristiano no puede rehuir esa respuesta. Con todo, no la podrá contestar sino teniendo en cuenta circunstancias históricas muy determinadas”.

Estuvieron agarrados durante horas. Maldonado ponía sus trampas a Camilo y quedaba desconcertado cada vez que su víctima escapaba. Camilo hacía las veces de defensor de la fe, pero desarmaba a su contrincante con francas críticas a los errores de la Iglesia. En un momento se mostraba amigo de los dogmas para, en seguida, afirmar que una opción moral dependía, no de principios absolutos sino de “circunstancias históricas determinadas”. Sus ideas no eran muy definidas, pero por eso mismo fascinaban al muchacho, y a veces lo descretaban. A Maldonado le resultaba difícil el debate porque Camilo, sin eludir los problemas que se le planteaban, no asumía una actitud doctrinaria. Buscaba soluciones, dispuesto hasta a aprender de su adversario.

Maldonado no había conocido jamás un cura como el padre Camilo Torres Restrepo.

— ¿Se atrevería a exponer esos mismos pensamientos en público? —le preguntó.

—Naturalmente. La verdad no es para exponerla ante un número reducido de hombres.

El diálogo entre Rafael Maldonado y Camilo, publicado en el pequeño libro *Conversaciones con un sacerdote colombiano*, circuló en Bogotá un poco más tarde y ganó a Camilo la fama pasajera de una celebridad menor.

En septiembre Isabel le recordó que ya era hora de hacer sus maletas, y Camilo se vio precisado a conseguir afanosamente los datos que necesitaba para su tesis, pues a mediados del mes salía de nuevo para Europa.

A medida que se aproximaba el día de su partida, Isabel iba sobrecogiéndose por la nueva ausencia. Lo persuadió para que la llevara también a ella. Prometió cuidarlo como lo hizo en su primer año en Bélgica. Camilo no desaprobó la idea. Decidieron que, cuando él saliera del Colegio Latinoamericano a comienzos del año siguiente, tomarían un apartamento juntos en Bruselas. De ese modo, Camilo podría atender mejor el pabellón para la Feria Mundial y, a lo mejor, alejándose un poco del mundo estudiantil de Lovaina encontraría la tranquilidad necesaria para escribir su tesis.

Esa fue la intención. En la práctica el proyecto no funcionó. Isabel sí viajó a Bruselas y tomaron el apartamento tal como habían planeado. Pero Camilo siguió con sus actividades estudiantiles y la organización del ECISE en varios países. Además, le tocaba asistir a innumerables reuniones del comité encargado del pabellón para el Vaticano. Por consiguiente, en los exámenes de febrero de 1957, fracasó rotundamente.

En mayo de ese año, Isabel regresó a Bogotá y Camilo volvió a Lovaina arrendando una pieza en la residencia estudiantil de Madame Hélene Morren, una matrona autoritaria. Madame no soportaba frivolidades en su establecimiento, y se consideraba totalmente responsable de la conducta de sus inquilinos. En cuanto a Camilo, le reprochaba su tolerancia para con los jóvenes que le quitaban tanto tiempo. Observaba su voluminosa correspondencia, sus llamadas telefónicas incesantes y las visitas, día y noche, a su habitación. Indudablemente es un encanto, pensaba Madame Hélene, pero ella no iba a caer bajo su fascinación. Al contrario, se dio a la tarea de aconsejarlo. Lo llamó aparte y le dijo: “Camilo, usted dice que lo que los estudiantes necesitan es un hermano. Está bien. Pero, más aún necesitan un hermano mayor, y es eso lo que usted debería ser para ellos . La dama no pudo terminar. Sus consejos fueron ahogados por las carcajadas de Camilo. Madame se dio por vencida y conquistada.

De hecho, el ritmo de vida en la Maison St. Jean, como se llamaba la residencia, ayudó a que Camilo organizara mejor su horario y se disciplinara lo suficiente como para sacar, de todos sus apuntes y estadísticas sobre Bogotá, una tesis (*o mémoire*) para la licenciatura. El marido de Madame Hélene, el doctor Lucien Morren, colaboró en el montaje de las complicadas tablas matemáticas. Pero fue su profesor, Yves Urbain, quien dirigió la tesis y dejó su huella, no solamente en Camilo sino en toda una generación de alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales.

Yves Urbain era un autodidacta, hijo de mineros flamencos, que había logrado llegar a la cátedra universitaria. Aunque algo tosco de temperamento, los muchachos gustaban de sus clases llenas de hechos concretos, sin vanas especulaciones. Especialista en el Congo, era también versado en problemas generales del mundo subdesarrollado. Mantenía a flor de labio un inmenso caudal de datos, casos y estadísticas, y la tesis de Camilo —Una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá— reflejaba la influencia del maestro.

Bajo la dirección de Urbain, Camilo produjo una *mémoire* satisfactoria. A pesar de contar con estadísticas no siempre exactas, supo lograr una descripción pormenorizada de Bogotá, su historia, su crecimiento y sus actuales condiciones socioeconómicas. El documento era meramente descriptivo, pues ni Urbain ni ningún otro profesor de Lovaina le proporcionaron las herramientas necesarias para hacer un análisis crítico. Pintaba el trágico cuadro de la clase obrera de su ciudad de origen; mostraba cómo los salarios, por más que aumentaran nominalmente, tenían un valor adquisitivo cada vez menor, cómo los bienes de consumo se producían para un mercado de lujo, mientras que las necesidades de los trabajadores se

descuidaban; también, que en Colombia no se estaba construyendo ninguna industria pesada. Un cuadro tanto más triste cuanto que no hacía un diagnóstico de las causas de estos males y, por tanto, no ofrecía solución. Habló de la clase obrera y la clase media; pero no mencionó siquiera la existencia de las clases altas. Definió a los miembros de la clase obrera como trabajadores manuales, y a la clase media como aquellas personas de actividad más bien intelectual. No cabía en su esquema una referencia a los factores económicos o a las relaciones sociales que determinan las clases. Tampoco se preguntaba en manos de quiénes estaban las fábricas, o quiénes obtenían las ganancias de la industria. Los peritos en la materia, decía, "generalmente atribuyen el bajo nivel de vida en los países subdesarrollados a fallas en las estructuras socioeconómicas, especialmente la falta de inversiones básicas, de demanda para bienes de consumo, de trabajo calificado, de sindicatos, etc.". En uno que otro párrafo, Camilo dejaba entrever dudas en cuanto a que las explicaciones fueran totalmente adecuadas. Pero no encontraba mejores.

A pesar de estas limitaciones, la *mémoire* fue todo un éxito. Le mereció la licenciatura cuando la presentó ante la facultad, en julio de 1958, y siendo su primer trabajo de envergadura, se convirtió en punto de partida hacia investigaciones más serias en el futuro. Lo obligó a estudiar los hechos de cerca, creándole interés en volver cuanto antes a Bogotá para descubrir el por qué de las cosas.

Empero, la redacción de la tesis no constituía el acontecimiento más importante de sus últimos dos años en Europa. Otros sucesos iban a influir más profundamente en su porvenir y, de ellos, tal vez el más significativo fue su encuentro con Guitemie.

Guitemie era Marguerite-Marie Olivieri, una muchacha corsa estudiante en París. Allá la conoció en 1957 entre amigos colombianos, y aceptó su invitación para visitar a unos norteamericanos que habitaban un *quartier* en la periferia de la ciudad. Un domingo por la mañana Camilo la acompañó a Villejuif, uno de los bidonvilles más pobres de París. En aquella barriada vivían familias argelinas, víctimas de una de las guerras coloniales más feroces del siglo. Su nueva amiga, Guitemie, pertenecía a un equipo de gente dedicada a ayudar a los argelinos. Formaban una comunidad de estudiantes, sacerdotes-obreros, misioneros norafricanos y jóvenes profesionales, unidos en su preocupación por los sufrimientos de los refugiados. En medio de ellos, Camilo se sentía a sus anchas, de la misma manera que había congeniado con el Abate Pierre y sus *chiffoniers* durante su primera visita a París el año anterior. Pero pronto cayó en la cuenta de una diferencia fundamental: el Abate Pierre trabajaba para vestir y alimentar a los pobres, no para la subversión del Estado; los argelinos, en cambio, estaban librando una guerra a muerte contra un gobierno colonial sumamente poderoso. Y la sede de ese gobierno era precisamente la ciudad de París.

En la época en que Camilo conoció a los argelinos, éstos estaban llegando al fin de su larga batalla. No obstante el inmenso ejército represivo que los presidentes franceses, uno tras otro, habían montado en Argel, las fuerzas liberadoras se iban fortaleciendo, y el Frente Nacional de Liberación

empezaba a llevar la ventaja. Camilo se encontró metido en un ambiente donde todo el mundo hablaba de revolución. Sabían que tarde o temprano tendrían que ganar. Ningún ejército regular, por más poderoso que fuera, podía resistir indefinidamente los ataques de las guerrillas y del pueblo argelino que las apoyaba. Los compatriotas de París colaboraban con acciones de sabotaje, y Camilo, a través de su contacto con la comunidad argelina en el exilio, intuyó por primera vez algo de las emociones del combatiente. Aprendió también que hasta un intelectual burgués podía cumplir efectiva función en la lucha revolucionaria de un pueblo explotado.

Al menos Guitemie cumplía la suya. Camilo la veía trabajar con la gente, resolviendo sus problemas inmediatos de vivienda, empleo y subsistencia. Descubrió que su inspiración era la fe católica y que de la oración constante y la comunión con Dios, esta mujer tan pálida y frágil sacaba una fuerza descomunal. Se expresaba en el lenguaje del misticismo cristiano. "Todo sufrimiento humano —decía— tiene que purificarse en Dios, ser elevado a Él". Para ella esta no era una mera perogrullada sino algo real, que no entraba en contradicción con su notable sentido común ni le quitaba su buen humor.

Camilo supo —merced a otros, pero jamás por Guitemie misma— que nació de padres adinerados en un chateau lujoso de Versalles. Decían que había salido de la casa a los diecisiete años para ingresar al ejército de liberación de Argel y luchar en primera línea de fuego contra los franceses. Su belleza y su fogosidad dejaron una impresión extraña, casi imperceptible, en Camilo. En su compañía sentía confirmada su misión sacerdotal, ya que ella lo consideraba un hombre ungido, separado de los demás. Sin que inhibiera su espontaneidad, Camilo admiraba en ella su entrega alegre y total al trabajo con los argelinos de Villejuif.

En la primavera Camilo viajó a París para participar con Guitemie y otros amigos estudiantes en la peregrinación a Chartres, convertida en un acontecimiento anual para miles de jóvenes católicos durante la temporada de Pentecostés. Por dos días, los alumnos de las universidades y liceos de París serpenteaban en una columna interminable por las llanuras del Beauce. El casco verdigris de la catedral se recortaba a lo lejos contra el cielo cual barco anclado en el muelle del horizonte, sus capiteles góticos erguidos como dos mástiles gigantescos. Camilo se sentía soldado de algún ejército cristiano marchando por los trigales al compás de sus cantos. A veces hacían alto en el camino. Sentados en los potreros, compartían el pan, el vino y el buen queso de Normandía, leyendo los pasajes de la Biblia sobre el éxodo de Moisés y su largo tránsito a la tierra de promisión. Camilo y Guitemie no podían más que pensar en los argelinos, su larga y penosa travesía hacia la libertad; para ellos, la epopeya de los judíos recobraba actualidad. Recomenzaban luego la marcha entonando himnos marciales. Acampando en un granero, los peregrinos llegaron al día siguiente a la catedral de Chartres donde se reunieron alrededor del altar. Las diez mil voces que vibraban entre aquellas bóvedas medievales durante la solemne liturgia, celebrada como culminación del peregrinaje, seguirían resonando en la memoria de Camilo mucho después de volver a Lovaina.

Camilo participó por segunda vez en la peregrinación de Chartres al año siguiente. Esta iba a ser su última primavera en Europa, mejor dicho, la última de su vida, ya que regresaba a los trópicos donde se desconocían las estaciones. Lo esperaba su misión en una tierra de prolongadas lluvias y sol abrasador. Llevaba consigo un bagaje entremezclado de recuerdos, dudas y convicciones. Pero convencido más que nunca de una cosa: que la fe cristiana era "una fuerza capaz de volver humano a cualquier sistema". Se sentía orgulloso de ser heraldo de esa fuerza. Un sacerdote de la Iglesia renovada, la que conociera sobre todo en Francia. Sus mentores de antaño, los padres dominicos franceses, fueron quienes le señalaron por primera vez la grandeza del mensaje evangélico. Ahora, las inolvidables peregrinaciones y la amistad con apóstoles modernos como Guitemie, confirman su creencia de que "la Iglesia volvería a ser el centro espiritual del mundo".

No le quedaban sino contados días en Europa, y no iba a perder ni un minuto de ese último verano. En julio, tan pronto hubo sacado la licenciatura, salió en una gira con Luis Villar. Se encontraron en Berlín y tomaron un tren para Belgrado. El comunismo independiente de Yugoslavia era motivo de curiosidad para ambos. Observaron los "consejos obreros" y estudiaron los experimentos de industria autónoma que allá se llevaban a cabo.

Una vez de regreso en Lovaina, en octubre, dirigió el primer congreso de estudiantes colombianos en Europa. Fue el mismo Camilo, por supuesto, quien organizara este congreso, en el que lanzó formalmente los equipos del ECISE con un boletín bien presentado, secretarías en varios países y recepción para los delegados en la embajada colombiana de Bruselas.

Luego, el 8 de octubre, con sentimientos de nostalgia y esperanza, se despidió de sus amigos europeos y viajó hacia el Nuevo Mundo.

Mientras Camilo daba los últimos retoques a su formación en el extranjero, Alberto Lleras Camargo, con su habitual destreza, se encaramaba una vez más en la silla presidencial, luego de organizar el aparatoseudodemocrático tan caro a la oligarquía de Colombia.

Su pacto con Laureano Gómez había dado buen fruto. A menos de un año de suscribirlo, Lleras logró que las multitudes festejaran lo que él llamó "las gloriosas jornadas de mayo", o sea el golpe incruento y festivo con el cual derribó a Rojas. Sucedió así: en tanto que el clero conjuraba maldiciones contra el general, Lleras trastornó su gobierno por medio de un paro, no de los trabajadores sino de los banqueros. Paralizó el comercio y la industria lo bastante como para quitarle a Rojas sus soportes económicos y hacerlo caer estrepitosamente. El atónito general tomó un coche que lo llevó al aeropuerto, volando a España y al exilio. Entre tanto, de allí regresaba Laureano Gómez.

A continuación se presentó una especie de zarzuela política, siendo sus principales estrellas aquellos políticos que habían entonado alabanzas a Rojas cuatro años antes y ahora dedicaban sus mejores arias a las virtudes de Lleras en su lucha contra el tirano. Cantaban su triunfo como "la Segunda Independencia de Colombia" —un error aritmético, pues habían usado la misma frase para Rojas. Luego se escuchó un dúo en el que Gómez rogaba a

Lleras asumir la presidencia, y Lleras fingía reticencia hasta sucumbir a “la presión de la opinión popular”. En otras palabras, bajo la dirección de la prensa oligárquica entró en escena la muchedumbre cantando en coro para darle ánimos al esquivo Lleras quien, al final, superó su renuencia y aceptó los altos honores.

Esta obra teatral fue montada con disfraces democráticos. Lleras implantó un sistema bipartidista de gobierno destinado a compartir, por turnos, el botín administrativo por doce años —aumentados más tarde a dieciséis.

Cualquier oposición a este sistema se declaró automáticamente ilegal y, para colmo, la proyectada forma de gobierno se sometió a un plebiscito en el que los votantes tenían que aprobar o rechazar todo un conjunto de proposiciones sin matiz ni discusión. Las llamadas elecciones se realizaron en mayo de 1958 sin ningún candidato de oposición, salvo el representante de una fracción insignificante del ala de extrema derecha del Partido Conservador. Lleras se posesionó en agosto, y todos los medios propagandísticos —prensa, radio, televisión, la Iglesia y las escuelas, los concejos municipales y las asambleas departamentales— proseguían ensalzando las glorias del nuevo régimen del Frente Nacional. Y Camilo pisaba, por fin, suelo colombiano.

Llegó a mediados de enero. Antes de viajar a Bogotá pasó tres meses en los Estados Unidos tomando un curso de sociología en la Universidad de Minneapolis (Minnesota) en la que su hermano, Fernando, como catedrático, le había conseguido una beca. El profesor de Camilo durante aquellos meses, Theodore Caplow, hijo de la generación optimista de Roosevelt, se burlaba de las “teorías arcaicas” de Karl Marx, e insistía en la importancia de la sociología industrial y ocupacional. Caplow demostraba que las ciencias sociales deberían ser estudiadas por los empresarios si querían mantener una alta productividad y, al mismo tiempo, una sensación de felicidad entre los obreros. No cuestionaba, ni momentáneamente, la moralidad intrínseca del capitalismo y el sistema salarial. Aseveraba, en cambio, que los conflictos industriales se estaban resolviendo felizmente por medio de las asociaciones profesionales, el sindicalismo y la educación pública.

Camilo se entusiasmó con Caplow y su mundo color de rosas. “¡hombre es magnífico —le escribió a Gustavo Pérez—, la edición americana de Urbain! ”.

Su apreciación era todavía ingenua; no tenía por qué cuestionar esa ciencia empirista que le habían enseñado. Admiraba la “sociología americana”, como la llamaba, y no vaciló en invitar a Caplow ya otros profesores como conferencistas a Colombia.

Justificaba esa iniciativa con su resolución de seguir una carrera académica. “Cuando vuelva —le escribió a un amigo— estoy resuelto a clavarme en la universidad y a no trabajar en sociología sino a través de ella (la universidad)”.

Estaba de regreso y, como joven talentoso de excelente formación, su futuro parecía inmejorable. Además de sus apellidos y conexiones familiares, lucía la sotana que, según su propia afirmación, “abría todas las puertas en

Colombia". El largo hábito negro resaltaba su alta figura, su blanca tez y verdes ojos chispeantes. Había adquirido envidiable dominio de varios idiomas y poseía un carácter franco y una sonrisa contagiosa que parecía capaz de conquistar hasta el ateo más confeso y de abrir aquellas pocas puertas obstinadamente cerradas a los clérigos de su país.

No hacía alarde de sus ventajas sino que las asumía con la misma despreocupación con la que llevaba su desabotonada sotana.

Capítulo 6

Capellán de la universidad

Entre los acontecimientos que marcarían honda huella en el futuro de Camilo, indudablemente el más significativo fue aquel que sucediera una semana antes de su llegada a Bogotá: la entrada victoriosa de Fidel Castro en La Habana.

El triunfo de los rebeldes cubanos a comienzos de enero de 1959 fue comentado, desde luego, en la prensa de Colombia, pero pareció perder importancia al lado de la revolución de chequeras y camándulas que los obispos y banqueros habían montado para derrocar al general Rojas. Era tal la presunción de la oligarquía colombiana que consideraba a Alberto Lleras y sus "gloriosas jornadas de mayo" incomparablemente más significativos para la historia de Latinoamérica que el éxito de Fidel Castro. Pronto la historia se encargaría de mostrar su error.

Los primeros en responder al llamado del experimento cuba no fueron los estudiantes, y Camilo, a su regreso, se introduciría precisamente en el mundo universitario. Se formaría mediante su acción en el ambiente estudiantil, y como muchos de su generación, alcanzaría la madurez política bajo la sombra de la revolución cubana.

Evidentemente, la rebelión encabezada por Fidel Castro no fue un hecho histórico aislado. Fue simplemente el rompimiento de la larga cadena de fraudes y engaños que el pueblo cubano, igual que el colombiano, y en realidad, el de todo el continente latinoamericano, habían aguantado por siglos. Era inevitable que los viejos y remendados odres de los regímenes oligárquicos se reventaran por la costura más débil. Y se reventaron por Cuba. El fenómeno cubano tomó desprevenidos a la clase gobernante de América Latina y al Departamento de Estado de USA. Su miopía les había impedido detectar, bajo una superficial tranquilidad, las turbulencias que irrumpían por todas partes. Éstas se podían discernir, por ejemplo, en las recientes actividades estudiantiles de Colombia.

Porque el panorama estudiantil en 1959 no era el mismo que Camilo había conocido en sus tiempos de estudiante de primer año de carrera. Desde aquella época hasta hacía poco, los gremios estudiantiles se habían propuesto

metas bastante modestas; reclamaban mayor autonomía, una tajada mayor del presupuesto educativo, nombramientos de profesores según sus méritos académicos, voz y voto en la administración universitaria, y cosas por el estilo. Y aunque estas peticiones seguían en plena vigencia —pues revelaban los verdaderos defectos en el sistema educacional— los estudiantes ahora se abrían a un horizonte más amplio, y reconocían el papel que les tocaba jugar no solamente dentro de la universidad sino dentro de la sociedad en general. En un país donde la mayoría de los ciudadanos no sabían ni leer ni escribir, mantenidos en la más servil ignorancia, los estudiantes constituían una minoría privilegiada. Como tal, estaban llamados a ser, quisiéranlo o no, una especie de conciencia nacional. Limitar su lucha a mejores condiciones estudiantiles sería portarse como miembros consentidos de un club social.

Durante el régimen de Rojas, la prensa liberal los animó en su búsqueda de objetivos meramente universitarios, incitándolos inclusive a los tumultos y a la lucha callejera. Los estudiantes, dejándose llevar tontamente por gente cuyos intereses eran ajenos a los suyos, se ofrecieron como carne de cañón a las tropas de Rojas. En junio de 1954, más de una docena fueron acibillados. No obstante, otros salieron a enfrentarse a los fusiles en la farsa de mayo de 1957. Cuando el humo de estas fútiles batallas se disipó, los estudiantes sintieron el sabor amargo de quien se despierta después de una borrachera. Las lagañas se les quitaban de los ojos, y cayeron en la cuenta de que se habían dejado utilizar inconscientemente como soldados de primera línea de fuego en el ejército de la oligarquía. Lo único que habían logrado era ayudar a Lleras y compañía a armar toda una sofisticada maquinaria política, una ficción de democracia. De ahora en adelante, los estudiantes no lucharían por esa ficción sino por la democracia misma.

Curiosamente, por esos primeros días de enero de 1959 los estudiantes de Bogotá dieron señales de su nuevo despertar. En la Plaza de Bolívar, encaramado sobre los escombros de un bus que habían volcado, Antonio Larrotta, su líder más apasionado y atrayente, arengaba a los transeúntes, condenando en términos inequívocos a la “dictadura económica” del gobierno de Lleras, que acababa de decretar un alza en las tarifas de los buses. La enérgica protesta de Larrotta fue premiada con un éxito provisorio; Lleras se retractó y los obreros de la ciudad no tuvieron que pagar, por el momento, los adicionales diez centavos de transporte. Fue una victoria pírrica, ya que las tarifas pronto volverían a elevarse. Pero el incidente tuvo su importancia. Por primera vez los estudiantes habían salido de su estrecho cascarón para tomar parte en la lucha de las masas trabajadoras.

La campaña contra el alza de las tarifas había comenzado el 7 de enero, cuando aún los rebeldes cubanos estaban entrando por las calles de La Habana, y sería una fecha recordatoria en los círculos estudiantiles. A partir de ahí, Antonio Larrotta fundó el Movimiento Obrero-Estudiantil-Campesino (el MOEC) para encauzar la actividad de los estudiantes hacia las luchas del proletariado, tanto urbano como rural. Larrotta se convirtió en el primer discípulo de la recién nacida revolución cubana. Al principio se encontró casi solo. Los demás estudiantes, aunque resentidos y desilusionados, se mantenían todavía inactivos. Les costó trabajo quitarse de encima el peso de

su largo desengaño. Con el tiempo, la odisea del pueblo cubano les iba a provocar un gran entusiasmo, y en los dos o tres años que siguieron, Fidel Castro se ganaría a miles de jóvenes admiradores en las universidades de Latinoamérica. Algunos estaban destinados a ser más que meros admiradores. Entre ellos, Camilo.

Sin presentirlo todavía, Camilo, en aquellos días de 1959, andaba en busca de un puesto universitario. No se demoró en visitar a su antiguo profesor, el padre Enrique Acosta, capellán de estudiantes en la Universidad Nacional. Enrique fue aquel gordito jovial que acompañara al padre de Camilo en su visita de inspección al seminario años antes, y cuya simpática cháchara en aquella ocasión hizo tanto para calmar las aprensiones del viejo Calixto. Más tarde fue profesor de Camilo en el seminario, y siempre se llevaron bien. Enrique, además de estar encantado de volver a ver a su antiguo alumno, recibió el arribo de Camilo como maná caído del cielo. Se le ocurrió que podría ponerlo a trabajar a su lado en la capellanía y así resolver un grave problema de relaciones públicas. Enrique Acosta, aunque bien recibido en los salones de la sociedad bogotana, se sentía completamente fuera de lugar entre los estudiantes. Por supuesto que tenía su pequeña cama rilla. Las alumnas de la escuela de enfermería gozaban con sus charlas sobre el sexo. Pero la mayoría de los jóvenes lo evitaban como la peste. Y él sabía por qué. El hecho bien conocido de ser el capellán personal del palacio presidencial e íntimo confidente de Alberto Lleras era la peor carta de recomendación para ganarse la simpatía de los estudiantes de la Universidad Nacional. Camilo, con su juventud y su atractivo, sería la persona indicada para acabar con los prejuicios que tanto afectaban el buen funcionamiento de la capellanía. El cardenal estuvo de acuerdo con Acosta, y Camilo fue nombrado capellán asistente.

Camilo se mostró no menos contento que Acosta. El puesto en “la Nacional” lo había salvado de un posible nombramiento para una de las universidades privadas, manejadas por la Iglesia. Su amor por ella, claro está, no había disminuido. Pero justamente porque concebía su labor universitaria como un apostolado de la fe cristiana, creía en la necesidad de sembrar el mensaje evangélico en las instituciones seculares como levadura en la masa. Tampoco bastaba, a su modo de ver, cumplir sólo con la función espiritual de capellán. Tenía que ganarse la entrada al medio académico en pie de igualdad con los demás profesores en materias puramente profanas. Así que, tan pronto como supo de una vacante para profesor de sociología en la Facultad de Economía, se ofreció gustoso y fue aceptado. Todo le estaba saliendo como lo había planeado. No iba a quedar atado a las monótonas tareas de una parroquia cualquiera. Al contrario, sus parroquianos serían los jóvenes universitarios. Viviría con su madre —lo cual a Isabel le caía de perlas— y podría empezar inmediatamente en la Nacional.

Al reiniciar las clases a comienzos del año, los estudiantes vieron que una nueva figura había aparecido en el recinto de la universidad. Vistosa, y de sotana. Semejante espectáculo es taba reservado normalmente a las

muchachas que frecuentaban la capilla. Jamás habían visto a un cura como este recorriendo los pasillos.

Resultaba natural que a los estudiantes les inspirara desconfianza. ¿Qué perseguirá este cura?, se preguntaban. Los más radicales no podían con los curas de ninguna especie. Tenían el peor concepto de ese “lameculos” de Enrique Acosta y, lógicamente, estaban prevenidos contra su nuevo ayudante. Camilo no encontró acogida tampoco entre los hijos de hogares católicos, enseñados a mirar a los sacerdotes con exagerado respeto. Al toparse con este clérigo insólito que comía en la cafetería como cualquier estudiante y contaba chistes de sabor poco religioso, no sabían cómo tratarlo. En cuanto a las grandes masas estudiantiles, apenas si se fijaban en él. Les importaba un comino un cura más o un cura menos.

Así siguieron las cosas, hasta que un buen día, casi a pesar suyo, Camilo rompió el hielo.

Sucedió el martes de la primera semana de marzo. Todavía no se había resuelto definitivamente la disputa sobre las tarifas de buses y las calles estaban atestadas de manifestantes. Los seguidores de Antonio Larrotta hostigaban al gobierno, volcando buses y quemando automóviles por el centro de Bogotá. A la entrada de la Ciudad Blanca —como llamaban cariñosamente a la Nacional— un grupo de muchachos se había congregado para promulgar, por un altoparlante, sus tesis contra Lleras. Estaban en esas cuando, de pronto, alguien percibió al nuevo cura caminando hacia el despacho de la capellanía. En el mismo momento Camilo los vio y trató de esconderse.



“Mejor no me meto en líos —pensó—. No hace nada regresé al país”.

Pero ya era demasiado tarde. Escuchó la voz de un muchacho llamándolo por el parlante: — opina el capellán? Imposible huir. Se acercó sonriendo al grupo.

— ¿Qué opina la Iglesia sobre el movimiento estudiantil? —le preguntaron.

Camilo vaciló un segundo, luego contestó: —La Iglesia está de acuerdo con el movimiento estudiantil con tal que ese movimiento sea justo.

Pronunciando las palabras se dio cuenta de su escasa convicción.

—Miren —prosiguió— ¿ustedes solamente quieren someterse a la opinión de la Iglesia? (los muchachos sentían que les estaba tomando el pelo). ¿O quieren oír mi opinión personal, independientemente de la Iglesia? Si es así, con mucho gusto.

Esto les picó la curiosidad. —Sí. Dígalo.

—Bueno, me parece a mí que lo que ustedes están haciendo —y no estoy diciendo que esté bien o mal— lo podría hacer igualmente gente menos preparada. Uno no necesita segundo o tercer año de carrera universitaria para volcar un bus o incendiar un automóvil.



Sus oyentes, desconcertados, esperaban a ver a dónde iba el argumento del cura.

—Yo sé que ustedes han hecho estas manifestaciones contra el alza de tarifas como una señal de solidaridad con la clase obrera. Pero los estudiantes deben tener métodos más eficaces para ayudar a los obreros y a la gente menos privilegiada.

— ¿Cómo cuáles? —le preguntaron. Y con eso se inició la discusión. Camilo propuso que cada cual ofreciera sus conocimientos a los trabajadores; y los muchachos, acogiendo el desafío, empezaron a imaginar la Nacional convertida en “una gran Universidad Obrera”.

El entusiasmo crecía. Acompañaron a Camilo hasta la capellanía donde se quedaron horas enteras charlando sobre los detalles de su plan.

A Camilo le impresionó la euforia de este ambiente por contraste con la indiferencia que encontrara entre sus amigos del ECISE cuando regresó de Lovaina. Los jóvenes profesionales, a quienes encargara el ECISE de Bogotá

tres años atrás, se habían dejado llevar por el afán de dinero y prestigio. No les quedaba tiempo, decían, para los sueños utópicos de su mocedad. Redactaban los estatutos del ECISE y alguno que otro boletín, mas en lo que se refería a asistencia técnica para los pobres, no habían hecho absolutamente nada. Ahora Camilo ponía sus esperanzas en esta nueva generación de estudiantes. Ojalá respondieran al reto que condiscípulos de otra época rechazaron.

Uno de los muchachos sugirió que se invitara a los alumnos de la Nacional a una asamblea general. Los demás estuvieron de acuerdo y fijaron fecha. Llegado el día, aparecieron tan solo treinta estudiantes. Camilo tal vez imaginó que la nueva generación sería igual a la anterior. Por otro lado, hubiera sido ridículo esperar que esos muchachos enardecidos cumplieran cuanta cosa prometían. No tenía por qué desanimarse. Con los treinta que acudieron a la cita se podría formar un núcleo más o menos seguro. De los presentes, algunos eran alumnos de Camilo en la Facultad de Economía.

Éstos también estuvieron recelosos en un comienzo. Habían entrado a su primera clase imbuidos de los acostumbrados prejuicios contra el clero y en guardia contra cualquier truco que este empleara para conquistarlos. Conocían las maniobras de aquellos clérigos modernizantes que, con sus trajes a la moda, sus sonrisas estereotipadas y sus chistes colorados, hacían desesperados esfuerzos por ponerse al día y ganar adeptos. Los reconocían por lo que eran: los curas de siempre en un nuevo empaque. Camilo no era de ese tipo ni cabía en ninguna categoría conocida. No andaba en plan de admiradores. Se dedicó seriamente a dictar su clase con la sola intención de hacerse entender.

Les habló del plan de estudios para el año que empezaba y de su inquietud por realizar investigaciones concretas. Hizo alusión, medio irónica, a la gente que pretendía estudiar sociología exclusivamente en los libros, e insistió en la necesidad de observar la realidad cotidiana. Tenía interés especial, les dijo, en el nivel de vida de la clase obrera en Bogotá —el tema de su *mémoire*— lo mismo que en los problemas creados por la inmigración de campesinos a la ciudad. Quería estudiar esos hechos sociológicos, tomando contacto con los habitantes de los barrios obreros de Bogotá y, para ello, pidió la colaboración de sus alumnos. Se había presentado sin recurrir a ningún artificio, y una media hora fue más que suficiente para que reconocieran en él a un cura diferente, una persona auténtica. Lo esperaron a la salida de la clase para ofrecerle sus servicios como investigadores, y varios de ellos, fieles a la promesa, estuvieron entre los treinta que asistieron a esa primera reunión.

Allí se fraguó un plan concreto. Decidieron trabajar en un solo lugar. Después de cierta discusión, escogieron el barrio Tunjuelito para su experimento, ya que les parecía el caso típico de una población obrera colocada precariamente en el cinturón periférico de la ciudad industrial. El sábado siguiente, Camilo llenó su viejo coche de futuros sociólogos y salió rumbo a Tunjuelito. Al entrar por las calles del barrio, los jóvenes se reventaban de risa con cada golpazo del carro que brincaba de bache en bache. Camilo anunció su llegada tocando el pito de su carro y los moradores

del barrio se asomaron a las puertas de humildes viviendas para ver qué pasaba.

Situado en el extremo sur de Bogotá, Tunjuelito constituía uno de los tugurios más tristes de la ciudad. Los pobladores procedían del campo donde, a causa de La Violencia, habían perdido sus parcelas de tierra, y ahora, recién venidos a la metrópolis, difícilmente conseguían empleo. Unos pocos lograban vincularse como jornaleros en las ladrilleras vecinas, pero la mayoría viajaban de madrugada en buses destartados hasta el centro de la ciudad, donde ofrecían su mano de obra a distintas fábricas. Si estaban de suerte, eran utilizados por unos cuantos días, siempre mal remunerados. Los más fuertes se ocupaban descargando camiones. Otros, desesperados o astutos, aprendieron a robar en los almacenes. Cada cual luchaba por reunir unos centavos para no regresar de noche donde su mujer y sus niños con las manos vacías.

A este mundo, hasta entonces desconocido, llegaron los jóvenes colaboradores de Camilo. Criados en cómodas casas suburbanas, apenas si sabían de la existencia de las barriadas. Alguno que otro domingo, tal vez, en un paseo que los llevaba cerca de las zonas de pobreza, contemplaron a los niños semidesnudos que corrían asustados delante de sus autos, pareciéndoles pintorescos. Ahora descubrían cuán fríos, cuán hambrientos eran esos niños en realidad. Descubrían también el sufrimiento, la desesperación y las innumerables tragedias escondidas detrás de las barracas, surgidas como hongos en medio del lodo. Ese primer sábado los estudiantes volvieron a sus casas en silencio, y alguno comentó sencillamente: "Hasta ahora no habíamos entendido lo que significa la palabra 'miseria".

Pero no se dejaron desanimar. Alentados por el optimismo contagioso de Camilo, volvían religiosamente a Tunjuelito cada fin de semana, y el experimento se transformó en algo más que una mera investigación sociológica, cuando alumnos de otras facultades también prestaron sus servicios. Estudiantes de medicina examinaban a los moradores con un aire profesional, recetándoles pastillas y agujereándoles los brazos con inyecciones. Abundaban los alumnos de bellas artes y arquitectura que, junto con los ingenieros del mañana, diseñaban parques, jardines y alcantarillados, mientras que los futuros abogados anticipaban consejos sobre los asuntos jurídicos. Los pobladores de Tunjuelito miraban esta actividad con escepticismo. Aceptaban la ayuda de los muchachos, pero la historia les había acostumbrado a no hacerse ilusiones.

En los años 1959-1960 se mantuvo enhiesto el entusiasmo de los jóvenes, tanto que al final la gente de Tunjuelito los recibía con más respeto. Se reunían cada semana para someter la labor a una especie de autocrítica. No querían caer en ningún tipo de paternalismo. Anhelaban más bien una relación de igualdad con la gente, conscientes de que aprenderían más de lo que enseñaban. Ciertamente aprendieron mucho, aunque no se pudo evitar totalmente el aspecto paternalista, pues los habitantes de Tunjuelito venían a beneficiarse de la caridad de muchachos ricos.

En el inicio de estas actividades, altos funcionarios del Ministerio de Educación, impresionados con las iniciativas de Camilo, lo invitaron a integrar un comité para el desarrollo de la comunidad. Poco después, los miembros del comité, la mayoría de ellos sociólogos como Camilo, o jóvenes pedagogos, esbozaron un programa de autoayuda a nivel de base. Luego, en julio de 1959, el gobierno, basándose en ese esquema de proyecto, anunció con gran fanfarria la creación de una entidad oficial, la Acción Comunal, como panacea mágica para todos los problemas del país.

Según los términos de la propaganda gubernamental, la Acción Comunal iba a ser un organismo destinado a enviar, a todos los rincones de la nación, hombres tecnicados con la misión de convencer a los colombianos, supuestamente pendencieros y perezosos por naturaleza, que la solución a sus males se encontraba en el trabajo comunitario y fraternal; sólo faltaba que el pueblo se olvidara de sus antiguas vendettas.

El gobierno del Frente Nacional se declaraba enemigo de las reformas desde arriba. Favorecía la no-intervención en materia de escuelas, industrias, salarios y la distribución de la tierra. El presidente, Alberto Lleras creía en la empresa privada, y la Acción Comunal fue una manera de lavarse las manos de cualquier responsabilidad por la miseria en que se hundían las masas trabajadoras. “El país —declaró solemnemente el ministro de Educación— está lo suficientemente maduro como para salvarse a sí mismo”.

Camilo sabía que aquello no era más que publicidad demagógica. El modesto proyecto que esbozara con sus colegas no pretendía hacer milagros. Le escribió a su amiga Guitemie: “Se propone organizar en gran escala la acción de comunidades locales para la rehabilitación de todas las deficiencias, gracias a la propia organización. Tienen el propósito de hacer algo apolítico y técnico. Sin embargo, tú sabes lo que eso implica en un país latino, tropical y subdesarrollado: intrigas políticas, burocracia, etc. Figúrate que me han propuesto dirigir todo ese movimiento en el país. Me aterran esos puestos de importancia exterior y el burocratizarme. ¡Cada vez veo más lejano mi ideal de vivir pobre entre los pobres!”.

El pronóstico de Camilo resultó certero. El nuevo organismo se convirtió en un hormiguero de funcionarios que no hacían sino tomar “tinto” y hablar “paja” —un verdadero enjambre de zánganos. No existía proporción alguna entre su alto presupuesto y sus precarios resultados positivos. En cambio, gamonales y alcaldes de pueblos aprovecharon la nueva entidad para canalizar el descontento popular en obras públicas, y mantener control sobre los trabajadores. La intención real de la Acción Comunal —respaldar y fortalecer el statu quo— constaba en sus propias publicaciones. En uno de estos manuales, escrito en forma de catecismo, se define al miembro modelo de un comité de Acción Comunal: hombre patriótico, practicante de la religión católica, dispuesto a sacrificarse por la patria y, sobre todo, a respetar las leyes del Estado y ayudar a hacerlas cumplir. Muchas veces, para asegurar la sumisión de los miembros, el párroco del pueblo asumía la presidencia del comité. Los sacerdotes, en general, palabreaban en contra de los conocidos comunistas

locales, y la Acción Comunal contribuía a favorecer su ya tradicional cacería de brujas.

Aunque Camilo no fue nombrado director de la Acción Comunal, colaboraba con ella en la medida de sus posibilidades. De acuerdo con las ideas que expresara en tiempos del ECISE, quería trabajar dentro de las organizaciones existentes, oficiales y privadas, para promover la educación de base. Reconoció en los proyectos de la Acción Comunal la oportunidad de movilizar, en gran escala, a personas voluntarias, y propiciaba la creación de un organismo dentro de la universidad, capaz de ligar a estudiantes y profesores a este plan gubernamental de autoayuda. Como fruto en gran parte de sus esfuerzos se fundó, a comienzos de 1961, el Consejo Interfacultades para el Desarrollo de la Comunidad.

Si en verdad Camilo recomendaba a sus alumnos participar en los programas de la Acción Comunal, lo insinuaba con cierta reserva. Todavía en 1963, cuando la organización llevaba cuatro años de existencia, se refería a ella como una mera "semilla". Por el lado positivo, veía en la Acción Comunal una ocasión para los estudiantes de proyectarse más allá de los muros de la Ciudad Blanca y sus "castillos académicos". "Allí, entre los pobres y humildes —decía— encontraremos valores mucho más grandes que los nuestros, a pesar de todos nuestros estudios".

Los primeros meses entre los pobres de Tunjuelito le revelaban a Camilo y a sus jóvenes colaboradores tantos valores morales y tal nobleza de espíritu que casi los avergonzaba. ¿Quién entre ellos, se preguntaban, habría sobrevivido en las condiciones que padecía esa gente? Encontraron entre los tugurianos la capacidad de construir su futuro con un único instrumento, el de su propio coraje. Admiraban, asombrados, cómo los pobres edificaban sus casas, nivelaban sus calles, traían agua, alimentaban y criaban a sus hijos, enseñándoles a ellos, a su vez, a trabajar, a crear, a construir como lo hacían sus padres. Esto contrastaba con la vida de los hijos de la abundancia, cuyas manos jamás habían tocado una herramienta de trabajo.

Camilo, más que nadie, aprendió a respetar a los explotados. Depositaba en ellos su más absoluta confianza y no se molestaba cuando abusaban de ella. Su fama corrió por los barrios de la miseria, con el resultado de que distintas especies de limosneros llegaban a su puerta con cuentos desoladores. Un día, un ex- presidiario apareció en el despacho de la capellanía preguntando por el padre Camilo. Camilo lo hizo entrar y se sentó a charlar con él como si estuviera recibiendo al ministro de Educación. Resultó que entre los múltiples oficios que el hombre desempeñó en su variada carrera, uno fue el de barbero. Por tanto, Camilo decidió ponerle una peluquería.

"Te voy a ayudar, Carlos —le dijo—. Y si me fallas, no importa. ¿Entiendes? No importa para nada. Quiero que comprendas eso desde ahora".

Pronto habían reunido una colección de tijeras, espejos y brochas, e instalaron al barbero en un local de Tunjuelito con un flamante poste tricolor. Carlos no ocultaba su emoción.

“Hasta ahora no me habían faltado cómplices —les dijo—. Pero esta es la primera vez que tengo amigos”.

Desgraciadamente el barbero no lograba desprenderse de su pasado; enemigos del exconvicto estaban al acecho, hasta que un día fue encontrado por la policía en un lote baldío, muerto a cuchilladas. Por los periódicos, los jóvenes se enteraron de los crímenes atribuidos a su amigo, el peluquero, y de la noticia de su violento fin. Quedaron aturcidos. Al otro día se reunieron alrededor del ataúd en la capilla de Tunjuelito para rendirle a Carlos las ceremonias del funeral católico. Afuera lloviznaba mientras escuchaban en silencio las frases de Camilo. Jamás vieron a su capellán tan solemne.

Esta amistad con Carlos fue otra de las muchas experiencias que ligaron a Camilo con la muchachada de la operación Tunjuelito. Se hicieron casi inseparables. Guitemie, aún en Paria, captó algo del espíritu de camaradería reflejado en las cartas que le escribía Camilo. “El trabajo con los universitarios es el que me ha llenado más, después del trabajo con los pobres. Tenemos ya algunos núcleos de muchachos y niñas muy interesantes. A esto he dedicado casi todo mi tiempo, y a los contactos personales que es mi vicio principal, como tú lo sabes”.

Su actividad con los estudiantes no se limitaba al trabajo en Tunjuelito, ni a los círculos de estudio, sino que también abarcaba tertulias bulliciosas en el apartamento donde vivía con su madre. Algunas veces aprovechaba las ausencias de Isabel para invitarlos. Otras, hubo de aguantar sus quejas, excepto que ella se decidiera a poner su buen humor y volverse el alma de la fiesta. Como nunca se sabía cómo iba a reaccionar, Camilo se mantenía en ascuas.

Las fiestas duraban hasta bien entrada la madrugada, pero antes de medianoche los invitados, entre divertidos e intriga dos, observaban a Camilo levantarse, ponerse la sotana y retirarse solo a una habitación para terminar de leer el breviario. No habían conocido nunca un cura tan curioso. A veces ni se acordaban de su investidura, pues ninguno le decía “padre”, a pesar de que con cualquier otro sacerdote tal grado de confianza hubiera sido inconcebible. Sólo durante la misa, entre la gente de Tunjuelito, o al verlo buscar un rincón solitario para orar, se daban cuenta de la otra faz de su amigo Camilo.

La mayoría de los muchachos se mostraban rebeldes, así fuera tímidamente, contra la Iglesia y el adoctrinamiento que recibieron de curas y monjas en los colegios católicos, aunque sin romper con los ritos religiosos y los símbolos del cristianismo. “Hola —le comunicó confidencialmente uno de los jóvenes— quiero confesarme contigo”. Camilo aceptó con desgana y, a los dos días, el mismo muchacho le comentó con una sonrisa pícaro que la confesión no le había servido de mucho, pues seguía en lo mismo. Cuando otro del grupo se presentó pidiéndole la absolución, Camilo lo disuadió. —Mejor no. Sigue buscando tu camino, ya habrá tiempo para los sacramentos más tarde.

Si la hora de recibir sacramentos no llegaba. Camilo tampoco insistía, recordando quizás las circunstancias que rodearon la muerte de su padre en diciembre de 1960. Respecto a la Iglesia, Calixto había permanecido hasta el

final en una actitud de absoluto rechazo, y en sus últimos días, Camilo pasó largas horas sentado al borde de su cama mientras un murmullo de voces susurraba en el cuarto vecino, donde tías, primas y sobrinas se congregaban a especular sobre la suerte eterna de Calixto en caso de morir sin arrepentirse y pedir el consuelo de los sacramentos. Suponían que Camilo se había encerrado con su padre con la intención de convertirlo. Otras voces se oían también, las de los colegas de Calixto, quienes, tomando trago en el hall, ensalzaban al viejo médico, aún antes de su deceso. Hablaban de sus esfuerzos por mejorar las dietas infantiles y recordaban las campañas que libró con el fin de conseguir subvenciones estatales para la leche. Luego, después de dos o tres whiskies, evocaban en un clima más anecdótico la memoria de Calixto y su singular distracción al volante del anticuado Chrysler de frenos gastados, estrellándose todos los días contra un árbol frente al Hospital San José. Sus risas llegaban asordinadas hasta la habitación donde Camilo acompañaba a su padre en su agonía.

Calixto cerró los ojos, con la respiración entrecortada. Su hijo, mirando la calva cabeza que descansaba pesadamente sobre la almohada, recordaba los veranos de la infancia cuando jugaba con su "papito adorado" y sus primos Umaña en las huertas de Duitama. Época lejana en que la familia todavía permanecía unida. Después de la separación y con el pasar de los años, su "viejo Herodes" le parecía una figura triste, solitaria, atormentada. Dedicada, sin embargo, a sus pacientes. No exageraban los del hall al elogiarlo.

Consciente que a su padre le restaban contados minutos de vida, Camilo se levantó, le besó su ancha frente y salió a vérselas con los familiares. Cuando apareció en la sala, las cabezas giraron hacia él, varias tacitas de café quedaron suspendidas en mitad del aire y una docena de ojos femeninos lo miraron con ansiedad. Camilo supo tranquilizar a sus tías. "Mi padre —les dijo— ha hecho las paces con su Dios", y sonrió para sí al contemplar las caras de alivio.

Camilo había aprendido a relegar los asuntos religiosos al lugar que les correspondía, o sea a la esfera de las convicciones personales. No hacía proselitismo, como cuando años atrás trató de convertir a su padre, ni mezclaba jamás el papel de capellán con el de amigo. En cuanto a sus obras sociales, se cuidaba de no imprimirles ningún tinte religioso, considerando las pluralistas, abiertas a todo el mundo, como lo estableciera en la primera plataforma del ECISE.

Al año de su regreso de Lovaina, el ECISE, ya en receso, fue reemplazado por una agrupación nueva, el Muniproc (Movimiento Universitario para Promoción Comunal), estructurado sobre las mismas bases del ECISE y con los mismos propósitos. Camilo aseguraba que el Muniproc prometía mucho más que su predecesor, ya que sus miembros se mostraban resueltos a meterse en el barro. Ya conocían el de Tunjuelito. Camilo evocaba con cierta nostalgia el fervor inicial del ECISE. "Las necesidades de promoción individual inmediata han sofocado nuestras inquietudes globales a largo plazo. La generación de Medio Siglo —como nos llaman— comienza a tomar el relevo en

los puestos directivos. Al terminar la dictadura, los directorios de los partidos se reestructuran; las campañas electorales renacen; el botín burocrático vuelve a presentarse como un fruto de fácil acceso". En el mismo contexto expresó la preocupación de que "nuestra generación pasará a la historia como otra más que reaccionó en un momento en que no estuvo satisfecha pero que, cuando recibió un mendrugo de las estructuras, como un perro, dejó de ladrar y se acostó tranquila".

Camilo no descansó tranquilo. Se solidarizó con la nueva generación que parecía menos propicia a ceder ante las tentaciones burocráticas. Fundó el Muniproc con la intención de encauzar la participación estudiantil en proyectos comunitarios y asegurar su permanencia. Como Muniproc se autofinanciaba, pudo mantenerse independiente de Acción Comunal y demás instituciones oficiales, y poner la propaganda gubernamental en tela de juicio, incitando a los tugurianos a hacer lo mismo. Todavía lejos de ser revolucionarios, poco a poco Camilo y sus compañeros del Muniproc se hacían más radicales.

Otro elemento lo vinculaba con los muchachos: casi todos eran fundadores, con él, de una nueva facultad en la Nacional. Camilo y sus colegas, insatisfechos con la condición de meros profesores en un departamento de la Facultad de Economía, reclamaban una Facultad autónoma de Sociología. A la cabeza de ella estaba Orlando Fals Borda, su futuro decano, sociólogo brillantemente doctorado en los Estados Unidos, quien ocupaba puestos importantes como ejecutivo del Frente Nacional. Con la ayuda de Camilo, Fals reunió a cuanto académico pudo para formar el equipo, pero no era fácil encontrar entre los colombianos a gente seriamente preparada en ciencias sociales. Por tanto les pareció necesario importar profesores extranjeros, y así la incipiente facultad se convertiría a poco en un nido de sociólogos norteamericanos que encontraban carta blanca en la Nacional. Además, Camilo no criticaba aún la tendencia funcionalista, característica de sus colegas norteamericanos, ni cuestionaba el único remedio que proponían a los problemas de la sociedad —el incremento de la productividad. Pasaban por alto los males inherentes a la estructura misma del capitalismo. A Teodor Caplow, funcionalista prototipo, lo invitó Camilo a dictar un seminario especial, y Fals contrató un equipo completo de expertos norteamericanos con la idea de establecer la escuela sobre una base altamente tecnificada. Promover el estudio del país era lo esencial, y a Camilo le importaba poco que, para lograrlo, se aprovechara la financiación y técnica de los gringos.

Con Orlando Fals, Camilo concibió un plan de estudio sobre La Violencia. Convencieron a amigos solventes para el patrocinio de la investigación, sin contarles, por supuesto, que el estudio destaparía realidades desagradables para la oligarquía.

Múltiples y variadas actividades desempeñaba Camilo en aquella época. No existía ningún comité sobre asuntos sociales que no lo tuviera como miembro, ninguna mesa redonda en la que su intervención no fuera obligatoria. Colaboró en la organización de una campaña universitaria a escala nacional sobre el desarrollo de la comunidad, así como en el primer seminario estudiantil sobre ese mismo tema, que agrupó delegados de todos los rincones

de Colombia. La recién fundada Escuela Superior de Administración Pública lo comisionó para presidir un seminario de administración social. El Ministerio de Gobierno lo contrató para dar cursos en la Acción Comunal. Camilo corría de las aulas a las juntas, de los círculos de estudio a las fiestas nocturnas, de la misa de madrugada a los trabajos de Tunjuelito. Cumplía sus citas siempre atrasado, y durante muchas reuniones un debate sobre algún punto de orden estallaba en risas reprimidas al son de una respiración pesada que emergía como un ronquido, suave pero audible. Todo el mundo se volteaba encontrando a Camilo hundido en su asiento, inconsciente, la pipa caída en el regazo.

Como si este vértigo de quehaceres fuera poco, Camilo cultivaba su "vicio principal", la disponibilidad para quien quisiera hablarle. "No sabe decir 'no' —exclamó una vez Isabel—. Menos mal que no fue mujer. ¡Hubiera sido la desgracia de la familia!".

Este tren de vida no le dejaba el tiempo requerido para preparar clases, de modo que sus conferencias resultaban con frecuencia mediocres. Para la lectura y la investigación científica encontraba menos tiempo aún, pero se las ingeniaba para recoger información sobre la marcha. Jamás aspiró a ser el profesor de corte magistral rodeado de libros y revistas en la quietud de una biblioteca.

Lo asombroso fue que, a pesar de lo anterior, alcanzó a escribir algo durante esos años. Gustavo Pérez pidió su ayuda en un estudio para su Centro de Investigaciones Sociales, y Camilo no pudo rehusar a quien había sido su compañero de empresas académicas en el pasado. Claro que, al regresar de Europa, los dos amigos cogieron por rumbos bien distintos. Gustavo reunió un equipo de técnicos con quienes sacaba librillos de estadísticas sobre temas sociales y sociorreligiosos. Se convirtió en representante latinoamericano de una oficina internacional (la FERES de François Houtart) y recibía considerables donaciones del gobierno y la Iglesia alemanes. Camilo rara vez lo veía, primero porque Gustavo viajaba de continuo al extranjero a conseguir fondos para su organización, y también porque a Camilo no le atraía la divulgación de datos eclesiásticos. Sin embargo, aceptó su propuesta de escribir, con otro autor, una evaluación de las escuelas radiofónicas de Sutatenza.

Estas escuelas, cuyo auge comenzó por los años cincuenta, las dirigía monseñor José Joaquín Salcedo, poderoso magnate de la propaganda. A través de sus programas radiales, Salcedo ejercía una influencia enorme sobre las masas, siendo sus objetivos semejantes a los de la Acción Comunal, o sea inculcar la higiene, el uso de fertilizantes, los buenos modales y cosas por el estilo, que distrajeran a los trabajadores y les hicieran olvidar las causas reales de su miseria. Radio Sutatenza alimentaba al pueblo con dietas religiosas, compuestas de ingredientes como la obediencia, la sumisión y el amor fraterno, combinadas con el fomento de un intenso odio a los comunistas.

La evaluación que de Radio Sutatenza hizo Camilo en 1960 era de tipo descriptivo. Sólo en las conclusiones insinuaba su nuevo modo de pensar, al anotar que existía un creciente abismo entre las metas técnicas y culturales propuestas a los colombianos, y la realidad de los patrones sociales del país,

que parecían estancados e inmutables. “La acción de Sutatenza ha sido, en su primera etapa, predominantemente educacionalista sin incluir suficientemente elementos de reforma de estructuras”. Tentativa de crítica demasiado benigna.

Ciertas señales de su proceso de radicalización afloraron durante una visita a Caracas en abril de 1961, si bien la antesala del viaje no indicaba nada. Camilo y Orlando Fals habían sido invitados a presentar ponencias en el Sexto Congreso Latinoamericano de Sociología, y decidieron viajar juntos. En el aeropuerto, a la espera de su vuelo para Venezuela, se encontraron con personas conocidas que habían de tomar el mismo avión. Estaba Gustavo Pérez, con maletín de ejecutivo, más un montón de obispos que salían para Roma. Todos se saludaron con sonrisas forzadas. Los obispos atisbaban de soslayo a los dos sacerdotes modernos, empeñado en labores meramente seculares, sobre todo a Camilo que se acompañaba de aquel bien conocido protestante, Fals Borda. (Fals fue blanco de constantes ataques porque profesaba abiertamente adhesión a la Iglesia presbiteriana, hecho que, según los clérigos católicos, sería más decente ocultar). Camilo y Gustavo observaban a los obispos como niños viendo aguamalas en una playa —divertidos pero precavidos contra su agujijón. Orlando los miraba con franca hostilidad. Completando el cruce de miradas oblicuas, Gustavo creía que tanto Camilo como Orlando se reían de él, pues mientras Camilo se convertía en una lumbrera entre los intelectuales de avanzada, él se había convertido en una especie de empresario. En todo caso, si se burlaban o no, Gustavo se sentía acomplejado por la imagen que él mismo proyectaba.

Conjunto tan heterogéneo voló hasta Caracas, donde Camilo y Orlando se despidieron de los otros para asistir al congreso.

Resultó pesadísimo. Unos cuantos expertos gringos, más cantidad de profesores latinoamericanos de la vieja guardia, discursaban en su interminable jerigonza. Cuando a Camilo le tocó intervenir, recurrió a un capítulo de su *mémoire*, ya que no tuvo tiempo de escribir nada nuevo. Tampoco fue el único participante que presentó un trabajo trasnochado; además la mayoría de sus oyentes carecía de información sobre el nivel de vida en Bogotá. La nota introductoria, escrita para esta ocasión, dio un enfoque diferente a su tesis. Habló de la “proletarización” de los trabajadores colombianos y del “desempleo disfrazado” de muchos habitantes urbanos, términos que no había usado en la *mémoire* que presentó en Lovaina. De todos modos, para Camilo el congreso era más bien un pretexto para visitar Venezuela y establecer nuevos contactos.

Los caraqueños lo acogieron con el típico calor y hospitalidad tropical. Un colega venezolano, José Agustín Silva, lo rescató del congreso para llevarlo a un debate informal con un grupo de estudiantes de la Universidad Central. Cuando Silva apareció con su amigo sacerdote, los muchachos se sintieron incómodos, pero en cuestión de segundos Camilo se integró a la conversación con tanta naturalidad que todos quedaron a gusto.

Los jóvenes discutían las decisiones de otro congreso, muy diferente, realizado en el país un mes antes: el del Partido Comunista de Venezuela, en el que los camaradas se declararon, por primera vez, a favor de la lucha armada.

Los estudiantes se dieron cuenta, por su conversación, que a Camilo no le asustaba la idea de la lucha guerrillera; simplemente quería aprender. Le explicaron cómo el movimiento estudiantil dio un viraje fundamental al aceptar, casi unánimemente, la línea cubana de insurrección. La Universidad Central de Caracas, le contaron, se estaba convirtiendo en una especie de cuartel general, puesto de reclutamiento y arsenal de las fuerzas armadas del Partido Comunista. José Agustín Silva le informó que, de los doce discípulos graduados ese año en su curso de sociología, diez cogieron para el monte. Los estudiantes venezolanos tomaban muy a pecho la tesis del "Che" Guevara; querían crear las condiciones subjetivas de la revolución por medio de un "foco de insurgentes". Más aún, crearían varios focos. Parecía extraordinario. Camilo se preguntaba si en realidad resultaría eficaz.

Los estudiantes quedaron encantados con este cura insólito, y alguno lo invitó a un apartamento donde pasaron noches enteras entre parrandas y charlas políticas, mezclando ron con revolución. Camilo sorprendió por su virtuosismo con el tambor y su interés en los asuntos venezolanos. Entre copa y copa, los nuevos amigos caraqueños le recordaban datos especialmente significativos sobre el país.

Señalaron que Venezuela poseía uno de los yacimientos de petróleo más ricos del mundo, y que las clases dominantes lo venían prostituyendo, por más de treinta años, a cambio de refrigeradores, radios, jamón enlatado y camisas de nylon. "Nosotros no producimos nada propio —le dijeron—. Somos totalmente dependientes de los Estados Unidos". Ahí estaba la causa de la miseria que veía a su alrededor —las barracas, por ejemplo, que observaba apiñadas por miles, una sobre otra, en las escarpadas colinas de Caracas. Los arquitectos burgueses no pudieron ocultarlas con relumbrantes rascacielos. La mayoría de los caraqueños vivían en chozas colgadas al borde de las más modernas autopistas de América Latina. Sus amigos, indicándole el contraste, comentaron irónicamente: "Allí puedes ver lo que los gringos han hecho por nosotros".

Supo la historia del ascenso y caída del dictador Pérez Jiménez, episodio tan similar al del general Rojas que Camilo no podía pensar que se tratara de una simple coincidencia. En verdad no era casual, pues sucedió en toda Suramérica. La década de los años cincuenta fue la de los militares. Una epidemia de charrete ras se propagó por el continente. Hacia finales de la misma, los generales cayeron como palos de bolera y fueron reemplazados en cada país por pseudodemocracias, cuyos conductores usaban las mismas frases, contraían las mismas deudas y hundían a sus pueblos más profundamente, si cabe, en la miseria de siempre. "Nosotros tenemos a nuestro Rómulo Betancourt, y ustedes a su Alberto Lleras. Los dos de la misma laya. Y ambos empezaron sus carreras como comunistas". Pero ni Lleras ni Betancourt constituían el problema. "Los presidentes y dictadores son puros títeres. Los que mandan son los gringos. El Tío Sam es nuestro verdadero enemigo, y no nos dejará escapar sin pelea. Ya lo verás".

Citaron, además, las palabras del caraqueño más eminente de la historia, el Libertador Simón Bolívar, quien profetizara un siglo atrás, "los

Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad". Su profecía fue tan acertada que no la incluían en los textos oficiales de historia.

Camilo regresó a Bogotá a mediados de abril. Al día siguiente de su llegada las tropas mercenarias de Kennedy invadieron a Cuba. Latinoamericanos de todos los países oían, consternados, falsos rumores de la UPI sobre la ignominiosa caída de Castro, y esperaban noticias más verídicas. Al tercer día se supo el verdadero pero casi increíble desenlace: la fuerza invasora entraba a La Habana no como vencedora, sino prisionera. Por primera vez en su larga historia de agresiones, un ejército de los Estados Unidos pudo ser derrotado en América Latina. Los partidarios de la revolución no cabían en sí de regocijo. Y Camilo empezó a comprender por qué sus amigos venezolanos se sentían llamados a seguir el camino al poder trazado por los cubanos.

Aunque Camilo hubiera estado enterado de los movimientos revolucionarios colombianos —en realidad, los ignoraba casi por completo— no habría encontrado nada en su país comparable con el entusiasmo de los venezolanos por la lucha guerrillera. Era verdad que Antonio Larrotta, el fundador del Movimiento Siete de Enero (el MOEC) en 1959, exhortaba a sus discípulos a tomar las armas, pero, de hecho, Larrotta salió a pelear solo. De su viaje a Cuba en 1961 trajo la teoría "foquista" del "Che" Guevara, pero una vez en Colombia le dio a la doctrina guevarista cierto sabor local, al afirmar que la guerra revolucionaria debería tomar como punto de partida las bandas de hombres armados que erraban por los campos desde los días de La Violencia. Larrotta se unió intrépidamente a una pandilla de forajidos, resuelto a convertirlos a la causa de la revolución. Desgraciadamente no tomó en cuenta que los campesinos en armas estaban bajo el mando de un conocido matón, apodado Aguililla, quien recibía órdenes de los gamonales políticos. Presumiendo que sus jefes darían una buena recompensa por la cabeza de Larrotta, Aguililla no tardó en llevar a las autoridades, en un viejo costal, el cadáver del líder estudiantil.

En Bogotá los estudiantes quedaron horrorizados al enterarse del asesinato de Antonio Larrotta, y durante mucho tiempo invocaban su heroico ejemplo. Pero no por eso compartían sus convicciones sobre la lucha guerrillera. Muchos entendían que el cambio social iba a ser un proceso largo y demorado. Afloraba, a raíz de sus debates, una amplia gama de tendencias que se expresaban en diversas clases de organizaciones, movimientos reformistas y sectas radicales.

Camilo, apartado siempre de estas actividades estudiantiles, comenzó a aproximarse a ellas, a prestarles atención y a sopesar las distintas opiniones. Tanto su visita a Venezuela como el triunfo de los cubanos, significaron para él un cambio de actitud. Hasta entonces, estuvo lejos de apreciar los hechos bajo un enfoque político, ya que identificaba la política con la politiquería, y detestaba la forma en que los clérigos colombianos se entrometían en los asuntos públicos a todos los niveles, desde las alcaldías de los pueblos hasta el palacio presidencial. Consideraba cualquier actividad política como contraria a

su ideal sacerdotal. Tenía un concepto más purista; más espiritual, de su misión. Sin desconocer las realidades políticas, creía que el sacerdote debía mantenerse por encima de las opciones partidistas. Su papel era el del profeta que denunciaba las injusticias, vinieran de donde vinieran, de un campo o del otro. Pero ahora empezaba a revisar esas ideas, cayendo en la cuenta de la importancia decisiva de los factores políticos.

Analizando las fuerzas políticas que se oponían al sistema bipartidista del Frente Nacional, Camilo vio que el grupo más fuerte, cuantitativamente al menos, venía a ser el encabezado por Alfonso López Michelsen, hijo del caudillo liberal de los años treinta. En 1961 la demagogia de López y su movimiento de masas proporcionaba una válvula de escape al descontento del pueblo, pues las clases trabajadoras, sin haber aliviado su hambre, encontraban que, bajo el gobierno de Alberto Lleras, les aumentaba. Ya no los convencía la alharaca sobre la libertad y el derrocamiento del tirano, ni les incumbía que a este gobierno se le tildara de democrático y al anterior de dictatorial. Lo que sí les importaba era el hecho de que no les alcanzaba la plata para comprar artículos de primera necesidad, que sus hijos no tenían escuelas, que cuando se enfermaban no tenían con qué conseguir medicinas, y que en el campo los latifundistas les seguían robando las tierras. Gente como la de Tunjuelito, por ejemplo, no necesitaba diplomarse en altas finanzas para comprender la situación. Por la radio escuchaban al presidente Lleras alardeando de los grandes avances económicos y la eliminación de la deuda nacional heredada de la administración Rojas. Encubría la realidad solicitando préstamos de bancos y agencias norteamericanas y llegada la hora de cancelarlos, su equipo de economistas anunciaba un "cierto desequilibrio en la balanza de pagos" —eufemismo que sólo significaba la compra a menos precio del café por los norteamericanos, y la venta cara de sus maquinarias, sin mencionar los intereses incrementados por la acumulación de la deuda. El país bordeaba la bancarrota, al tiempo que Lleras, en cada crisis, recurría a la misma ficticia solución: más empréstitos.

El manejo del comercio beneficiaba a los grandes exportadores, importadores y empresas extranjeras, incubando el resentimiento popular. Y como la historia demostraba lo peligrosas que se vuelven las masas cuando su protesta no halla salida ni forma de expresión, Alfonso López junior, siguiendo la tradición de su padre, ayudó a la oligarquía a apaciguar a las multitudes. Lo hizo, igual que López Pumarejo, en nombre de la revolución. Fundó el Movimiento Revolucionario Liberal, el MRL.

Camilo tuvo la impresión de que la historia se repetía. Recordaba que desde su infancia, políticos con nombres y apellidos idénticos a los de ahora, pregonaban frases tan huecas como las que se escuchaban al nuevo Alfonso López y a los líderes de su MRL.

Este López, con su trayectoria de académico más que de agitador, servía de anzuelo a financieros del MRL para atraer sobresalientes talentos de la intelectualidad y seducir a la nueva generación. Una rama estudiantil del movimiento se formó como Juventudes del MRL, A ella se afilió una abigarrada

multitud de oportunistas, idealistas y revolucionarios auténticos. Sólo con el tiempo, la historia haría separar las cabras de las ovejas.

Como secretario político de las JMRL actuaba el viejo amigo de Camilo, Luis Villar Borda, recién llegado de Berlín y convertido en la pluma más brillante y la más enérgica voz de la izquierda. Dictaba cátedra en la Universidad Libre, centro de más intensa actividad radical que la Universidad Nacional. Los alumnos de Camilo en la Nacional se enredaban en debates estrictamente estudiantiles, mientras las juventudes liberales de Luis Villar desfilaban por las calles con sus boinas rojas manifestándose contra la oligarquía, en la misma tónica que los muchachos del MOEC. Quienes más ruido hacían, pensaba Camilo, no eran necesariamente los mejores revolucionarios. Aclamar la revolución cubana no costaba nada. La vitoreaban desde los oportunistas en exceso hasta los idealistas más puros, desde Alfonso López Michelsen hasta Antonio Larrotta.

En 1960, cuando Luis Villar partió hacia Cuba encabezando la delegación colombiana al Primer Congreso de la Juventud Latinoamericana en La Habana, Camilo continuó trabajando en Tunjuelito con sus muchachos consagrados. “Cuidado con Camilo —les dijo Luis en tono burlón— que no los vaya a envenenar con su cristianismo”. Y Camilo se reía de la extraña mezcla de estudiantes que Luis llevaba a La Habana, delegados de grupos inimaginables y contradictorios, conservadores progresistas al lado de los representantes de la juventud comunista.

Este conglomerado de dudoso radicalismo no podía producir sino un comunicado impreciso. El congreso condenó al imperialismo, obviamente, y la intervención extranjera, pero sólo de forma general. Naturalmente los planes concretos para la insurrección se forjaban, tanto en Colombia como en Cuba, pero de manera discreta, entre bambalinas. Quienes sentaban las bases de un ejército clandestino y preparaban una larga lucha para el futuro, no ocupaban puestos prominentes. A su lado Camilo llegaría a combatir. Pero ahora, ni los conocía. No veía sino la cáscara exterior del congreso en La Habana —un revoltillo de estudiantes inconformes.

Con todo, el congreso cumplió una función importante. Hizo posar la mirada de los estudiantes latinoamericanos en el pueblo cubano y en sus esfuerzos por distribuir la tierra y variar la producción de materias primas. Cada vez más, los latinoamericanos simpatizaban con la revolución que se gestaba en la isla del Caribe y acogían la lucha de Cuba como algo propio. Con más razón crecía el rencor cuando la administración de Eisenhower, y luego la de Kennedy, hacían lo posible por debilitar la economía cubana y derrocar el régimen de Castro. La hostilidad hacia Norteamérica se convirtió en repudio total en abril de 1961, a raíz de la invasión de la Bahía de Cochinos, y luego en asombro y júbilo cuando el pueblo cubano cerró filas detrás de Fidel y, peleando con uñas y dientes, capturaba a los invasores o los echaba al mar. Latinoamérica presencié, maravillada, la derrota de Goliat por David, y se dio cuenta que, a pesar de todo, el gigante del imperialismo no era invencible.

La invasión de Cuba, aun frustrada, fue una advertencia del gobierno norteamericano a las demás neocolonias para que no soñaran con la secesión.

Camilo se vio obligado a evaluar con criterio realista el subdesarrollo de su país, y pudo convencerse de los sofismas de distracción que los norteamericanos exponían sobre “los países en vías de desarrollo”, pues en Colombia lo único que estaba en vías de desarrollo era el subdesarrollo mismo —y a pasos alarmantes. La mayoría de los colombianos trabajaban como esclavos. Esto permitía a los norteamericanos y a las clases altas de Colombia vivir como príncipes rodeados de cortesanos, llamados equivocadamente por el presidente Kennedy “la nueva clase media de América Latina” —ejecutivos, técnicos y burócratas. A este grupo en ascenso pertenecía Camilo, y a él se sumarían el día de mañana sus alumnos. Su existencia daba a Colombia un aspecto de aparente prosperidad que engañaba al observador desprevenido. Las ciudades crecían, y turistas y hombres de negocios llegados del exterior, viajaban por autopistas desde un moderno aeropuerto a hoteles de lujo. Sin embargo, más allá del progreso superficial se alcanzaba a vislumbrar que la situación no mejoraba desde los años veinte y los tiempos de la danza de los millones, sino que estaba aún peor.

Camilo y sus amigos comenzaron un análisis con ojo más crítico. Recordaban cuando Antonio Larrotta llevó a los estudiantes a las calles para luchar contra un alza en las tarifas de los buses, descubriendo que las alzas no tenían nada que ver con los caprichos de tal o cual presidente, sino que obedecían a leyes que regían el precio de la gasolina, impuesto por la forma de explotación de los pozos de petróleo. Debajo de los problemas económicos se adivinaba la cadena escondida que ligaba a Colombia con los monopolios norteamericanos, y aunque el gesto insular de Larrotta como respuesta a la dominación extranjera fue ilusorio, los proyectos guerrilleros de los venezolanos preludiaban posibilidades de éxito.

En Colombia se iniciaron debates sobre el papel de los estudiantes en la guerra antiimperialista. Algunos afirmaban que lo correcto sería unirse a los campesinos y organizar un ejército popular. En el polo opuesto militaban quienes buscaban la elección al parlamento con el propósito de cambiar el sistema paulatinamente desde dentro. Entre estos dos extremos florecieron todos los matices de teoría revolucionaria, y en los primeros años de la década de los sesenta los estudiantes se enfrascaron en discusiones interminables.

Camilo no participaba directamente en los debates. Veía el variado conjunto de organizaciones estudiantiles —MOEC, UNEC, CEUC, JMRL, JUCO— cada una de un tinte distinto y con iniciales y consignas particulares, como mezcladas en confuso abecedario. Solamente en 1961 lograba distinguir, mal que bien, entre un grupo y otro.

Estando empeñado en armar el rompecabezas, una muchacha alumna suya, militante de la Juventud Comunista, lo invitó a un congreso organizado por el partido en Moscú. A Camilo no le gustaba la política en sí, ni lo que a él le parecía el oportunismo del Partido Comunista. “Gracias —le contestó— pero el día que yo me meta en política, cuelgo la sotana y agarro el fusil”.

Se lo dijo en broma.

Por más agitada que fuera su estadía en la Nacional, Camilo podía refugiarse con frecuencia en el silencio de una casa de campo, o en algún monasterio, para dedicar tiempo a la oración. Finalizando su primer año en la capellanía, su colega Enrique Acosta quedó sorprendido con la insistencia inusitada de Camilo en llevarlo al retiro anual para el clero de la diócesis.

—Pero ¿quién se encarga de esto?, objetó Enrique.

—Los estudiantes se las arreglan sin nosotros —replicó Camilo—. Si perdemos el retiro ahora, ¿cuándo vamos a tener otra oportunidad este año?

Enrique se oponía, remolón. “Esos curas que dan las charlas son muy aburridores”.

—Pues si no nos gustan las charlas, podríamos predicarnos el uno al otro. Vamos en todo caso.

Y Camilo lo arrastró a los ejercicios espirituales.

Esta característica de Camilo —su anhelo de pasar largas horas alejado de las ocupaciones cotidianas— la desconocían muchos de sus amigos más cercanos. A veces los muchachos del equipo de Tunjuelito la sospechaban. Pero la mayoría de sus colegas en la facultad, y quienes lo encontraban a diario en los comités, no lo hubieran creído. Sus contemporáneos del clero, aunque daban por descontado el cumplimiento por Camilo de las prácticas religiosas propias de su estado, no podían comprobarlo, pues se movían en un mundo diferente.

Sólo los estudiantes católicos que lo tenían por guía y consejero espiritual tenían ocasión de observarlo asiduamente en la celebración de la misa. Ellos sí sabían que Camilo era un hombre contemplativo. No los engañaba ni su activismo, ni su desbordante alegría. Bajo su dirección formaron un grupo llamado La Comunidad, que se reunía semanalmente para leer el evangelio y hacer una especie de examen de conciencia en conjunto, que llamaban “revisión de vida” Estudiaban y escribían ensayos sobre problemas teológicos y sociales. Se incorporaban también al trabajo de Tunjuelito ya los nuevos proyectos que Camilo iniciaba en otros sectores pobres de la capital.

“Lo específicamente distinto de La Comunidad es su orientación cristiana —aclaraban sus estatutos—. En cuanto a las estructuras socioeconómicas del país, es deber nuestro prepararnos para dar a éste el cambio que necesita, con miras a llevar a los hombres a Dios en una etapa posterior”.

Si Camilo y sus discípulos postergaban para “una etapa posterior” la tarea religiosa de llevar a los hombres a Dios, se debía al medio ambiente universitario hostil a sus creencias cristianas. Hubiera sido absurdo promover respeto por una Iglesia presentada por la prensa en imágenes gráficas: nuncios y obispos bendiciendo obras públicas y tanques de guerra. Los miembros de La Comunidad nutrían calladamente su amor por la Iglesia de las catacumbas. La consideraban una fuerza motriz extraordinaria e invisible. Se sentían poseedores de un código secreto que los ligaba estrechamente entre sí y hacía de sus reuniones encuentros inolvidables.

Cada semana la eucaristía (no hablaban de misa) se celebraba según las novedosas normas que Camilo trajera de Francia. El sacerdote no se inclinaba ahora sobre el altar musitando misteriosas palabras en latín de espaldas a los fieles, sino que dando el rostro a la congregación tras una mesa, simplificación del tradicional altar, oraba en español junto con los asistentes. Renovación litúrgica audaz y revolucionaria para los católicos de la época, Camilo fue uno de los primeros en introducirla en Colombia.

Con las reformas litúrgicas y la creación de círculos de estudio, Camilo dio nueva vida a la capellanía. Enrique Acosta quedó satisfecho, a pesar del desbarajuste que implicaban ciertos cambios, como la actitud conciliatoria de Camilo que puso término a los debates entre cristianos y marxistas patrocinados por aquél para defender la fe y refutar falsas doctrinas. Enrique jamás cedía punto a sus adversarios, pues un empate con los comunistas equivalía a una derrota para la Iglesia.

Enrique pretendía hacer sentir la presencia de la Iglesia en el medio académico, aunque fuera a la fuerza. Invocó un artículo de los estatutos universitarios que obligaba a las directivas a "establecer, en todas las facultades, de acuerdo entre la capellanía y los señores decanos, cátedras en que directa o indirectamente se dé cultura cristiana". Pero cuando estaba a punto de darle cumplimiento, Camilo le previno del grave error.

En vez de imponer la religión sería más lógico, opinaba Camilo, crear grupos pequeños —élites, como los llamaba— y ofrecer servicios que aliviaban necesidades de las masas estudiantiles. Enrique se dejó convencer, y los dos capellanes se dedicaron a reunir fondos para estudiantes pobres, y organizarles residencias a los que venían del campo.

Bajo la influencia de Camilo se aplicó la reforma litúrgica, estilo francés, a las ceremonias públicas —matrimonios, entierros y misas en días feriados. Arreglaron la capilla con un toque artístico, quitando la tradicional sobrecarga de flores. Suprimieron los himnos melosos y los sustituyeron con los salmos de David. Las santas escrituras se leían con voz clara y en español. Todo funcionaba maravillosamente, en especial cuando Camilo oficiaba y los fieles se preguntaban cómo habían podido soportar tanto tiempo la antigua liturgia.

La capilla no se llenaba, pero aumentaban las congregaciones, porque la forma particular en que Camilo celebraba la misa llamaba la atención. Serio, recogido, imprimía a la ceremonia un aire distinto, indefinible. Parecía mirar hacia su interior, con centrado en un misterio oculto. A la vez natural, sin hierática exageración. Sin darse cuenta, lucía sus alargadas manos en los gestos disciplinados del ritual. Durante la homilía accionaba parcamente, sin ninguna afectación, hecho curioso pues ningún otro sacerdote predicaba sin adoptar un tono de púlpito y un lenguaje lleno de clichés. Parecía incongruente oír a Camilo discurrir sobre temas religiosos en el templo con su cotidiano tono coloquial.

Mezclaba lo sublime, sin ridicleces, con lo común y corriente. Manifestaba su chispa de humor sorpresivamente, como su cedió el día que alguien le pidiera la comunión antes de la misa. Cuando Camilo, para

complacerlo, bajaba las gradas del altar hacia el comulgatorio, vio a otros acercarse con la misma intención de comulgar. Se detuvo con el copón de hostias en la mano, lo miró y se dirigió a la concurrencia.

“Queridos hermanos en Cristo, sería mejor que los que no estén apurados se esperaran a comulgar en el momento apropiado de la misa. En primer lugar —siguió, como iniciando una especie de instrucción litúrgica— porque ahora comprendemos más profundamente la estructura de la misa y vemos que, a la oferta de nuestro don (en el Ofertorio) sigue la consagración y su transformación en el cuerpo de Cristo. Luego, Dios nos devuelve nuestra oferta ya en forma de pan de vida eterna. Ese es el momento de la comunión y, por tanto, debemos esperar para comulgar al final de la misa. Y en segundo lugar... (miró de nuevo al interior del copón). En segundo lugar —repitió— ¡se me acabaron las hostias!”.

Una risita contenida recorrió la capilla, sin romper la solemnidad del acto, y quienes habían querido comulgar regresaron a sus bancas de buen grado.

Estas misas atraían más público que las eucaristías de La Comunidad. Algunos intelectuales semiateos se asomaban intrigados a la capilla y a veces aguardaban el final para charlar con Camilo.

En éstas apareció de improviso un estudiante de la Facultad de Bellas Artes, oriundo de Popayán, que los colombianos denominaban “la ciudad mitrada” por ser un reducto de la España colonial, plagado de frailes y campanarios. Sus hijos resultan o católicos piadosos, o los más tercos renegados. Álvaro, el alumno de artes, fluctuaba indeciso. A menudo, Camilo lo sorprendió leyendo la Biblia o libros de religión comparada, pero sin acercarse jamás a la capilla. Su repentina aparición lo tomó por sorpresa, sobre todo cuando de buenas a primeras llegó diciendo que quería comulgar.

— ¿Por qué? —preguntó Camilo.

—No sé. Tal vez lo que quiero hacer es una especie de acto de fe en la fe tuya —o algo por el estilo. Además, va a ser mi primera comunión.

Al ver la vacilación de Camilo, Álvaro le aseguró que todo estaba bien, o sea, no le faltaba el bautismo ni nada.

—En la familia somos muy católicos. Excepto que no volvimos a la Iglesia después de lo que le hicieron a mi tía.

Camilo, intrigadísimo. “Y ¿qué le hicieron?”.

—La excomulgaron. Por no acatar la ley eclesiástica que prohibía a las mujeres entrar en una cámara episcopal. Pero no me vaya a entender mal. Como explicó la tía, existían circunstancias especiales. Primero, el obispo era su hermano. Segundo, estaba muerto. Ella entró precisamente para embalsamar el cadáver, ¿ve? Pero, aun así no la perdonaron. Le mostraron el canon en blanco y negro, y la excomulgaron ahí mismo. A ella no le importó. Lo tomó en broma y mandó imprimir tarjetas para conmemorar su Primera Excomuni3n. Pero nosotros, natural mente, quedamos con pique contra la Iglesia.

Álvaro, sin duda el miembro más cómico del rebaño de Camilo, era un poco la oveja descarriada que regresaba al redil por un bocado de los viejos pastos antes de descarriarse de nuevo. Camilo, el pastor, dejaba la talanquera siempre abierta para que las ovejas pudieran salir y entrar a voluntad. Al otro día en la misa, vio a Álvaro arrodillado ante el altar como el más manso cordero de Dios. Camilo, conmovido, le colocó la hostia reverentemente en la lengua.

— ¿Saben qué? —decía Álvaro a sus amigos—. Camilo ni siquiera me preguntó qué era lo que había sentido. Me dio la comunión así no más, sin pedir cuentas.

En verdad Camilo administraba los favores espirituales sin reclamar nunca cuentas a nadie. Reduciendo el cristianismo a su esencia, logró superar los resabios del seminario —el temor a la disipación, el morboso deseo de sentirse humillado y la sublimación antinatural de los apetitos sexuales. Una vez supe radas estas taras mentales, le afloró el realismo y espontaneidad de los Restrepo. Su mismo cristianismo, antes que ponerle grilletos, le daba mayor libertad, pues le obligaba únicamente a amar, y no con un amor sentimentaloido y superficial, sino, como el propio Camilo no se cansaba de repetir, “con un amor eficaz”.

Gozando de esa libertad recién encontrada, lo apenaban aquellos que permanecían sujetos a los rigores de la religión. Al hallar a un amigo seminarista preocupado por sus distracciones a la hora de la oración, Camilo le recomendó pensar menos en sí mismo.

—El problema no es de rezar más —le dijo— sino de amar más. Últimamente yo he rezado menos, pero he amado más, y todo lo que es amor es bueno.

La respuesta dejó perplejo al seminarista. No le parecía el mismo Camilo de antes. Al consultarle sobre sus tentaciones contra la pureza y de su esperanza en combatirlas gracias a la intervención de la Santísima Virgen, sus oídos escucharon, incrédulos, el consejo de Camilo: lo que le hace falta para superar sus escrúpulos es una rubia de esas que saca Playboy. El muchacho quedó horrorizado. Éste no era, definitivamente, el Camilo que había conocido. Otros confirmaron prontamente sus peores sospechas al contarle que Camilo aprobaba el noviazgo para curas y seminaristas.

Una vez que estos cuentos alarmantes, más una versión apócrifa de lo que llamaban la “nueva teología” de Camilo, empezaron a circular entre los chismógrafos del clero, pareció inevitable que habría de durar poco tiempo como capellán de la Nacional. Las mismas lenguas que se ensañaron sin cesar contra su madre, se afilaban ahora para ensañarse contra él. Algunos decían que pasó una noche en su automóvil estacionado, y ¡no estaba solo! Otros, que paseaba por la universidad acompañado de mujeres en pantalones, y que esa muchacha comunista, ganadora del concurso de belleza, era su íntima amiga —sí, la misma que había conseguido puesto como secretaria de un obispo para robarle documentos confidenciales. Un clérigo importante explotó: “La mayor parte de las personas que rodean a Su Reverencia son enemigas del

clero y de las obras de la Iglesia. Sus comentarios, sus críticas, su actuación, están significando para ellas una magnífica oportunidad para sus malas intenciones”.

Los más benignos y menos originales de sus críticos comentaban que la culpa no la tenía Camilo, sino que al pobre muchacho le tocó una madre loca y, lo que es peor, vivía todavía con ella. Y quienes fingían ser sus amigos lo invitaban a tomar una copita en sus casas por el puro placer de contar a sus vecinos al día siguiente que “el cura Camilo estuvo con nosotros anoche hasta la madrugada, ¡borrachísimo!”.

Estos chismes repicaron tanto en los tímpanos del viejo arzobispo que se cansó de escuchar el nombre Camilo Torres. Crisanto Luque no ocupaba el palacio arzobispal, sino monseñor Luis Concha Córdoba quien, a la muerte de aquél, había ascendido por fin a la primacía de la Iglesia en Colombia. El cardenal Concha, un hombrecillo con rostro de batracio entrado ya en el ocaso de su vida, miraba a Camilo como a todo el mundo, con ojos fríos. No gustaba de las anécdotas que contaban sobre el joven sacerdote, pero tampoco tenía ningún motivo concreto que justificara su censura. Esperaba más bien una oportunidad.

Camilo lo invitó, en las postrimerías de 1961, a presidir la ceremonia de graduación de los primeros sociólogos egresados de la facultad, y a bendecir sus instalaciones. El viejo cardenal aceptó, y en el estrado de personajes ocupó el puesto de honor entre el rector de la universidad y el ministro de Educación. Con oído atento escuchó el discurso de Camilo, y cuando se refirió a las armoniosas relaciones que existían entre personas de diversas ideologías en el seno de la facultad, desde los alumnos hasta el decano Orlando Fals Borda, Su Eminencia respingó a la sola mención del conocido protestante. La buena educación lo obligó, desde luego, a exteriorizar satisfacción, distendiendo las mejillas en una sonrisa apropiada. Pero en realidad lo incomodaba sentirse restregado contra tanto hereje e intelectual izquierdista, viendo a Camilo tan a gusto entre ellos. Por otra parte, si lo sacaba de la facultad, la Iglesia perdería su entrada a un mundo notoriamente anticatólico.

Esta última consideración lo mantuvo en jaque. Y mientras rumiaba el problema de qué hacer con Camilo, desembocó éste, en los primeros meses de 1962, en el centro de una controversia violenta.

Surgió a raíz de un enfrentamiento con monseñor Joaquín Salcedo, el de las escuelas radiofónicas de Sutatenza. Franca y cordialmente Camilo le comentó sobre el posible daño que causaban varios de sus programas radiales, al igual que ciertos artículos que publicaba. Salcedo lo tomó a mal. Luchando a brazo partido, había logrado ascender de coadjutor de un mísero pueblo en el Valle de Sutatenza hasta la cima del mundo de la radio en Latinoamérica, haciendo sonar no solamente el nombre de Sutatenza, sino el suyo también, y sin contar con apellidos y abolengos. Así que no iba a aceptar críticas de ningún mocoso bogotano.

Pidió a su secretario entablar correspondencia con el padre Torres. Siguió, luego, un cortés intercambio de cartas en las que Camilo formuló

concretamente algunas críticas, esperando respuesta. Probablemente al magnate clerical le inquietaba la serenidad de Camilo. Lo cierto fue que cambió de actitud y prohibió a su secretario continuar la correspondencia, pues él mismo se encargaría del asunto. Envió a Camilo una nota extremadamente ofensiva, exigiendo pruebas, negándose a suministrar publicación alguna de Sutatenza, e informándole que su secretario tenía estrictas órdenes de no visitar sus oficinas.

A esta reacción sorprendente, Camilo no respondió de inmediato, “para evitar —dijo— cualquier elemento emocional que no fuera de carácter eminentemente positivo”. Sabía que sus armas más fuertes eran la calma, y la justicia de su causa.

Cuando al fin contestó al iracundo monseñor, expuso sus argumentos con claridad y lógica, citando del periódico de Salcedo, El Campesino, incontrovertibles ejemplos de difamación y calumnia. Una de las víctimas de Salcedo era María Arango, la alumna de Camilo que fuera elegida reina de los estudiantes más por sus méritos como líder estudiantil que por su atractivo físico. La fama de María como militante del Partido Comunista fue motivo suficiente para que Salcedo publicara la historia de cómo sustrajera documentos de una secretaría episcopal. Camilo le mostró, simplemente, que tal secretaría había negado la pérdida.

Añadía que el ciego anticomunismo llevaba a Salcedo a tomar cualquier movimiento reformista por un espeluznante complot de subversión. Lo cual hacía “ridícula la posición de El Campesino”.

Pero su acusación más grave consistía en que la propaganda anticomunista incitaba al odio, de tal manera que algunas instancias de violencia fueron “ocasionadas (si no causadas) por una publicación de El Campesino”. Nombró pueblos donde así ocurrió.

Terminó recordándole que el método antagónico de adelantar la discusión no era de su agrado, se vio forzado a emplearlo por la actitud de Salcedo mismo, cuando lo que él personalmente buscaba era apenas un “diálogo en términos netamente sacerdotales y cristianos.., entre hermanos”.

El 4 de mayo Salcedo concluyó esta desagradable correspondencia con una nota cortante: “Cuando sea oportuno, y cuando el personal de la institución haya terminado de preparar los documentos correspondientes, esta dirección presentará una acusación formal contra Su Reverencia ante las autoridades eclesíásticas competentes”.

Se trataba de una pura valentónada, ya que Camilo lo había dejado sin piso. Pero con Salcedo, hombre poderoso, uno no podía enfrentarse y salir bien librado. Además, los clérigos de la Curia diocesana comentarían el encontrón entre un respetabilísimo monseñor y un mero cachorro de cura. Y a los oídos del cardenal llegaron, inevitablemente, ecos del embrollo.

Exactamente al mes, una tarde de junio, ecos más estridentes irrumpieron en el estudio del cardenal. El viejito se levantó nervioso, ajustándose la faja escarlata, y se asomó a la ventana que daba a la Plaza de

Bolívar. Observó abajo una turba de estudiantes agitando carteles y gritando. Los bifocales del prelado no le permitían descifrar las leyendas garabateadas, ni eran sus oídos lo suficientemente agudos como para entender las consignas que gritaban, pero captó lo esencial de su mensaje al ver alguno que otro joven lanzar piedras contra su palacio. Escuchó, iracundo, golpazos contra la pared y el tronar de piedras haciendo blanco en el portón. Sus ojos vidriosos contemplaban la escena con disgusto, y al sentir un estallido de vidrios rotos, se estremeció de enojo, Cerró las cortinas y se retiró mascullando vocablos que no eran propiamente oraciones. Ya descubriría quiénes estaban detrás de este violento atropello contra la Iglesia. Sospechaba de ese nido de comunistas de la Facultad de Sociología.

En efecto, al otro día sus informantes le confirmaron cuanto había imaginado. Entre los cabecillas, le contaron, sobresalía aquella niña comunista y reina de belleza, que entre otras gracias robaba los documentos del obispo — alumna e íntima amiga del padre Torres, ya quien éste se atreviera a defender en su polémica con monseñor Salcedo.

Con estas informaciones girando en su cabeza, el cardenal bajó enfurruñado a inspeccionar su fachada. Afortunadamente el daño había sido leve. Gastando sus mejores proyectiles contra las oficinas del diario El Tiempo, los estudiantes quedaron con pocas piedras al arribar a la Plaza de Bolívar. “A Dios gracias”, comentó el cardenal mientras subía, resoplando, las escaleras.

Prontamente el presidente Lleras envió uno de sus ministros para presentarle a Su Eminencia las más sentidas excusas del gobierno, las que fueron recibidas con la debida cortesía aunque el ministro apreció, obviamente, que los cristales quebrados tenían al cardenal todavía en ascuas.

Los sucesos de la noche anterior encerraban mucho más de lo que aparecía a simple vista —a la del cardenal por lo menos. La manifestación estudiantil llevada a cabo como protesta contra la ocupación de dos universidades provincianas por la tropa oficial, transcurrió sin problemas hasta que, después de dispersarse, unos cuantos anarquistas empezaron a causar estragos. Eran personas no identificadas. Los estudiantes organizadores de la marcha, conscientes de que las pedreas no favorecían su causa y habiendo hecho lo posible por evitar incidentes, intentaron deducir quiénes pudieran estar detrás de las escaramuzas. Por la Carrera Séptima siempre rondaba una fila de pequeños hampones capaces de aprovechar cualquier disturbio para romper una vitrina y sustraerle algo a una tienda. Esto lo sabían los estudiantes. Tampoco podían descontar ciertas imprudencias cometidas por los mismos manifestantes. Pero aun tomando todo esto en cuenta, el brote de violencia sólo se explicaba reconociendo en él huellas de agitadores profesionales, introducidos entre los estudiantes por el mismo gobierno. Al menos las autoridades le exprimieron el jugo. El rector de la Nacional se aprontó a publicar los nombres de diez estudiantes a quienes acusó de ser responsables del tumulto. Sin más ni más, los expulsó de la universidad. La popular María Arango figura ba en la lista, no porque el rector tuviera ninguna evidencia sobre su conducta en la tarde de los acontecimientos, sino porque

era “conocida —dijo— como uno de los principales agitadores estudiantiles y organizadores de huelgas”.

Con María, Camilo sostenía una buena amistad. Sin coincidir con sus opciones políticas —fue María de hecho, quien lo invitara a Moscú— apreciaba su valentía y honestidad, y le causaba gran disgusto el haber visto cómo a ella y a otros nueve muchachos los trataron sin el menor asomo de justicia. No hubo investigación ni juicio, solamente la expulsión arbitraria. Al aparecer en la capellanía, Enrique Acosta encontró a Camilo deprimido, y al tocar el tema de la expulsión de los estudiantes constató el origen de su mal humor y trató de convencerlo de que había sido correcto.

—Esos estudiantes que han expulsado se la estaban buscando desde hace tiempo. Han sido la causa de todos los problemas aquí, y ahora que se fueron, los demás podrán seguir sus carreras en paz. ¡Están bien expulsados!, digo yo.

Camilo hervía por dentro, pero contuvo su impaciencia. Ciertamente, una vez decapitados los cabecillas, las masas estudiantiles serían conducidas como ovejas y se darían por en tero a su principal razón de ser, la obtención de un diploma. No quedaría nadie que cuestionase nada. Lo cual era precisamente lo que gente como Enrique y el rector querían, Camilo no se sentía como para discutir. Sólo le advirtió a Enrique que no dejaría las cosas así.

— ¿Y qué piensas hacer?

—Apelar.

A Enrique le asustó esta respuesta. “Pero eso sería mal visto. Te haría aparecer como desautorizando al rector”.

—Mira Enrique —le contestó con firmeza—, el día de mañana las víctimas tal vez seremos nosotros por no ser nuestra ideología aceptable a las autoridades, y si no actuamos ahora, mañana no tendremos el derecho de quejarnos.

Y se dirigió a la puerta.

— ¿Porqué qué no consultas al cardenal? —insistió Enrique.

Camilo, en vez de responder, le clavó una mirada de afectuosa desesperación, dio la vuelta y salió.

En la facultad encontró a Orlando Fals y otros colegas la mentando el giro que habían tomado los acontecimientos. Camilo les convenció de que si la mayoría de los decanos y profesores se agacharon, aceptando la decisión del rector, no justificaba el encogerse de hombros. Redactó una nota de protesta, firmándola y haciéndola firmar a los demás miembros del Consejo Administrativo de la Facultad de Sociología, y la mandó enseguida a las autoridades de la universidad. Con ella los profesores de sociología desataron un debate nacional, y habiendo sido casi los únicos que se opusieron al edicto del rector, se colocaron de la noche a la mañana en el epicentro del escándalo.

En medio del furor que siguió, Camilo inconscientemente selló su suerte con un sermón. Lo predicó durante una misa celebrada en la capilla de la universidad el sábado de esa misma semana. Como la ceremonia conmemoraba las masacres estudiantiles de junio de 1954, naturalmente habló de los caídos y opinó que, aunque no todos se habían adherido a la fe católica, si murieron de acuerdo con sus convicciones, lograron la salvación eterna. Observación de tan poca originalidad que en circunstancias normales no habría perturbado la somnolencia de sus oyentes. Pero en esa mañana, cuatro días después de rota la ventana del cardenal, el más leve elogio a los estudiantes pronunciado por Camilo era pura dinamita.

Los jóvenes salieron de la capilla alborotados, lanzando vivas a Camilo y felicitándolo por su enérgico discurso. ¿Qué dijo?, preguntaba la gente. Que los comunistas irán al cielo con tal que luchen por la causa, contestaban. O algo parecido. De hecho nadie recordaba exactamente lo que había dicho, ni siquiera el propio Camilo, pero tal como iba sucediendo todo, lamentaba no haber sido algo más fuerte, pues el asunto estaba en llamas.

Camilo se lanzó ya sin reservas a respaldar a los estudiantes. La apelación de la Facultad de Sociología dio nuevos ímpetus a los líderes y, bajo la creciente presión de las circunstancias, el rector declaró la clausura de la universidad hasta fines de agosto. Se trataba de una maniobra empleada con frecuencia por las autoridades con el fin de dispersar a los revoltosos, pues mandando a todo el mundo para casa se desintegraba el movimiento estudiantil. Esta vez el método no les funcionaría. El consejo estudiantil votó contra el cierre e invitó a los profesores a continuar sus clases, desafiando la decisión del rector. Entre los contados profesores dispuestos a ello, estuvo Camilo. A estas alturas, los estudiantes convocaron una asamblea especial, y pasada la medianoche, en medio de aplausos ensordecedores, declararon a Camilo rector de la universidad.

Con cada informe que recibía, el cardenal rabiaba, y al llegar le este último, llamó a su secretario y dictó una carta en tono tajante.

Al abrir su correspondencia, Camilo se enteró de su destitución de la capellanía, como de los cargos académicos y funciones administrativas que desempeñaba en cualquier calidad dentro de la Universidad Nacional. Debía presentarse a trabajar en la Veracruz, una parroquia urbana.

Capítulo 7

Tomando partido

Camilo no contaba con esta destitución radical. Imaginaba que el cardenal lo regañaría. Inclusive, que lo retiraría de capellán. Pero se sorprendió, a primera vista, que lo separara totalmente de la universidad. La carta, sin embargo, no dejaba dudas. Camilo la abrió de nuevo y volvió a leer,

desde el “Estimado padre” hasta LUIS CONCHA, firma trazada en letras grandes como con pluma de ganso en un pergamino.

Aun leyendo despacio, Camilo no tardó nada, pues el cardenal poseía el don de la brevedad. Al terminar, miró distraído el blasón del membrete, pero el intrincado dibujo de borlas y cuerdas que derivaban en ramales bajo un platillo volador a guisa de sombrero, no atrajo su atención. Sólo pensaba en el contenido de la carta, tratando de interpretarla.

Hubiera sido difícil encontrar nada que interpretar en comunicado tan escueto. Camilo, en cambio, sabía que las maquinaciones que la motivaron eran tan complejas y sinuosas como las cuerdas y las borlas. Tenían su origen, intuía, entre el palacio arzobispal en la Plaza de Bolívar y el presidencial, a la vuelta de la esquina.

El cardenal Concha y el presidente hacían muy buenas migas. Lo que el arzobispo llamaba su “no-intervención” en los asuntos políticos —es decir, su oposición a las maniobras de Laureano Gómez y los conservadores— constituyó un apoyo real a la política de los liberales. Para un obispo colombiano, la neutralidad en materia política es mera ficción. La muerte del cardenal Luque había coincidido con el retorno de los liberales al poder con Alberto Lleras, y la presunta neutralidad de Concha recibió, aunque tardía, la esperada retribución: del anonimato de una diócesis de provincia, al trono de primado en Bogotá.

La cordial relación entre Iglesia y Estado le parecía al cardenal perfecta. Siempre prestaba atención a los funcionarios del gobierno que corrían de palacio en palacio. En sus conversaciones recientes, pensó Camilo, su nombre ciertamente había figurado. Porque empezaba a ser un estorbo.

A comienzos de ese mismo año (1962) se le nombró para un comité técnico para el estudio de los problemas agrarios, cuya primera tarea consistió en la investigación de un conflicto entre terratenientes y pequeños propietarios en determinada región de la Costa Atlántica. Camilo se trasladó allí, permaneció una semana investigando en el lugar de los acontecimientos. Manejaba machete con los trabajadores durante el día, y por las noches tomaba ron blanco con ellos en sus ranchos. Apenas se dieron cuenta los negros arroceros que Camilo no era un funcionario común y corriente, lo buscaban para hacerle confidencias y contarle la larga historia de su esclavitud. Durante cuarenta años, el hacendado de la zona, un respetabilísimo miembro del Senado en Bogotá, les venía rompiendo las cercas, metiéndoles ganado y obligándoles a correrse hacia las orillas del río Sinú. A veces, el nivel del Sinú bajaba y los campesinos podían excavar el barro de su lecho, sembrarlo de arroz y recuperar tierra antes sumergida bajo la superficie del agua. Una y otra vez, el senador ordenaba al alcalde enviar la tropa, y por décadas —en 1922, en 1934, en 1947— los agricultores conocieron el bolillo y la bala de los sol dados. En cada ocasión fueron empujados hasta las surgientes playas del río, contemplando sus chozas y ranchitos incendia dos. Pero su lucha continuaba. Hacía sólo un año, en 1961, el alcalde los había encerrado tras el alambrado de púas hasta que prometieran abandonar la “tierra invadida”.

Camilo regresó a Bogotá con su informe: sí, hubo invasiones, pero el invasor era el terrateniente, no los campesinos. Acababa de volver a la capital cuando conoció la queja del senador del Sinú sobre el cura que estaba incitando a los campesinos a la revuelta. Camilo tomaba el trabajo demasiado en serio, en opinión del Ministerio de Agricultura. Y el ministro tenía acceso al oído del cardenal.

Lo que realmente molestaba al viejito, calculaba Camilo, no era sólo el sinfín de chismes acerca de sus amigas en la Nacional, ni la cantidad de whisky que se suponía que tomaba. Existían motivos más serios, más políticos, detrás de su exilio de la universidad.

Al ser nombrado, a fines de 1961 de la Junta Directiva del recién creado Instituto de Reforma Agraria (Incora), con la aprobación del cardenal, no se esperaba que cuestionase las políticas del ministro de Agricultura. Pero lo hizo varias veces. La armonía reinante entre la Iglesia y el Estado conocía un solo obstáculo: el turbulento padre Torres.

Para colmo, Camilo había chocado con el Ministerio de Educación al tomar partido por un grupo de estudiantes subversivos en contra del rector de la universidad. Rumiándolo ahora, con la carta en su mano, Camilo supuso que este último episodio había venido a quitarle tranquilidad al cardenal. Como si el hecho de apoyar a María Arango fuera poco, también había ofrecido protección al redactor de *Bisturí*, una revista de estudiantes de la Escuela de Medicina que publicó un número especial —y especialmente beligerante— sobre la marcha de protesta. Aunque lamentaba el saqueo de las vitrinas, ocurrido después de la manifestación, *Bisturí* no vertía lágrimas por las piedras estrelladas contra los muros de *El Tiempo*.

El redactor de *Bisturí*, Julio César Cortés, llegó hasta la presidencia del Consejo Estudiantil, manteniéndose en primera fila del movimiento nacional prorreforma universitaria. Su alusión al ataque contra *El Tiempo* como una “medida, si bien hartó primitiva, sin embargo, prácticamente inofensiva”, la tomaron las autoridades como pretexto para quitárselo de encima. Y precisamente estando el rector a punto de expulsarlo de la universidad, salió Camilo en su defensa. Así que, pensándolo bien, la decisión del cardenal no tenía nada de sorprendente.

Camilo sopesó el asunto. Instalado hacía seis meses en el decanato del Instituto de Administración Social de una escuela oficial para la formación de funcionarios públicos, dedicaba a ese trabajo cada vez más tiempo e interés. Le ofrecía ventajas que no tenía en la Facultad de Sociología pues, como decano, disfrutaba de libertad para programar sus propios proyectos. Sus alumnos estaban más ligados al desarrollo de la comunidad que los estudiantes universitarios, ya que muchos de ellos se emplearían en institutos como el de la Reforma Agraria. Además, el trabajo en la escuela le proporcionaba la oportunidad de organizar cursos para campesinos en todos los departamentos del país. Como atracción adicional, colaboraba con él la mejor secretaria del mundo: Guitemie Olivieri, la muchacha corsa, vieja amiga de sus días argelinos en París. Hacía un par de años había llegado a Colombia, y Camilo le consiguió trabajo en la empresa de uno de sus amigos. Al poco tiempo Guitemie se puso

a organizar a los obreros en un sindicato. El empresario no se demoró en despedirla, justo a la hora en que Camilo buscaba secretaria para la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP).

Gitemie era de una eficiencia asombrosa, y desde el día en que ingresó a la oficina, ninguna carta de Camilo quedaba sin respuesta. Gracias a su camaradería, se formó en torno a ella y a Camilo un equipo tan amistoso como eficaz en el piso 11 de la ESAP. Esta oficina se había convertido en el cuartel general de Camilo, y debía hacer lo posible por no perderla. Pero ¿cómo? El cardenal se sentía provocado y decidido a meter a Camilo en una parroquia. Camilo no dudaba que lo sacaría de la ESAP.

Si bien Camilo no se prestaba normalmente a intrigas, sabía maquinar cuando era necesario. Los miembros de su familia, al sorprenderlo en una, decían: “se le salió el boyacense”. Los Torres y Umaña de Boyacá tenían algo de marrulleros. En esta ocasión Camilo invocó aquellos instintos familiares, mas la astucia meridional de su secretaria, para ganarle al cardenal su propio juego: le haría sentir un poquito más de presión política, pero esta vez a su favor.

El director de la ESAP, doctor Guillermo Nannetti, estaba impresionado con Camilo y contento de su trabajo. Al enterarse de la amenaza del cardenal fue a hablar personalmente con Su Eminencia. Camilo no pudo ocultar una sonrisa; Nannetti era cuñado del presidente Valencia, recién elegido sucesor de Alberto Lleras. La malicia boyacense le salvaría el puesto.

A los pocos días, decidido a no discutir, el mismo Camilo se presentó ante el cardenal Concha, y la entrevista pasó sin contratiempos. Quienes pensaban que Camilo se mostraría ofendido o renunciaría al sacerdocio, revelaban cuán poco lo conocían. Él no buscaba querellarse con la Iglesia. Al contrario, la amaba. No la de un Concha, con sus intrigas palaciegas, sino la de los sacerdotes-obreros de Francia, los peregrinos de Chartres o los feligreses de Tunjuelito, quienes veían en él a un ministro de Dios y esperaban su mensaje de salvación. La Iglesia constituía la razón de ser de su vida, y no la iba a perder con un gesto petulante al primer roce con su superior.

Con sus amigos de La Comunidad había meditado muchas veces en *La verdadera y falsa reforma de la Iglesia* —título de un libro de Yves Congar, dominico francés— y distinguía, de acuerdo con el autor, entre los pecados de la Iglesia y los de sus miembros. De modo que su actitud hacia el cardenal, al penetrar en su despacho, fue de una indulgencia tal que el anciano experimentó la extraña sensación que quien concedía la audiencia era Camilo y no él.

Camilo, lógicamente, comprendió su posición. Tocaron el tema universitario y el cardenal explicó que, siendo él responsable de la imagen pública de la Iglesia, no juzgaba conveniente comprometerla en el conflicto tal como se comprometiera Camilo. Conducía, dijo, a malos entendidos. Camilo aceptó. También el cardenal debía fidelidad a su conciencia. Ambos se mostraban extremadamente deferentes.

El cardenal, preocupado por el bienestar espiritual de Camilo, quería establecerle residencia en la parroquia de la Veracruz donde lo acompañaría el padre Arturo Franco, sacerdote distinguido por sus sólidas virtudes eclesiológicas. Camilo aceptó sin vacilar. La Veracruz estaba bien situado sobre la Carrera Séptima y el padre Franco era inofensivo. No dejaba de ser molesto que el cardenal lo pusiera, como un muchachito mal criado, al cuidado de una nueva niñera. Camilo no se quejaba, sin embargo, con tal que no lo obligara a abandonar la ESAP. Y la ESAP ni se mencionó.

Únicamente el día en que llegó obediente con sus maletas a la Veracruz se dio cuenta hasta qué punto desconocía la vida de una casa cural. En la puerta lo esperaba el padre Franco, preparado con un discurso sobre cómo convivirían en plan de hermanos. Si le desagradara cualquier detalle en el comportamiento de Camilo, no vacilaría en llamarle la atención para que fraternal mente se arreglara el asunto. La plática duró mucho rato en la misma tónica. Camilo observó que Franco lo llamaba siempre "Camilín", a pesar de llevarle sólo unos cinco años. Estaba tomando muy al pie de la letra su papel de niñera.

A las pocas semanas de permanecer en la parroquia, Franco lo hizo ir a su despacho y le espetó otro discurso, más largo aún: —Mi querido Camilín, me preocupo por ti. Estás llegando a casa muy tarde... yo sé que te das a los que te necesitan, pero ¿a qué horas estudias?, ¿cuándo sacas tiempo para la oración?

Las manos redonditas del padre Franco descansaban en el escritorio, enganchados los dedos, la cabeza inclinada, semejando una maestra de novicias dando consejos espirituales a una de sus monjitas.

Su voz era un zumbido y Camilo, somnoliento, se esforzaba por no perder el hilo, ya que —como insistía Franco— ¡ciertamente había llegado muy tarde la noche anterior! Oyó algunas frases bien conocidas —"tomando mucho trago"... "la compañía femenina"... "el gran amor que nos une en Jesucristo"— y al llegar a su fin, le agradeció la admonición fraternal y escapó a su cuarto, donde se puso a pensar que la Iglesia, a la que tanto amaba, tenía ciertas áreas en las que se sentía completamente extraño.

En la Veracruz muchas cosas le fueron extrañas. No estaba acostumbrado a encerrarse en un confesionario a oír a piadosas señoras y a niños chiquitos susurrarle pecadillos por las rendijas de una ventanilla, cubierta de gastada tela morada para amortiguar la luz y el sonido, haciendo que las voces temblaran en la oscuridad y los pecados sonaran como asordados, y por eso más secretos. Se volvían largas las horas confesando y era difícil no dormir. Siguiendo la sugerencia del padre Franco, se turnaba en el despacho para atender a los parroquianos que, a intervalos, llegaban en solicitud de partidas de bautismo o certificados de matrimonio. A veces no llegaba nadie sino después de un largo período de espera. En otras, estando Camilo a punto de cerrar, una niña entraba presurosa, jadeante, arrastrando a su hermanita a ser examinada para la primera comunión. Después de hacerle el examen con toda paciencia, despedir a las hermanas y cerrar la puerta con ademán de

concluir, tendría que volverla a abrir ante la insistencia de alguna viejita que le rogaba bendecirle una medalla.

Tareas tan poco atractivas constituían la suerte común de quienes fueran compañeros de Camilo en los días apacibles del seminario. Camilo no los envidiaba. Le gustaba, sí, ayudarles los domingos con la celebración de una misa. Y de vez en cuando se encontraba con uno u otro para almorzar. Pero se movía en un mundo totalmente distinto del mundo parroquial, y le resultaba imposible entusiasmarse, como ellos, con la noticia de que el padre fulano de tal pudo renovar la fachada de su capilla, o con el último chisme sobre el vicario general.

Varios de los sacerdotes lamentaban el abismo que se abría entre el mundo suyo y el de Camilo, y hacían lo posible por reducirlo. Y al enterarse de la condena de Camilo a la casa cural de Arturo Franco, se les despertaron espontáneos sentimientos de solidaridad. Lo invitaron a una comida.

Fue en el transcurso de aquella amigable reunión de compañeros cuando Camilo les anunció su decisión de integrarse a la Orden Dominicana. La noticia les cayó de sorpresa a sus amigos del clero diocesano. Sabían que Camilo quiso ser dominico antes, pero creían que hacía tiempo había abandonado la idea.

—No, siempre he querido ser dominico —aclaró—. Pero no podía por mi mamá. Ahora que tengo que vivir en la Veracruz, Isabel tiene que defenderse sola de todas maneras. Por fin estaba libre, les dijo, para realizar el sueño de su vida.

Sus amigos, inmisericordes, le tomaron el pelo. “Si te metes de dominico ahora todo el mundo dirá que es por resentimiento, que sólo estás tratando de salir de las garras del cardenal. Además —agregaron— sería pasar de Guatemala a Guatepeor. ¡Los superiores dominicos te tendrán más amarrado que el mismo Concha!”. Le aconsejaron dejar pasar el tiempo antes de tomar la decisión.

Así que Camilo la dejó en remojo. Aplazó a los dominicos, ansiosos de capturarlo, y semanas más tarde supo que una comisión parlamentaria solucionaba la crisis universitaria, declarando ilegal la acción del rector. Éste fue obligado a renunciar, reintegraron a los alumnos expulsados, y el decano de Sociología, Orlando Fals, logró persuadir al cardenal para que Camilo terminara de dictar sus clases, siquiera hasta el fin del semestre.

La última nube se levantó en agosto cuando Camilo encontró al padre Franco midiéndose una reluciente sotana nueva para la primera sesión del Concilio Vaticano. Partía para Roma a fines de septiembre, ya que algunos obispos lo invitaron a unirse a su comitiva. Dentro de poco, pensó Camilo, la vida se volvería más agradable en la Veracruz. En consecuencia, dejando de lado sus anhelos de vida monástica, se entregó al trabajo de la parroquia, la ESAP, La Comunidad, el Incora, las clases de sociología y otra docena de quehaceres que iban amontonándose a su alrededor.

De celebridad menor se convertía en vedette. *El Tiempo* publicó su caricatura saliendo por la puerta de la Veracruz, montado en moto, con

teléfono en una mano, máquina de escribir en la otra, y cantidad de libros bajo los brazos. Una noche de fiesta los de Muniproc lo resumieron en coplas:

Hay aquí en la Veracruz
un cura particular
que se duerme hasta en el bus
cansado de trabajar.

Las devotas parroquiales
están planeando una huelga
pues sus pecados veniales
no encuentran quién los absuelva.

Pues el curita en cuestión
apenas dice su misa
se sale a ver si organiza
alguna revolución.

El bochinche emocional
que lo tuvo por Quijote
le ocasionó un cardenal
aunque Orlando no lo bote.

Con mucho ají en la tonsura
y chiflado de remate
el cura Torres no es cura
¡es un solemne aguacate!

Camilo gozaba con todo esto. Le gustaba mucho más ser materia de coplas y caricaturas que tema para columnistas.

Casi sin darse cuenta —en realidad sin pretenderlo— se volvió el cura de moda. Era apenas natural. Todos sus atributos

—su personalidad varonil, sus relaciones sociales, su prestigio académico y, ahora, encima de todo, su roce con el áspero cardenal— se conjugaron para convencer a los “clubmen” de Bogotá que con un hombre como el padre Torres se podría charlar, mientras que sus mujeres se dieron a la tarea de convertirlo en el consentido de los salones, Nadie se sentía bien casado ni sus hijos bien bautizados si el padre Camilo no oficiaba. La Veracruz, blanca iglesia colonial de la Séptima —escogida por el cardenal como lugar de su exilio- se volvió el sitio de rigor para las bodas más elegantes.

Como Camilo no había aprendido a decir “no” a nadie, se encontró sitiado por un círculo de desesperadas damas de la alta sociedad. Cada una llegaba a cumplirle cita llevando, al principio, vestimenta apropiada —falda negra y modesta mantilla. Pero al depositar sus confidencias en el comprensivo oído del joven sacerdote, se animaban y volvían a buscar su consejo, en una segunda y tercera ocasión, con vestido cada vez menos severo y con propósitos que no eran exclusivamente espirituales. El teléfono de Camilo ardía con incesantes llamadas y lo perseguían sin tregua hasta altas horas de la noche. Con ellas no pudo siquiera la constante vigilancia de su madre.

De esta manera Camilo, a pesar suyo, se volvió el capellán de cabecera de la Jay. Como tal, despertaba la envidia de sacerdotes arribistas, ya! mismo tiempo se alejaba aún más de sus colegas de parroquia, atados a las diarias tareas de visitas a enfermos y clases de catecismo. En todos los aspectos, Camilo iba quedando en la periferia de la Iglesia.

Aunque un tanto marginado del clero de Colombia, Camilo se sentía a sus anchas entre los sacerdotes que trabajaban por la renovación de la Iglesia a un nivel más amplio, el de América Latina. Para éstos, la hora parecía propicia. Terminado el largo pontificado de Pío XII, la sonrisa del viejo Papa Juan iluminaba al mundo católico, y un grupo optimista de sacerdotes y obispos en Suramérica se propusieron pintarle un renovado cariz a su Iglesia. El vocero principal, monseñor Manuel Larraín, de Chile, organizó una reunión cerrada de selectos reformadores eclesiásticos para agosto de 1962, e invitó a Camilo, quien aceptó gustoso, reencontrándose con viejos amigos, puesto que entre las personas convocadas por el obispo Larraín en la Argentina, se hallaban compañeros suyos de estudio en Europa u otros conocidos por él en congresos internacionales de los últimos años; se trataba de teólogos y laicos cristianos políticamente activos en sus respectivos países —Uruguay, Chile y el Perú— y considerado cada uno especialista en su campo.

Sobraban presentaciones. En la tranquilidad de una casa de retiros en las afueras de Buenos Aires, se dedicaron a intercambiar reflexiones sobre su preocupación común: cómo hacer el mensaje de la Iglesia comprensible a los hombres de Latinoamérica en ese momento histórico.

Otra vez —pero ahora más sutilmente— Camilo era un extraño. Mientras los asistentes utilizaban términos generales, no se apreciaba ninguna diferencia fundamental en sus puntos de vista; todos estaban de acuerdo en que la Iglesia tenía que comprometerse con el cambio social. Sin embargo, surgieron las divergencias cuando se hizo referencia al tipo de gobierno deseable en cada país.

Los chilenos favorecían la solución demócrata-cristiana. Aún más, guardaban positiva esperanza de llevar a su candidato al poder en las próximas elecciones. Pero los conceptos de Camilo sobre el cambio social se habían ampliado durante los tres años siguientes a su salida de las vetustas aulas de la Universidad Católica de Lovaina, a partir de la cual comenzó a moverse en el ambiente predominantemente seglar de los grupos estudiantiles de la Nacional, desarrollando allí, casi instintivamente, una actitud crítica frente a lo que olierá a integrismo católico.

Infortunadamente carecía de herramientas científicas para reemplazar la mera recopilación de datos —sistema aprendido en Lovaina—por un método serio de análisis. Sobre los problemas colombianos existía escaso material analítico, y Camilo no encontraba tiempo para el estudio exhaustivo. No obstante, acostumbraba a someter los conceptos abstractos —el de democracia, por ejemplo— a un análisis en términos económicos. Ya no tomaba los viejos derechos y privilegios por dogmas de fe. Los reexaminaba. Y mientras los demócratas-cristianos aceptaban y hasta defendían la propiedad privada y las diferencias de clase como características innatas a toda sociedad,

Camilo las veía como males creados a lo largo de la historia por la sociedad capitalista. Para él, eran productos de un sistema de clases que no encontraba justificación ninguna en el cristianismo auténtico. Se oponía, desde luego, a la idea de un partido cristiano, y objetó que no se debería plantear “el problema político en términos religiosos”.

Cuando el obispo Larraín expresó que los cristianos tenían que “captar la revolución” antes de que los marxistas la monopolizaran, no pudo haber estado más lejos del pensamiento de Camilo. Éste tuvo la impresión de que los chilenos estaban obsesionados con la manía de preservar la democracia formal, lo cual explicaba su temor a los marxistas. Por el contrario, Camilo guardaba poco respeto por las formas democráticas; la historia de Colombia le mostraba cómo esas formas servían sólo a una acaudalada minoría.

Sorprendía que Camilo llevara la contraria a clérigos tan distinguidos. Si la reunión se hubiera realizado unos meses antes, quizás Camilo no habría sido tan antagónico. Pero apenas hacía dos meses que se la jugara con los estudiantes en contra del sistema, y esa acción —la primera abiertamente política— lo había radicalizado. Era menos conciliador, estaba tomando partido.

Al referirse despectivamente a las instituciones democráticas, sus palabras golpearon el entusiasmo de los demócratas-cristianos. Ni siquiera la suave tonalidad de su voz pudo amortiguarlas. Pero uno, al menos, lo apoyaba: el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, quien compartía con Camilo cierto desprecio por los procesos parlamentarios.

Gutiérrez llegaba de Lima, en donde semanas antes la oligarquía peruana había sacado las tropas para deponer a un gobierno democráticamente elegido que no era de su gusto. Ahora mismo, explicaba Gutiérrez, la misma oligarquía estaba montando una farsa electoral en el Perú con el fin de asegurar esta vez el triunfo de su candidato.

La amistad entre Camilo y Gustavo Gutiérrez databa de sus años de estudiantes en Lovaina, teniendo mucho en común. Sabían que la oligarquía dominaba la escena política tanto en el Perú como en Colombia, y eran conscientes tanto de la necesidad de un cambio revolucionario como del peligro de que la historia los dejara atrás.

—Tenemos que actuar —urgió Camilo— aun a riesgo de ser absorbidos.

A Gutiérrez le inquietaba la posibilidad de esa absorción. Intelectual más que hombre de acción, le parecía fundamental encontrar una forma de radicalismo específicamente cristiana, “en vez de seguir simplemente la corriente marxista”.

A Camilo esto le sonaba a abstracción. Él veía la cuestión tangible: “los marxistas luchaban por la nueva sociedad y nosotros, los cristianos, deberíamos estar luchando al lado de ellos”. Recordaba a gente como María Arango y Julio César Cortés. “El grupo de revolucionarios es muy reducido, dijo, y nosotros, los católicos progresistas, también somos pocos”. Históricamente hablando, no existía sino un solo error que los cristianos podían cometer: dejar de actuar. Las disertaciones ideológicas parecían a Camilo

redundantes en un momento en que lo que estaba en juego era la libertad de millones de seres humanos.

Gutiérrez distinguía entre el papel del sacerdote y el del laico. Camilo respondió que, en tiempos de crisis, se justificaba que un sacerdote asumiera el papel de un seglar. Le interesaba más la acción misma que la teoría que le daba sostén. Su intuición le decía que otros vendrían después para elaborar teoría sobre los actores de la historia y el desempeño de cada cual.

Al salir de la Argentina, los doce participantes en la mesa redonda se sentían defraudados. Más que un intercambio de ideas sus charlas degeneraron en una serie de monólogos, encasillándose cada interlocutor en las preocupaciones propias de su país de origen.

Camilo se sentía singularmente solitario. No porque fuera el único delegado de Colombia, sino por razones más profundas. Se daba cuenta que su país sufría, como ninguno, el peso aplastante de la autoridad eclesiástica. En Colombia todo un armazón inquisitorial quebraba a cualquier grupo de simples laicos que se atreviera a tomar iniciativas sin la aprobación del respectivo obispo. Ningún movimiento de laicos había podido surgir en el país como sucedía en otros. "A falta de un laicado enérgico, concluyó Camilo, un clérigo debe actuar". De haber sido chileno o peruano, tal vez habría gustado más de los debates teológicos. Pero se sentía empujado hacia la acción y no pensaba perder más tiempo en este tipo de conferencias de alto nivel.

Los otros participantes salieron igualmente insatisfechos. Sin embargo, a diferencia de Camilo, volverían reiteradamente a encuentros y congresos internacionales.

El anfitrión, monseñor Larraín, presidente-fundador del CELAM (Consejo Episcopal de Latinoamérica) estaba iniciando una inmensa red de secretarios para la modernización de las estructuras eclesiásticas. Por todo el continente se erigía una increíble burocracia clerical. En cada capital se montaban oficinas para tratar asuntos de reforma litúrgica, nueva catequesis, educación cristiana, comunicaciones sociales, ecumenismo, seminarios y misiones. Fieles a la Ley de Parkinson, se multiplicaban a velocidad creciente. Burócratas engendraban burócratas. Los secretariados nacionales de los episcopados se volvían algo sine qua non. Sacerdotes tecnócratas corrían de una sala de conferencias a otra y volaban oficiosamente por toda Suramérica. El Concilio Vaticano, recién inaugurado, creó empleo para otro ejército de secretarios, publicistas, consejeros teológicos y simples agentes de turismo, extraídos de entre los sacerdotes jóvenes más prometedores. La gigantesca maquinaria eclesiástica los absorbía, especialmente en Colombia, donde el CELAM estableció su sede.

Camilo se cuidó de no caer en los tentáculos de ese monstruo. Los demócratas-cristianos de Chile le hacían ofertas atractivas. En Santiago, Roger Vekemans, un jesuita belga que gastaba millones de marcos alemanes en la campaña demócrata-cristiana de Eduardo Frei, deseaba que el talentoso sacerdote colombiano trabajara con él. Propuso a Camilo como cabeza de un instituto para el estudio de la explosión demográfica a escala continental. El

salario sería jugoso y las perspectivas excelentes, pero Camilo se rió y marchó a casa.

Ya estaba comprometido con Colombia, luego no se dejaría seducir por ningún cargo de ejecutivo en el extranjero. Máxime, aguantaría en Lovaina lo necesario para preparar su tesis de grado y sacar el doctorado, proyecto que tenía en mente desde cuando terminó su licenciatura. El "cartón", pensaba, le podría ser útil.

Más de una vez escribió a su viejo maestro, M. Urbain, solicitando le dirigiera la tesis, pero se le hizo difícil escoger un tema aceptable a la junta directiva de la Escuela de Ciencias Políticas de Lovaina. Sin darle muchas vueltas al asunto, propuso por título "El catolicismo, el comunismo y la libertad en un país subdesarrollado", pero el director de la escuela se asustó y lo rechazó por ser "*trop actuel*" (demasiado vigente). Más tarde, en una tónica más seria, Camilo sugirió algo sobre la migración rural a las ciudades, lo cual era perfectamente aceptable por la gente de Lovaina. El único problema consistía en que Camilo no hallaba tiempo para efectuar el viaje.

Los cursos itinerantes de la ESAP lo llevaban de un pueblo a otro por todo el país. También su trabajo con el Instituto de Reforma Agraria lo ponía en contacto diario con las masas trabajadoras, desde los que cortaban caña en el Valle del Cauca o laboraban en los ingenios, hasta los agricultores aislados en las faldas de montes casi inaccesibles. Camilo iba conociéndolos a todos.

Era el primer año de operaciones del Instituto de Reforma Agraria, y el ministro de Agricultura enviaba técnicos al campo a estudiar los problemas rurales. Camilo rara vez perdía una de estas excursiones de reconocimiento de terreno, y se metía con los campesinos con simpatía y espontaneidad nada usual en un funcionario estatal. El nuevo ministro, quien presumía de izquierdista, se burlaba de Camilo. "La revolución no se hace con curas — observó a un amigo— ¡ni Lenin en persona haría la revolución llevando esa sotana!".

A esta especie de críticas, Camilo no prestaba atención. Seguía penetrando cada vez más en el interior del campo colombiano y cada vez más hondo en el carácter de sus gentes. Gozaba con los campesinos y escuchaba sus crónicas horas enteras. Le contaron de los tiempos de La Violencia, hacía escasamente diez años. Los relatos recobraban gran dramatismo, cuando el hombre se alzaba la camisa para mostrarle la cicatriz de una bayoneta en su estómago, o cuando la viejita le describía la ejecución de su marido, el asesinato de sus hijos y la quemada de su rancho.

Los viajes de Camilo lo conducían a aquellas regiones del país en las que *La Violencia* fuera particularmente intensa, ya que precisamente allí, en esas zonas, era donde el instituto pensaba iniciar sus programas de reforma agraria. Entre los campesinos del Tolima, valga decir, el odio quedaba como un rescoldo vivo y el gobierno esperaba extinguirlo.

Camilo observó que no irían a apagarlo las insípidas medidas del instituto. La gente del campo no se dejaría engañar con la pavimentación de un camino o la construcción de un canal, ni con el título sobre una hectárea de

tierra. Bien sabían que los caminos y canales favorecían a los terratenientes, y los trabajadores no necesitaban de un papel para saber que les pertenecía una parcelita, pues la habían ganado con el sudor de su trabajo. Lo que exigían era tierra de verdad. No pedían pequeños lotes llenos de piedra en las lomas, sino extensos predios en los valles donde los grandes propietarios apacentaban su ganado.

En sus excursiones Camilo dejaba pueblos atrás y caminaba monte adentro para encontrarse con agricultores cuya subsistencia dependía del trabajo de sol a sol. Estos campesinos se caracterizaban por el silencio hermético. Sin embargo, con el tiempo se volvían menos precavidos con Camilo, y hasta uno de ellos le confió su secreto: lo llevó a su rancho y, levantando una a una las tablas del piso, le reveló su tesoro. Allí brillaba un fusil que el campesino, alzándolo cariñosamente, colocó en las manos de Camilo. El hombre no poseía otra cosa que valiera ni la mitad de su fusil. Lo cuidaba, manteniéndolo limpio y bien empacado con su pertrecho, hasta el día que le hiciera falta.

Camilo no dijo nada. Sabía que las Repúblicas Independientes existían todavía, aunque los informes oficiales las presentaban como pandillas de asesinos. En verdad La Violencia había engendrado una especie de bandolero dedicado al pillaje y al asesinato, frecuentemente contratado por jefes políticos; a Antonio Larrotta, el unirse a la cuadrilla de uno de estos bandidos le costó la vida. Pero las Repúblicas Independientes eran algo muy diferente y, al pintar como hampones a los agricultores que se defendían de la violencia y la opresión, los periódicos tergiversaban la verdad.

Lo que Camilo empezaba a conocer en el Tolima no era el bandolerismo. Sus compatriotas simplemente se armaban para una guerra.

Sus observaciones personales las confirmó con el estudio del copioso material sobre movimientos campesinos armados que la Facultad de Sociología coleccionara durante más de dos años. Con fondos de la Fundación de la Paz donados por amigos de Camilo, la facultad había contratado los servicios de un párroco rural, el padre Germán Guzmán, cuyo ministerio pastoral en una parroquia del Tolima lo puso en contacto con grupos guerrilleros. Guzmán acumulaba un considerable archivo sobre los rebeldes de la región y, como miembro de una comisión oficial encargada de la pacificación de los insurgentes, logró aumentar su documentación. El decano de la Facultad de Sociología, Orlando Fals, no tardó en adquirir las fuentes extraordinariamente ricas de Guzmán y, con la colaboración de un renombrado abogado, Eduardo Umaña Luna (primo de Camilo), recopilaron sus estudios en lo que vino a ser el primer libro de fondo sobre *La Violencia* jamás publicado en Colombia. El primer volumen se puso a la venta en septiembre de ese año, 1962, causando gran revuelo. Por segunda vez en cuestión de meses, los profesores de sociología salían a escena.

La Violencia era un tema que los expertos en ciencias políticas, como los de Lovaina, hubieran considerado demasiado candente. Al salir el libro, los políticos conservadores se ofuscaron tremendamente. En el Senado, Álvaro Gómez, hijo de uno de los hombres más comprometidos con La Violencia, el

viejo Laureano Gómez, lo denunció como un “relato mañoso y acomodaticio respaldado por unos documentos secretos”. La familia Gómez no encontraba mejores argumentos, ya que los hechos mismos eran incontrovertibles.

Editorialistas conservadores competían con sacerdotes jesuitas en la búsqueda de epítetos apropiados para los autores. Los jesuitas llamaban a Guzmán “sacerdote renegado”; los conservadores decían que Umaña era un “librepensador extremista”, y tanto jesuitas como godos hacían juegos tontos con el nombre de Fals, asimilándolo a “falso”. Camilo no fue blanco de estos ataques porque, a pesar de haber contribuido al estudio, su nombre no figuraba como autor.

El incidente suscitó escándalo por unas semanas y dio lugar a encendidos debates en la Cámara. Al expresidente Mariano Ospina Pérez, tan culpable como Gómez, y también como él, presentado al pueblo en su senectud como venerable estadista, le pidieron un pronunciamiento. “No es el momento —dijo— de entrar en un análisis de los orígenes y las responsabilidades de la violencia”. Habría agregado, en voz baja, que para su gusto, el momento de señalar responsables de La Violencia no llegaría nunca.

El gobierno impuso restricciones a la prensa e impidió toda discusión, aunque el asunto volvió a la luz en octubre, cuando un informe confidencial sobre el libro se escapó (quién sabe cómo) del Ministerio de Guerra. El autor del informe era un alto oficial del ejército, el coronel Álvaro Valencia Tovar.

Esta no era la primera aparición de Valencia Tovar en el plano nacional. Su fama venía creciendo. En 1951, el coronel fue uno de los que encabezó el batallón que el gobierno de Colombia —único entre los países de Suramérica— envió a la guerra de Corea. Más recientemente, la prensa publicaba reportajes sobre la brillante estrategia militar de Valencia Tovar contra insurgentes de Los Llanos. “El Pacificador” lo calificaban los periódicos, y aplaudían al militar como a una especie de genio de la contraguerrilla.

En realidad, no se justificaban semejantes hipérboles. El coronel no había hecho sino cercar a un puñado de jóvenes entusiastas que trataron de prender una revolución en Los Llanos bajo el mando de Tulio Bayer, descrito con exactitud por el mismo coronel como “un médico excéntrico”. La aventura guerrillera de Bayer siguió a la muerte de Antonio Larrotta y su fracasado proyecto revolucionario de 1961. Varios discípulos de Larrotta, incluidos dos hermanos suyos, se juntaron con unos pocos llaneros y el fogoso doctor Bayer, y establecieron su cuartel en una remota aldea cerca de la frontera con Venezuela. Pero apenas levantaban vuelo, cuando el coronel Valencia Tovar ordenó un batallón para aprehenderlos.

Para Valencia Tovar este fue un triunfo modesto. Sin embargo, mientras los armadores de la opinión pública hinchaban su imagen de tal manera que se le reconocía ya como un tipo de héroe nacional, su informe sobre La Violencia salía de los archivos secretos del ejército e iba a parar a las primeras páginas de los diarios.

Le dieron titulares de dos pulgadas, sin que en verdad lo mereciera, pues el informe no contenía nada novedoso ni ninguna curiosa revelación. Se limitaba a recomendar al personal militar que estudiase los datos de los sociólogos y buscar antídotos a la violencia todavía vigente en ciertas zonas rurales. El que las cándidas observaciones del coronel causaran tanta consternación, demostraba que hablar de *La Violencia* era meter el dedo en la llaga. No era un tema del pasado como para ser tratado por historiadores imparciales. Al contrario, el campo colombiano podría estallar de nuevo en cualquier momento, cosa que Camilo sabía perfectamente desde el día en que viera el fusil bien aceitado del campesino tolimense guardado bajo las tablas de su rancho.

Todos proponían remedios contra la violencia, pero el coronel Valencia Tovar consideraba el suyo el más sagaz. Su plan radicaba en preparar a los soldados en el arte de ganarse a los campesinos resentidos. Para llevar esto a efecto habría que civilizar a los soldados, y convencido de que conocía al hombre indicado para insuflar un poco de cultura a sus burdos subordinados, se dirigió a la Escuela Superior de Administración Pública y buscó las oficinas de Camilo.

Camilo y el coronel ya se conocían. Tomando el tinto tradicional, el coronel recordó los días en que, siendo director de la academia militar cercana al seminario, Camilo arribaba semanalmente para la instrucción religiosa de los cadetes. Se reían ambos rememorando al pichón de cura que se esforzaba por inculcar la doctrina cristiana a los rudos reclutas del entonces capitán Valencia.

Luego, el coronel colocó la taza de café en el escritorio y fue al grano. Notaba que el profesor de religión de aquellos tiempos se había convertido en un célebre pedagogo que quizás estaría dispuesto a incluir algunos oficiales del ejército en sus cursos de la ESAP.

El coronel se explicó. En su calidad de jefe del Departamento Tres del ejército estaba encargado de la programación educacional de los oficiales. Ahora bien, su éxito en la acción contra la incipiente rebelión en Los Llanos lo había convencido de la necesidad de establecer buenas relaciones entre los habitantes de una zona de disturbios y la tropa enviada a restaurar el orden. Lamentablemente el comportamiento de los soldados no siempre ayudaba. Muchos, veteranos endurecidos por la experiencia de *La Violencia*, trataban a los campesinos como a criminales. Existían oficiales —y lo reconocía el coronel— que abusaban de su autoridad. En uno de los puntos del informe que provocara tanto zafarrancho afirmaba que, en ocasiones, la violencia en el campo se iniciaba con las brutalidades cometidas por los mismos militares.

A pesar del cierto resentimiento de varios colegas y del escepticismo de otros, Valencia Tovar insistía en que la "acción humanitaria" y la "guerra psicológica" eran armas más efectivas que los fusiles en las campañas contraguerrilleras. Su victoria en Los Llanos así lo demostraba, aparte de que las autoridades reconocieron su mérito al promoverlo a la misión que actualmente desempeñaba en el departamento tres. De ahí su proyecto de creación de un nuevo tipo de oficial, convencido de la importancia de la Acción Cívico Militar.

Camilo conocía esto por los periódicos, pero guardó silencio y dejó que el coronel hablara de sus programas de Acción Cívico Militar. Sus soldados, decía, repartían leche en polvo y medicinas a los campesinos, y hasta construían escuelitas en las regiones más perturbadas. Según Valencia Tovar, la Acción Cívico Militar estaba haciendo milagros, y los militares inventaban técnicas sutiles para superar los prejuicios contra el uniforme; por ejemplo, permitían a los indios viajar gratis en los camiones del ejército. El único obstáculo, repitió, lo creaba la falta de sensibilidad de algunos sargentos y tenientes, y preguntaba si la ESAP tendría cursos de relaciones humanas que le pudieran servir.

En realidad la ESAP sí tenía cursos de ese tipo; los objetivos de la escuela no diferían, en lo fundamental, de los de la Acción Cívico Militar. Lo cual era lógico, pues la ESAP era la agencia centralizada para la preparación de funcionarios públicos. De ella salían empleados para ministerios e institutos, mecanógrafas, dactilógrafas y ejecutivos menores para cada nivel de la burocracia oficial. Camilo y su equipo hacían lo posible por despertar el espíritu crítico en sus alumnos (siguiendo el principio de "infiltrar a los organismos gubernamentales") pero la política oficial lo mantenía a raya. Los cursos para futuros funcionarios del Instituto de Reforma Agraria le permitían más o menos amplitud, y pudo sembrar ideas no-conformistas durante sus giras en provincia, donde la vigilancia aminoraba. En ese momento, la escuela formaba un equipo itinerante, patrocinado por la Unicef, para entrenar trabajadores sociales en técnicas de Recreación Dirigida. Camilo describió este novedoso programa al coronel, y luego lo dejó unos minutos a merced de la dinámica Ruth Argandoña, educacionista boliviana que acababa de integrarse al equipo de la ESAP.

Mientras Ruth le llenaba al coronel, tanto el oído como la carpeta, con datos sobre Filosofía de la Recreación, Técnicas de Recreación, Recreación y Desarrollo de la Comunidad, Recreación y Estructuras Socioeconómicas, y así por el estilo, sin tregua, Camilo meditaba en las posibilidades que se le ofrecían al tener militares de alumnos. De pronto, pensaba, podría infiltrarse en el ejército.

Acordándose, entonces, de que los oficiales participarían en los seminarios de Recreación Dirigida, Camilo guiñó un ojo subrepticamente a Ruth mientras despedían al coronel Valencia Tovar.

El coronel salió contento de la entrevista. La afabilidad de Camilo y su fácil aceptación del proyecto no le permitían sospechar que las opiniones del joven sacerdote sobre la cuestión del cambio social fueran esencialmente diferentes de las suyas. Camilo, por su parte, no quiso expresar sus opiniones, pues nada ganaría con tratar de convencer a un oficial del ejército. Pero en realidad sus ideas y las del coronel se oponían diametralmente.

Camilo comprendía (y lo manifestó por escrito en esa época) que "la función de las instituciones militares consistía en mantener el orden establecido". El ejército era "el instrumento de los grupos dominantes". Lejos de compartir las opiniones del coronel, simpatizaba más bien con los guerrilleros que sobrevivieron a los ataques del ejército. Más aún, lo que

Valencia Tovar llamaba "zonas de disturbio" y "áreas perturbadas" los reconocía Camilo como islotes de esperanza. En ellos se iba formando una conciencia de clase, y los futuros ejércitos de liberación.

Esto no significaba que Camilo fuera un entusiasta sin criterio de cualquier rebelión armada. Tenía serias reservas respecto a la guerrilla del médico Bayer, que Valencia Tovar suprimiera en Los Llanos. El asalto encabezado por Tulio Bayer contra un lejano pueblo fronterizo no condujo a nada y dejó fríos a Camilo y sus amigos. El episodio les pareció, cuando mucho, anárquico; tal vez oportunista. En realidad tuvo ambas características.

Entre quienes acompañaron a Tulio Bayer hubo idealistas honestos, como los hermanos Larrotta. Pero hubo también, entre Bogotá y la frontera venezolana, un continuo vaivén de agitadores políticos de dudosa procedencia que manejaban el aspecto económico de la empresa revolucionaria. Los fondos llegaban generosamente de Cuba, pero los cubanos no podían controlar cómo se gastaban; como su destino era el MOEC del heroico Antonio Larrotta, el gobierno cubano suponía que llegaban a buenas manos. La Habana recibía informes sobre la actividad guerrillera en Los Llanos y creía que todo marchaba bien. Sin embargo, entre los gastos de los organizadores urbanos del MOEC y sus viajes, más otros desembolsos nunca bien aclarados, sólo una pequeña porción del presupuesto se entregaba a la primera fila de combate. Mientras tanto, el médico fue arrestado por Valencia Tovar, luego puesto en libertad y, después de una entretenida conferencia de prensa, viajó a Europa y se estableció en París.

No era en esta clase de lucha guerrillera en la que confiara Camilo. Lo que él admiraba era la resistencia anónima de los agricultores de las Repúblicas Independientes del Tolima y departamentos adyacentes. Durante años, aquellos tenaces campesinos resistían los más feroces asaltos del ejército. En tiempos recientes se negaron a ser víctimas de los llamados proyectos de *Rehabilitación*, propiciados por el gobierno de Alberto Lleras en un esfuerzo por desarmarlos, primero, y desalojarlos después.

Ahora surgía la Acción Cívico Militar, otro intento de seducir a los campesinos. Camilo sabía, desde luego, que el tal programa no era ningún invento del coronel Valencia Tovar. Ya se sabía que la Acción Cívico Militar la planeó el ejército de los Estados Unidos como la más nueva técnica reglamentaria de contrainsurgencia en América Latina, y que Valencia Tovar y centenares de sus colegas la aprendían en los cursos de la base militar de Fort Gulick, zona del Canal de Panamá; o en Fort Gordon, Georgia; o Fort Bragg, Carolina del Norte. Cuando el coronel ponderaba solemnemente sus programas de Acción Cívico Militar, no hacía sino rezar la lección que le enseñaran sus maestros, los gringos.

El coronel, bajito y pelirrojo, fue blanco de no pocas sátiras como defensor de los intereses yanquis. Cuando a Tulio Bayer, en su célebre rueda de prensa, le pidieron un comentario sobre Valencia Tovar, el médico, que medía casi dos metros, lo describió como "una especie de gringo en estado de subdesarrollo".

La observación, a pesar de representar la mejor puntería en la truncada carrera de Tulio Bayer, no definía adecuadamente al coronel. Ciertamente que Valencia Tovar no era hombre muy original. Pero los gringos no habían encontrado en América Latina a nadie tan capaz como él para acomodar sus técnicas a las condiciones locales. Bajo su dirección los soldados se integraban con los campesinos y lograban cortar las líneas de provisión que sostenían a los guerrilleros. Para quitar fuerza a los movimientos insurreccionales, el coronel encontraba maneras de fomentar discordias entre los mismos jefes guerrilleros. No era, tal vez, un estratega tan brillante como él mismo se creía, pero sí un militar astuto. Al mismo tiempo aparecía tan etiquetado, tan chapado a la antigua, que resultaba difícil imaginarlo capaz de destruir un movimiento guerrillero. Era, de cualquier modo, un enemigo peligroso.

Camilo tendía a subestimar el peligro. Se convenció de que tarde o temprano, llegado el día de un levantamiento definitivo, ni la Acción Cívica Militar, ni tampoco la Rehabilitación, ni las reformitas agrarias, ni la Acción Comunal, dominarían la fuerza de los campesinos. Las masacres sucesivas perpetradas por las clases dominantes contra la gente del campo hicieron desatar, según opinión de Camilo, un proceso social que las mismas clases dominantes no previeron y que eran incapaces de controlar. Basándose en su propio conocimiento del campo y en la documentación de la escuela de sociología, Camilo alcanzó a valorar los efectos positivos producidos por La Violencia, y a este tema dedicó un largo ensayo escrito a comienzos de 1963 bajo el título de *La Violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas*.

Este ensayo constituía la síntesis de varios años de trabajo y el último estudio sociológico de fondo que Camilo jamás escribiera. Lo preparó para el Congreso Nacional de Sociología proyectado por él mismo, junto con Orlando Fals y otros colegas, para el mes de marzo. Iba a ser el primer congreso de este género a escala nacional, y los sociólogos nombraron a Camilo para presidir el acontecimiento y presentar la ponencia principal.

Trabajando de prisa en los ratos libres de la ESAP, dictando párrafos a una de sus secretarías, sacando referencias y bibliografía de viejos apuntes, Camilo pudo tenerlo listo a tiempo. Cuando lo concluyó se dio cuenta de que había escrito un documento extremadamente fuerte. Los datos recogidos y la trama de su argumento lo llevaron a una conclusión ineludible: que ningún cambio real se produciría en Colombia sin recurrir a medios violentos.

Antes de exponerlo se decidió a discutir el trabajo con Gustavo Pérez y otros sacerdotes amigos. Ellos sugirieron que lo amortiguara un poco por medio de un prefacio resaltando que se trataba de un análisis puramente científico y que no escribía como sacerdote sino únicamente como sociólogo. Camilo, entonces, añadió una breve "introducción para los profanos" en donde prevenía a sus oyentes para que no se sorprendieran con su descripción de La Violencia como "un factor importante de cambio social". Puso en claro que no dictaba cátedra sobre la moralidad de la violencia. "Desde el punto de vista moral —dijo—, la violencia no puede justificarse en términos generales".

Esa frase calificativa, "en términos generales", encerraba cierto matiz que no fue captado por los "profanos", ni por sus colegas sociólogos tampoco. Pues la tesis de Camilo, cuando la lanzó en el congreso suscitó apenas aplausos de cortesía. Su impacto quedó sofocado por el ambiente pesado de un simposio académico.

Después de los discursos inaugurales de Orlando Fals y el ministro de Educación, el congreso se inició con una serie de aburridas monografías. Un sociólogo norteamericano hizo, en un español machacado, su ponencia sobre el problema de llevar a los incultos colombianos al uso de métodos modernos de agricultura; es decir, la cuestión de cómo vender maquinaria norte americana a un país subdesarrollado. A este discurso siguieron otros, más áridos todavía: la descripción estadística de una zona urbana, estadísticas sobre técnicas agrícolas en el departamento de Santander, y más estadísticas todavía sobre "la clase social del empresario bogotano". Un derroche de cifras; de análisis, nada. Los sociólogos aplaudían cada intervención. Estaban pisando terreno conocido.

Fals leyó un trabajo sobre "perspectivas de la sociología rural en Colombia y en la América Latina". Citó docenas de autores y escuelas, y se hizo evidente que había viajado extensamente. De nuevo, aplausos.

Al segundo día, cuando Camilo se disponía a presentar su trabajo, los académicos se encontraban en un estado de sosiego imposible de perturbar. Camilo tomó posición frente a las tres o cuatro filas de profesores, llenó su pipa pausadamente y comenzó a leer. Su tesis era pura dinamita. Presentada con vigor, hubiera despertado hasta al público más impermeable. Pero la monótona voz de Camilo, su lenguaje con la trillada jerga, su estilo lento y repetitivo no indicaban relación alguna entre el efecto casi anestésico que producía y las increíbles verdades que estaba enunciando.

Mostraba que *La Violencia* acabó no solamente con miles de vidas humanas, sino también con todo un engranaje de estructuras sociales hasta entonces inmutables. Afirmó que, con la formación de cuadrillas de campesinos armados, se había establecido una nueva jerarquía que desafiaba a las élites del poder tradicionales. En los campamentos guerrilleros se elegían jefes entre los campesinos más humildes. Hombres analfabetos llegaban, a base de mérito personal, a ser generales. Redactaban con sus compañeros códigos de derecho civil y los hacían cumplir. Agricultores, antes escépticos e individualistas, se movilizaban para constituir comunas de apoyo a las fuerzas armadas del pueblo. Campesinos, hasta ayer resignados, atacaban a las columnas de soldados del ejército regular, y los vencían. Todo esto no solamente había ocurrido, repitió Camilo, sino que continuaba ocurriendo.

La fuerza de sus palabras fue mitigada por el uso de una terminología libresca. Algunos pasajes estaban redactados en un lenguaje más sencillo, pero aun así, sus oyentes no registraban asombro alguno, ni siquiera con la frase que concluía su primera parte: "En materia bélica el sentimiento de inferioridad ha sido suplantado por el sentimiento de superioridad, pues, en la guerra de guerrillas, los campesinos tienen conciencia de haber vencido al

ejército, de haber logrado derrotar una institución de tipo urbano que constituye la base de la defensa de nuestras ciudades”.

Llegado a este punto, Camilo hizo un alto, pero los sociólogos ni aplaudieron ni protestaron. Se acomodaron mejor y alguno que otro miraba de reojo su reloj. Camilo llenó la pipa, la chupó varias veces, exhaló a intervalos el humo, enunciando con deliberación el tema del siguiente capítulo: “La ausencia... de movilidad... vertical..., ascendente”. El público asumió un aire de resignación —como un grupo de pequeños accionistas oyendo el informe anual del presidente de la compañía— y Camilo prosiguió.

Aquí elaboró su tema preferido. Señalaba que en Colombia los hijos de la gente adinerada y sus incondicionales seguidores eran los únicos que tenían acceso a los canales de ascenso personal. Analizó estos canales uno por uno. Imaginaba el caso de un ciudadano cualquiera tratando de mejorar su situación económica a través de la formación escolar, o por medio de maniobras políticas o de un puesto en la burocracia, o ingresando en el ejército o en la Iglesia. En cualquier caso la grandísima mayoría estaba destinada al fracaso. El éxito lo alcanzaban muy pocos, y a condición de una lealtad absoluta a la minoría que detentaba el poder económico. Los canales permanecían cerrados a quienes no tuvieran ni influencias ni dinero.

Los que conocían a Camilo reconocieron en este argumento una versión más sofisticada y mucho más lógica de su vieja teoría de los “círculos viciosos”. Examinó cada uno de los círculos, demostrando claramente que los grupos guerrilleros comenzaban a romperlos. Las guerrillas contrastaban, en este análisis, con el ejército regular. “El ejército tiene como función primordial el mantener el orden interno, lo que traducido al campo político significa mantener las estructuras vigentes. El ejército guerrillero tiene por objeto precisamente lo contrario: transformar esas estructuras”.

Por fin aquellos sociólogos, cuya sensibilidad había sido ablandada por largos años de tablas estériles y frías estadísticas, se despabilaron ante la gravedad de lo que Camilo decía. Hablaba tan duramente contra el ejército, la Iglesia, los burócratas y los políticos, que el contenido no podía ya amortiguarse con el lenguaje académico. Los oyentes, inquietos en sus sillas, hacían crujir papeles.

Camilo empezó sus conclusiones: “Basados en el análisis anterior, podemos decir que la violencia ha constituido para Colombia el cambio sociocultural más importante en las áreas campesinas desde la conquista por los españoles”. Su auditorio estiraba los párpados. Camilo está exagerando, pensaban. Tomaban la totalidad del discurso, tal vez, como una pura fantasía.

“Si la Acción Comunal, la Reforma Agraria y los demás movimientos populares encauzados por el gobierno dentro de las comunidades agrícolas no logran abrir canales normales para el ascenso político de los líderes campesinos de base, la violencia seguirá siendo el único canal político de ascenso efectivo para el campesinado no-conformista”.

“Estás mejor, Camilo —se decían—. Esta, al menos, no es una afirmación categórica”. Los puso ansiosos otra vez al sugerir que “es poco

probable que haya cambios estructurales lo suficientemente profundos, realizados por la sola iniciativa de la clase actual”, pero les restauró el equilibrio al referirse a síntomas de esperanza en gobiernos recientes, y palió los ánimos con las cláusulas hipotéticas de sus últimas frases: “Si estas presiones se ejercen en forma suficientemente técnica y enérgica, podrían cambiar la estructura de nuestra clase dirigente, siempre y cuando ésta sea capaz de valorar a tiempo el peligro de una transformación que la destruya completamente por no haber podido adaptarse a un cambio social que se presenta como inevitable”.

Esto fue el fin. Su público se levantó estirando las piernas y alabando la ponencia sin entusiasmo. En medio de una somera discusión de su tesis, salieron al atrio en busca de refrescos y, al dar con una taza de café, se les borró todo pensamiento sobre La Violencia frente al problema más inmediato de ubicar la azucarera.

Todavía faltaban varios trabajos antes de que el congreso se clausurara al día siguiente, con los consabidos discursos de felicitación. Cada uno regresó a sus ocupaciones cotidianas: Camilo a la ESAP, los sociólogos norteamericanos a Wisconsin y la mayoría de los colombianos a buscar empleo en agencias de publicidad o fábricas de fertilizantes. Algunos hasta conseguirían cátedras.

Las ponencias del congreso fueron publicadas pocos meses más tarde en un vistoso volumen, y cada participante, al recibirlo, hojeaba las páginas con nostalgia, guardándolo en su biblioteca. Un ejemplar se archivó también en la facultad. Y si no fuera por los acontecimientos posteriores, nadie, probablemente, habría vuelto a mirarlo.

Guitemie entró un día a la oficina de Camilo a comunicarle que un hombre lo esperaba en el pasillo. No sabía quién era, pero dijo que tenía cierto aire de misterio.

—Insiste en hablar contigo a solas.

Camilo le preguntó cómo era.

—Pues es un tipo cuarentón, bajito, macizo y colorado.

—Déjalo pasar —dijo Camilo; y Guitemie le aconsejó cautela.

Entró Eduardo Franco, el hombre que echara su suerte con las guerrillas del Partido Liberal en los años cuarenta y que formó su propia cuadrilla rebelde en las cercanías de Yopal. Camilo difícilmente logró relacionar al corpulento hombrecito que irrumpía ahora en su oficina con la imagen de un jefe guerrillero.

Franco le tendió la mano bruscamente, tomó asiento y, sin más ceremonias, abordó el motivo de su visita. ¿Tenía Camilo interés en un trabajo de carácter educacional con los llaneros? En caso afirmativo, Franco le haría una proposición: que la ESAP se encargara de los cursos, mientras él se ocupaba de los contactos.

El hombre tenía un porte de autoridad que agradaba a Camilo. Trató de imaginárselo a caballo dando órdenes a los guerrilleros.

Franco siguió hablando. Sabía, dijo, que Camilo estaba dando una buena orientación a sus cursos, pero dudaba que hubiera encontrado alumnos capaces de responder a su línea de pensamiento.

A horcajadas sobre el asiento, parecía —pensó Camilo— querer meterle las espuelas.

Quería comunicarle, continuó bajando la voz, que podría presentarle alumnos muy propensos a sus doctrinas. Hablaba de sus antiguos guerrilleros de Yopal, gente de un gran potencial revolucionario. Mejor no lo había en el país. Sólo les faltaba alguien que les enseñara la vía.

Picada su curiosidad, Camilo pidió a Franco que le explicara su plan con más detalle. Franco prosiguió encantado. Habló de la desconfianza de sus llaneros para con la gente de afuera, sobre todo tratándose de un funcionario oficial, y explicó que Camilo ganaría acceso más fácil a los hombres de Los Llanos si fuera presentado por una persona conocida. Por este motivo, precisamente, Franco se disponía a ayudarlo.

No obstante el estilo directo de su narración, Eduardo Franco supo rodearla de misterio. “No importa —pensó Camilo—. Sea cual sea el motivo real, su llegada es muy oportuna”. Juzgó que Franco podría servirle para establecer cursos permanentes de la ESAP en algún lugar donde dieran buen resultado. Los cursillos de tres semanas que dictaba en los pueblos no producían sino efectos superficiales, y Camilo quería experimentar con cursos de más larga duración. Se le ocurrió que los llaneros serían los alumnos ideales, pero faltaba una persona de allí para prepararle el camino. Eduardo Franco podría ser su pasaporte a Los Llanos.

Así fue como, en un bus que arribó al polvoriento pueblo de Yopal semanas más tarde, viajaba Eduardo Franco de regreso a Los Llanos por primera vez desde el día que se escapara a través de la frontera venezolana en 1952.

Durante once años había soñado con este retorno. Sabía que muchos de sus viejos compañeros de armas desconfiaban de él. Algunos lo tenían por desertor. Otros por delator, y hasta había quienes insinuaban que era responsable de la muerte de Guadalupe Salcedo, el más estimado entre los jefes guerrilleros de aquella región. Luego de la amnistía del general Rojas, cuando todos entregaron las armas, Guadalupe fue conducido a una celada en Bogotá y asesinado por la policía. Sin embargo, a Franco nada le había pasado. Tal vez porque sus padres eran terratenientes, mientras Guadalupe era hijo de campesinos. De cualquier modo, los llaneros sospechaban.

Por mucho tiempo este recelo hizo alejarse a Franco de la tierra donde, en su juventud, cabalgara a la cabeza de una revolución. En aquella época, Eduardo se consideraba el cerebro de la lucha. Los simples vaqueros eran carne de cañón, pero él, el pensador político, el hombre que negociaba con los jefes del Partido Liberal. Fracasó, es cierto. Pero esperaba otra oportunidad. Ya

no era liberal. Alineado con los revolucionarios del MOEC, les aseguraba que resucitaría el antiguo movimiento guerrillero aún latente en Los Llanos.

Al bajar del bus, Franco metió su mano al bolsillo interior de su chaqueta para tocar el bulto de credenciales que llevaba del decano de la ESAP. Su pasaporte a Los Llanos era Camilo.

Presentó una carta al administrador civil, otra al coronel del regimiento de caballería y una tercera al jefe de la policía de seguridad. En cada carta Camilo rogaba a la autoridad respectiva que le prestara al portador toda colaboración en el proyecto de organizar un curso sobre cooperativas, planeado por la Escuela Superior de Administración Pública para los agricultores de Yopal. Las credenciales surtieron efecto; en quince días, aviones de las fuerzas armadas habían traído campesinos de aldeas remotísimas. Éstos fueron alojados en los cuarteles del regimiento, y Camilo llegó con su equipo de la ESAP para la inauguración del curso.

Las sesiones se iniciaron una noche de verano en la sala municipal. Cincuenta y cinco campesinos, sentados en las bancas, miraban callados a Camilo con los ojos semicerrados cuando se levantó a dirigirles el discurso de apertura. Agradeció a quienes colaboraron con el señor Franco para hacer posible el curso. Percibió un silencio sepulcral en las bancas. Habló de la importancia de las cooperativas e hizo alusión a que el futuro de Los Llanos estaba en manos de los propios campesinos. Lo miraban todavía en silencio. Tenía un par de películas sobre el cooperativismo prestadas por la embajada canadiense. Las proyectó para ver si dejaba a los campesinos más contentos. El proyector falló sólo dos veces. Y el curso se declaró oficialmente inaugurado.

Durante dos semanas, Camilo se propuso la tarea de mejorar el ambiente. Al terminar las conferencias se sentaba con los campesinos a la sombra de un mango y escuchaba sus reminiscencias sobre los tiempos de "la revolución", nombre que los llaneros daban siempre a "La Violencia". Montaba también a caballo y cabalgaba con sus alumnos por las llanuras, llevando un sombrero alón para protegerse del sol. Le hablaban de sus conflictos con los hacendados, y Camilo visitaba sus ranchitos y jugaba con los niños, y vio con sus propios ojos la miseria en que vivían. Por las noches, en la cantina, tomaba aguardiente como un veterano, aprendiendo coplas y joropos.

En la última noche, la sala estuvo hasta los topes para la solemne clausura del curso, como si el pueblo entero se hubiera metido en la sala municipal. Los campesinos escogieron su vocero. Cuando le llegó el turno, el hombre se levantó, sacó una hoja del bolsillo, la desdobló con recato y leyó: "Distinguidos profesores —dirigiéndose a Camilo y sus colegas— no penséis que este tiempo fue perdido. Al contrario, ha fructificado en nosotros como los pastos de la inmensa llanura en época de comienzo de las lluvias, donde cambia el color seco pajizo por el verde esperanza, ejemplo que pongo comparándonos a nosotros con los pastos, ya ustedes, señores profesores, con las lluvias que vinieron a transformarnos".

La multitud aplaudió con ganas y el orador prosiguió, asegurando a los profesores que “nuestras ideas adquiridas volarán como garzas rojas a los confines del Llano”.

Con cada nueva metáfora el orador iba ganando la creciente aprobación del público; la sala estallaba en aplausos estruendosos.

Después de la clausura, hubo un asado con gran cantidad de cerveza, y bajo un cielo abierto cantaban copla tras copla al galopante compás de arpa y guitarra. Así eran siempre las fiestas llaneras.

Camilo y sus amigos se despidieron de los campesinos con la promesa de volver cuanto antes para permanecer con ellos. Fue una promesa que Camilo se sentía seguro de poder cumplir en poco tiempo. Ya había escogido el sitio para un centro permanente de entrenamiento, hablando con posibles colaboradores interesados en el proyecto. En cuanto a los dignatarios locales, celebraron el plan con gran entusiasmo, pues apreciaban que una escuela agrícola establecida en la zona serviría para aumentar su propia importancia.

Camilo felicitó a Eduardo Franco por su trabajo de coordinador y éste respondió que, por razones políticas, sería mejor colaborar de lejos, pues era conocido en Yopal por sus pasadas actividades revolucionarias y su presencia podría dar al proyecto de Camilo un tinte de izquierdismo que perjudicaría el posible apoyo de las autoridades. En realidad —sin mencionárselo a Camilo— Franco sabía que su vida peligraba en Yopal.

Hacia finales de marzo de 1963 Camilo empezó a mover influencias en Bogotá, con el fin de obtener la aprobación oficial y los correspondientes fondos para el proyecto. Como primera medida lo presentó en forma de memorando a la junta directiva del Instituto de Reforma Agraria.

En él describía el proyecto en detalle. Hacía hincapié en una cláusula de la legislación agraria que ordenaba la creación de *unidades de acción rural* para impulsar las cooperativas, los programas de crédito agrario y la organización comunitaria a nivel regional. Camilo demostraba que la proyectada escuela agrícola en Yopal cumpliría cabalmente con los requisitos de aquella cláusula hasta entonces ignorada. Ayudado por sus colaboradores en la ESAP, preparó el documento con la debida astucia; para que lo aprobara la junta directiva el proyecto debería encubrirse con el ropaje de la terminología oficial, y esto bien lo sabía Camilo por ser miembro de la junta.

Cada semana, durante más de un año, había acudido religiosa y más o menos puntualmente, a las reuniones de la junta. Al comienzo lo hacía con entusiasmo, convencido de que la reforma agraria iba a devolver la tierra a los campesinos y evitar un enfrentamiento de hecho. Hasta escribía artículos afirmando que el instituto de Reforma Agraria era único en la historia de Colombia en tanto que ofrecía a los campesinos acceso a la “movilidad vertical ascendente”. Pero después de un año de reuniones su opinión cambió totalmente.

Desde dentro llegó a conocer el instituto tal como era de verdad. Entendió, en primer lugar, que la ley de reforma agraria se había redactado para acatar instrucciones de Washington. En 1961, cuando la administración

Kennedy ordenó a sus colonias en América Latina modernizar su legislación agraria como condición previa a las inversiones de la Alianza para el Progreso, Colombia no vaciló en obedecer. El gobierno de Alberto Lleras promulgó una ley destinada a disminuir la lucha por la tierra, que había recibido gran impulso con el ejemplo de las auténticas reformas que se realizaban en Cuba. A primera vista, la ley colombiana sonaba a revolucionaria. A un puñado de terratenientes de los más retrógrados les parecía el presagio de un reino de terror de tipo stalinista. Temblaban al contemplar tanta afrenta a los sagrados derechos de la propiedad privada. Pero, en realidad, la ley constituía apenas un vano intento de apaciguar la lucha; el gobierno compraba tierras malas a los hacendados para luego venderlas en forma de parcelitas a los campesinos, sobre todo en "zonas de disturbio". La oligarquía no tenía por qué preocuparse, pues la ley fue redactada por sus propios servidores.

Naturalmente, los miembros de la junta directiva también eran representantes de los oligarcas, no de los campesinos. Se reunían un par de horas cada ocho días para hacer decretos sobre la distribución de la tierra. Las reuniones las presidía el ministro de Agricultura, con la asistencia, entre otros, de un delegado de la Federación de Ganaderos y un miembro de la Sociedad Nacional de Agricultores, además de un general de las fuerzas armadas y un viejo clérigo que representaba a la Iglesia. Camilo fue nombrado segundo suplente de aquel venerable sacerdote y, como tal, su voz no pesaba. Cuando se trataba de una proposición de cierta gravedad, Camilo buscaba el apoyo del delegado de los sindicalistas o del vocero de las cooperativas agrícolas. En ocasiones éstos votaban con Camilo, pues eran los únicos representantes de organizaciones trabajadoras. Pero ambos, de cuna humilde, estaban escalando las vertiginosas alturas de la burocracia y gozaban con el privilegio de sentarse todos los lunes por la tarde a la misma mesa con los forjadores de la historia. De mala gana se adherían a la causa de Camilo.

En verdad, Camilo luchaba solo. Semana tras semana se sentaba a la mesa de conferencias. Dormitaba en los largos debates sobre cuestiones de procedimiento, pero cuando se presentaba algo importante tenía la oreja alerta, listo a lanzarse al ataque. Si la junta declaraba exenta de reforma una gran propiedad rural, Camilo ponía inmediatamente la decisión en tela de juicio. Cuando los millonarios azucareros exigieron un cese de las actividades del instituto en el Valle del Cauca, Camilo fue el único que se opuso seriamente a la medida; sugirió la sustitución de los ingenios capitalistas por producción cooperativa, y el manejo de la explotación de caña a cargo de los mismos obreros.

No faltaban quienes se sentían molestos con lo que consideraban como quijotescas salidas de Camilo y ocurrencias alocadas. Pero la mayoría de sus colegas en la junta se reían de lo que llamaban "su ingenuidad", lo cual, para él, era infinitamente más fastidioso. "Tú sacas tus ideas de los libros — comentó pomposo el presidente de la Federación de Ganaderos— y son muy lindas en teoría. Pero sucede que yo soy agricultor y sé por experiencia propia de qué estoy hablando". Claro que para esta especie de argumento no había respuesta, pero Camilo no podía menos que pensar en las veinte mil hectáreas

que su interlocutor poseía, y en el jornal de miseria que pagaba a quienes le trabajaban sus fincas mientras él vivía lujosamente en la capital.

En una discusión, el punto de vista de algún colega coincidía esporádicamente con el de Camilo pero, al indagar el motivo, resultaba casi siempre que aquél quería simplemente dejar en ridículo al gerente del instituto, o buscaba la gerencia misma.

En ciertas circunstancias, una actitud progresista, estilo Camilo, favorecía la posibilidad de una promoción.

Sin embargo, en la mayoría de los casos el transitorio aliado de Camilo debatía por razones puramente políticas. La junta directiva, lo mismo que las demás entidades oficiales bajo el sistema bipartidista de Lleras, constaba de igual número de liberales y conservadores, con el efecto de que cada proyecto de reforma agraria se convertía en una lucha por ventajas partidistas.

Tal suerte corrió también el proyecto de Camilo para Yopal. Cuando lo presentó en abril, los miembros liberales de la junta lo acogieron, pero los conservadores de inmediato le encontraron defectos. Su principal objeción se basaba en que el proyecto provenía de la ESAP, cuyo director, a pesar de ser cuñado del nuevo presidente conservador, era, por derecho propio, un influyente político liberal. Los miembros conservadores de la junta no aprobaban el proyecto, ni siquiera después de que el mismo Nannetti acudiera personalmente a una sesión de la junta para recomendarlo.

Camilo se iba descorazonando. De nuevo, en la primera reunión de junio, su proyecto se arrojaba sobre el tapete; apenas los liberales se lo apropiaban, los conservadores se lo quitaban. Alguno sostenía que en líneas generales era bueno, pero no para Los Llanos. Otro manifestó estar de acuerdo en cuanto a la idea general, pero que su realización no cabía dentro de la competencia de la ESAP. Después de media hora de pelea, monseñor Agustín Gutiérrez, anciano eclesiástico, alzó su cabeza de entre una pila de papeles y propuso aplazar el asunto para la próxima reunión.

Casualmente, en el mes de junio se integró a la junta Álvaro Gómez Hurtado, político conservador, en calidad de representante principal del Senado. Éste, hijo de Laureano Gómez, era un adversario no menos incisivo que su padre. Enemigo declarado de toda reforma agraria, aun de la tibia reforma colombiana, guardaba rencor contra los liberales que habían derrocado a Laureano diez años antes. Si el clan Gómez ya no estaba en el poder, los principales responsables de su derrota fueron los guerrilleros liberales de Los Llanos. La elección de Álvaro Gómez para la junta en ese preciso momento no era, ni mucho menos, un buen augurio para el proyecto de Camilo.

En la segunda reunión de junio, Gómez desenmascaró astutamente las intenciones de la ESAP con Yopal, y condujo a la mayoría a votar en contra del proyecto de una manera tan contundente que lo excluyó de toda discusión posterior.

Cabizbajo y furioso, Camilo se despidió de todos y salió, mientras el senador Gómez, en el pasillo, se jactaba de la victoria con un grupo de sus

copartidarios. Libre de la moderación requerida en la junta, Gómez dio rienda suelta a sus emociones.

“Para esos hijueputas llaneros —exclamó— ¡ni mierda!”.

Capítulo 8

Declarando la guerra

Enrique Peñalosa, el joven economista que desempeñaba la gerencia del Instituto de Reforma Agraria era, entre los acólitos del gobierno, uno de los más devotos.

Después de aquella reunión de la junta en la que el senador Gómez acabara definitivamente con el proyecto de Yopal, Peña losa se apresuró a hablar con Camilo.

Manifestó que lo sentía mucho, pues como buen liberal estaba naturalmente a favor del proyecto. Añadió en tono amistoso: “Tú entiendes viejo, Álvaro Gómez es un hombre muy poderoso, y el presidente también es conservador. Si no andamos con cuidado, ¡nos iremos todos a la calle!”.

El gerente se ajustaba la corbata nerviosamente, tocaba los extremos de sus bigotes y miraba de un lado para otro. Evidentemente se sentía incómodo.

Camilo observó con tristeza la incomodidad de Peñalosa. Lo entendía perfectamente; el hombre temía por su puesto. La nueva administración conservadora había despedido a varios burócratas liberales, y solamente el exquisito tino de Peñalosa lo mantenía precariamente en la gerencia. Navegaba con éxito por uno de los canales de ascenso.

Camilo le aseguró que no tenía ninguna intención de convencer a Álvaro Gómez. Sería más fácil meter de guerrillero al cardenal Concha. Ni pensaba volver sobre el tema en las sesiones siguientes de la junta. Se llevó el proyecto a otra parte.

Al ministro de Agricultura, también liberal, quien le prometió que su ministerio lo financiaría. En principio esto estaba muy bien, pero tenía el inconveniente de que el contrato entre el ministerio y la ESAP necesitaba la aprobación del Ministerio de Hacienda, fortín del conservadurismo.

La mayoría de los conservadores se oponían automáticamente a todo lo que tuviera un tinte de liberalismo, pues una ciega lealtad a sus jefes de partido les aseguraba puesto y salario. Pero los altos funcionarios del Ministerio de Hacienda rechazaban el proyecto de la ESAP por motivos más serios. Sabían que el cura Torres tomaba el proyecto como “un instrumento de revolución”. Si así era, ellos sabrían frustrarlo.

Siempre que llamaba a preguntar por el contrato, le contestaban que todavía faltaba alguna revalidación, o que tal o cual funcionario debería

acreditarlo, o que prontamente iban a estamparle la firma y sello del departamento correspondiente, pero que, lamentablemente, por el momento el jefe de aquella oficina se encontraba ausente.

Camilo envió a Guitemie al ministerio para hacer averiguaciones. Ella desenterró el contrato, de milagro, bajo un montón de papeles prácticamente idénticos. Advirtió que la carpeta estaba engordando con la acumulación de notas y apéndices y que, por ser más voluminoso, sus avances eran cada vez más lentos. Vagaba de oficina en oficina a paso de tortuga. Por seis meses Guitemie lo persiguió, excavando en las gavetas, sacando el documento y metiéndolo en las narices de los funcionarios, exigiendo que la atendieran, haciendo estorbo, ganándose enemigos y logrando, por todos los medios, que el contrato no se perdiera entre el polvo de los archivos.

Durante los largos e inciertos meses de espera, Camilo no permanecía ocioso. Cumplía su promesa a los campesinos y volvía a Los Llanos tan a menudo como podía. Se hizo amigo de mucha gente en Yopal, y allí le ayudaban a preparar el camino para el establecimiento del centro agrícola.

Un día, recorriendo los alrededores de Yopal, Camilo conoció a Antonio Perafán, un ingeniero agrónomo que llegara a Los Llanos años atrás para fundar una granja experimental. Perafán era un inconformista. No sólo condenaba rotundamente a la oligarquía sino que hablaba con el mismo vigor contra los seudorrebelde y charlatanes de izquierda que discurrían sobre la revolución en los cafetines de Bogotá, sin hacer nada. Perafán le cayó tan bien a Camilo que le ofreció la dirección de la escuela. Aunque su granja había sido un fracaso total, Camilo quería darle otra oportunidad.

Una vez nombrado Perafán, Camilo empezó a contratar agrónomos de la ciudad y mano de obra de Yopal. A poco tenía el equipo listo para lanzar la escuela, pero todavía carecía de financiación.

A fines de 1963, viendo que, a pesar de los esfuerzos de Guitemie, el contrato parecía irrevocablemente estancado en algún cajón del ministerio, Camilo envió a Eduardo Franco a Europa en busca de asistencia económica.

Ya había penetrado el enigma del misterioso Eduardo Franco. Sabía que los llaneros, todavía desconfiados, lo tenían amenazado con meterle bala la próxima vez que se dejara ver por los contornos de Yopal. Y Camilo lo comprendió. Pero comprendió igualmente el deseo de Eduardo de volver a prender la llama revolucionaria en sus antiguos guerrilleros. Camilo no cerraba la puerta a nadie y, dado el entusiasmo de Franco y su conocimiento de Los Llanos, le pareció que el proyecto no encontraría mejor propagandista. Así que Eduardo Franco, pertrechado de nuevo con las credenciales de Camilo, llegó a Bélgica para pedir ayuda financiera a los integrantes de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos en Lovaina.

No fue bien recibido. Cinco años atrás, los amigos de Camilo en Lovaina le pronosticaron una carrera brillante; pero ahora estaban francamente alarmados por los informes que les llegaban sobre sus actividades. Perdonaban su conflicto con el cardenal, pero no su defensa de los revolucionarios marxistas, ni tampoco su rompimiento con los demócratas-cristianos de la

Argentina ni su abierta crítica a la democracia-cristiana en varios discursos y ensayos. “Camilo parece haber perdido su equilibrio” —decía Vanístandael, el secretario de los Sindicatos Cristianos. En Lovaina se rumoraba que Camilo “ya no era el mismo de antes”, que “no se le podía tener la misma confianza”. De modo que la solicitud que les hizo por medio de Eduardo Franco no produjo sino la vaga promesa de darle una respuesta más tarde.

Franco no se despidió de Lovaina sin antes presentar una de las cartas de Camilo a la sociedad de *Anitiés Belge-Colombiennes*. *Les Amitiés* era una fundación de empresarios belgas que invertía dinero en becas para estudiantes colombianos. Su cabeza ejecutiva, Madame Hélene Morren, católica militante, quien fuera patrona de la pensión en donde Camilo antaño tenían arrendada una pieza, sentía terror por los comunistas y poseía un excepcional olfato para descubrirlos. Sobre Camilo abrigaba las más graves sospechas, desde que empezara a llenarle la universidad y su residencia estudiantil con marxistas colombianos. Madame insistía en que las becas de *Amitiés* fueran reservadas para estudiantes católicos, motivo por el cual Camilo, a quien le tocaba asignar las becas en Colombia, escribió a un amigo en Lovaina diciendo que “me duele haber tenido que escoger gente mediocre por razones religiosas impuestos por Madame. Morren”. Cuando Madame se enteró de esto, se contrarió y, al llegar Eduardo Franco en solicitud de ayuda, lo recibió con una fría cortesía, comunicándole que no pensaba soltar ni un centavo de buena moneda belga para los dudosos proyectos de Camilo.

Mientras Camilo esperaba el resultado de la misión de Eduardo Franco, Guitemie continuaba empujando el contrato en su larga travesía por las oficinas del ministerio hasta que, a comienzos de 1964, el documento recibió la última firma y fue validado con el sello final. En la ESAP lo alzaron jubilosos. ¡Por fin llegaba plata para Yopal!

Sin tardanza alquilaron una casa e iniciaron cursos. Mientras tanto, compraron un lote en las afueras del pueblo y empezaron a construir. Rápidamente se edificaron aulas de cemento, más una cocina en ladrillos rojos con estufa y generador eléctrico. La cantina fue hecha en forma de kiosco con ventanas de tela metálica y techo de hojas de palma. Se hicieron gallineros y porquerizas, y el mismo Camilo salió con los campesinos a levantar la cerca. También sembraron naranjos y hortalizas, y cavaron canales de irrigación.

En un desierto empolvado la escuelita surgió como un pequeño oasis. Le pusieron el nombre de Unidad de Acción Rural de Yopal (la UARY) y alguien colgó una especie de escudo encima de la puerta principal con una calavera de buey y la sigla UARY en letras rojas sobre la huesuda testuz.

El 1° de marzo se realizó la inauguración oficial de la escuela con asistencia del doctor Nannetti, director de la ESAP y otros personajes de la capital. Éstos dieron un vistazo a las construcciones, hicieron los consabidos comentarios y se congregaron a la sombra de unos palos de bambú frente a la cocina para el discurso de apertura. Después de una charla informal, Camilo, de sotana blanca, leyó las oraciones y esparció un poco de agua bendita alrededor. Hubo otros discursos y sirvieron copas de champaña y un plato de galletas. Cuando todo había terminado y Nannetti regresó a Bogotá con los

demás personajes, Camilo se quedó con sus amigos para festejar de una manera más apropiada el nacimiento de la UARY después de tan larga y difícil gestación.

La UARY prometió a Camilo un trabajo de educación de base ya no por temporadas cortas, como antes, sino por un tiempo más o menos indefinido. Yopal le proporcionaba, además, otra ventaja: un campo de trabajo lejos de Bogotá y de los defensores del *statu quo* que lo perseguían implacablemente. “La clase dirigente —escribió Camilo a un amigo— parece organizarse para una represión de tipo ‘macartista’. Sin embargo, nosotros seguimos trabajando en la base que, creo, es la única esperanza de cambio”.

Poquito a poco, Camilo minaba la base de la pirámide social, sin perder su puesto en la cumbre de lo que era, en realidad, un volcán. Todavía no había hecho erupción, pero en febrero retumbó en forma amenazante durante una sesión de la junta de reforma agraria, cuando se enfrentó por segunda vez con el punzante senador Gómez. Al tratar el asunto de Yopal el año anterior, Camilo supo evitar un choque frontal con Gómez y los con servadores. Pero esta vez no le fue posible, porque ahora se trataba no de una cuestión de táctica, sino de principios.

Todo empezó el día en que Gómez se opuso a la propuesta de “expropiar” unas extensiones de tierra inculta. En la jerga jurídica de la reforma, este tipo de propuesta se denominaba “resolución de extinción de dominio”, y en las sesiones de la junta, Camilo, cada vez que oía esa frase, si estaba cabeceando, se incorporaba en seguida, pues la expropiación (o sea, la extinción de dominio) tocaba el meollo del problema de la tierra.

Según las disposiciones de la ley colombiana, no era una expropiación propiamente dicha. Los terratenientes recibían muy buenos precios por su tierra, mientras que los campesinos, al comprarla, contrataban unas deudas con el Estado que rara vez eran capaces de cancelar. Pero de todos modos la tal “extinción” se acercaba en algo a la esencia de la cuestión agraria.

En cambio, la mayor parte del tiempo los miembros de la junta lo dedicaban a asuntos totalmente secundarios. Por ejemplo, el gerente Peñalosa anunciaba la noticia de un préstamo del Banco Mundial o de la AID, o de las fundaciones Ford o Rockefeller, y la junta planeaba la construcción de nuevas oficinas o proponía un viaje de estudio y calculaba gastos y dietas. Luego de largas discusiones al respecto, cualquier miembro volvía sobre el tema de las relaciones entre el instituto y la Caja de Crédito Agrario y las respectivas funciones de cada cual. Este debate los llevaba, a veces, a hablar de préstamos y crédito para los agricultores —para los agricultores bien acomodados, por supuesto, jamás para los peones o pequeños parcelarios. En casi todas las reuniones, el representante de las fuerzas armadas expresaba su preocupación por un problema de “orden público”, es decir, por la invasión de haciendas por campesinos sin tierra, y la junta tomaba decisiones para apaciguar el problema. Esto se hacía, o por medio de más parcelaciones, o por la deportación de los revoltosos a algún lugar lejano donde tendrían que “echar machete” y abrir monte en la selva. Se trataba de una especie de migración

forzada, encubierta con el eufemismo de "colonización", medida preferida de la junta para la solución de los problemas agrarios. Finalmente, como último recurso, los miembros de la misma contemplarían la posibilidad de una "expropiación".

El 10 de febrero se les presentó un caso clarísimo. Después de un detenido estudio, los peritos llegaron a la conclusión de que inmensas extensiones en una hacienda en el departamento del Magdalena estaban totalmente descuidadas, mientras los campesinos vecinos se morían de hambre por falta de tierra para sus cultivos. Camilo daba por descontado que la junta votaría a favor de la expropiación, cuando se levantó Álvaro Gómez con una objeción.

Gómez alegó que el examen pericial no era concluyente, pero su argumento pareció tan hueco que Camilo no creyó que encontrara el apoyo de nadie. Sin embargo, para su sorpresa e indignación, los demás miembros de la junta fueron tomando posición con Gómez. Repetían su argumento como loros. "No encuentro razonable —dijo el presidente de la Federación de Ganaderos— dar un voto afirmativo mientras tenga dudas de lo que trata de resolverse. Solamente actuaré con suficientes y adecuadas informaciones por cuanto me anima un profundo criterio de honradez y honestidad".

En esas intervino el asesor jurídico de la junta. Citó apartes de la ley que mostraban con toda claridad que "si no hay pruebas de la explotación, el predio debe considerarse como inculto. Por ello —concluyó— en este caso, y porque es evidente la incultura del predio, deben las personas que tengan dudas votar la extinción".

Pero el jurista hablaba en vano. Era obvio que los miembros de la junta defenderían al terrateniente a toda costa. Votaron en contra de la expropiación todos, salvo Camilo y sus aliados, los dos desganados representantes de la clase obrera.

El asunto podría haber quedado ahí, si Camilo no se hubiera decidido a sentar su protesta. "La decisión de la junta crea un precedente en extremo peligroso. En primer lugar porque se somete la aplicación de una norma legal a criterios tan subjetivos como el de 'la razón de Estado' y la oportunidad. Cuando la aplicación de una norma legal se somete a la discreción de los que deben aplicarla se llega a la arbitrariedad de los gobernantes. Este procedimiento implica un germen de totalitarismo de Estado".

Gómez se salió de quicio. Por muchos años había fundamentado su campaña anticomunista en la crítica al Estado totalitario, y ahora Camilo lo señalaba como defensor del totalitarismo. A Gómez no le hizo gracia. Perdió por completo su aplomo habitual. Se le salían los ojos de las órbitas y luchaba para encontrar palabras adecuadas para rebatirlo. Pero antes que pudiera dar con alguna, Camilo prosiguió su argumento:

"En un país que, como Colombia, se debe propender el máximo aprovechamiento de las fuerzas naturales y humanas, constituiría un lujo de carácter antisocial restringir la extinción del dominio a las tierras baldías, tolerando el derecho de propiedad privada sobre predios que tienen una

explotación antieconómica. Al hacerlo estamos retrocediendo varios lustros en nuestra legislación agraria”.

Gómez quedó pasmado. La vigorosa denuncia de Camilo dejó al descubierto algo que la elocuencia del senador siempre lograba ocultar, a saber: que su política en materia agraria era más anticuada que las seudorreformas liberales de los años treinta. Peor aún, Camilo estaba condenando tanto su hipocresía como sus velados intereses económicos.

Dirigióse con desagrado a la presidencia. “Les voy a demostrar— anunció— que el padre Torres ha votado de acuerdo con la ley, eso sí, pero en contra de su conciencia y en contra del derecho natural”.

Esta tesis, tan audazmente enunciada, le resultó difícil de sostener. Pasó unos minutos enredándose en argumentos, y terminó con la promesa de sentar constancia por escrito para la próxima reunión.

Unos y otros se sintieron incómodos, y al poco rato se levantó la sesión.

Muy a la madrugada del día siguiente, Gómez oyó el put-put de una moto a la puerta de su residencia y, cuando bajó a desayunar, encontró en la mesa un sobre que contenía lo siguiente:

“Bogotá, el 18 de febrero de 1964.

Mi estimado Álvaro:

Antes de decir la misa hoy, recordé que el Evangelio dice: Si algunos de tus hermanos tiene algo contra ti, reconcíliate primero y después presenta tu ofrenda en el altar.

Después de presentar la constancia en la junta de ayer, quedé verdaderamente frustrado cuando tú la tomaste como una agresión contra ti. Personalmente yo creo que uno puede atacar fuertemente las ideas de las personas, respetando y estimando a esas mismas personas. En el caso presente, quiero que sepas que, aunque difiero de muchísimas de tus ideas, mientras más te conozco, más te estimo como persona y como político. Por lo tanto, estoy dispuesto a darte satisfacción en público o en privado en el caso de que te haya ofendido personalmente.

En cuanto a las ideas que expreso en la constancia, también estoy dispuesto a retractarme si se me demuestra que estoy en el error. Cuando te dije que los cristianos siempre deberíamos estar dispuestos a aprender, ¿no lo quise decir por ironía!

De esta carta puedes hacer cualquier uso, público o privado.

Fraternalmente,

Camilo.

Una segunda consecuencia del enfrentamiento con Gómez, que se produjo semanas más tarde, tuvo un sabor menos bíblico: el obispo auxiliar de Bogotá llamó a Camilo a su despacho y lo amonestó para que se portara de ahora en adelante con más prudencia en las reuniones del instituto, ya que los

obispos de tendencia conservadora habían solicitado por escrito al cardenal su destitución de la junta.

El cardenal Concha no les hizo caso. Nunca le gustaba la intervención de otros obispos en los asuntos de su arquidiócesis, y menos cuando se trataba de obispos laureanistas. Tenía muy presente su largo exilio de Bogotá a causa de los conflictos con Laureano Gómez. En cuanto a Camilo, el cardenal decidió dejarlo en la junta, a menos que recibiera quejas del gobierno.

La influencia de Camilo en la junta, jamás muy grande, se volvió más insignificante todavía. Cuando debía tratarse algún asunto delicado, el senador Gómez y sus amigos aseguraban la presencia del representante principal de la Iglesia, el viejo monseñor Gutiérrez. Estando presente monseñor, Camilo, como suplente, perdía el derecho de votar. Por más que faltase a las reuniones, el anciano solía aparecer (y nadie sabía si por casualidad o por arte de magia) a la hora precisa en que los conservadores tenían algún negocio que necesitaba el beneplácito de la junta.

Ya se acostumbraba Camilo a que lo trataran así. En agosto del año anterior, acabando de rechazar su proyecto para Yopal, los miembros de la junta aprobaron unánimemente y sin la más mínima vacilación una propuesta idéntica hecha por uno de sus colegas. Mientras éste —un político conocidísimo— proponía la creación de “unidades de acción comuna]”, Camilo sabía que, por más que semejara a la suya, esa propuesta no encontraría ninguna oposición. Esto lo sabía aun antes de ver a los demás miembros inclinar la cabeza ante el orador en una especie de reverencia. Estas venias constituían ciertamente una suerte de rito sagrado, pues el hombrecillo calvo de gafas que discurría sobre las unidades de acción rural era nada menos que Carlos Lleras Restrepo, principal autor de toda la farsa de reforma agraria, y el candidato escogido por el más importante sector de la oligarquía para obtener la presidencia del país en el próximo turno.

Su candidatura se proyectaba indirectamente desde hacía más de veinte años, pues reunía en grado sumo los requisitos para ser presidente de Colombia.

A diferencia de su primo, Alberto Lleras Camargo, quien había sido en su juventud un líder radical, Carlos Lleras fue siempre fiel exponente de las tendencias de centro-derecha del Partido Liberal. En los años cuarenta, llegado a la jefatura de su partido, estimuló a los guerrilleros de Los Llanos para luego entregarlos a merced de los terratenientes. Durante muchas décadas puso su extraordinario talento de economista al servicio de las clases altas. Redactaba proyectos de ley para los burgueses y les enseñaba estratagemas para practicar todo tipo de fraudes y engaños que la legalidad permitía. Su obra maestra fue la propia reforma agraria. Al concebirla, Carlos Lleras incluía en sus disposiciones aquella cláusula sobre las unidades de acción rural con vistas a convertirla, más tarde, en uno de los anzuelos populistas de su campaña presidencial. Camilo, al proponer su proyecto para Yopal, había obrado con toda inocencia. Ignoraba que con él le quitaba a Lleras un punto programático de su plataforma. Ni lo sospechaban siquiera los discípulos incondicionales de

Lleras. Sólo comprendían que no valía la pena oponerse, pues Carlos Lleras ya era presidente *in pectore* y tenían que tratarlo con respeto.

Esto molestaba a Camilo, pero no lo sorprendía. Era ya veterano de la junta, y las reuniones proporcionaban un palco privilegiado para observar de cerca el sórdido espectáculo de la lucha por el poder. Con repugnancia miraba a los senadores de la República repartiéndose la tierra como un botín. Vio, también, cómo los Peñalosa recibían patéticamente sus órdenes, espaldarazos, e invitaciones al Jockey Club. Los Peñalosa, conscientes de que la tal reforma agraria era puro engaño, hacían lo posible por justificarla, por demostrar que el problema consistía más bien en la ignorancia del pueblo y la llamada indolencia de los campesinos y que, en un país tan atrasado como Colombia, el proceso de cambio era necesariamente lento. Se repetían mil veces las mismas frases en un esfuerzo por convencerse a sí mismos de que todo andaba bien. En los cócteles tragaban no solamente el whisky oficial sino también el cuento oficial. Y la selva burocrática crecía a su alrededor, sofocándolos poco a poco; los enredaba en sus lianas y los atrapaba con promesas de fácil promoción.

Camilo no se dejó arrastrar. En parte lo salvaba su propia honradez. Pero no únicamente eso, pues no pocos hombres honrados sucumbían a las presiones. El sistema no respetaba buenas intenciones. Camilo conocía muy bien que el hombre es condicionado por su medio ambiente. “Tenemos que convencer nos —decía en una conferencia para estudiantes en 1963— que las actitudes de clase y las actitudes sociales no se producen sino por presiones, o sea por un fenómeno social”. A la larga, lo que salvó a Camilo fue la presión a que se sometía en medio de hombres y mujeres de la clase trabajadora.

En ocasiones peligraba, pues se inclinaba además a presiones distintas. Se metía en incontables comités y reuniones y con frecuencia pasaba días y noches escuchando la historia de tragedias domésticas que le narraban sus amigas de El Chicó. Y mientras más se alejaba del mundo obrero, más confuso se le hacía el pensamiento revolucionario. En aquel discurso a los estudiantes —en que afirmaba que las actitudes son el producto de presiones— dio una muestra palpable de esa verdad axiomática. En el curso de su argumento trató de describir una especie de mundo fantasma que no fuera ni capitalista ni socialista. “Aunque no haya socialización de los medios de producción, los grupos de presión mayoritarios pueden lograr que las inversiones y todos los excedentes... se apliquen para el bien común”.

Una sociedad tan irreal, tan inimaginable, sólo podría anhelarla aquella persona que intentara —conscientemente o no— evitar la inevitable alternativa al capitalismo. Revelaba una actitud de desconfianza hacia el socialismo debida en parte a las críticas que Camilo dirigía a la Unión Soviética, pero que tenía hondas raíces en la formación recibida desde la infancia en su propia clase social. Sin embargo, para contrarrestar sus prejuicios burgueses, existía un remedio único y seguro: el contacto permanente con gente de la clase trabajadora.

Ya para 1964 tomaba el remedio en grandes dosis. Pasaba más tiempo que nunca en compañía de los obreros de Bogotá o con los campesinos en provincias. La ESAP daba cursos en el pueblo de Lórica, región en que una vez

Camilo defendiera a los negros del valle del Sinú y, a pesar de que sus esfuerzos en aquel entonces aportaron poco a la solución de sus problemas, aquellos viejos amigos lo recibieron con los brazos abiertos. Posteriormente llevó a su equipo de profesores al departamento de Santander, donde sembraron la semilla de inconformismo entre los arrieros, peones y minifundistas que habitaban los montes de Pamplona. En Bogotá, su Muniproc sobrevivía. Las brigadas de estudiantes salían a visitar a los moradores de la periferia urbana y, cuando algunos jóvenes se cansaban del trabajo, Camilo reclutaba otros. Su propio entusiasmo no mermaba.

De teoría revolucionaria Camilo sabía poco. Había hojeado, muy por encima, algunos libros de escritores marxistas y tenía una idea, aunque nebulosa, de lo que fue la revolución rusa y sus consecuencias. Pero nada más. Sin embargo, su fe en las masas era tan grande que se lanzó impetuosamente a la crítica de lo que consideraba el aporte de Lenin, a saber: "La revolución por la élite". "Lenin sostiene que la revolución no la puede hacer la masa, que la revolución la tiene que hacer un grupo de personas que hayan comprendido el sentido de la historia". A este "principio" erróneo, en opinión de Camilo, se debió nada menos que la traición y fracaso de la revolución de octubre. Con razón sus amigos marxistas se desesperaban con él. Pero reconocían una cosa: que tenía un acceso a las masas envidiable para cualquier cuadro revolucionario.

Lo que distinguía a Camilo era precisamente ese afán de acercarse a los trabajadores. Como intelectual no era nada erudito; incompletos quedaban sus análisis, sus artículos y pronunciamientos casi siempre torpes, a veces hasta inexactos en algún detalle. Pero eso sí, duros y desafiantes. Sus adversarios se defendían como podían. Los marxólogos se burlaban de él y los tecnócratas del gobierno lo miraban con una sonrisa indulgente; los obispos, en cambio, lo censuraban y los politiqueros bufaban de rabia. Y todos, unánimemente, empezaban a cerrarle la puerta.

Al mismo tiempo, otras puertas se le iban abriendo. Eran puertas hechas de lata o de tablas viejas o de láminas de cartón, que daban entrada a chozas de obreros y campesinos donde Camilo era siempre bienvenido. A veces las chozas no tenían ni puerta, sino un mero costal colgado en la entrada; y en Los Llanos, donde la gente vivía en moradas de una sola pared, Camilo llegaba a la sombra de sus techos sin pasar por puerta alguna. Allí se quitaba el sombrero, se sentaba encima de una caja y prendía la pipa mientras sus amigos le calentaban café en el fogón.

Le encantaba pasar épocas en Los Llanos. En 1964, año en que la UARY, su creación predilecta, apenas se iniciaba, bajaba a menudo a Los Llanos para cuidarla. Y los lunes en Bogotá, durante las reuniones de la junta, si se veía a veces inquieto, incómodo, no era únicamente por disgusto sino, en parte, por haber pasado el fin de semana montando a caballo.

Su caballo, Benbella, era castaño. Pero a veces montaba en uno negro, árabe, llamado Dorián. Un día, éste, al atravesar un arroyo, paró sin aviso y se echó al agua. Se revolcaba, levantando espuma con las cuatro patas, y Camilo

emergió del río, empapado, riéndose tanto que le dolían las costillas más por la risa que por el golpe.

Los vaqueros reían también. Pero lo admiraban por su afán de cabalgar como ellos. Una caída no importaba, decían; Camilo sería un buen jinete. Siempre volvía a montar.

En el mes de mayo, desde las tierras más remotas, los llaneros traían miles de cabezas de ganado a Yopal. Marcaban las bestias y las engordaban. En plena temporada de rodeo, Camilo bajaba del corral como cualquier muchachón llanero para tratar de domar las vaquillas y éstas, corcoveando como locas, lo lanzaban dando tumbos por la arena.

Revivía los tiempos de su juventud. Una tarde, meciéndose en la hamaca, recordaba los días en que vagara por aquellos Llanos buscando una "respuesta total" al problema de la vida. Había sido la época romántica. Se acordaba de una noche solitaria, sentado en una cerca, en la que tomó la decisión de ingresar al seminario. Aquella noche parecía que giraran el cielo y las estrellas.

Cuán prosaicas eran sus preocupaciones ahora; conseguir fondos para afrontar los gastos de la UARY, sostener la paz entre los miembros del equipo y distraer al coronel Eduardo Román Basurtu, el jefe de la policía de seguridad, mientras los profesores de la UARY adoctrinaban a los alumnos.

Román era el hombre más temido del Llano. Recorría cientos de kilómetros en avión, en jeep o a caballo. Protegía a los dueños de hatos, perseguía a los colonos y cazaba implacablemente a los revoltosos. En una palabra, mantenía el orden. Sus hombres armados y su propio revólver existían para defender al puñado de familias cuyos antepasados invadieron Los Llanos hacía más de un siglo, eliminando indios y apropiándose de la tierra. Román los defendía de los pequeños colonos. Éstos llevaban una vida precaria. Sólo recibían un salario seguro durante las temporadas de rodeo en mayo y septiembre; por lo demás, sembraban yuca y plátano en sus conucos y criaban precariamente un par de vacas famélicas.

Tenían que sostener a sus mujeres y a toda una colmena de niños y, al contemplar los pastos vecinos de los hacendados, sentían a veces una tentación difícil de resistir. Por las noches, tumbaban una cerca y soltaban sus vacas a alimentarse en el potrero ajeno. Al otro día llegaba Román con sus hombres y, tras un breve tiroteo, sacaban al colono generalmente muerto. En caso de sobrevivir, su mujer quedaba destinada para trabajar sola con los niños por mucho tiempo, pues Román enviaba al marido, el colono invasor, a pasar largos meses en los calabozos del DAS rural.

Desde el inicio, Camilo adoptó una política amistosa con Román. Lo visitaba con frecuencia y lo recibía en la escuela de la UARY. Pero no todos los colaboradores de Camilo recibían a Román con cortesía. Muchos de ellos detestaban su mera presencia —el rostro como de cuero curtido y la risa bronca, una "risa de chacal", como la describía Camilo. Era un personaje macabro con sus pistolerías abultadas y el gran garfio de metal en lugar de la mano que perdiera en quién sabe cuál de sus combates. Cuando llegaba a la

UARY y bajaba de su jeep, los hombres se quedaban mirándolo silenciosos. No les gustaba que Camilo fuera tan amable con el policía, pero lo entendían como la única manera de tratarlo para evitar problemas.

Y Camilo ya tenía miles de problemas. Para empezar, los gastos de la UARY excedían en mucho los límites de su presupuesto. Lejos de autoabastecerse, la huerta de la UARY no producía prácticamente nada. Las provisiones eran traídas de Bogotá cada semana en camión. Y no solamente la economía de la escuela andaba mal, los propios directivos se mantenían en discordia permanente.

El director, Perafán, siempre peleado con el subdirector, y ambos entendiéndose mal con sus colaboradores y especialmente con los hombres de Yopal. Tanto a Perafán como al contador y al experto en cooperativas, por ser oriundos de otras regiones del país, los llaneros los tenían por extranjeros. Efectivamente les faltaba aprender mucho de Los Llanos —sobre el clima y los cultivos y sobre las costumbres locales. Era natural, entonces, que sus súbditos, nativos todos de la zona de Yopal, sintieran por ellos un cierto menosprecio. Y el hecho de que los “extranjeros” recibieran salarios mejores que los suyos aumentaba los motivos de división.

Camilo intentaba apaciguar la situación. Pero ¡qué difícil! En primer lugar debía ausentarse mucho para dedicarse a otros trabajos en Bogotá. Y en segundo lugar, aunque permaneciera allí con más frecuencia, no podía borrarle a la UARY su pecado original: era, después de todo, una hija de la ESAP, un engendro de la burocracia.

Surgieron otros problemas. Resultó que los llaneros no estaban tan maduros para la revolución, como Camilo, estimulado por la propaganda de Eduardo Franco, había imaginado. Descubrió pronto que los exguerrilleros que lucharon por el Partido Liberal y luego fueron traicionados, reculaban instintivamente ante la posibilidad de más combates. Retirados de la pelea, cada cual trabajaba en lo suyo, solo, independiente, contra los elementos de la naturaleza —el sol y la lluvia. Y en cierto sentido contra los demás hombres también. Los llaneros eran escépticos, y no valía la pena hablarles de revolución.

Quizás sus hijos serían más propensos, pensaba Camilo. Pero tendría que tratarlos con suma cautela, ya que desde niños estaban prevenidos contra cualquier conato de adoctrinamiento. Además, si llegaban rumores de subversión a los oídos de Román, la policía actuaría de inmediato. En consecuencia, cuando Camilo dictaba sus clases de sociología rural, no iba directamente al grano sino que hablaba de los canales de ascenso y dejaba a los muchachos sacar sus propias conclusiones.

Menos prudentemente obraba Perafán, y menos todavía su ayudante, un joven agrónomo que dictaba clases en la UARY. Los dos, apasionados por la causa revolucionaria, carecían de la paciencia y discreción de un Camilo. A los pocos meses de creada la escuela, la gente de Yopal andaba citando a Perafán y su receta de cambio social: a los oligarcas llevarlos al paredón, y al cardenal Concha, colgarlo de los cojones.

Naturalmente, Román empezaba a vigilar la UARY como un sabueso; mientras que Nannetti, al enterarse de la situación, tomó medidas con el fin de mantener mayor control sobre el decano del Instituto de Administración Social.

Atravesando el patio de la UARY una tarde de verano, Camilo observó pequeños cadáveres de pájaros esparcidos por el suelo. Eran arrendajos, pajaritos de plumaje negro y amarillo que hacían sus nidos en el bambú. Al atardecer, los rayos del sol los encandilaban y no distinguían la blanca pared de cemento. Uno tras otro, se estrellaron contra ella.

Camilo llamó al vigilante y le pidió que pintara la pared de un color más oscuro. Soportaba que la UARY le causara dolores de cabeza, pero no permitía que sus muros mataran a los inocentes arrendajos.

Ese mismo año el gobierno decretó el bombardeo de Marquetalia, una de las "Repúblicas Independientes" en el Tolima.

Varios gobiernos se venían enfrentando al problema de los campesinos armados. Rojas los bombardeó, pero no pudo ex terminarlos. Alberto Lleras intentó en vano las tácticas persuasivas de la denominada "Rehabilitación". Y ahora su sucesor, desesperado, decidió abrir fuego contra las Repúblicas Independientes y borrarlas del mapa.

El presidente en ejercicio era Guillermo León Valencia. Se explicaba su desesperación pues la administración de Lleras le había dejado una triste herencia: la economía en bancarrota, las deudas amontonadas, el peso devaluado y, por ende, el pueblo desilusionado. En 1957, Alberto Lleras inició el régimen del Frente Nacional bajo una atmósfera optimista, pero al entregar las riendas del gobierno a Valencia en 1962, Lleras estaba total mente desacreditado. Ni siquiera una visita a Bogotá del presidente Kennedy pudo rehabilitarlo. La burguesía nominó a Lleras para el Premio Nobel de la Paz e invirtió miles de pesos en el montaje de una inmensa manifestación de apoyo. Mandaron elaborar enormes pancartas con la leyenda "Gracias, Alberto Lleras". Pero los trabajadores, verdaderas víctimas de su política de eternos préstamos de los Estados Unidos, pintaron otras pancartas irónicas, escritas en inglés: *¡Thank you, Mr. Lleras!*

Entre 1962 y 1964 la deuda nacional aumentó y, a la par con ella, aumentó también la pobreza de las masas. Guillermo León Valencia, un presidente fanfarrón, parecía haber perdido el control. Para comenzar, no tenía ni idea de asuntos económicos. En honor a la verdad, hasta sus más íntimos amigos admitían que no sabía nada de nada. Con excepción, tal vez, de cacerías. Tenía regular puntería, y pasaba los fines de semana cazando patos en sus haciendas de Popayán. Allá, en su sede rural, se le conocía como hijo de un célebre poeta, y los vecinos le otorgaban el título de "El Conde de la Casa de Valencia". Sus antepasados pertenecieron a una cierta nobleza española venida a menos, pero inflada todavía con ilusiones de grandeza. En resumen, mientras Valencia y sus amigos salían en partidas de caza por las mañanas, y de noche bebían en sus mansiones señoriales, el pueblo, iracundo y hambriento, empezó a cerrar filas contra la clase gobernante.

En marzo de 1964, las elecciones parlamentarias mostraron una dramática baja en el número de votantes. Las masas trabajadoras habían cesado de depositar sus esperanzas en la seudodemocracia del Estado burgués, e irrumpieron en una agitación espontánea por todo el país. Se desataron en todas las ciudades y estallaban bombas en algunas oficinas del gobierno. Al mismo tiempo, los movimientos campesinos iban fortaleciéndose, y en el departamento de Santander fue formándose un pequeño ejército de liberación.

Valencia, al enterarse de esta situación y constatar lo precario de su régimen, se precipitó a dar instrucciones a los altos mandos militares: como primera medida de seguridad, acabar con el enclave armado de Marquetalia.

Desde tiempo atrás, Marquetalia había sido una espina clava en el costado del gobierno. Aun cuando otros fortines de campesinos se fueron debilitando bajo los constantes ataques y bloqueos, y sus habitantes, amenazados de inanición, tenían que rendirse y salir de los montes agitando pañuelo blanco, los moradores de Marquetalia todavía resistían. Dominaban un altiplano en la Cordillera central y practicaban la agricultura en forma de comuna. Se gobernaban independientemente y mantenían su propio ejército. Sus centinelas guardaban los desfiladeros que daban acceso a Marquetalia y las patrullas oficiales que intentaban sobrepasarlos se enfrentaban a descargas de metrallera. Frente a la imposibilidad de aniquilarlos con medios normales, el presidente y los generales, con sus consejeros militares norteamericanos, optaron por un bombardeo intensivo.

Sin más ni más, hicieron público su proyecto. Según los informes oficiales, la operación representaba un "compromiso trascendental de liberar a las repúblicas independientes". Costaría unos treinta millones de dólares y movilizaría a dieciséis mil unidades del ejército. Los soldados serían conducidos en helicópteros para situarlos en Marquetalia, y el ejército emplearía las más modernas técnicas norteamericanas —el napalm y la guerra bacteriológica. Corresponsales extranjeros fueron invitados a presenciar la eficacia de estas armas, y el inicio de la operación se anunció para el 1º de mayo.

Este escueto informe dejó al pueblo colombiano momentáneamente aturdido, sin palabras. Luego se levantaron las protestas. Cada asociación humanitaria unió su voz a la del Movimiento Revolucionario Liberal y del Partido Comunista para condenar el monstruoso fratricidio, con el resultado de que los generales y el ministro de Gobierno tuvieron que conceder nuevas entrevistas para modificar sus anuncios anteriores, con la garantía de no emplear bombas sino como último recurso y solamente contra "grupos rebeldes que no quieran someterse a las leyes, a la Constitución y a las autoridades de Colombia".

Las masas esperaban horrorizadas, y las familias de Marquetalia cavaban trincheras y escondites en las montañas, preparándose para resistir hasta el final.

Se acercaba el mes de mayo. Entre los pocos ciudadanos que no se satisfacían con las protestas verbales sino que buscaban una manera de

impedir la catástrofe, estaba Camilo. Compartía su angustia con Gustavo Pérez y su colega Orlando Fals, y los tres hablaron con Eduardo Umaña Luna, primo de Camilo, y con el sacerdote Germán Guzmán, quien trabajara con ellos en el estudio de *La Violencia*. Se preguntaban si no había algo que pudieran hacer. También se unió al grupo un político izquierdista, Garavito Muñoz, y, en conjunto, decidieron presentar una petición ante el ministro de Guerra: la de solicitar permiso para entrar en la zona de operaciones como una misión de paz independiente, antes de que se emprendiera cualquier acción militar.

El día señalado se juntaron en el despacho del ministro, general Reveiz Pizarro. Pero apenas pronunciaban las primeras palabras cuando el general, reconociendo a Garavito, se encendió de furia e incorporándose con un grito, exigió su salida inmediata. Obviamente, la conocida demagogia de Garavito lo tenía calificado de *persona non grata* ante Reveiz.

El general, volviéndose hacia los demás, rugió: "¡Sí no me sacan a este hombre, no habrá más discusión!".

Garavito se retiró, pero aun así no fue fácil para Camilo y los otros entablar diálogo con Reveiz tras un comienzo tan infortunado.

Evidentemente, el general no simpatizaba con el proyecto, que consideraba una intromisión en su terreno. Con todo, prometió no ponerles ningún obstáculo con tal que se dispusieran a correr con todos los riesgos. Sólo quería que un punto quedara muy claro: el ejército no permitía que en el territorio nacional existiera ningún rincón en donde no pudiera alzarse la bandera patria, le gustara o no a la gente de Marquetalia. "Y eso lo pueden comunicar de parte mía", añadió el ministro al despedirse de los miembros de la misión de paz.

Antes de salir, alguien pidió que el ejército pusiera un helicóptero a su disposición, pero Reveiz serio de la idea y reiteró, más enfáticamente, la despedida.

Con o sin helicóptero, Camilo y sus amigos estaban listos para partir hacia las montañas tan pronto tuvieran los permisos necesarios. Pero todavía faltaba uno: el cardenal debía responder a la solicitud del ministro para la autorización eclesiástica a los sacerdotes.

Esperaban impacientes. Ya estaba bien entrado el mes de abril y el cardenal seguía sin responder. Camilo intentó entrevistarse con Concha, pero Su Eminencia no lo quiso recibir.

El 24 de abril, el general Reveiz entregó a la prensa una declaración sobre la proyectada misión de paz, señalando que el gobierno no le reconocía "carácter oficial alguno" y que, no obstante las intenciones de los comisionados, "el gobierno no transigiría en la decisión de entregar a las autoridades a los bandidos que tienen su centro de operaciones en la región de Marquetalia". El ministro mencionó también el envío de una segunda nota al cardenal Concha para solicitarle la "autorización jerárquica" a favor de los reverendos Torres, Pérez y Guzmán.

Por fin, a la hora cero, 1 de mayo, Camilo, Gustavo y Guzmán se enteraron de la decisión del cardenal por los titulares de El Tiempo: "Negado permiso a sacerdotes para ir a Marquetalia. Informaciones obtenidas anoche de fuentes allegadas a la curia diocesana...".

Mientras los linotipistas de El Tiempo armaban apenas las columnas de la primera edición del periódico, en una docena de cuarteles los soldados se levantaban a recibir las últimas instrucciones, y en el transcurso de la mañana todos los regimientos participantes en la operación se desplazaban hacia el cuartel general establecido en la ciudad de Neiva. De aquí convergerían sobre Marquetalia.

Desde sus escondites en el tupido follaje de las montañas, las familias campesinas escuchaban el zumbido de los primeros helicópteros. De pronto irrumpió una voz estridente que ahogaba el ruido de los motores. "Esta es la última llamada a la población civil —graznaba la voz—. Salgan y ríndanse. En caso contrario serán destruidos, al igual que los bandidos armados. Esta es su última oportunidad".

Varios campesinos se asomaron por entre la maleza para ver de dónde salía la voz, y divisaron un enorme altoparlante colgado de un helicóptero, semejante al miembro de un mulo.

El parlante siguió vociferando su estrepitoso llamado a la "población civil". Pero a pesar del peligro que rondaba sobre sus cabezas, los campesinos sonreían. No se sabía cuál, entre ellos, era un "civil". En cierto sentido, todos eran civiles. Pero el jefe de cada familia estaba armado y el guerrero más intrépido no se podría distinguir de su vecino. Todos vestían igual: con sombrero pajizo, camisa y pantalón de dril, y sandalias o alpargatas. Los guerrilleros no parecían diferentes.

Ahora tenían que actuar distinto. Su jefe les dio instrucciones: "mujeres, niños y no-combatientes se trasladarán a la selva, donde será más difícil que el enemigo los encuentre. Nosotros, los armados, formemos grupos pequeños para hostigar al enemigo tan pronto pise tierra. Si lo que buscan esos hijueputas es la pelea, ¡entonces vamos a pelear!".

Por una hora más estuvo zumbando el helicóptero; luego, volando por encima de los árboles, se perdió de vista. Los campesinos, escuchando de lejos el parlante rebuznando su mensaje a otros invisibles miembros de la "población civil", aprestaron sus posesiones y empezaron a salir cautelosamente de los escondites.

Mas no todos lograron llegar a sus nuevos refugios. Una mujer fue alcanzada por una bala de metrallera mientras corría por campo abierto hacia la selva. Y dos aviones cazas a reacción que lanzaron bombas contra un *caleterío* entre los árboles, dieron muerte a quince niños que se habían escondido en una cueva. Una especie de "viruela negra" empezó a manchar la piel de niños y grandes, pues los aviones regaban la selva con un terrible rocío de bacterias.

Sin embargo, a las pocas semanas la mayoría de las mujeres y niños estuvieron a salvo en sus refugios secretos, y los combatientes elaboraban

nuevas formas de guerra. Los aviones enemigos trataban en vano de ubicarlos, y los pelotones de infantería que los buscaban fueron atacados por todos los flancos. La tropa del ejército regular regresaba a sus campamentos arrastrando heridos y muertos. La guerra de guerrillas comenzaba en serio.

En Bogotá, los periódicos publicaban declaraciones del ministro de Guerra, desmintiendo los “rumores” de una invasión militar en Marquetalia. “Sólo se están usando programas de Acción Cívico Militar —dijo el ministro— y todas las ideologías serán respetadas”.

El presidente otorgó medallas de distinción a dos policías a quienes tocó “en suerte” dar de baja a dos conocidos bandoleros. “Héroes de la pacificación” los llamó Valencia, con lo cual se infería que cualquier ciudadano capaz de matar a un campesino en Marquetalia tendría derecho a una condecoración.

La verdad sobre Marquetalia le llegaba a Camilo por medio de amigos militantes del Partido Comunista. Gracias a ellos, durante el mes de junio, Camilo recibió comunicados del frente guerrillero informando acerca de emboscadas tendidas por los campesinos contra las patrullas del ejército regular. Leía detalles sobre los armamentos, uniformes y equipos capturados por los combatientes de Marquetalia —mochilas del ejército norte americano, cantimploras de aluminio y fusiles M.1 que llevaban la marca “made in USA”. Obviamente, nada de esto salía en los periódicos.

A fines de julio Camilo leyó la ley de reforma agraria de Marquetalia, documento promulgado por los guerrilleros en una asamblea general. No era un proyecto socialista. Al contrario, abogaba por la tenencia privada de pequeñas parcelas de tierra. Pero tenía el enorme mérito de ser una ley redactada por los propios campesinos en un campamento guerrillero, mientras las bombas caían a su alrededor.

Más tarde, Camilo vio unas estadísticas que reflejaban el saldo total de la Operación Marquetalia. Con treinta millones de dólares, el gobierno colombiano y sus consejeros norteamericanos habían obtenido lo siguiente: cien fincas destruidas y sus cien ranchos incendiados; las tierras comunales de Marquetalia ocupadas; cien mil aves consumidas y aproximadamente el mismo número de reses; dos mil campesinos encarcelados, de los cuales doscientos fueron asesinados y quién sabe cuántos torturados. El daño causado en la zona se estimaba en dos millones de dólares. Y por parte de la gente de Marquetalia, la cifra total de los caídos en combate sumaba diecisiete —un guerrillero, una mujer, y los quince niños que se refugiaron en la cueva.

La operación produjo también otro efecto no previsto por los generales ni por los expertos gringos: los destacamentos guerrilleros formados como respuesta al bombardeo realizaron en septiembre una reunión clandestina con otros grupos de campesinos armados en el departamento del Tolima y anunciaron la creación del Bloque Guerrillero del Sur. La revolución colombiana entraba en una nueva fase.

El episodio tuvo una influencia decisiva en la vida de Camilo. La lucha de los hombres de Marquetalia lo impulsó a la acción.

Después de todo, se congratulaba de que el ministro y el cardenal se hubieran opuesto a la misión de paz. En caso de haber ido los comisionados a negociar con los campesinos, éstos posiblemente habrían llegado a un acuerdo con los militares, sofocando así su propio movimiento rebelde. Ahora, en cambio, había dos ejércitos enfrentados: por un lado, el de la oligarquía y los gringos con un completo y moderno equipo bélico, y por el otro, las fuerzas armadas de los campesinos —fuerzas todavía precarias y mal armadas, pero con la esperanza de llegar a ser, con el tiempo, las tropas movilizadas de las masas y defensores de unos quince millones de colombianos. Nuevos destacamentos guerrilleros estaban apareciendo, y cada uno, en opinión de Camilo, formaría parte de la vanguardia del ejército popular del mañana.

Pero ese mañana no podría llegar solo. Faltaba el esfuerzo humano para realizarlo. A Camilo le parecía inmoral limitarse a hablar de revolución mientras un grupo de campesinos luchaban solos por construir un ejército. En carta a un amigo se burlaba de la mera idea.

“Los progresistas somos muy inteligentes. Hablamos muy bien. Tenemos popularidad. Cuando estamos juntos somos realmente simpáticos. Pero la reacción mueve uno de sus poderosos dedos, ¡y nos paraliza! No podemos seguir así, sin organización y sin armas iguales”.

En cuanto a la organización y las armas, los campesinos estaban abriendo una brecha; lo menos que podían hacer los intelectuales progresistas sería ayudarlos. Sin embargo, tan pronto como Camilo buscó la manera más eficaz de hacerlo, se topó con la intransigencia del Partido Comunista, que lo miraba con recelo y quería impedirle el acceso a su terreno.

Los cuadros comunistas tenían por qué temerlo. Constituía una amenaza real al control único que ejercía el partido sobre las repúblicas independientes. Durante años, el Comité Central había prohibido a los líderes campesinos que tomaran ninguna decisión de importancia sin la aprobación de quienes trazaban la política del partido desde Bogotá. Y los campesinos obedecían. “El partido ante todo”, decían, rezando el credo comunista. De vez en cuando, el politburó de Bogotá enviaba “cuadros teóricos” para enseñarles a los campesinos dogmas de fe, e inculcarles el principio fundamental de la lucha “en todos los frentes”. Con esta consigna, los camaradas justificaban sus escaños en el parlamento, y concluían, a modo de corolario, que los campesinos, para no poner en peligro el frente congresista, deberían evitar disturbios en el campo y limitarse a la política de “autodefensa”.

Para los campesinos la tal autodefensa significaba un suicidio. Entendían que si ellos no tomaban la iniciativa del ataque, la dejaban al enemigo. La política oportunista dictada por el Comité Central había causado innumerables muertes. Pero el bombardeo a Marquetalia representaba un cambio fundamental. Amenazados con la aniquilación inminente, los campesinos no tuvieron tiempo para consultar a los sumos sacerdotes de la capital. Sus líderes locales dieron las órdenes, salvaron a su gente y así, casi sin darse cuenta, descubrieron la fórmula para una auténtica guerra de guerrillas.

Los directivos del Partido Comunista aceptaron el hecho consumado y no vacilaron en sacarle provecho. Mandaron organizadores a felicitar a la gente de Marquetalia por su victoria y lograron apaciguar a los campesinos disidentes, promoviendo los al Comité Central. Era así como el movimiento guerrillero popular no salía de las manos del Partido Comunista, y Camilo, si aspiraba a entrar en contacto con los combatientes, tendría que hacerlo por los canales del partido.

Habló primero con María Arango y su marido, Álvaro Marroquín. Marroco, como le llamaban, de carácter jovial, fue por años un eficaz organizador de la Juventud Comunista (la JUCO). Pero 1964 se le estaba volviendo un año difícil. Camilo lo encontró tratando de salvar lo que podía de su organización después de la ruptura chino-soviética, pues aquellos miembros de la JUCO que seguían las enseñanzas de Mao Tse-Tung, cansados de la línea del partido con su receta de coexistencia pacífica, desarme y "defensa de las libertades democráticas", abrieron una grieta en la izquierda colombiana con la fundación del Partido Comunista Marxista-Leninista, y el anuncio de una estrategia de guerra prolongada al estilo maoísta. Marroco y sus copartidarios de la escuela moscovita comenzaban a tildar a los maoístas de "miopes", "demagogos" y "aventureros infantiles", cuando Camilo llegó pregonando la insurrección campesina como clave a toda la problemática de la revolución colombiana. De buenas a primeras le pidió a Marroco que lo llevara a entrevistarse con los combatientes de Marquetalia.

Marroco destapó una botella de aguardiente, ofreció a Camilo una copita y dijo mesuradamente: "Mira, Camilo, no es un buen momento, ¿sabes? Con todo el lío que hay por ese lado, no podríamos garantizar tu seguridad". Se comprometió a hablar del asunto con los jefes del partido, pero dudaba que aceptaran. En su opinión, Camilo estaba realizando una excelente tarea desarrollando la conciencia política de mucha gente, y no necesitaba el contacto directo con la guerrilla.

María intervino: "No se te olvide, Camilo, lo que le pasó a nuestro Federico" —una advertencia superflua, ya que Camilo no olvidaría nunca el caso de Federico Arango, el hermano de María. El año anterior, Federico, joven ingeniero, había sentido el llamado de la revolución lanzándose a formar un ejército rebelde con el triste resultado de ser traicionado por sus propios compañeros, entregado a la policía y fusilado.

Camilo se tomó el aguardiente de un golpe y no quiso comentar la observación de María. Ella estaba muy equivocada si creía que lo que tenía en mente era una aventura tan descabellada como la de Federico. Su idea era bien distinta. Pero veía que los del partido no estaban dispuestos a recibir sus sugerencias. Ellos valoraban la legalidad burguesa y el sistema electoral, y el asunto de Marquetalia, lejos de ser una de las glorias del partido, les resultaba más bien un aprieto. Camilo abandonó el tema, dejando a Marroco llenar la copa y charlar de cualquier cosa.

Este primer intento de entrar al ruedo político condujo a Camilo por un callejón sin salida. La hora de la acción había llegado, de eso no tenía duda. Y estaba dispuesto a jugar un papel. Pero ¿cuál? Podría colgar los hábitos y

empuñar un fusil, como una vez le dijera a María. Pero eso no era tan sencillo. No solamente Antonio Larrotta y Federico Arango, sino otros muchos estudiantes en los últimos años se habían echado al monte, y su aislamiento de las masas les costó la vida. Camilo admiraba su valentía y buena voluntad, pero tenía plena conciencia de que la revolución necesitaba más que heroísmo y buena voluntad. Se requería echar hondas raíces en la historia de un pueblo y nutrirlas con el abono de la lucha popular. Camilo no negaba el papel específico de los intelectuales en el proceso revolucionario, pero reconocía que ningún análisis político, por más convincente que pareciera, adquiriría validez sin pasar por el filtro de la sabiduría y experiencia popular.

Observó que en Venezuela sus amigos tardaron en aprender esa lección. Desde que empezaron en 1961, sus esfuerzos juveniles por prender la chispa de la revolución acumulaban fracaso tras fracaso. Ellos echaron la culpa a la dirección del Partido Comunista de Venezuela que, lo mismo que la colombiana, oscilaba entre la insurrección armada y las peleítas por un escaño en el parlamento. Pero, en realidad, las causas eran más profundas, siendo la principal, tal vez, la poca experiencia de Venezuela en materia de lucha campesina. La riqueza económica se concentraba en los yacimientos de petróleo del litoral y en las minas de carbón, y los campesinos no tenían ningún historial comparable a la lucha por la tierra que, en Colombia, era secular. Camilo apreció que los movimientos guerrilleros en el vecino país estaban tratando de cosechar donde la historia no había sembrado.

“Ustedes tienen muchos líderes —le dijo en una ocasión a un amigo venezolano— pero les faltan soldados. En Colombia tenemos hartos soldados, pero nos faltan líderes”.

En busca de éstos, Camilo echaba una ojeada sobre la triste escena política para encontrar a los agitadores estudiantiles de ayer. Luis Villar Borda estaba de parlamentario, como miembro de la oposición; en la Cámara libraba tibios debates contra los representantes del Frente Nacional, y luego bajaba al bar a tomar- se un whisky con sus contrincantes. Y ¿dónde se hallaba ahora toda aquella muchachada revoltosa de las juventudes del MRL? Algunos estaban en la Cámara, al lado de Villar, mientras que los más se fueron perdiendo en el anonimato de una vida acomodada. Y unos pocos se habían internado en las montañas, donde organizaban otro ejército guerrillero. Pero sobre ellos, Camilo no tenía noticias.

De vez en cuando, algún amigo universitario llegaba a su despacho para pedirle un favor, tal como esconder un documento o buscar posada y tratamiento médico para un compañero no identificado. En una ocasión le encargaron trasladar un fusil de Bogotá a un pueblo rural. Pero quienes le pedían estos favores aparecían con un aura de misterio tal que Camilo no se atrevía a preguntarles nada. Cumplía como podía y, por lo demás, guardaba silencio. Suponía que se trataba de los muchachos del MOEC.

En el mundo estudiantil, la Juventud Comunista de Marroquín estaba en abierta pelea, no solamente con los chinófilos sino también con los bulliciosos estudiantes de Santander, organizadores de una marcha de protesta de 400 kilómetros, desde Bucaramanga hasta Bogotá, desatando un paro de tres

meses en todas las universidades del país. Marroco no objetaba la huelga estudiantil, pero se oponía a la consigna de lucha armada que iba imponiéndose como eslogan unificador de los huelguistas. Para Camilo, la consigna no tenía mayor seriedad; le recordaba las vacías amenazas con las que Luis Villar y sus amigos solían insultar a la oligarquía unos años antes. Pero Marroco, mejor informado, sabía que la cosa era mucho más grave. Los líderes de Bucaramanga no estaban voceando una consigna hueca. Hablaban, más bien, en nombre de un nuevo grupo de insurgentes. De ahora en adelante, pensaba Marroco, el Partido Comunista tendría que hacer frente, por su flanco izquierdo, a algo más que a los maoístas y anárquicos lanzabombas del MOEC. Una amenaza a la hegemonía del partido estaba emergiendo en las selvas de Santander.

Una noche de julio, en un rancho campesino de la región montañosa de San Vicente de Chucurí, un puñado de hombres se había reunido para dar los últimos toques a una conspiración extremadamente audaz: el lanzamiento del Ejército de Liberación Nacional. Ni el campesino Parmenio, dueño del rancho, ni sus vecinos sentados allí en torno a la mesa tomando café, daban la impresión de ser los hombres más indicados para derrocar al gobierno nacional. Sin embargo, la lámpara de gasolina revelaba en cada rostro una mirada decidida que parecía afirmar: la revolución demora, ¡pero se hace!

Su jefe, Fabio Vásquez, un joven vigoroso de bigotes, con acento antioqueño, les iba elaborando el plan de campaña. Les habló del éxito de los guerrilleros cubanos en la Sierra Maestra, y describió en detalle las aventuras de los doce que sobrevivieron la expedición del Granma y que, al cabo de dos años, lograron tomar el poder en La Habana. Cuba iba a ser su inspiración. Pero Parmenio y sus amigos no deberían ilusionarse con falsas esperanzas. La lucha sería larga, muchísimo más larga que la de los cubanos, y no todos alcanzarían la victoria. Pero esa victoria se aseguraba con tal que tuvieran fe en el pueblo y perseverancia.

Los campesinos lo escucharon con respeto. Fabio vivía con ellos desde hacía más de un año en los caseríos solitarios cerca de San Vicente. Trabajaba diariamente a su lado y no hablaba sino de revolución. Les hacía sentir el orgullo de ser santandereanos, hijos de José Antonio Galán, el primer campesino colombiano en rebelarse contra la corona española dos siglos antes. Desde los tiempos de Galán, decía, Santander era conocido como la cuna de los rebeldes. Fabio les evocaba la memoria de Rafael Rangel, quien en 1949 derrotó a las tropas de Laureano Gómez en San Vicente, y con estos recuerdos fue despertando en ellos el deseo de empuñar de nuevo las armas.

Poco a poco les explicaba el proyecto. El grupo de revolucionarios del cual Fabio era miembro había escogido esta zona como el lugar ideal para la formación de una guerrilla. El pueblo de San Vicente estaba situado cerca de Barranca, epicentro de la explotación de petróleo desarrollada en las orillas del río Magdalena. El Ejército de Liberación Nacional iniciaría sus operaciones por la cuenca del Magdalena con el fin de controlar, a largo plazo, las principales vías de transporte, fluvial y ferroviario, que ligaban a Bogotá con la costa

Atlántica. De este modo podrían llegar, con el tiempo, a paralizar la economía nacional.

Para cualquier duda que asaltara a sus compañeros, Fabio tenía la respuesta lista. Les indicaba que la exuberante vegetación tropical era precisa en el combate guerrillero, y que los habitantes, siendo en su mayoría colonos pobres, apoyarían la lucha. Eran escasos los grandes hacendados en esta región, y en cuanto a las patrullas del ejército regular, no se atreverían a internarse en una selva tan inhóspita.

El último y más convincente argumento de Fabio fue el de que la zona del Magdalena había sido el principal campo de batalla del movimiento obrero desde los tiempos de la masacre de las bananeras en 1928. Los sindicalistas de las plantaciones y refinerías venían luchando durante cuarenta años por alzas de salarios y otras reivindicaciones inmediatas. A pesar de que los cuadros del Partido Comunista que manejaban los sindicatos nunca aspiraron a llevar a los obreros a un enfrentamiento radical con sus patronos, la conciencia de clase que el partido despertó a través de los años en el proletariado de la Texas y de la United Fruit Company había preparado a los obreros para el día de la revolución total.

Fabio insistía en que no guardaba ningún resentimiento hacia el Partido Comunista, ni a las juventudes del MRL ni al MOEC. Todo lo contrario, muchos de sus compañeros habían militado anteriormente en alguno de estos grupos, o en todos ellos. Pero los movimientos estaban divididos. Lo único que podría salvar a la revolución colombiana del fracaso era un esfuerzo concentrado de tipo político-militar, y a los hombres de San Vicente les había tocado el destino —aquí Fabio se puso en pie— el destino histórico —prosiguió— de constituir el primer pelotón del Frente José Antonio Galán, y de inaugurar con él el Ejército de Liberación Nacional.

Al día siguiente establecieron el campamento en las estribaciones del Cerro de los Andes y comenzaron su entrenamiento riguroso. Fabio había adquirido un par de fusiles y los campesinos aportaron lo que tenían: escopetas y otras armas. El primer deber de cada uno era mantener su arma limpia y siempre a mano. Por lo demás, la dureza misma de esta nueva vida se encargó de enseñarles. Se turnaban de centinelas y de cocineros. Cazaban y hacían marchas forzadas y gimnasia todos los días; se dispuso una hora diaria de alfabetización para los que no sabían leer y, para el grupo entero, lecciones elementales de ciencia política.

Una vez comprendían los conceptos básicos de opresión y cambio social, Fabio los enviaba de dos en dos a los caseríos vecinos con el fin de buscar reclutas para la revolución. Regresaban acompañados de campesinos, a veces adolescentes, otras de hombres maduros, decididos a abandonarlo todo —su casa, su terruño y su familia— para engrosar las filas del Ejército de Liberación. De los diecisiete que lo constituían al principio, el Frente José Antonio Galán gradualmente fue aumentando.

Mientras tanto, un equipo de revolucionarios urbanos se movilizaba en Barranca y en Bucaramanga, la capital del departamento, lo mismo que en

Bogotá. Su tarea principal radicaba en hacer contacto con elementos valiosos que abandonaban la JUCO, el MRL o el MOEC y en encaminarlos hacia el Ejército de Liberación Nacional, el ELN. Los propagandistas más activos del ELN eran los huelguistas que habían encabezado la marcha desde Bucaramanga, con quienes Marroquín y la juventud del Partido Comunista libraban una cerrada batalla ideológica.

Varios militantes clandestinos del ELN se encargaban de la ayuda logística —o sea, el envío de armas, medicinas y dinero al monte. Y de estos jóvenes, algunos eran los misteriosos visitantes que llegaban al despacho de Camilo. Entre ellos, Manuel Vásquez, hermano de Fabio, quien estudiaba derecho y fue coeditor, con Luis Villar, de la Vanguardia del MRL. Camilo sabía que se llamaba Manuel Vásquez. Nada más. Le hubiera gustado saber mucho más. Pero el ELN no se había lanzado públicamente todavía y hasta su aparición, a comienzos del año siguiente, 1965, el panorama político en Colombia era absolutamente gris.

Hacía mucho tiempo que Alfonso López y su Movimiento Revolucionario Liberal habían dejado de sentirse como voz de oposición al gobierno. Ya formaban parte de él. Habiendo obtenido algunos escaños en el Senado y unos cuantos más en la Cámara de Representantes, no les quedaba motivo de queja. Para el pueblo, el MRL constituyó un simple engaño, razón por la cual en las elecciones para "cuerpos colegiados" de 1964 el número de votantes bajó más que nunca, a pesar de la admonición del cardenal a sus fieles de que abstenerse de ir a las urnas constituía pecado mortal.

Las masas, dejando de votar, estaban a la espera de un caudillo. Con miras a las elecciones presidenciales programadas para 1966, dos célebres miembros de las fuerzas armadas empezaron a hacer campaña. De éstos, uno era advenedizo en política, y el otro un veterano.

El primero, el general Alberto Ruiz Novoa, arriesgaba sus tres estrellas a cambio de la posibilidad de dar un golpe contra el gobierno del cual era ministro de Guerra. Ruiz Novoa quería aprovechar el dilema que afrontaba el presidente Valencia —el de reconocer su fracaso o imponer la mano dura. El ministro quiso presentarse como una alternativa, y su posición causó escándalo en Bogotá.

El otro general era Rojas Pinilla, el dictador militar derrocado por Alberto Lleras en 1957. El Frente Nacional de Lleras había decepcionado a tanta gente que algunos soñaban hasta con el retorno de Rojas. Así que el viejo militar creó una Alianza Nacional Popular (la Anapo) y lanzó su campaña.

Los dos generales lograron cierto éxito en las ciudades, donde se sentían más agudamente que en el campo las continuas alzas en el costo de la vida. La moneda se devaluaba a una velocidad nunca igualada durante los veinticinco años anteriores. Los obreros urbanos buscaban desesperados un remedio, mientras los campesinos, más allá de la desesperación, participaban poco en la actividad preelectoral.

En medio de este vacío político, Camilo se sentía obligado a actuar. Lo primero que hizo fue convocar a un grupo de personas de las más diversas tendencias y tratar de unirlos en torno a una causa común. No excluyó a nadie. Invitó a demócratas-cristianos, teóricos del Partido Comunista, intelectuales independientes y científicos no-comprometidos que hubieran manifestado inclinaciones vagamente izquierdistas. Fueron invitados Eduardo Umaña y el sacerdote Guzmán. Por parte del Movimiento Revolucionario Liberal, Luis Villar Borda llegó a la primera reunión en el departamento de Camilo con Alfonso López, jefe del MRL, quien no quería ausentarse de lo que pudiera ser aprovechado electoralmente.

Lo mínimo indispensable, en opinión de Camilo, era la formulación de un programa de acción, "un programa concreto prescindiendo de las diferencias ideológicas religiosas y de política tradicional".

Tan pronto oyó esta declaración de principios, Alfonso López se retiró. Y así muchos. Por tanto, las reuniones subsecuentes estuvieron menos concurridas. Sin embargo, un buen número de personajes siguieron cumpliendo la cita semanal con Camilo, algunos inspirados por una auténtica preocupación social, otros por un sentimiento de solidaridad con su amigo el cura, y otros porque olfateaban alguna novedad fraguándose y no querían ser excluidos.

Sea cual fuera su motivación, cada uno de los participantes se comprometió a elaborar estudios breves, uno sobre la reforma parlamentaria, otro sobre la planificación económica, un tercero sobre relaciones internacionales, y así por el estilo. Se pensó que, tomados en su conjunto, estos ensayos podrían servir de base para la elaboración de una plataforma política, y todos le aseguraban a Camilo que tendrían sus escritos preparados, a más tardar para la segunda semana de enero de 1965.

Algunos se reían de esta idea de Camilo. ¿Qué iba a hacer con esa nueva serie de trabajos hechos por la gente de siempre? Sería mejor, decían sus amigos marxistas de la Nacional, sería mucho mejor tomar contacto directo con el Bloque Guerrillero del Sur. Pero Camilo les recordaba su experiencia cuando presentó su propuesta ante grupos del Partido Comunista. En todo caso Camilo sentía que poco podía aportar al trabajo de los guerrilleros de Marquetalia. Carecían de bases teóricas, lo cual se evidenciaba en su deficiente programa de reforma agraria, pero Camilo sabía que no era un teórico. Ponía cierta esperanza en su convocación de intelectuales. Esperaba, por lo menos, que de sus análisis sobre aspectos de la realidad nacional podría formularse una política clara como base para un movimiento.

Dedicó unos meses a la tarea de estimular a los intelectuales que se mostraban dispuestos a colaborar, y al correr los últimos meses de 1964 les recordaba con insistencia que no quedaba mucho tiempo.

Camilo gastó lo que faltaba del año 1964 en una serie de escaramuzas preliminares.

Participó, primero en un debate sobre “los grupos de presión”. Sus adversarios, un círculo de eminentes ciudadanos, ponderaban con sofismas el *statu quo*, y Camilo con una escueta lógica hizo trizas sus argumentos. El debate fue objeto de amplios comentarios en la prensa, de modo que la victoria de Camilo sobre los defensores del sistema llegó a ser un acontecimiento público.

A los dos días, con la memoria de ese triunfo todavía fresca, Camilo mandó publicar en uno de los diarios un ataque demoledor contra “la decadencia de la clase gobernante”. Abrió con una descarga contra las payasadas del presidente Valencia y sus lacayos, expresada en un desacostumbrado derroche de adjetivos:

“Los fuegos fatuos de su elocuencia tropicalista hacen recordar aquellas cortes decadentes del Renacimiento donde los dirigentes realizaban juegos florales, charadas y pantomimas, mientras el pueblo se debatía en la miseria. Cuando despertaron de este marasmo irresponsable, se encontraron ante el cadalso”.

Luego Camilo prosiguió con otra arma, para él totalmente nueva: el sarcasmo.

“Aunque no es posible exigir a un político que sea un especialista... debe exigírsele que se asesore de un técnico o de un libro — ¡O por lo menos de un diccionario!”.

Pero su artículo no quedó ahí, en los ataques irónicos; elaboró la tesis de que se estaban “gestando, en Colombia, dos subculturas, cada vez más disímiles, independientes y antagónicas”. “Una de estas subculturas, dijo, correspondía al 15% de la población; la otra representaba al 85% restante”. “Entre las dos —afirmaba— se está cerrando toda comunicación posible”.

Mostraba que para el primer grupo una determinada palabra tenía un significado, y para el segundo otro distinto. Revolución, por ejemplo, significaba “subversión inmoral” para el 15%, y para el 85% esa misma palabra quería decir “cambio constructivo”. Por el vocablo *partido político*, el 15% entendía “una organización democrática”, pero el 85% entendía “un grupo de oligarcas”. Y así por el estilo. *Pacificación* significaba para un grupo “la represión de los delincuentes”, y para el otro, “el asesinato de guerrilleros patrióticos”.

La crisis de comunicación entre los dos grupos había llegado a tal extremo, opinaba Camilo, que ya no había más de qué hablar. “La clase popular colombiana ha ido renunciando al len guaje y ya no entiende sino el de los hechos”. La frase tenía un tono amenazador.

Lo llamaron de nuevo a la Curia, donde el obispo auxiliar le reiteró la amonestación de que moderara su proceder. El cardenal se había enfurecido tanto con el artículo sobre las dos culturas, que tal vez atendía a los obispos godos y destituía a Camilo de la junta de reforma agraria. Éste respondió que sería lamentable que el cardenal renunciara a la independencia tan característica de su política hasta entonces, y propuso que se postergara la decisión para después de su viaje a Lovaina. “preguntó el obispo, levantando

una ceja. Camilo explicó que todavía guardaba la esperanza de sacar su doctorado. Pero la ceja del obispo se mantuvo en alto. "Camilo (pensaba) está tratando de ganar tiempo".

De hecho, Camilo volvió a Lovaina en septiembre, pero no para preparar su tesis de grado sino con el fin de presentar una ponencia a un congreso internacional de teología pastoral llamado *Pro Mundi Vita*. Por lo general no gustaba de los congresos católicos mundiales, pero aceptó esta invitación como una oportunidad de hacer sus planteamientos ante un público amplio y sondear la opinión de la "Iglesia de avanzada". Dos años habían transcurrido desde la frustrante mesa redonda en la Argentina, y en el ínterin el Concilio Vaticano se había encargado de sacudir la Iglesia y quitarle algunas telarañas. En el encuentro de Lovaina posiblemente conseguiría el apoyo que iba a hacerle falta. La acción política que pensaba emprender —aunque ignoraba todavía su forma— lo llevaría ciertamente mucho más allá de los terrenos explorados por la Iglesia en Colombia. Si algunos teólogos de buena reputación internacional lo secundaban, su actuación se vería quizás un poco más ortodoxa.

En su escrito, traducido al francés por Guitemie, elaboró un largo y bien razonado argumento para mostrar que la caridad cristiana, si quería ser eficaz y no un asunto meramente verbal, tenía que ocuparse de la planificación económica, la cual, en los países subdesarrollados, suponía un cambio total en las estructuras del poder. "Las estructuras no cambiarán sin una presión de las mayorías, presión que será pacífica o violenta de acuerdo con la actitud que asuma la clase dirigente minoritaria". Después de subrayar el hecho de que los marxistas estaban en la vanguardia de la lucha por el cambio, Camilo llegó a su conclusión: la necesidad de colaborar con ellos.

No había nada que temer, dijo, "ya que la mayor autoridad aceptada por la sociedad que necesita un cambio de estructuras es la del compromiso revolucionario que, para el cristiano, debe ser el compromiso con la caridad. Esta autoridad permitirá exigir concesiones a los marxistas, en el caso de que ellos tengan alguna cuota de poder".

Pero no ganó simpatías, ni siquiera con esta alusión ligeramente oportunista como colofón de su ensayo. Los sabios de la Iglesia Católica no estaban dispuestos a acoger sus ideas. Al contrario, les parecían totalmente descabelladas. Los congresistas habían aplaudido el discurso de un obispo americano irlandés de Panamá que hablaba del peligro de una "infiltración marxista" en su diócesis y de sus esfuerzos por combatirla con la ayuda de "laicos escogidos de entre las clases menos ignorantes". Expresaron sentimientos de solidaridad con un arzobispo del Punjab quien lamentaba que "en la India apenas el dos por ciento de la población está dentro del redil de la Iglesia". Y Camilo, despreocupado por meter más gente dentro del redil, y abogando por la revolución y la colaboración con los marxistas, había tocado una nota disonante. Sus colegas respondieron con un silencio cortés pero helado, y alguno, inclusive, se burlaba del acento un tanto cómico con que Camilo se expresaba en francés.

Una vez terminado el congreso, Camilo no permaneció en Lovaina; los lugares predilectos de su época estudiantil ya no le llamaban la atención. A los diez días regresó a Bogotá involucrándose de nuevo en mil peleas, siendo las más emocionantes las que libró contra el líder político liberal, Carlos Lleras Restrepo, candidato a la presidencia.

Los promotores de la candidatura liberal habían decretado que se cobrara un impuesto a todos los empleados del Instituto de Reforma Agraria para el financiamiento de la campaña de Lleras, al tiempo que Nannetti, director de la ESAP y también político liberal, hacía circular una lista de sus funcionarios con la sugerencia de que cada uno sacrificara el 10% de su sueldo para promover al candidato del partido. La circular indicaba que sólo tenían que firmar.

Camilo se indignó. Reunió a aquellos empleados de la ESAP que estaban bajo su jurisdicción y ordenó que no firmara nadie. Luego salió en busca de Nannetti y se enfrentó con él, furibundo, con la lista mimeografiada.

“Si esta contribución fuera destinada a un partido de oposición, ciertamente se sancionaría al contribuyente. Usted mismo diría que un empleado público tiene que ser apolítico”.

Desde luego que Nannetti fue obligado a retractarse, lo mismo que los liberales del Instituto de Reforma Agraria cuando Camilo les dio la cara en una reunión de la junta. Pero Carlos Lleras y su gente ardieron en cólera.

Al mes, poco más o menos, Lleras fue invitado por el rector de la Universidad Nacional a dictar una conferencia al estudiantado. Ningún político fue jamás tan mal recibido. Los estudiantes lo rechiflaron, le tiraron huevos podridos a la cabeza y lo amenazaron a tal extremo que Lleras tuvo que esconderse en el despacho del rector en compañía de Esmeralda Arboleda, una robusta colega suya de las filas liberales. Desde el otro lado de una puerta cerrada, Esmeralda gritaba a los estudiantes que sacarían a Carlos Lleras por encima de su cadáver, posibilidad que, dadas las condiciones físicas de la dama, hizo a los muchachos pensar la cosa dos veces, dando tiempo suficiente para que la guardia personal del palacio de gobierno llegara a rescatar al atemorizado candidato presidencial.

Un periódico consignaba al día siguiente una apología de los estudiantes escrita por Camilo. No se trataba, ni mucho menos, de una defensa del gamberrismo, sino de un análisis de las causas de la manifestación estudiantil y una recomendación a la oligarquía para que meditara seriamente sobre los acontecimientos.

“El doctor Carlos Lleras —escribió Camilo— es una persona inteligente, instruida y, por decir lo menos, civilizada... También debemos dar por seguro que al universitario no le gusta oler formol, ni le gusta echar huevos a sus semejantes, ni gastar su tiempo libre en exponer su seguridad personal a la furia de las bayonetas”.

Camilo mostró que el conflicto no era producto de un capricho de los estudiantes sino de un abismo profundo y permanente que separaba a las masas de las familias dirigentes. Los estudiantes, por gozar de un estatus

privilegiado dentro de una sociedad analfabeta, se sentían llamados a ser la expresión de los que no tienen voz y, cuando el estudiante se enfrenta con un representante de la oligarquía, el conflicto se produce inevitablemente.

Camilo afirmó que la oligarquía estaba cosechando los frutos de su acción en tiempos pasados; se refería a cómo los estudiantes fueron llevados a defender sus intereses políticos en 1957: "Los universitarios no entienden por qué se les aprueba cuando gritan y arrojan piedras contra Rojas Pinilla, y por qué se les censura cuando lanzan huevos contra Carlos Lleras. El grupo dirigente no entiende por qué los universitarios se mezclan en política; éstos no comprenden por qué los directivos apolíticos de la universidad aceptan una conferencia política en los predios de ésta".

El incidente resaltaba una vez más la crisis de comunicación que existía entre las masas y la clase minoritaria que gobernaba. En opinión de Camilo, la curación de esta herida abierta era de suma importancia, ya que de la actitud adoptada por la oligarquía "dependerá la violencia o el acuerdo en que culminarán los próximos conflictos sociales en Colombia".

Dicho esto, Camilo no volvió a tomar la palabra públicamente en 1964. Eran finales de noviembre; sus alumnos terminaron los exámenes y la ESAP cerró sus puertas hasta el semestre siguiente. Gitemie salió para Francia a visitar a su familia, y Camilo tomó sus vacaciones. Hubo un tiempo de calma antes de la tempestad.

Fabio Vásquez y sus compañeros no se tomaban vacaciones. Después de seis meses de arduo entrenamiento, el Frente José Antonio Galán se alistaba para la primera acción militar.

Alguno propuso dar el golpe en el propio territorio de Galán, cerca del pueblo del Socorro. Pero otros argumentaban que la guerrilla no debería cruzar la Cordillera de los Cobardes ni operar en un sitio tan alejado de su base. Tanto mejor, pensaba Fabio, ya que la operación serviría para despistar a las autoridades militares y permitiría que los guerrilleros se reunieran después del combate en su campamento original.

Durante varios días Fabio y su estado mayor, que incluía a un estudiante universitario, Víctor Medina Morón, y varios campesinos, estudiaban un mapa de la región. Uno de los miembros del estado mayor, Afanador, flaco, feo, ciego de un ojo, oriundo de Simacota, inclinado sobre el mapa, señaló su pueblo natal con el dedo y dijo: "ese es el sitio preciso".

Simacota era una aldea somnolienta a unos quince kilómetros del Socorro. Tenía una sucursal de la Caja de Crédito Agrario en la que se solía mantener buena cantidad de dinero en efectivo, y una farmacia surtida de medicina que a los guerrilleros les hacía falta. Afanador les aseguraba que reducir a los cuatro policías del pueblo no sería una tarea difícil y que, en cuanto a sus armas, los policías poseían fusiles y revólveres que serían una buena adquisición para la guerrilla. Existía otra ventaja también: Afanador sabía de un trecho poco transitado que trepaba por el espinazo de la cordillera y descendía al pueblo de Simacota.

Quedó decidido. A mediados de diciembre los guerrilleros alistaron las mochilas, alzaron los fusiles, carabinas y escopetas, y salieron en fila india tras el "Tuerto" Afanador por el sendero que atravesaba la montaña. Eran veintiséis hombres, más una campesina jovencita de cabello rubio que se llamaba Mariela. Cada uno llevaba su brazalete rojo con las iniciales blancas del ELN, y se sentía valiente y nervioso al marchar hacia su primer combate. Fabio había dado la orden: en homenaje a Antonio Larrotta y su movimiento revolucionario, los guerrilleros proyectaban el asalto a Simacota para el 7 de enero.

Durante quince noches subieron por las sierras, caminando por el lodo, vadeando arroyos, deteniéndose, inmóviles ante el lejano ladrar de un perro. De día se escondían a descansar a la sombra de los árboles. Finalmente, en una de las primeras noches del año nuevo, acamparon al lado de una casa campesina y, al amanecer, divisaron allá abajo los tejados de Simacota.

El martes 6 de enero lo pasaron haciendo los preparativos de última hora. Por la tarde, Afanador fue enviado con otro compañero a reconocer el terreno. A las dos horas regresaron con sus informes: ninguna novedad en el poblado, todo estaba tranquilo. Afanador hizo un croquis del pueblo, señalando la ubicación del puesto de policía, la Caja Agraria, la distribuidora de cerveza, la farmacia, la central de teléfonos y el hotel. Cada uno memorizaba sus instrucciones, repitiéndolas una y otra vez, y en el silencio de la noche, después de guindar hamacas, nadie pudo dormir; todo el mundo se mantuvo despierto recordando lo que le correspondía hacer al día siguiente hasta que, por fin, vieron la primera luz del alba.

A las ocho de la mañana, cuatro guerrilleros, vestidos de civil sin ninguna insignia del ELN, aparecieron en la puerta de la Comisaría de Simacota, sacaron sus revólveres y dispararon contra el sargento y los dos agentes que se encontraban allí. Los tres policías cayeron muertos al instante, y los guerrilleros les despojaron de sus armas y empezaron a buscar al cuarto. Fabio y los demás irrumpieron en la calle principal disparando al aire. Los habitantes del pueblo quedaron pasmados.

— ¡No corran! —gritaba Fabio— ¡No vamos a hacer daño a nadie! Somos el Ejército de Liberación Nacional.

El alcalde estaba desayunando en el hotel cuando se encontró frente al cañón de una pistola con órdenes de llamar al cajero del banco agrario y mandarle abrir la caja fuerte; la operadora de teléfonos llamaba frenéticamente al cuartel del Socorro cuando sorpresivamente le cortaron los cables; al señor Villarreal, rico comerciante del pueblo, lo sacaron a la calle y saquearon su casa, y el vendedor de la farmacia observaba, atónito, mientras un par de guerrilleros llenaban un costal de frascos y pastillas.

Un grupo de guerrilleros pasó rápidamente de puerta en puerta, repartiendo hojas volantes e instando a la gente a reunirse en la plaza. Insistían en que no era una orden sino una invitación. Pero los moradores, mirando sus fusiles con recelo, lo tomaban como una orden.

A la media hora, una tensa calma y un gran silencio reinaban en Simacota. Parecía que nadie estuviera ausente de la plaza cuando Víctor Medina tomó la palabra.

Para la tarea de dirigirse al pueblo Víctor fue un acierto; era un hombre de relaciones públicas. A los simacoteños les explicó que no tenían nada que temer del Ejército de Liberación. Todo lo contrario. Los guerrilleros constituían una garantía para ellos contra la opresión.

Lamentaba que las reglas de la guerra los obligaran a matar policías, pero explicó que los uniformados encarnaban, de hecho, a los defensores de un sistema que explotaba al pueblo. En la guerra popular, dijo, muchos hijos del pueblo caerán, tanto soldados como agentes de la policía, hasta que las masas oprimidas se unan contra sus enemigos comunes —la oligarquía y los imperialistas.

Poco a poco, la simpatía del estudiante ganó la confianza de sus oyentes, y algunos intervinieron para preguntarle qué quería decir “oligarquía” e “imperialistas”. Víctor, a modo de contestación, leyó el manifiesto que habían repartido antes. Mientras tanto, los otros guerrilleros se mezclaban con la gente, charlando con las mujeres y los niños, fumando un cigarrillo con los hombres, disipando la atmósfera de pánico.

Pero a media mañana el pánico golpeó de nuevo. La gente, fijándose en Víctor, vio que de súbito éste dejó de hablar y miraba aterrado por encima de sus cabezas.

— ¡El ejército! —gritó, agarrando el fusil—. ¡Llegó el ejército!

Todo el mundo se volteó para seguir su mirada. En una loma arriba del pueblo divisaron una columna de soldados sobre la carretera que venía del Socorro.

— ¡Cayetano! —gritaba Víctor, dando en clave la orden de repliegue—. ¡Cayetano!

Los guerrilleros corrieron como locos para alcanzar el abrigo de la selva. La tropa les disparó. Los guerrilleros devolvieron el fuego. Tumbaron a dos soldados. Otra ráfaga y cayó un guerrillero. Era Parmenio. Nadie pudo salvarlo. Su cadáver quedó tendido en la calle empedrada mientras sus compañeros escapaban de las balas.

Los soldados no les dieron caza. Se quedaron, desmoralizados, recogiendo a sus muertos. Los del pueblo permanecían paralizados todavía en la plaza, conversando a media voz o leyendo la hoja de papel que recibieron de los guerrilleros. Y el cuarto policía se asomó por debajo de una cama donde se había refugiado atemorizado durante dos horas y preguntó si ya se podía salir.

En los días siguientes los periódicos informaron sobre la toma de Simacota. Los veintisiete guerrilleros se convirtieron en doscientos, según los relatos de la prensa. Los periodistas destacaban la figura de la muchacha guerrillera que prestaba al episodio un tinte más romántico. Contaban como Mariela se había encontrado frente al sargento en la puerta de la iglesia y cómo lo dejó acribillado a balazos. Conforme a estas crónicas, la operación

armada había sido un éxito formidable. Los guerrilleros se retiraron jubilosos con su botín, llevando a varios reclutas de entre los simacoteños. Se suponía que cantaban el himno internacional.

Los editorialistas, al darse cuenta de la propaganda que le estaban haciendo a la guerrilla, trataron de amortiguarla con artículos que exigían una represión implacable contra "este puñado de bandoleros". A pesar de las exageraciones y las contradicciones de la prensa, resultó evidente a todas luces que una fuerza guerrillera de nuevo tipo había surgido en el panorama colombiano.

La burguesía se puso pálida. Comerciantes adinerados y hacendados de la región del Socorro se mudaron con sus familias a vivir en la ciudad. Los militantes de la izquierda, en cambio, estaban felices, y Camilo, que había esperado hasta entonces ansiosamente alguna señal de vitalidad revolucionaria, no ocultó su alegría.

Leyó el manifiesto publicado en los periódicos, y lo volvió a leer varias veces. No se trataba de un escrito de intelectual salón, sino de un grito de guerra. A Camilo le sonaba muy bien.

MANIFIESTO DE SIMACOTA

La violencia reaccionaria desatada por los diversos gobiernos oligarcas y continuada por el corrompido régimen Valencia-Ruiz Novoa-Lleras, ha sido un arma poderosa para sofocar el movimiento campesino revolucionario, ha sido una poderosa arma de dominación en los últimos quince años.

La educación se encuentra en manos de negociantes que se enriquecen con la ignorancia en que mantienen a nuestros pueblos.

La tierra es explotada por campesinos que no tienen dónde caerse muertos y que acaban sus energías y las de su familia en beneficio de los oligarcas que viven en las ciudades como reyes.

Los obreros trabajan por jornales de hambre, sometidos a la miseria y humillaciones de las grandes empresas extranjeras y nacionales.

Los intelectuales y profesionales jóvenes demócratas se ven cercados y están en el dilema de entregarse a la clase dominante o perecer.

Los pequeños y medianos productores, tanto del campo como de la ciudad, ven arruinadas sus economías ante la cruel competencia y acaparamiento de los créditos por parte del capital extranjero y de sus secuaces vendepatrias.

Las riquezas de todo el pueblo colombiano son saqueadas por los imperialistas norteamericanos.

Pero nuestro pueblo, que ha sentido sobre sus espaldas el látigo de la explotación, de la miseria, de la violencia reaccionaria, se levanta y está en pie de lucha. La lucha revolucionaria es el único camino de

todo el pueblo para derrocar el actual gobierno de engaño y de violencia.

Nosotros que agrupamos el Ejército de Liberación Nacional nos encontramos en la lucha por la liberación nacional de Colombia.

El pueblo liberal y el pueblo conservador harán frente juntos para derrocar la oligarquía de ambos partidos.

VIVA LA UNIDAD DE LOS CAMPESINOS, OBREROS, ESTUDIANTES, PROFESIONALES Y GENTES HONRADAS QUE DESEAN HACER DE COLOMBIA UNA PATRIA PARA LOS COLOMBIANOS HONESTOS.

LIBERACIÓN O MUERTE
EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL

Frente José Antonio Galán

Carlos Villarreal

Andrés Sierra

Mientras Camilo escudriñaba las dos firmas al pie del documento —los seudónimos de Fabio Vásquez y Víctor Medina— le entraban ganas de conocerlos.

Escribió a Guitemie, contándole la noticia del ELN y del asalto a Simacota. Años después, Guitemie recordaría una frase de su carta:

“Lo que ha nacido, me parece a mí, es la futura liberación de Colombia. Con gente como ésta, se podría trabajar”.

Capítulo 9

La sotana o la revolución

En un intento de tomar contacto con el ELN, Camilo hizo varios tanteos. Habló de Simacota con una docena de amigos del MOEC y con antiguos miembros de las juventudes del MRL, pero éstos, aunque compartían su simpatía por la toma del pueblo, no demostraban ninguna señal de complicidad con los guerrilleros. Algunos, sin embargo, especialmente el propio Manuel Vásquez, notando su entusiasmo, se comunicaron con Fabio y su estado mayor, quienes les ordenaron mantenerse en estrecho contacto con Camilo. Si su interés era genuino, les podría ser útil.

No obstante, habría que tratarlo con suma cautela. A pesar de que hubiera colaborado con los guerrilleros ya varias veces —y sin preguntar, siquiera, de qué se trataba— Fabio no dejó por eso de ser desconfiado. La organización estaba todavía en pañales y su supervivencia dependía de la más estricta observancia de las reglas de seguridad. Sería una locura confiar en el cura Torres ya que, por más que se profesara revolucionario, no era sino un

clérigo aristocrático que ocupaba altos puestos como funcionario del gobierno. Una palabra traicionera —aun una palabra in discreta— de una persona tan prestante podría conducir a la destrucción de todo el movimiento. “Hay que comprometerlo más” fue la lacónica instrucción que envió Fabio al hombre responsable de la red urbana en Bogotá.

Durante los días siguientes el comandante del Ejército de Liberación no tuvo tiempo para pensar en Camilo. Los guerrilleros estaban evadiendo duros golpes del enemigo. Después de la acción de Simacota, el ejército regular desató contra ellos una desenfrenada persecución. Las patrullas salían del cuartel general de la Quinta Brigada en Bucaramanga, recorrían el cerro de los Andes y penetraban en la selva alrededor de San Vicente. Arrestaron a campesinos sospechosos y, torturándolos, lograron sacar confesiones de algunas de sus atemorizadas víctimas.

El estado mayor del ELN, al caer en la cuenta que la guerrilla estaba cercada, convocó a una reunión extraordinaria al calor de la fogata del campamento y planteó la necesidad de una nueva acción militar para distraer la atención del ejército y, al mismo tiempo, hacer sentir la presencia definitiva del ELN en el panorama nacional. Esa misma noche enviaron un estafeta a Barranca con órdenes para los efectivos de la red guerrillera en esa ciudad petrolera: que llevaran a cabo cuanto antes un asalto señuelo en la región más remota del departamento de Santander. A renglón seguido se realizó una reunión de medianoche en Barranca, y los elenos escogieron el lugar de la operación: Papayal, pueblo chiquito a doscientos kilómetros de Simacota.

Casi perdido en las cálidas tierras a orillas del Magdalena, Papayal no era más que un racimo de chocitas sumergido en una selva de bananos y matas de cacao. La carretera que corría de Barranca hacia el norte pasaba cerca del pueblo que, por esa razón, mantenía un pequeño puesto de policía prestando servicio a la comarca. Los militantes del ELN en Barranca, saboreando las posibilidades de aquella comisaría llena de armas y municiones, enviaron un hombre a hacer reconocimiento. Y a los pocos días, cinco guerrilleros lo siguieron por la carretera del norte. A fines de enero, acampados en los alrededores de Papayal, brillaban sus fusiles, alistándose para el asalto.

Mientras tanto, el país pasaba por otra de sus muchas crisis y el gobierno parecía a punto de desmoronarse bajo la presión de un pueblo hostil.

El precio del café bajaba aquel año en el mercado mundial y el presidente Valencia, acatando las instrucciones del Fondo Internacional Monetario, devaluaba el peso por segunda vez, causando grandes alzas en el costo de la vida. El ministro de Guerra, Ruiz Novoa, dirigía una campaña abierta contra el presidente, mientras que éste seguía con su campaña contra los campesinos: fue al ministro de Guerra, precisamente, a quien el presidente dio órdenes de atacar a aquellas Repúblicas Independientes que todavía sobrevivían. El pueblo no aguantaba más y a comienzos de 1965, cuando el gobierno decretó nuevos impuestos sobre la venta de artículos de primera necesidad, los obreros presionaron a sus líderes sindicales para que éstos declararan una huelga general de protesta.

A los líderes no les gustaba nada, pues las dos grandes centrales obreras —la UTC, de origen jesuita, y la CTC, una organización de tipo liberal— estaban manejadas por una pandilla de burócratas que andaban de la mano con los empresarios. Pero en esta ocasión, los jefes de los sindicatos se sintieron obligados a hacerles caso a los obreros. Decretaron un paro nacional que se iniciaría el lunes 25 de enero.

Durante la semana anterior a esa fecha, todos los partidos y grupos de la oposición buscaban la manera de sacarle provecho político a este movimiento espontáneo de masas, y Camilo, en su afán de unificar a las fuerzas de izquierda, jamás había estado tan activo. Ayudaba en la organización de los “Comités de Salvación Pública” para garantizar la supervivencia de los huelguistas, y corría, de encuentros sindicales a reuniones de partido, tratando de persuadir a los líderes para que dejaran de lado las disputas personales a favor de la unidad de acción. Las masas parecían dispuestas a jugarse el todo por el todo. Sin embargo, para desilusión de Camilo, pocos se interesaban por llevar a los obreros a un enfrentamiento con el régimen. Todo lo contrario. Los jefes sindicales acudieron al Ministerio de Trabajo para negociar un arreglo a puerta cerrada con los representantes de la gran industria.

A última hora, la noche del sábado 23 de enero, los dirigentes de la UTC salieron de una larga entrevista con el ministro y cancelaron la huelga. Prometieron, en lugar de una protesta beligerante, una comisión especial, “El gobierno constituirá de inmediato comisiones de estudio, con participación equilibrada de los sectores del trabajo y empresarial, para que dentro de los próximos treinta días le presente recomendaciones sobre proyectos de ley tendientes a resolver las dificultades sociales, económicas y fiscales que afronta el país...”.

El resultado fue fácil de prever: después de un mes de debates, el ministro de Hacienda anunciaría un nuevo “ponqué tributario”, cambiando el nombre “impuestos a ventas” por “impuestos al consumo secundario”, frase menos ofensiva. El comentario de Camilo sintetizó el descontento general: “Nos sentimos profundamente engañados cuando se cancela el movimiento popular como el paro del 25 de enero para enterrarlo con entierro de pobre, para hacer que resolviera en una comisión de alto nivel para plantear soluciones. Como siempre en Colombia creemos que la solución está en nombrar comisiones para que estudien las soluciones, para tratar de aplazar la solución a los problemas (porque las soluciones ya se conocen) para pasarle la responsabilidad a unas personas que participan del poder y que ya habían podido, desde antes, poner las soluciones. Personas que habían intervenido, inclusive en la aprobación del impuesto a las ventas, entraban en la gran comisión para hacer el “ponqué tributario” —ponqué para las oligarquías, pero tributo para la clase popular. Ellos organizaron quién contribuiría a hacer el ponqué, pero la clase popular sabe quién se lo va a comer”.

Acertada la diagnosis de Camilo. Como de costumbre, las oligarquías se aprovecharon bien de la situación. Para apaciguar la creciente furia de las masas, presionaban al presidente Valencia, quien sustituyó sus epítetos

arrogantes contra la UTC por unas prosaicas negociaciones entre su ministro y los líderes sindicales. Los mismos poderes invisibles detrás del trono obligaron al general Ruiz Novoa a renunciar al Ministerio de Guerra y a su propio uniforme. De un proyectado dictador- militar se convirtió, de la noche a la mañana, en una anécdota de casino. La oligarquía salió sin estragos de una pequeña tempestad política.

No fue la primera vez, ni sería la última. A lo largo de muchos lustros en el poder, la oligarquía colombiana no conocía sino un solo peligro mortal: la insurrección armada del campesinado. Las medidas más drásticas y represivas fueron empleadas contra los levantamientos campesinos. En 1965, con Marquetalia en cenizas, la oligarquía volcó la fuerza de sus cañones y sus gases venenosos contra otra república independiente, El Pato. De la zona de El Pato, un centenar de familias huyeron atemorizadas, caminando setenta días hasta alcanzar el abrigo de la selva. Entre mujeres, niños y ancianos, unas noventa y seis personas se quedaron en el camino. Murieron de hambre.

Al tiempo que el ejército de la oligarquía perpetuaba estas masacres en el sur e intentaba erradicar el nuevo grupo guerrillero de Santander, el Ejército de Liberación Nacional golpeó de nuevo, súbitamente, el 5 de febrero en Papayal.

El 5 de febrero cayó en viernes. Por la tarde, dos agentes de la policía dormitaban recostados a la sombra de un banano frente a la comisaría de Papayal. Los guerrilleros, escondidos entre matas, apuntaron deliberadamente. Los abatieron con la primera ráfaga. El asistente del inspector salió a ver qué pasaba. Con la segunda ráfaga lo acribillaron. Otro agente, viendo desde lejos que los asaltantes saqueaban la comisaría y requisaban a los caídos, corrió audazmente en su defensa disparando su arma. Los guerrilleros respondieron al fuego, dejándolo muerto en la carretera. Luego se retiraron a la selva.

Todo sucedió en cuestión de segundos. Cuando salieron los aldeanos, el sitio todavía olía a pólvora. La gente inspeccionaba a los muertos y recogía hojas de propaganda del ELN diseminadas por el suelo.

La acción de Papayal fue un triunfo indiscutible para los miembros del Ejército de Liberación Nacional. Les proporcionó una cierta cantidad de armas de distintas clases, logró dispersar los efectivos del enemigo concentrados en la región de San Vicente, y confirmó, para la opinión pública, la fuerza que el ELN había establecido con su espectacular asalto al pueblo de Simacota.

Más que nunca Camilo sentía ganas de conversar con los guerrilleros. Por su parte los militantes del ELN en Bogotá, que lo mantenían bajo vigilancia, quedaban cada vez más satisfechos. El joven sacerdote-sociólogo de la ESAP había empezado a definir su posición política. En febrero, por ejemplo, poco después de Papayal, promulgó una plataforma política mucho más radical de lo que el ELN jamás hubiera esperado.

Cansado de esperar a sus amigos intelectuales y los estudios prometidos para enero que no aparecían nunca, Camilo decidió empezar "por la otra punta". Esbozó un programa que definía las principales propuestas que, a su

parecer, cualquier grupo de izquierda debería incluir en su plataforma. La llamó "Una Plataforma para un Movimiento de Unidad Popular". Un domingo por la tarde, Guitemíe lo sacó a máquina, y Camilo la presentó a sus colegas durante un informal "almuerzo político". No la propuso como la última palabra. La consideraba un mero borrador, trampolín para la discusión, una especie de documento aceptable a todos los grupos y partidos de tendencia socialista. Ni siquiera la amarga experiencia del paro saboteado en enero pudo quitar a Camilo su sueño de agrupar a la izquierda en un bloque único y armonioso.

Pero la plataforma no resultó una bandera de unidad sino una manzana de discordia. Todo el mundo peleaba por modificarla. Los demócratas-cristianos la consideraban demasiado extremista, y los comunistas querían dejar lugar a la llamada "burguesía nacionalista", sector potencialmente radical según el concepto del partido. En realidad, los miembros del Partido Comunista encontraban la plataforma demasiado parecida a los programas de Fidel Castro. Para los procubanos, en cambio, se trataba de un documento demasiado flojo. Los miembros del ELN intervinieron para darle un sabor más antiimperialista. Lo hicieron con discreción, pues Camilo todavía no distinguía, entre los jóvenes a su alrededor, quiénes militaban con el ELN. Pero en efecto, de todas las opiniones expresadas, las suyas le parecían las más convincentes. Por tanto, empezó a podar y pulir su plataforma de acuerdo con el criterio "elenista".

Allí donde su plataforma original hablaba de los intereses económicos de los oligarcas, ellos le hicieron agregar "y los de los inversionistas extranjeros a los cuales están ligados". Cuando anteriormente Camilo se refería al subdesarrollo socioeconómico, ellos le ayudaron a comprender que la expresión era inadecuada y que debería completarse con una frase sobre la "dependencia nacional". En resumidas cuentas, llevaron a Camilo a agudizar el lenguaje de la plataforma hasta volverla una declaración más precisa y muchísimo más beligerante.

"El objetivo final es la estructuración de un aparato político pluralista capaz de tomar el poder. Esta plataforma será repartida y explicada para obtener una adhesión individual y social durante los meses de marzo, abril y mayo de 1965 por los militantes de los movimientos que estén de acuerdo con ella. Los que apoyan esta plataforma se agruparán bajo el nombre de Frente Unido de Movimientos Populares que indicará la unidad en la acción, respetando la ideología y los programas específicos de cada grupo y partido".

Fue la primera vez que Camilo habló del Frente Unido. Lo concibió como "un movimiento de base para arriba" cuyo núcleo sería el "comité de acción en cada municipio, vereda y barrio". "Los delegados elegidos en las reuniones departamentales, intendenciales y comisariales se reunirán en Bogotá el 20 de julio de 1965 para plantear los objetivos próximos del Frente Unido y su posición ante las elecciones presidenciales".

Esta fue la primera salida expresamente política de Camilo y, a juzgar por los términos de la plataforma, representaba una posición claramente revolucionaria. Los miembros del ELN lo observaban callados, esperando su próximo paso.

Camilo lo dio el 12 de marzo, en un momento inesperado. Fue invitado por el Comité de Juventudes Conservadoras a dictar una conferencia en Medellín, y a nadie se le ocurría que fuera la ocasión más indicada para lanzar el Frente Unido revolucionario. Sin embargo, después de la conferencia los jóvenes del Comando Conservador le ofrecieron una comida de homenaje a la que invitaron a "todos los grupos estudiantiles y sindicales de Antioquia". Ya por entonces Camilo se perfilaba en el panorama nacional como una especie de nuevo ídolo para la juventud, así que una gama muy amplia de izquierdistas acudieron a la Fonda Antioqueña, restaurante popular, a oír su discurso. "No se puede perder una ocasión como esta", pensó Camilo. Sacando la plataforma de su bolsillo, la leyó. Calculaba que a la gente le iba a gustar, pero no contaba con una recepción apoteósica. Los aplausos casi alzaron el techo de la Fonda. Regresó a su oficina en Bogotá con una sonrisa pícaro y una arrugada hoja de papel que contenía los apuntes para su discurso en Medellín.

"La plataforma causó sensación", le contó a Guitemie. Luego, con presentimientos de escándalo, agregó: "¡A lo mejor la cagué! "

Vulgar, pero cierto. El estallido sacudió a la ESAP. Esa misma semana, durante una reunión de la junta directiva de la escuela, el representante conservador se levantó, furibundo, a relatar lo sucedido en Medellín y a pedir la renuncia inmediata de Camilo por su "participación activa en materia política".

Al doctor Nannetti, director de la ESAP, esta noticia no lo tomó de sorpresa. Durante las vacaciones del Año Nuevo, Nannetti había requisado la oficina de Camilo, forzando el candado de su escritorio, y confiscado varios documentos. Un mes más tarde, el mismo Nannetti interrumpió un curso que Camilo dictaba sobre Recreación Dirigida, obligándolo a destruir murales pintados por los alumnos, que hacían alusión a la crisis socioeconómica del país y a las personas responsables. Nannetti les encontraba un "significado político" que no era aceptable en la ESAP. De allí en adelante ordenó que Camilo le sometiera de antemano una copia de todas sus conferencias. Estaba feliz de poder enfrentar a su recalcitrante decano con acusaciones de activismo político. Recordaba el incidente de noviembre, cuando Camilo le había acusado a él de lo mismo. " ¿Ves Camilo? Es un arma de doble filo", dijo, con mal disimulada ironía.

Esta vez fue a Camilo a quien le tocó retractarse. Tuvo que presentar un informe sobre su intervención en Medellín, mas una especie de garantía de buena conducta —cosa bien mortificante.

"Reconozco que el hecho de que la plataforma no solamente contemple puntos teóricos sino puntos de acción, hace que adquiera un carácter político incompatible con las funciones de un profesor universitario que, a la vez, puede ser considerado como funcionario público. Por lo tanto, creo mi deber comprometerme a no continuar en la divulgación de programas de acción política".

A pesar de ser un jarabe amargo, Camilo se lo tragó. Todavía no había llegado la hora de despedirse de la ESAP.

Mientras aguardaba esa hora tuvo que tragar otro jarabe, para él más amargo todavía, suministrado por la Curia diocesana. No obstante sus muchas actividades de tipo seglar, Camilo se consideraba, por encima de todo, un hijo de la Iglesia. Estaba convencido de poder contar, en cualquier crisis, con el apoyo de sus superiores eclesiásticos. Pero en marzo, cuando hizo una visita al obispo auxiliar para desahogarse sobre lo de Nannetti y los disgustos en la ESAP, no encontró comprensión ni interés. El obispo se limitó a comunicarle el deseo del cardenal: que renunciara a la Escuela de Administración Pública, aceptando el puesto que ya se le había ofrecido en la Curia como miembro de una comisión de sociología religiosa. Camilo le explicó, tal como lo había hecho unas semanas antes, que necesitaba más tiempo para deliberar una decisión tan importante, y que pronto daría su respuesta. Luego volvió sobre el asunto de la creciente animosidad que sentía en la ESAP. Quería saber la opinión personal del obispo y, sobre todo, su punto de vista acerca de la plataforma.

— ¿Plataforma? —preguntó el obispo, levantando de nuevo las cejas y haciéndose el tonto—. ¿Plataforma?... ¿Cuál plataforma?

Camilo, asombrado, no encontró palabras para contestar. Pocos días antes había visto una copia de la plataforma, impresa por la propia Curia para el estudio del censor diocesano. Le parecía increíble que el obispo, su amigo, fingiera ignorancia. Despidióse y salió del palacio, desconcertado pero menos inocente.

Esa misma noche, de muy mal genio, redactó una carta al cardenal renunciando al sacerdocio y pidiendo la "reducción" al laicado. "Cuando opté por el estado clerical lo hice principalmente pensando que en esa forma serviría mejor a la Iglesia y a los colombianos. Después de más de diez años de ministerio sacerdotal, me doy cuenta de que, en las circunstancias históricas particulares de la Iglesia, de Colombia y mías propias, puedo lograr esos objetivos más eficazmente como laico".

En el calor del momento agregó varios párrafos, y terminó la carta "filialmente". Pero vacilaba en mandarla. Al otro día, un amigo le aconsejó que lo pensara dos veces. En realidad lo estaba pensando por enésima vez. Hacía meses que se sentía urgido a dar este paso. Sabía que el compromiso público que iba adquiriendo no encontraría nunca la aprobación de la Iglesia. Tarde o temprano le correspondería escoger entre el sacerdocio y la política revolucionaria. Pero prefería aplazar la decisión. El apego a la Iglesia era un sentimiento arraigado desde la adolescencia y nutrido por mil recuerdos. No lo quería abandonar a la ligera, ni tampoco renunciar al sacerdocio en un arranque de ira provocada por los engaños de un obispo. Se avecinaban las fiestas de Pascua. Decidió dedicar los días de Semana Santa (ene1 mes de abril) al análisis del problema y a la oración.

Hacía mucho tiempo que no oraba como antes. El ritmo de su trabajo le dejaba poco tiempo para aquellos retiros a la soledad que siempre le habían gustado. El Domingo de Ramos, al salir de Bogotá hacia la tranquilidad de la cordillera, tuvo una sensación de volver a las fuentes. Llevaba en su maletín un par de libros: el breviario de salmos y una obra reciente de Yves Congar, el dominico francés. Sentía en el bolsillo de su sotana el bulto de un pequeño

volumen —la Biblia de Jerusalén, que llevaba consigo desde hacía años. No le faltaba nada. Únicamente la quietud de los montes de Boyacá.

El domingo por la tarde arribó al pueblo de Paipa, escalando una loma hacia la casa de retiros situada en un alto, arriba del Lago Sochagota. Estaba oscureciendo. Un solitario labrador con quien se cruzó en el camino, le dio el saludo del campe sino: “¡Adiós!”, “¡Adiós!”, le contestó Camilo. Después, silencio. Se acostó temprano para madrugar el lunes de la Semana Santa. Celebró su misa en un altar improvisado al pie de la ventana que daba sobre el lago, brillante ahora al sol de la mañana. Después del desayuno, salió a caminar por las peñas. Quería sentirse absolutamente solo en la presencia de Dios.

Dos veces en su vida se había desnudado, como ahora, indefenso bajo el implacable escrutinio de su conciencia y la terrible mirada de Dios. La primera, veinte años atrás, cuando vagaba en Los Llanos perseguido por el desafío del sacerdocio. Y la segunda, en vísperas de su ordenación, de rodillas en la capilla del seminario, tomando su vida en las manos como ofrenda a su Señor escondido en las sombras del tabernáculo. Su concepto de Dios (el Patrón, como le decía) era menos remoto ahora, pero no menos grandioso. Temblaba ante la posibilidad de abandonar el hábito que por tantos años había llevado, de renunciar a su divina vocación.

Abrió el libro de Congar sobre *El sacerdocio y el laicado*, hojeándolo en busca de alguna luz. El autor citaba el caso de los sacerdotes-obreros y su afán de “compartir la comunidad de destino de los pobres” y de “pudrirse con ellos”. “Fórmulas extremas”, según el comentario de Congar. Camilo, no obstante, las subrayó.

—Es preciso que uno esté con estos hombres; no simplemente *junto* a ellos, *frente* a ellos, sino *con* ellos”. Camilo hizo una pausa, dejándose penetrar por estas palabras. Pensó en los millones de sus compatriotas que aguantaban hambre, en los revolucionarios que arriesgaban la vida por ellos, en los guerrilleros. Y mientras más meditaba en las palabras de Congar, más sentido les encontraba. “Pensad un instante en lo que quiere decir no estar solamente *junto* a alguien, sino *con* él y *por* él.

La problemática individual de su sacerdocio iba perdiendo importancia. En todo caso, el papel del sacerdote era el de profeta. El profeta Amos, según Congar, opinaba que en ciertas circunstancias “las cosas del culto, y el mismo templo, alejaban de Yahvé más que ayudaban a estar en comunión con él”. Camilo se preguntaba si las circunstancias suyas no eran similares a las del profeta. Estaba en una encrucijada. Por un lado, la Iglesia le ofrecía una posición respetable. Por el otro, las masas reclamaban un líder. Por ese lado no vislumbraba nada de respetabilidad; intuía tan solo las intrigas y la suciedad de la política. Pero ¿cómo ser profeta sin mancharse? No le pareció posible.

Corrieron los días y las largas noches en la casa de retiros de Paipa. Llegaron el Jueves Santo y el Viernes de la Pasión, y Camilo cantó el evangelio y predicó a los campesinos que llegaron a la capilla para las liturgias de Semana Santa. La celebración de los ritos inmemoriales le trajo una paz

interior. Veía las cosas ya con más claridad. No lo obligaban todavía a resolver el problema de su sacerdocio. Se trataba simplemente de rechazar el nombramiento de la Curia. Tomaría los obstáculos uno por uno. Pero, de ahora en adelante, sería perfectamente capaz de afrontarlos, de "cumplir con la propia conciencia y, por lo tanto, con Dios".

La noche antes de regresar a Bogotá escribió, con gran calma, una carta al obispo auxiliar. Sin el más mínimo indicio de rencor.

"Excelencia,

(Esta forma tradicional en que me refiero a usted no significa nada en contra del espíritu fraternal que quiere tener esta comunicación con un hermano mayor a quien Dios, por su Providencia, ha puesto para representarlo ante mí).

Cuando Su Excelencia propuso que me retirara de mi trabajo actual para encargarme de la investigación de los elementos necesarios para planear la pastoral en nuestra Arquidiócesis, yo le pedí un plazo para acceder a esa petición. Los argumentos que aduje estaban basados en motivos de caridad para con muchas personas que dependían de mi trabajo y cuya situación sería incierta en el caso de que yo me retirara inmediatamente. Estos argumentos creo yo que eran válidos y Su Excelencia lo estimó así.

Sin quitarle nada a su validez, he reflexionado sobre la reacción íntima que me produjo su propuesta. Sentí una profunda repugnancia de trabajar con la estructura clerical de nuestra Iglesia. He aprovechado mis retiros espirituales para profundizar un poco en esta reacción que en un sacerdote parece si no absurda, por lo menos inconveniente.

Mi labor como sacerdote se ha desarrollado durante más de diez años bajo la autoridad de mi obispo, pero un poco al margen de la estructura clerical. Esta situación ha podido traer inconvenientes para mi espíritu sacerdotal, pero también puede aportar ventajas para la vida de la Iglesia; una de esas ventajas puede ser la de haber adquirido una visión más objetiva de la estructura a la cual pertenezco pero en la cual he participado menos que otros que quizás podrían tener mayor capacidad de análisis, pero que están más implicados en el fenómeno que pretendo describir.

Cuando pensé en la posibilidad de trabajar en la Curia, haciendo una investigación, sentí la seguridad de que se me separaba del mundo y de los pobres para incluirme en un grupo cerrado de una organización perteneciente a los poderosos de este mundo.

Y cuando pensé cómo debería dirigir la investigación, se me plantearon problemas teóricos cuya solución creo que será, por mi parte, en un sentido diferente u opuesto al que le dé la jerarquía que deberá valerse de los datos que yo investigue.

La solución de dichos problemas creo que es vital para el éxito de la investigación ya que de ella dependerá la orientación de ésta; ya que es imposible investigar todo, es necesario que los resultados correspondan a una problemática común entre el investigador y los que tienen la responsabilidad de la realización de una pastoral en la Arquidiócesis.

Sobre mi problemática personal quiero escribir a Su Excelencia para que juzgue si yo soy la persona indicada para hacer la investigación propuesta.

1. Para poder llegar a un acuerdo sobre la esencia de la Pastoral, es necesario estar de acuerdo sobre qué es el Reino de Dios. Para poder orientar una investigación, es necesario estar de acuerdo sobre una serie de hipótesis sobre la sociedad colombiana en la época actual.

a) *El Reino de Dios*. Extender el Reino de Dios, o establecerlo, es un problema de VIDA. Las actividades que deben ejercerse para implantar el Reino son aquellas que conduzcan más segura y eficazmente a la vida.

Dentro de éstas hay algunas prioridades. En mi concepto, el énfasis que hay que ponerle a los medios para establecer el Reino debe seguir el siguiente orden

—notando que estos medios no se excluyen, sino se complementan.

—Llevar a la gente a amar, con amor de entrega (ágape).

— Predicación del Evangelio.

— Culto externo (Eucaristía, sacramentos, etc.).

b) *La sociedad colombiana*. La sociedad colombiana es, en su mayoría, una sociedad católica en cuanto cumple con el culto externo; pero la mayoría desconoce la doctrina cristiana, aunque sepa de memoria algunas respuestas del catecismo. Y hay muchos que aman a los demás, con amor de entrega, pero que niegan su condición de católicos o, por lo menos, su adhesión a la Iglesia —en tendiendo por Iglesia, la estructura clerical de ésta.

2. Si el esfuerzo pastoral se concentra en conservar la anterior situación es posible que no se obtenga el establecimiento e incremento del Reino de Dios. Si se acepta la prioridad del amor sobre todo, y de la predicación sobre la actividad de culto, se tiene que abocar la jerarquía a una Pastoral de Misión.

3. *La Pastoral de Misión* supone: un énfasis en la calidad y no en la cantidad; una insistencia en las convicciones personales más que en las presiones familiares y sociales; una renuncia a la exclusividad de educación confesional y la aceptación del pluralismo; la eliminación de los factores sociales y psicológicos que impiden una adhesión consciente y personal a la Iglesia, tales como el poder económico de la Iglesia, y el poder político de la Iglesia —formal, mediante leyes y Concordato; informal, por medio de la intromisión del clero, con ánimo de dominio, en el terreno temporal. Otros factores que obstaculizan la misión de la Iglesia son la separación entre clero y fieles, la falta de solidaridad con los pobres y la falta de un espíritu científico en la Iglesia.

Si la Pastoral que se propone llevar a cabo es una Pastoral de conservación será muy difícil que yo pueda colaborar de una manera eficaz, ya que lo haría por obediencia pero en contra de todas mis convicciones racionales. Por eso he considerado de elemental honradez manifestar estos puntos a Su Excelencia”.

Firmó la carta "fraternalmente". Aun así, entendió que Su Excelencia no la recibiría de muy buena gana. Más prudente, entonces, presentársela personalmente, explicándole cada punto en detalle. Llegó al despacho del obispo el lunes de Pascua por la mañana.

El diálogo resultó imposible. Su Excelencia se portó, como siempre, cortés pero sin ningún deseo de conversar. Únicamente le correspondía reiterar la voluntad del cardenal: que Camilo renunciara a su cargo en la ESAP para iniciar sus labores en la Curia.

¿No existía otra alternativa?

El obispo no veía ninguna.

¿Regresar a la Facultad de Sociología, tal vez?

Ni se discutía.

Pero, ¿si se lo proponía al cardenal?

Ya lo había hecho personalmente Fals Borda, el propio decano de la facultad.

("¡Bravo, Orlando!", pensó Camilo, sabiendo que su amigo no gozaba, precisamente, en la presencia del cardenal).

¿Y el resultado de esta gestión?

Nada. Su Eminencia seguía inconmovible. No había más que hablar. Si la soberbia de Camilo le impedía aceptar la generosa oferta del cardenal, concluyó Su Excelencia, se declaraba la situación en tablas.

A este punto se produjo un silencio largo, vacío y extremadamente incómodo, por lo menos para Camilo. El obispo, en cambio, no se perturbó. Manoseaba la cadena de su pectoral mientras clavaba a su víctima con la mirada fija de un gato. Camilo sucumbió. Murmuró algo acerca de la conveniencia de postergar las decisiones para después de sacar su doctorado en Lovaina. Con esto, el gato saltó. A Su Excelencia le pareció una solución admirable. Pero esta vez no se la debería dejar flotando en el aire como una mera posibilidad. Habría que tomar medidas en seguida para asegurar la partida de Camilo y su estadía en Bélgica. Nada más por el momento. El obispo le indicó la puerta.

Al día siguiente el obispo habló en nombre del cardenal con el doctor Nannetti. Éste prometió renovar el nombramiento de Camilo como decano en la ESAP, enviándolo "en comisión" a Lovaina. El obispo quedó agradecido. El arreglo, a su parecer, evitaba cualquier desagrado y el peligro de chismes contra la Curia. Tanto Nannetti como el obispo aseguraron a Camilo que no sería perjudicado económicamente, sino que seguiría devengando. Hablaban como si lo que realmente le importara fuera la cuestión del dinero. Orlando Fals, al enterarse de esto, prometió tramitarle una beca de la Fundación Rockefeller. No so portaba la humillación de su amigo.

Hacia fines de abril Camilo comenzó a hacer reservas y alistar maletas. Avisó a Monsieur Urbain, y a otros amigos en Lovaina, que estaría con ellos al

cabo de un mes. No se le presentaba otra alternativa. Sus sondeos con la gente del ELN no habían encontrado respuesta alguna. Además, durante los tres meses que transcurrieron desde la acción de Papayal no se supo más de los guerrilleros. Camilo llegó a dudar, inclusive, de su supervivencia. En cuanto a los demás grupos de oposición, se daban a las disputas sobre el contenido ideológico de la plataforma, disminuyendo la posibilidad de un Frente Unido. El país estaba a la expectativa, y la izquierda apagada. Camilo no se sentía como para salvar la situación solo. A lo mejor le convenía alejarse por un tiempo. En Lovaina analizaría su propio caso más detenidamente. Quizás la inquietud política se fermentaría en su ausencia.

De esto, al menos, trataba de convencerse. Llamó a Air France y reservó un pasaje en el vuelo Bogotá-París para el 22 de mayo.

Ahora le tocaba al ELN tomar la iniciativa. Pese a la duda de Camilo, los guerrilleros no estaban eliminados, sino fortalecidos. Fabio Vásquez, dentro de su concepción de la guerra de guerrillas, sabía que no bastaba llevar a cabo una cadena de acciones en algunas zonas rurales. Su organización tenía que hacerse sentir también en el plano nacional. Para ese fin, el apoyo de un personaje como Camilo sería un aporte vital.

Por entonces, Camilo inspiraba menos desconfianza que antes. Los militantes de la red urbana enviaban al estado mayor del ELN informes muy positivos sobre su discurso en Medellín. En cuanto a la plataforma, no necesitaba recomendación. El ELN publicó su propia plataforma con el título poco atractivo de "Principios Programáticos del Ejército de Liberación Nacional", un programa de acción parecido al de Camilo pero que no había causado ningún impacto; pocas personas se habían enterado siquiera de su existencia. Fabio entendió que, desde un punto de vista propagandístico, el cura Torres podría servir a los intereses del ELN. Desde las montañas de Santander envió instrucciones a Bogotá pidiendo se hiciera todo lo posible por impedir que Camilo abandonara el país.

Sus órdenes se transmitieron a varios directivos de la Federación Universitaria Nacional (la FUN) cuyo presidente, Galo Burbano, y secretario, Julio César Cortés, eran miembro y simpatizante respectivamente del Ejército de Liberación. El último era viejo amigo de Camilo. Desde el momento en que éste hizo público su propósito de viajar a Lovaina, la FUN comenzó a organizarle una gran despedida que se realizaría en el recinto de la Universidad Nacional el mismo día de su partida. En vista de las órdenes del comandante guerrillero, Galo decidió convertir la despedida en algo más: un homenaje nacional. Inmediata mente los organizadores lanzaron invitaciones, y Julio, por lo bien que conocía a Camilo, confiaba en que éste, después de una profesión de solidaridad nacional, no sería capaz de tomar el avión.

Camilo, en el intervalo, no se había quedado ocioso. A pesar de su inminente ausencia, siguió trabajando con la Escuela de Administración Pública y viajando por varios departamentos del país. A mediados de marzo se encontró en Popayán dictando un curso de sociología rural a un grupo de inspectores sanitarios. Al terminar el curso, se trasladó a Pasto a cumplir una

cita con los universitarios. El 21 de mayo dio otra conferencia para estudiantes en la Universidad Santiago de Cali. En cada una de estas intervenciones habló con creciente convicción y una franqueza desarmante. De pueblo en pueblo, su público lo aplaudía y, con el correr de los días, se sentía cada vez con menos deseos de partir para Europa.

Esta desgana aumentaba conforme se caldeaba el ambiente político general. Los partidarios de la revolución superaban en mayo la apatía que los había asaltado en abril. El mes de mayo se inició con el desembarco de los "marines" yanquis en las playas de Santo Domingo, violación que traía recuerdos de la invasión de Playa Girón cuatro años antes. En cada ciudad de Colombia, los manifestantes se echaban a la calle. En Medellín, la policía militar los reprimió implacablemente y, con la aprobación del rector, los soldados invadieron los predios de la Universidad de Antioquia. Esta acción produjo una reacción en cadena por parte del alumnado en casi todas las universidades del país, y para la tercera semana de mayo, la mayoría de los estudiantes se encontraban en un paro de solidaridad con sus compañeros de Medellín, y de protesta por el crimen cometido contra la hermana República Dominicana. Por las noches, bombas terroristas estallaban en las ciudades, y en el campo fueron secuestrados dos terratenientes multimillonarios. El cadáver del primero fue hallado a los pocos días; el otro, Oliverio Lara, siguió en poder de los secuestradores quienes no exigieron un rescate en dinero, sino la retirada de las fuerzas armadas de la república independiente de El Pato. El gobierno, por supuesto, se negó a acceder.

En medio de la tensión, que iba en aumento, el jueves 20 de mayo los policías militares causaron la muerte, a golpes de bolillo, de un joven estudiante en Bogotá. Al otro día, viernes 21 de mayo, el gobierno decretó el estado de sitio y prohibió las manifestaciones públicas. Y para el sábado 22 de mayo, se había programado el homenaje en la Universidad Nacional.

El viernes, Camilo regresó de su gira llegando a Bogotá al caer de la tarde. En el aeropuerto se encontró con tres personas que salieron a recibirlo —su madre, Guitemie y Gustavo Pérez. No lo sorprendió la presencia de las dos primeras, pero sí la de Gustavo. Hacía mucho tiempo que no se habían vuelto a ver y le parecía extraño que Gustavo tomara el cuidado de salir al aeropuerto simplemente a saludarlo después de un vuelo local.

Llevando su maleta al automóvil, Camilo aprovechó un momento para preguntarle a Guitemie en voz baja: "¿Qué hace Gustavo por aquí?".

"Pues, pasó prácticamente toda la tarde en el apartamento preguntando por ti. Insistía en acompañarnos. Lo que quiere, creo, es que no vayas mañana a la Nacional".

En efecto, apenas Gustavo estuvo a solas con Camilo, empezó a hablarle de la prudencia, y de no meter la pata y, llegando al grano, del homenaje en la universidad. Dado el estado de sitio, Gustavo estimaba que la salida de Camilo sería una locura.

Pero Camilo se reía ante la mera idea de perder el homenaje.

Gustavo lo acompañó hasta el apartamento a donde llegaban otros amigos también a charlar sobre la cita de Camilo para el día siguientes. La mayoría gozaba, imaginando la sorpresa de las autoridades. Entre aquellos que se emocionaban con anticipación estaba Isabel. No le importaba ni el estado de sitio ni las barricadas de la policía. Estaría allí en la universidad al lado de su Camilo. Guitemie se manifestaba de acuerdo: habría que cumplir de todas maneras. Pero recordó que los altos mandos de la Curia no estarían nada contentos con las posibles repercusiones, y que probablemente querrían obligar a Camilo a no asistir.

—Apuesto que Gustavo fue enviado por ellos para disuadirte.

De pronto sonó el teléfono. Guitemie contestó.

— ¿Eduardo Umaña? (creía que era el primo de Camilo, pero no le reconocía la voz). — ¿Quién? ¿Ernesto? Disculpe. Un momento por favor.

Cubrió el auricular con la mano, dirigiéndose a Camilo.

—Ernesto Umaña. ¿Quién es?

—Es el *padre* Ernesto Umaña, director de planeación pastoral de la diócesis. ¡Y yo no estoy!

—No. El padre Camilo no ha llegado todavía —Guitemie mintió magníficamente—. Estamos esperándolo para mañana. Y colgó.

Risas contenidas estallaron en sonoras carcajadas. Todos parecían coincidir en la misma idea: ¡qué perro guardián tan bueno era Guitemie!

Al otro día, muy de mañana, alguien tocaba nerviosamente a la puerta. Guitemie abrió con cautela dejando pasar a Eduardo Franco, aturrullado.

—¿Dónde está Camilo? ¡Tenemos que sacarlo de aquí! Afuera he visto a dos clérigos en un Volkswagen. No conviene que Camilo caiga en sus garras.

Lo sacaron por la escalera de servicio al tiempo que el padre Ernesto Umaña subía en el ascensor. Su presa se le había volado.

A media mañana, una multitud se iba acumulando frente a la cafetería de la universidad. Miles de estudiantes desafiaban a los policías militares con casco y bayoneta que los cercaban. Los uniformados miraban con disgusto la cantidad de jóvenes que aparecían por las avenidas adyacentes y convergían en los predios de la Ciudad Blanca. La atmósfera era eléctrica. Dominaba la escena un catafalco cubierto de paño negro, montado a la memoria de Jorge Useche, el muchacho asesinado por la policía dos días antes. Los organizadores del acto anunciaron su entierro simbólico. El país estaba sacudido por la muerte del estudiante y, tanto lo de Useche como lo de Camilo, atraía a personas que normalmente no participaban en las manifestaciones. Varios académicos estaban presentes. Hasta el propio rector de la universidad. A las diez y media llegó Camilo en su auto. El cordón de policías se abrió, de mala gana, para dejarlo pasar.

Camilo ayudó a su madre a salir del coche y los dos se sumergieron entre un mar de gentes que gritaban, empujaban y aplaudían, llevándolos en

oleadas humanas hacia una especie de estrado improvisado. Luego, una vez cesaron los aplausos, comenzaron los discursos.

Mientras Julio César Cortés tomó el micrófono y empezó a hablar, la mirada de Camilo recorrió distraídamente las caras de la gente. Se había dirigido a muchos auditorios, pero éste era especialmente suyo. Sumaban miles. Sin embargo, tenía la extraña sensación de conocerlos personalmente a todos. Imposible, por supuesto. Pero sí conocía a muchos, centenares por lo menos. Los viejos colaboradores de Tunjuelito, por ejemplo, se contaban por docenas, lo mismo que los muchachos del Muniproc. Reconocía también los rostros de algunos exalumnos suyos y de otros que habían sido miembros de La Comunidad. En aquellos tiempos se consideraban muy revolucionarios, ¿qué les quedaría ahora de aquella rebeldía?

Abarcó con su mirada una vasta superficie de ojos y frentes, de caras vueltas hacia él. Distinguía muchas fisonomías conocidas —las de los profesores, colegas de todos los días, semestre tras semestre, en aquellos pabellones blancos que hacían, esta semana, el telón de fondo para su homenaje y despedida. Miraba hacia la Facultad de Sociología, el edificio que había planeado con Orlando Fals, el que inauguró el cardenal Concha. Este había sido su mundo, el sitio donde se sentía totalmente a sus anchas. O tal vez no. Su mirada descansó en la capilla...

Un estallido de aplausos interrumpió su ensueño. Era evidente que Julio César le había hecho algún elogio, pues todo el mundo lo miraba y aplaudía. Camilo notó que la mayoría eran adolescentes, tan revoltosos como aquellos muchachos quemabuses que lo desafiaron a la puerta de la Ciudad Blanca seis años atrás, cuando comenzó todo.

Camilo se dio cuenta de que Julio estaba terminando su charla y que ahora le correspondía a él tomar la palabra.

—El padre Torres —dijo Julio— ha adquirido ya el valor de un símbolo.

La frase le molestaba, pero Camilo sabía que en boca de Julio César era sincera. Muchos de los oyentes recordaban que Camilo había sido destituido de la Nacional en 1962 por defender a Julio César y a sus amigos. Al orador se le perdonaba el exceso.

Terminó su presentación de Camilo y éste, entre las aclamaciones del público, se dispuso a hablar. Su expresión era seria. La ocasión le parecía más solemne que festiva. El negro ataúd evocaba la presencia del estudiante muerto. Con un gesto, Camilo pidió silencio y la gente se calló para escucharlo.

“Compañeros. Agradezco profundamente el homenaje que me ofrece hoy la Federación Universitaria Nacional y deseo que la profunda emoción que me produce no impida dar un alcance teórico y científico a este homenaje que se hace hoy extensivo, lamentablemente, a Jorge Enrique Useche, nuestro compañero desaparecido. Sería lastimoso que este homenaje se limitara a las personas. La muerte de Jorge Enrique Useche y mi leve destierro son únicamente episodios en una lucha mayor del pueblo colombiano”.

Comentó brevemente los dos episodios. Su exilio, dijo, "se debía a presiones para que la jerarquía me sacara de Colombia"... Pero no quería insistir más en este asunto. "Cuando ha caído, víctima de la violencia, uno de nuestros compañeros, no podemos detenernos en las personas, sino que debemos pensar en la necesidad, para Colombia, de una auténtica revolución".

Y con eso se lanzó a lo esencial de su conferencia que, lejos de la tradicional evocación de reminiscencias características de una despedida, había de ser un discurso abiertamente político, cuyo tema central consistía en el llamado a la unión de todas las fuerzas revolucionarias para combatir a la oligarquía reinante.

"Tenemos que lograr la unión revolucionaria por encima de las ideologías que nos separan. Los colombianos hemos sido muy dados a las discusiones filosóficas y a las divergencias especulativas. Nos perdemos en discusiones que, aunque desde el punto de vista teórico sean muy valiosas, en las condiciones actuales del país resultan completamente bizantinas. Como recordarán algunos de los amigos aquí presentes con quienes trabajamos en la acción comunal universitaria de Tunjuelito, cuando se nos tachaba de colaborar con comunistas, yo les contestaba a nuestros acusadores que era absurdo pensar que comunistas y cristianos no pudieran trabajar juntos por el bien de la humanidad, y que nosotros nos ponemos a discutir sobre si el alma es mortal o inmortal y dejamos sin resolver un punto en que sí estamos todos de acuerdo, y es que la miseria sí es mortal".

—Los problemas ideológicos —prosiguió, cortando en seco un estallido de risas— los resolveremos después de que triunfe la revolución. Por ahora necesitamos la unión por encima de los grupos. Es lastimoso el espectáculo de la izquierda colombiana. Mientras la clase dirigente se unifica, mientras la minoría que tiene todos los poderes en su mano logra superar las diferencias filosóficas y políticas para defender sus intereses, la clase popular que no cuenta sino con la superioridad numérica es pulverizada por los dirigentes de los diferentes grupos progresistas que, muchas veces, ponen más énfasis en las peleas que tienen entre sí que en su lucha contra la clase dirigente. La línea soviética del Partido Comunista ataca más a la línea china, la línea blanda del MRL a la línea dura, el MOEC al FUAR, de lo que cada uno de esos grupos ataca a la oligarquía.

"Pero las cosas no pueden seguir así. De la misma manera que el Libertador Simón Bolívar promulgó su decreto de guerra a muerte en la lucha emancipadora, nosotros debemos promulgar, hoy también, un decreto de guerra a muerte, aceptando todo lo que sea revolucionario, venga de donde viniere, y combatiendo todo lo que sea antirrevolucionario, venga también de donde viniere".

Del bolsillo sacó una hoja de papel.

"Tengo aquí una plataforma que hemos venido elaborando con grupos de jóvenes de todo el país, pertenecientes a movimientos revolucionarios o independientemente de éstos. Es una plataforma que resume los objetivos a largo plazo de una acción revolucionaria. Quisiera leérselas".

Cada párrafo le merecía los aplausos del auditorio. El documento proponía una redistribución de la tierra y una reforma urbana que prometía una casa (pero no más que una) para todo ciudadano. Abogaba por la nacionalización de los bancos, los hospitales, las compañías de seguros, el transporte público, la radio y la televisión, y la explotación de todos los recursos naturales por el Estado. Una planificación económica dirigida por el gobierno, programas de seguridad social, nuevas leyes tributarias propuestas por Camilo ponían en tela de juicio el sistema imperante en Colombia. Sobre el papel de las fuerzas armadas en la sociedad revolucionaria, afirmaba que “la defensa de la soberanía nacional estaría a cargo de todo el pueblo”. El décimo y último párrafo en su lista de reformas concernía a los derechos de la mujer. “La mujer participará, en pie de igualdad con el hombre, en las actividades económicas, políticas y sociales del país”.

(Prolongados aplausos de las mujeres entre sus oyentes).

Camilo dobló la hoja y la metió de nuevo en el bolsillo.

“Estos son los objetivos. Pero los objetivos no bastan. Necesitamos una entrega total de los revolucionarios hasta las últimas consecuencias. Ya se han superado muchas etapas legales e ilegales en el proceso de la conquista del poder. Lo que queda por hacer es todavía más arduo y no sabemos hasta dónde piense resistir la clase dirigente a las justas presiones de la clase popular. El último recurso que nos queda es la violencia revolucionaria. Esto no es en sí un credo especial. Y si se produce será una guerra defensiva contra una clase agresiva”.

Hizo una pausa, contemplando de nuevo las caras de sus oyentes. Algunos miraban, nerviosos, a los policías para ver cómo estaban reaccionando. Camilo no se sentía asustado por la policía, ni demasiado ilusionado por la aclamación de la multitud. Únicamente temía que muy pronto les pasara a estos muchachos lo mismo que a sus predecesores —que se acostaran tranquilos como unos perros mansos y dejaran de ladrar. Quería prevenirlos contra el peligro de comprometerse con el *statu quo*.

“Al terminar la carrera —continuó— el inconformismo de ustedes decaerá probablemente, salvo algunas pocas excepciones. Los que fueron los más aguerridos revolucionarios durante los estudios, en muchas ocasiones comienzan a hacerse perdonar de las oligarquías sus devaneos juveniles. Por eso, frecuentemente los estudiantes más revoltosos se convierten en los profesionales que defienden con más ahínco los privilegios, los símbolos de prestigio y aun las formas exteriores de vida de las clases dirigentes”.

Los oyentes parecían decir para sus adentros: Eso no me puede pasar a mí. Camilo, consciente de eso, hizo lo posible por sacudirlos.

“Parece inverosímil, pero no crean. El apego a esos símbolos de prestigio es una trampa para caer en el aburguesamiento. La sociedad nuestra es una sociedad burguesa. Los estudiantes participan subconscientemente de los valores de esta sociedad aunque conscientemente los repudien. Una forma de repudio exterior de esos valores se manifiesta en los vestidos pobres y raros, en la barba y en las costumbres antitradicionales de muchos universitarios. Sin

embargo, la imagen de lo que debe ser un profesional sigue siendo una imagen burguesa. El profesional, el doctor, debe estar bien vestido, vivir en una casa o apartamento bien amoblado, tener automóvil y vivir en un barrio residencial, tener oficina con máquinas, sala de espera y secretaria. Es decir, puede ser que la persona esté vestida con sandalias, suéter largo, barbas, sin peinarse y con libros existencialistas debajo del brazo, pero al mismo tiempo piense que él, como biólogo, como médico, tendrá que andar con automóvil, paraguas y sombrero encocado”.

Se rieron.

“Aunque parezca un poco cómico, es una realidad. La persona sigue con un estereotipo de lo que debe ser el profesional y en el momento de salir de la universidad, si le dicen: ‘ como economista podría ayudar a llevar la contabilidad de un partido en que le pagan 100 pesos?’ La contestación sería: ‘Ah no, pues si un economista en Colombia gana más o menos 2.500 a 3.000 pesos, ¡yo no puedo hacer eso por menos de esa plata!’ No, porque necesita este dinero para lograr esos símbolos de prestigio que son costosos, y para lograrlos necesita una remuneración elevada. Esas personas siguen con convicciones revolucionarias y tratan en el subconsciente de hacer la componenda de sostener ideas revolucionarias y vivir una vida burguesa. Y por eso la cantidad de revolucionarios de cafés que discuten en sitios donde no se comprometen y siguen viviendo su sistema de vida, y la revolución no se hace en Colombia”.

Los jóvenes dejaban de reír, mirándolo con seriedad.

“Es muy importante que este inconformismo universitario, estudiantil, se plasme en los hechos, desde la misma universidad. Preferible que ninguno de ustedes tuviera barba, pero que vivieran en barrios obreros; preferible que no se vistieran distinto por gusto, sino que muchas veces por necesidad se vistieran como los obreros por no haber podido encontrar un empleo debido a sus ideas revolucionarias. Eso sería mucho más importante. Y eso lo tenemos que afrontar. Si no, nunca vamos a hacer nosotros la transformación”.

“Mientras no seamos capaces de abandonar nuestro sistema de vida burgués, no podremos ser revolucionarios. El in conformismo cuesta, y cuesta caro. Cuesta descenso en el nivel de vida, cuesta destituciones de los empleos, cambiar y descender de ocupación, cambiar de barrio y de vestido. Puede ser que implique el paso a una actividad puramente manual. El arquitecto inconformista, por ejemplo, debe estar dispuesto a trabajar como albañil, si ese es el precio que le exige la estructura vigente para subsistir sin traicionarse. El inconformismo puede implicar el paso de la ciudad al campo, o el paso, inclusive, al monte...”.

Camilo hablaba con inmensa seriedad. Algunos de los oyentes sentían que se dirigía no tanto a ellos como a sí mismo.

“Convenzámonos que, como dice el Evangelio, ‘hay más alegría en dar que en recibir’. Al sacrificar los impedimentos burgueses seremos mucho más felices, más libres, más auténticos con nosotros mismos. Estaremos dispuestos a afrontarlo todo. Que nos mezclemos con las masas, que vivamos no

solamente para los pobres, sino con los pobres y corno pobres. Hasta ahora no parece que el pueblo haya reconocido en los jefes esa entrega”.

La referencia a los jefes lo llevó de nuevo a su tema principal: la necesidad de la unión entre los líderes de la izquierda.

“La integración con las masas es un elemento esencial a la revolución. La unión no es patrimonio nuestro sino de los obreros y campesinos de Colombia. Ellos serán los que nos traigan la pauta, los que nos exijan, los que impongan la unión por encima de grupos y personalismos caudillistas. Para los que conocen íntimamente a nuestra gente, la frase de Gaitán de que ‘en Colombia el pueblo es superior a sus dirigentes’ no es una frase demagógica, sino absolutamente real. Creo que solamente la dinámica de los hechos impondrá la unión y estos hechos los tendrá que realizar la masa. Nadie puede ser verdaderamente revolucionario si no confía en los valores del pueblo”.

Terminó su discurso con unas palabras sobre los valores del pueblo. La gente aplaudió hasta dolerle las palmas de las manos. Pero no vitoreaban, como antes. La intervención de Camilo los dejó serios, pensativos.

No bien cesaron los aplausos cuando un conocido agitador estudiantil se levantó, agarrando el micrófono y lanzándose a una arenga improvisada.

“Ha llegado la hora de la acción! —anunció en tono histérico—. El vil asesinato del compañero Useche, víctima inocente e indefensa de este régimen fascista, es un llamado a la acción. Ante este nuevo crimen perpetrado contra el pueblo por el gobierno títere del payaso Valencia, perro faldero del imperialismo yanqui y lacayo incondicional de la oligarquía, ante este crimen, digo, todos los auténticos revolucionarios se han movilizado y empuñan las armas para defenderse. Si no tenemos otras armas, agarremos las piedras. Como dice Camilo, tenemos la gran ventaja numérica. ¡Rompeamos de una vez esta cerca! ¡Avancemos hasta el palacio presidencial! ¡Exijamos que se nos entreguen ya, los despojos de Jorge Useche...!”.

Camilo no vaciló. Sin preguntarse si el orador era un auténtico rebelde o un agente provocador sabía, eso sí, que debía callarlo. De otro modo el acto terminaría con violencia. Empujó al muchacho a un lado, apoderándose del micrófono y tomó la palabra.

“Esta batalla no se libra con piedras. ¿Piedras contra metralletas? ¡Qué locura! Esta es mi última palabra a los estudiantes: ¡No se dejen llevar a tirar piedras! Sus manos están hechas para manejar armas bien distintas. ¡No gasten sus vidas inútilmente! Esperen el día, prepárense para el día en que puedan coger armas mucho más poderosas que un puñado de piedras. Peleen. Pero peleen cuando tengan armas iguales a las que usan contra ustedes”.

La multitud recibió estas palabras con estruendosos aplausos, y Camilo tuvo conciencia no solamente de haber impedido un insensato derramamiento de sangre, sino de haberse comprometido con la guerra popular, de modo inequívoco y ante miles de personas.

“Esperemos el momento. Preparémonos. Y que seamos nosotros, y no la oligarquía, los que escojamos la hora del combate. Por el momento,

procedamos juntos al cementerio a rendir un homenaje póstumo a nuestro compañero caído”.

Siguiendo el féretro, Camilo encabezó la marcha silenciosa que salió por los portales de la universidad y tomó la Avenida Veintiséis hacia el Cementerio Central. La policía formaba una especie de escolta a cada lado, mirando con recelo la columna de estudiantes que llenaban la avenida a lo largo de un kilómetro y se iban amontonando a la entrada del camposanto. Llegados allí, Eduardo Umaña, el primo de Camilo, se encaramó encima de una lápida a pronunciar un breve discurso en nombre de los presentes sobre la muerte de Jorge Useche. Cuando terminó, Camilo alzó la voz para entonar las palabras iniciales del Padrenuestro. La mayoría rezó la oración. Luego la multitud se dispersó, todavía en silencio.

Camilo iba en busca de un coche con la intención de volver a casa a almorzar antes de salir para el aeropuerto. Su vuelo partía a la una de la tarde. Pero antes de que pudiera alcanzar un coche, se encontró con Julio César Cortés y otros organizadores de la FUN. Querían hablarle. Se trataba de algo urgente. Que si Camilo podría dedicarles unos minutos... Lo llevaron a un bar, sentándose en un rincón apartado para tomar un café.

Les había gustado el discurso, dijeron. Pero mucho. Sobre todo el llamado a las armas allí al final. ¡Qué lástima que se iba! ¿Por qué no quedarse en Colombia?

Camilo les recordó que la idea del viaje no fue propiamente iniciativa suya.

—¿Y te vas a dejar mandar por el viejo Concha?

—¿No ves? —prosiguieron emocionados—, este es el momento preciso que hemos estado esperando. Gracias a la vaina esa de Santo Domingo, los estudiantes han salido a las calles. Están buscando pelea. Y el régimen está más débil que nunca. No se respeta siquiera el estado de sitio. La gente se lo burla. Valencia ya perdió el control de la economía. ¿Tú crees que los obreros le van a aguantar otra alza de precios? ¿Y cuándo has visto tantos secuestros y quemas de carros y cócteles molotov? ¡Nunca! Aquí puede hacerse cualquier cosa. Hasta los observadores internacionales están asustados. El otro día ¿no viste? Nixon dijo que Colombia sería el próximo país en ‘caer’. ¡Los periódicos extranjeros han enviado una manada de reporteros a ‘cubrir’ nuestra revolución! ¡Camilo no nos puedes abandonar ahora!

No obstante cierta exageración juvenil, decían la verdad. Parecía efectivamente que llegaba la hora de la revolución. Desde el punto de vista económico, el país estaba al borde del desastre. El peso colombiano bajaba y el dólar subía vertiginosamente. Una comisión especial viajaba para Washington, como de costumbre, a pedir limosnas. Las excentricidades económicas de Valencia habían producido alzas en el precio de los productos más indispensables, y la clase obrera buscaba afanosamente una alternativa o algún caudillo que les pudiera garantizar un cambio real. Pero no se perfilaba nadie. El exgeneral Ruiz Novoa había abandonado su propio movimiento demagógico para integrarse a las filas del Partido Liberal. El otro general, el

viejo Rojas Pinilla, todavía hacía campaña electoral y su Anapo, a falta de un auténtico frente popular, ganaba adeptos. Los jefes políticos tradicionales se esforzaban por asegurar el nombramiento oficial a la candidatura presidencial de 1966, perdiendo así toda credibilidad ante las masas. Camilo se sentía como la única persona capaz de ofrecerle al pueblo un verdadero liderazgo.

Pero ante todo quiso hacer una pregunta: ¿Cuál sería su papel? El de agitador, ¿nada más? No le llamaba la atención. Había visto a tantos charlatanes ilusionando a las masas con falsas expectativas. Le parecía deshonesto hablar de revolución sin el apoyo de una organización dispuesta a afrontar al enemigo en un plan de igualdad. Como antídoto al voluntarismo hacía falta una vanguardia armada para respaldar las palabras con los hechos. Ahora bien, después de Simacota, Camilo había puesto sus esperanzas en el Ejército de Liberación Nacional, pero últimamente no se sabía nada más de los guerrilleros. Suponía que el ELN había fracasado.

Los jóvenes se cruzaron una mirada y tomaron el toro por las astas. Podían hablarle con autoridad, dijeron, sobre la situación del ELN. La guerrilla estaba floreciente. Se estaba reclutando gente para los frentes de lucha, entre los campesinos y el estudiantado. Si bien en los últimos meses no habían efectuado ninguna operación militar, tampoco se habían quedado quietos. Su trabajo político continuaba, lo mismo que su entrenamiento para futuros combates. Camilo podría estar seguro que los guerrilleros responderían a cualquier llamado a la acción pro puesto por él ante las masas.

El café apenas se había enfriado en la taza cuando Camilo se convenció. Le hablaron de Fabio Vásquez, su jefe máximo, y de la táctica inmediata del ELN y su estrategia a largo plazo. Todo muy a la carrera, pues les parecía imprudente prolongar este tipo de reunión. Podría suscitar sospechas. Prometieron prepararle, en el momento oportuno, una entrevista con los líderes de la organización. Mientras tanto, a mantenerse en comunicación. De ahora en adelante, para los efectos del movimiento, Camilo se llamaría Alfredo o Alfredo Castro; "Helio" era el alias de Fabio Vásquez. Cada uno repitió su propio seudónimo para que Camilo lo recordara. Luego se levantaron, le estrecharon la mano fervorosamente y desaparecieron.

Camilo regresó al apartamento para contarle la noticia a Guitemie. En el camino se le ocurrieron dos pretextos suficientemente convincentes por perder su vuelo: ni la ESAP ni la Curia le habían dado por escrito las debidas licencias. No tenía ninguna intención de partir sin ellas. Mejor dicho, no tenía la menor intención de partir. Y punto. Pensaba en la pila de invitaciones sobre su escritorio rogándole que presentara su plataforma en las universidades. Las aceptaría, comenzando al día siguiente con una conferencia en la Universidad de Tunja en Boyacá.

—Guitemie —dijo, entrando en la casa— a ver si me haces el favor y me llamas a Air France a cancelar mi reservación.

Casualmente, en el momento exacto en que Guitemie telefoneaba al aeropuerto para avisar que el padre Torres no podía viajar, los altoparlantes

llamaban a los pasajeros de Air France para abordar el vuelo número tal con destino a París.

Luego Camilo llamó a la Curia. Que lo comunicaran, por favor, con el padre Umaña o con el obispo auxiliar. Al rato oyó la voz del obispo.

— ¿Su Excelencia? Aquí Camilo. ¿Usted quería hablar conmigo?

Isabel y Gitemie casi se ahogaban conteniendo la risa.

—Queríamos hablar con usted, padre—. El tono del obispo registraba varios puntos bajo cero—. Sí, teníamos muchos deseos de hablar con usted. Pero a estas alturas, ya no hay de qué.

En la Curia diocesana, tanto el obispo como el cardenal estaban enfurecidos. Recibieron detallados informes sobre el discurso de Camilo en la Nacional y les disgustó su aseveración de que habían actuado a causa de presiones. “Un ataque público —dijeron— se merece una pública refutación”. El cardenal redactó una breve respuesta y la mandó publicar en los diarios de la capital. Salió el miércoles 26 de mayo.

El cardenal arzobispo de Bogotá declara:

1. Es absolutamente inexacto que el viaje del padre Camilo Torres obedezca a disposiciones de la autoridad eclesiástica o a presiones que ésta haya sufrido en tal sentido. El padre Torres solicitó espontáneamente hace algunos meses al arzobispo de Bogotá licencia para ausentarse de la Arquidiócesis con el fin de presentar su tesis de grado en la Universidad de Lovaina; esta licencia fue concedida y, posteriormente, reiterada por el obispo coadjutor ante una nueva petición del padre Torres.

2. En la plataforma de acción político-social presentada o suscrita por el padre Torres hay puntos que son inconciliables con la doctrina de la Iglesia.

Luis Cardenal Concha

Arzobispo de Bogotá.

Después de leer esto, Camilo, enojado sobremanera, se presentó donde el obispo con el periódico en la mano.

— ¿Por qué esta declaración a la prensa? —preguntó—. ¿Por qué no me llamaron a conversar? ¡No había necesidad de sacar los trapos sucios en público!

En cuanto al rechazo de ciertos “puntos” de su plataforma, Camilo quería saber cuáles puntos. Se preguntaba, también, por qué el cardenal no lo había discutido antes. La posibilidad de una discusión siempre había existido, ya que mucho tiempo atrás, la Curia publicó su propia edición de la plataforma.

El obispo lo escuchó impasible y, cuando Camilo ya no tenía nada más que agregar, pidió que pusiera por escrito su solicitud de viajar a Lovaina y cualquier otra pregunta acerca de la declaración del cardenal. Las dos cartas recibirían contestación a la mayor brevedad. Por el momento no existía motivo

para prolongar la entrevista. La Curia prefería tratar los asuntos por escrito como método más prudente de proceder.

Camilo regresó a su casa de mal humor y empezó a redactar las dos cartas. La primera evidentemente era una trampa; los jerarcas querían demostrar que él mismo, no ellos, había pro puesto el viaje a Lovaina. Camilo decidió manifestar que no le habían dejado otra alternativa. Sin embargo, por exceso de explicaciones, dañó su propio argumento. En vez de repetir simplemente las razones de su renuncia al puesto en la Curia, añadió, como motivo especial, que “la remuneración sería relativamente exigua, hecho éste que afectaría necesariamente la salud física y mental de mi madre”. La frase resultó sumamente infeliz, pues el obispo se aferró a ella para sostener la afirmación de que el único interés de Camilo era ganar mejor salario.

Su segunda carta al cardenal fue más afortunada.

Eminencia,

En la prensa del 26 de mayo del presente tuve la sorpresa de hallar una declaración de Su Eminencia respecto de mi próximo viaje y de ideas que yo he “presentado o suscrito”.

Inmediatamente me dirigí a la Curia para hablar personalmente con monseñor Rubén Isaza, obispo coadjutor de Bogotá. Pensé que era mucho más conveniente aclarar una situación con mi prelado en forma personal y no por intermedio de la prensa, ya que considero que las relaciones entre cristianos y especialmente entre los sacerdotes y su obispo deben ser esencialmente relaciones familiares y de mutua confianza.

Después de la declaración que Su Eminencia hizo por la prensa y que monseñor Isaza me confirmó ser esta la opinión verdadera de Su Eminencia, considero indispensable para mi propia tranquilidad, para la tranquilidad de los colombianos que están empeñados en un cambio de las estructuras temporales, en una sociedad más justa en Colombia, en Latinoamérica y en todos los países llamados subdesarrollados, para la tranquilidad de todos aquellos que consideran la doctrina de la Iglesia como un faro que orienta el proceso y que se considerarían al margen de la historia si no pueden participar en los cambios socioeconómicos fundamentales que necesita la humanidad para realizar, siquiera en parte, el supremo precepto de la caridad; para la tranquilidad de todas estas personas, Eminencia, necesito que defina por lo menos dos preguntas esenciales:

1. A qué plataforma sociopolítica se refiere Su Eminencia en la declaración del 26 de mayo (Camilo sabía que el cardenal poseía una copia de su plataforma original y quería saber a cuál de las dos Su Eminencia objetaba, aquella primera sin pulir, o la que había leído en la Nacional).
2. ¿Qué puntos estima Su Eminencia que yo haya suscrito y defendido y que sean “inconciliables con la doctrina de la Iglesia”?

En la total confianza de que la paternal benevolencia de Su Eminencia acogerá benignamente esta petición, en la cual creo yo está comprendida la acción temporal de tantos cristianos y de tantos

hombres, y asegurándole mi total sumisión al juicio de la Iglesia,
quedo de Su Eminencia,

Filialmente en Cristo,

Camilo Torres Restrepo.

Camilo entregó las cartas personalmente y esperó la prometida respuesta. Transcurrieron los días. Pasó una semana. Al comienzo de la segunda, siguiendo el ejemplo del propio cardenal, envió las dos cartas a la prensa. Se publicaron en los matutinos del Domingo de Pentecostés, y el cardenal rumiaba su respuesta en la sacristía de la catedral, disponiéndose para la celebración de la Santa Misa.

Uno de los testigos a la misa del cardenal aquel día fue un reportero italiano enviado por su periódico a Colombia para “cubrir” la esperada revolución. En vano el periodista andaba buscándola, y esa mañana, vagando sin rumbo por la Plaza de Bolívar, llegó a la puerta de la catedral en el momento en que un grupo de sacerdotes, atentos y nerviosos, guiaban al anciano cardenal con la mayor solemnidad posible a lo largo de la gran basilica hasta las gradas cubiertas de alfombra roja. Lo ayudaron a subirlas pesadamente y lo depositaron por fin sobre su trono de latón. El italiano observaba la escena fascinado, viéndoles vestir la rotunda figura del cardenal con ornamentos de damasco, guantes de terciopelo y pantuflas de seda bordadas con filigrana, con el acompañamiento de los viejos canónigos que croaban salmos desde un coro tallado en madera. “Todo daba la impresión de una reconstrucción fuera del tiempo —escribió más tarde— como en una película histórica”.

Su Eminencia no se sentía fuera de época. En su enérgico sermón pidió mayor “virilidad en la defensa de la Iglesia”, sin fijarse, aparentemente, en el puñado de ancianas que constituían su único público en la nave casi desierta de la catedral. Después de la misa y tras media hora de acción de gracias, el cardenal se retiró al palacio para dictar la última palabra sobre la cuestión de Camilo Torres y su famosa plataforma. Pondría a ese joven en su sitio. Creía firmemente que el Espíritu Santo lo apoyaba. Cuando hablaba un príncipe de la Iglesia, su palabra era incontestable. Si Camilo Torres quería una respuesta sin demora, la tendría rápidamente. Tan rápido, en realidad, que una copia saldría publicada en los periódicos antes de que la original llegara a su buzón de correo.

“En su carta del 28 de mayo último —dictó el cardenal— me pregunta usted cuáles son los puntos de los programas divulga dos por usted profusamente que están en oposición con la doctrina de la Iglesia Católica”.

Los dedos del taquígrafo volaban al compás de sus palabras.

“No me explico, o mejor dicho no quiero explicar, los motivos que han inducido a usted a hacer la pregunta aludida. Usted conoce perfectamente las enseñanzas de la Iglesia Católica acerca de los puntos que ha tratado en sus programas, y se ha apartado a sabiendas de esas enseñanzas. Mejor es decir las cosas clara mente y sin rodeos”.

Hizo una pausa, resollando. "Punto y aparte".

"Quiero añadir que desde el principio de mi sacerdocio he estado absolutamente persuadido de que las directivas pontificias vedan al sacerdote intervenir en actividades políticas y en cuestiones puramente técnicas y prácticas en materia de acción social propiamente dicha. En virtud de esa convicción, durante mi ya largo episcopado me he esforzado por mantener al clero sujeto a mi jurisdicción apartado de la intervención en las materias que he mencionado. Punto y aparte. Esta carta pone fin al asunto de que ella trata".

Recordando que no era solamente príncipe sino también pastor (dos funciones a veces difíciles de conciliar) el cardenal agregó: "Sin embargo, todas las veces que usted quiera hablar conmigo puede estar seguro de que tendrá mis puertas abiertas. Afectísimo en el Señor (coma) Luis Cardenal Concha (punto final)".

Nada más. La carta fue sacada en limpio, firmada, sellada y enviada a la prensa. Pero su publicación, lejos de poner fin al debate, como deseaba el príncipe, sólo sirvió para reabrirlo. Los lectores gozaron con este intercambio de correspondencia entre el anticuado arzobispo y el joven sacerdote, y los periódicos le sacaron el jugo. Los jefes de redacción recibieron cantidad de cartas expresando una gama de opiniones, y los periodistas llenaron sus columnas, los menos con elogios, la mayoría con críticas a la posición de Camilo. Los que no veían más que la disputa de un sacerdote con su cardenal, aplaudieron los programas políticos de Camilo; pero los más perspicaces, a quienes no se les escapó el radicalismo de su plataforma, tildaron a Camilo de desobediente. Si Camilo hubiera dirigido sus críticas simplemente a la jerarquía, los periodistas indudablemente habrían alabado su actitud. No faltaban sacerdotes que atacaban a los jefes de la Iglesia, y sus denuncias y escándalos encontraban cabida en la prensa. Pero Camilo desconcertaba a todos. Se dirigía al cardenal con cortesía y no se ocupaba de las pequeñas injusticias cometidas contra su persona, sino de las inmensas injusticias perpetradas por el sistema contra el pueblo. Esto no pasó desapercibido. Los periodistas que escribían los editoriales —defensores tradicionales del sistema— no le dieron cuartel.

Mientras Camilo viajaba de pueblo en pueblo dictando conferencias a crecientes auditorios de estudiantes, sindicalistas, políticos y asociaciones de profesionales, lo acompañó una manada de reporteros y un sinfín de censuras. Su nombre estaba en todos los labios.

La crítica engendró la adulación y viceversa. Y durante el mes de junio su nombre figuraba a diario en los titulares de la prensa. Sólo el 10 de junio, al salir la noticia de la muerte espectacular de un célebre bandolero, Efraín González, Camilo pasó a las páginas interiores; pero al día siguiente salió de nuevo en primera plana.

La ola de publicidad le proporcionó la oportunidad de llegar a un público muy amplio. Mediante la radio y la prensa respondía a las preguntas que se le hacían sobre la plataforma y sus futuros proyectos políticos. Desde luego que

sus críticos lograban tergiversar sus palabras. Pretendían ignorar los planteamientos generales y destacaban algunos aspectos aislados, tales como su propuesta a favor de la expropiación de propiedades de la Iglesia y su alusión al clero colombiano como "el más retrógrado del mundo". Trataban de acusarlo de simple amargado contra la Iglesia. En esos días surgió la figura de un sacerdote de Boyacá, Martín Amaya, quien renegaba de la Presencia Real y otras doctrinas católicas, pronunciándose en contra del celibato eclesiástico. A los periodistas, el padre Amaya les cayó de perlas; hacían lo posible por identificar la causa de Camilo con la suya, con el propósito de confundir a la opinión pública.

Ciertos clérigos, también, por medio de sus escritos, ayudaban a difundir la imagen de Camilo como implacable adversario de la Iglesia. Escribió el padre Fernando Gómez Mejía, columnista de un diario de Medellín: "Los discursos revolucionarios del padre Torres no han conseguido un solo acto de amor a Dios ni el arrepentimiento de un solo pecador. Pero sí han cosechado, en menos de un mes, más odio por la Iglesia y por el clero colombiano que lo que han obtenido los incrédulos y los camaradas a través de largos años de campañas malévolas".

Los mismos simpatizantes de Camilo no siempre supieron apreciar sus postulados. Un sacerdote amigo publicó un artículo diciendo que "el padre Camilo debe arreglar humildemente el lío con el cardenal, declarar públicamente que no sale desterrado y darse un paseo por el viejo continente pero sin claudicar de sus ideas, que están muy buenas".

Lo anterior fue tomado como una exagerada defensa de Camilo y su autor censurado. Su superior religioso declaró que "el padre Camilo Torres es un loco, un alborotado de cabeza, que ha tomado una posición de exacerbación mental".

Un mes de periodismo no produjo un solo argumento referente a las tesis de Camilo, sino un derroche de pasiones.

De todas las quejas, las más apasionadas se contaban entre aquellas llevadas por los obispos ante la Curia de Bogotá. Los obispos resentían las incursiones de Camilo dentro de sus diócesis, y su prédica de la revolución, pero como no era súbdito de ellos sino del cardenal Concha, no podían silenciarlo. Por tanto, le pidieron al cardenal que lo frenara con algún castigo eclesiástico.

Al cardenal no le gustaban estas sugerencias. A su parecer una sanción pronunciada contra Camilo sólo aumentaría su prestigio popular. El cardenal vislumbraba una solución diferente. Decidió arreglar el asunto, y de paso aplacar a los obispos, con un nuevo y (según esperaba) terminante pronunciamiento. Como de costumbre, lo mandó a los periódicos. Se publicó el 29 de junio.

El cardenal arzobispo de Bogotá se cree en la obligación de conciencia de decir a los católicos que el padre Camilo Torres se ha apartado conscientemente de las doctrinas y directivas de la Iglesia Católica. Basta abrir las encíclicas de los Sumos Pontífices para darse cuenta de

esta lamentable realidad. Realidad tanto más lamentable por cuanto el padre Torres preconiza una revolución aun violenta con la toma del poder en momentos en que el país se debate en una crisis causada en no pequeña parte por la violencia que con grandes esfuerzos está tratando de conjurarse. Las actividades del padre Camilo Torres son incompatibles con su carácter sacerdotal y con el mismo hábito eclesiástico que viste. Puede suceder que estas dos circunstancias induzcan a algunos católicos a seguir las erróneas y perniciosas doctrinas que el padre Torres propone en sus programas.

En el momento en que apareció esta declaración, Camilo se encontraba en Medellín ocupándose de conferencias y mesas redondas. Se había vuelto una figura nacional de proporciones tales que los grupos de oposición, en su mayoría, estimaban conveniente aceptar su plataforma como base de unidad. Estaba echando los cimientos del Frente Unido. Se rodeaba de dirigentes de las diversas sectas de la izquierda que proponían el liderazgo suyo para orientar a sus supuestos destacamentos armados. Tanto líderes sindicales como cuadros del Partido Comunista le pintaban pajaritos de oro, describiendo grupos de guerrilla urbana que en realidad no existían. Encontraban a Camilo fácil de convencer. Llegó a creer el cuento de un capellán del ejército: "De coroneles para abajo todos están contigo". Para dar expresión a este gran movimiento que se cuajaba en torno a su figura, Camilo planeaba la publicación de un periódico. Lo llamaría Revolución Colombiana y calculaba un tiraje de medio millón de ejemplares. En su vida había estado tan exaltado, cuando de pronto salió este comunicado del cardenal, como si le hubieran echado encima un balde de agua fría.

Había llegado la hora —y de ello Camilo cayó en la cuenta— de plantear los problemas personalmente al cardenal. El sacerdocio le era importantísimo. Resultaba impensable seguir tratando el asunto a la ligera en las páginas de la prensa. El lunes 21 de junio canceló una cita en Cali y llamó a Bogotá para pedir una audiencia con el cardenal. Se la concedió para el día siguiente a las diez de la mañana.

Regresó inmediatamente a Bogotá y pasó varias horas charlando con amigos católicos sobre el posible desenlace de su encuentro con el cardenal. Su intención, tal como se la explicó a los demás, era pedir al cardenal que aclarara de una vez por todas cuáles eran los puntos que rechazaba de su plataforma. Como dato curioso, visitaba Bogotá un obispo holandés, monseñor Blomjous, conocida autoridad en materia de doctrina social de la Iglesia y miembro de la comisión sobre La Iglesia y el mundo para el Concilio Ecuménico. Blomjous asistió esa noche a una reunión en el apartamento de Camilo, leyó la plataforma con cuidado y opinó que el documento no discrepaba de las encíclicas pontificales. Le devolvió a Camilo su acostumbrado optimismo. Al día siguiente entró sonriente por la puerta del palacio, convencido de que todo saldría bien. El cardenal Concha era un hombre razonable. Más aún, paternal. No faltaba sino sentarse con él a charlar largo y tendido.

Pero el cardenal no estaba para charlas. Ni tenía la menor intención de hacer de padre abrazando al hijo pródigo. Al contrario, antes de ordenar a

Camilo que pasara, llamó a su vicario general pidiendo lo acompañara como testigo de la entrevista. Explicó que su experiencia en el trato con políticos le enseñaba a evitar el peligro de falso testimonio.

En su despacho Camilo se enfrentó con la mirada glacial del cardenal y el escrutinio del vicario general. Por supuesto que perdió en el acto toda esperanza de una conversación cordial. El anciano extendió la mano para que le besara el anillo y le ordenó sentarse.

—Padre Camilo —dijo, sin más ceremonia—, como usted sabe muy bien, su actividad política y su ministerio sacerdotal son cosas totalmente incompatibles. No puede seguir con las dos; tiene que escoger — ¡O lo uno o lo otro!

Camilo pensaba hablar sobre el origen y contenido de su plataforma, pero tan pronto abrió la boca, el cardenal lo cortó.

—No hace falta repetir todo eso. Yo he leído todas sus... sus cositas. Me las sé de memoria. Vuelvo y repito: usted no puede seguir en este plan.

Nuevamente Camilo trató de ofrecer explicaciones. Nuevamente el cardenal le interrumpió.

—No tengo ningún deseo de entrar en discusiones con mis sacerdotes. Es más. No hay nada que discutir. A usted le toca simplemente obedecer.

Camilo quería alejarse de esta atmósfera sofocante, de la presencia del cardenal, de la mirada inquisitorial del vicario general. Pidió tiempo para pensar.

—Y para rezar, agregó el cardenal bruscamente, despidiéndose. Así termino la entrevista. Había durado menos de dos minutos.

En el pasillo, Camilo encontró a un grupo de funcionarios de la Curia, clérigos conocidos, que se acercaban adelantando expresiones de condolencia y consejos fraternales. Entre otros, el padre Ernesto Umaña. Éste sacó a Camilo por una puerta de atrás —para evitar a los reporteros congregados a la entrada principal— y lo invitó a casa para tomar un trago y charlar de la entrevista trunca. Camilo aceptó. Le parecía que Ernesto Umaña tenía, como pocos, el oído del cardenal y que le podría ayudar a tomar una decisión en cuanto al próximo paso. A los pocos minutos estaba sentado en un sillón tomando un whisky con Umaña, desmenuzando el enredado problema.

Umaña le permitió hablar. Camilo le explicó que eran muchas las personas que contaban con él, que se trataba de la construcción de un movimiento de masas y que, si renunciaba a la "bandera", sería "muy posible que la tomara una persona que no lograra realizar los objetivos humanistas que buscamos nosotros, los cristianos". Umaña escuchó con atención, como ganándose el derecho de expresar el punto de vista del cardenal. Finalmente se pronunció.

—Tienes que entender, Camilo, que Su Eminencia siente una considerable presión por parte de los demás obispos. Naturalmente al cardenal no le gusta la idea de suspender a uno de sus sacerdotes. En lo más mínimo.

Pero los otros, hasta cierto punto, le pueden obligar. Como tú sabes, la Conferencia Episcopal se reúne dentro de unos diez días; todos los obispos van a estar aquí en Bogotá. ¿Te das cuenta? Van a exigirle al cardenal que te aplique alguna sanción. Y como tú siempre sales de la arquidiócesis y circulas libremente en los territorios de ellos, pues no dejas a Su Eminencia otra alternativa. Si no quieres perder el sacerdocio, Camilo, tendrás que someterte. Son las reglas del juego.

Camilo afrontaba una elección inescapable. Los presentimientos que experimentara en Paipa se habían vuelto realidad. Umaña, al verlo arrinconado, se dispuso a dar el golpe de gracia. Lo hacía, desde luego, con diplomacia clerical.

—Tal vez lo mejor sería adelantarse a los acontecimientos —le aconsejó—. Podrías pedir una dispensa de tus obligaciones sacerdotales, en vez de tener que abandonar el ministerio por necesidad. Más honroso, ¿no te parece?

Camilo lo meditó. Desde el punto de vista puramente político, un castigo del cardenal favorecía su imagen pública, pues aparecería como víctima inocente de la represión. Pero rechazaba la tentación de explotar las debilidades de la Iglesia. Únicamente quería ser fiel a su conciencia "sin hacerle daño a la Iglesia". Al padre Umaña le dio las gracias por ayudarle a ver las cosas más claras.

Empleó lo que le quedaba de aquel martes —la tarde y la noche— en largas conversaciones con un grupo de intelectuales católicos. Éstos se habían enfurecido cuando el cardenal sacó sus denuncias olímpicas contra Camilo; enviaron una carta conjunto rogándole, con todo respeto, que los iluminara en cuanto a las doctrinas supuestamente erróneas de la plataforma. La iniciativa fue una expresión del deseo que compartían, con grupos de intelectuales católicos en otros países, de entrar en diálogo con sus pastores con miras a la modernización de su Iglesia. Pero el cardenal echó su carta a la canasta. Lo cual hubiera extinguido para siempre sus anhelos de reforma, de no haber sido por la llegada de Camilo aquel día, con el ánimo por el suelo y su triste relato sobre la entrevista de dos minutos. Sus amigos decidieron mandar una especie de comisión a hablar con Su Eminencia.

Al otro día, al enterarse de que estaban en una antesala pidiendo audiencia, el cardenal aceptó "pero únicamente" —les dijo, cuando habían entrado y besado su anillo—, "únicamente por deferencia, ya que no aceptaba ningún género de discusión".

El cardenal no ocultó su impaciencia con la impertinencia del grupo, sobre todo cuando alguno tocó el tema de la plataforma. —Toda esa plataforma está en pugna con la doctrina de la Iglesia —principalmente los puntos sobre la toma del poder, la nacionalización y la extinción de la propiedad privada.

—Me parece que ustedes ignoran totalmente la doctrina social de la Iglesia —añadió Su Eminencia—. Deberían estudiarla. Encontrarán que se

presentan allí las soluciones claras a todos los problemas de orden social, incluyendo todas las respuestas posibles.

Con lo cual pensaba terminar la entrevista, destinada, como la de Camilo, a ser breve. Sin embargo, un miembro de la comisión mantuvo la calma lo suficiente como para formularle al cardenal una pregunta a la que la doctrina social católica no daba respuesta.

—Según la afirmación de Su Eminencia, la Iglesia es defensora de la propiedad privada. Ahora bien, quisiera saber cuáles de las formas de propiedades son las que defiende la Iglesia. Por ejemplo, ¿la tierra adquirida por expropiación?, ¿o comprada con dinero adquirido en negocios deshonestos?, ¿o tierra conseguida a través de la devaluación que expropia a unos y aumenta la fortuna de otros? En Colombia son éstas las formas más normales de adquirir la propiedad privada de la tierra...

El cardenal se levantó temblando de rabia.

—No estoy dispuesto —dijo— a continuar esta conversación, y salió sin más comentario.

Los intelectuales católicos salieron también. De allí en adelante se dedicarían a tareas más factibles que la modernización de la Iglesia colombiana.

Por la tarde, el padre Ernesto Umaña llegó al palacio con una buena noticia: Camilo estaba a punto de renunciar. El cardenal suspiró aliviado y comenzó a hablar del "rescripto" que tendría que pedir a Roma. Se preguntaba sobre la demora, conociendo bien la lentitud del Vaticano. Umaña propuso que Su Eminencia concediera la "laicización" en seguida, dejando que Roma la confirmara después. La sugerencia sorprendió al cardenal. ¿Tenía el poder para "reducir" a un sacerdote al rango de un simple laico? El padre Umaña tomó su *Codex Juris Canonici* y leyó en voz alta el canon 81 afirmando que, efectivamente, el "ordinario" (obispo local) no podía dispensar de las leyes de la Iglesia "*nisi in mora sit periculum gravis damni*". El erudito Umaña tradujo: "Salvo en caso que la demora fuera ocasión de grave daño". En este caso, la demora podría causarle considerable daño a la reputación de la Iglesia. Su Eminencia, el "ordinario", tenía jurisdicción para dar la dispensa.

El cardenal se puso muy contento con la conclusión que Umaña lograba sacar a la legislación canónica. Le pidió que preparara los documentos pertinentes para tener todo listo en el momento en que Camilo diera el paso.

No tuvo que esperar. Camilo ya estaba redactando una breve nota pidiendo su reducción al estado laical. Preparaba también una declaración para la prensa. Por la noche hizo una visita a Umaña, comunicándole su decisión de presentar la solicitud personalmente al día siguiente.

El cardenal lo recibió de muy buena gana el jueves por la tarde en su residencia privada. Expresó su pesar de que Camilo renunciara a su ministerio, y aseveró que, el día que quisiera volver, encontraría las puertas abiertas. Camilo, al notarle un tono tan paternal, empezó a hablar de sus actividades políticas y sus esperanzas para el futuro, hasta que vio que el cardenal, detrás

de sus gruesos lentes, tenía los ojos totalmente cerrados. Se veía como una inmensa rana dormitando a orillas de una laguna en una tarde de verano. Continuar hablándole no tenía sentido. Las relaciones oficiales entre Camilo y la Iglesia habían llegado a su fin.

Los colombianos se enteraron de esto al leer su declaración en la prensa, o escucharlo por la radio. Sus sentidas palabras representaban el fruto de dieciocho años vividos en el seno de la Iglesia Católica.

Quando existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias aun a costa de su posibilidad de celebrar el rito eucarístico que no se entiende sin la entrega de los cristianos.

En la estructura actual de la Iglesia se me ha hecho imposible continuar el ejercicio de mi sacerdocio en los aspectos del culto externo. Sin embargo, el sacerdocio cristiano no consiste únicamente en la celebración de los ritos externos. La misa, que es el objetivo final de la acción sacerdotal, es una acción fundamentalmente comunitaria. Pero la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto del amor al prójimo.

Yo opté por el cristianismo por considerar que en él encontraba la forma más pura de servir a mi prójimo. Fui elegido por Cristo para ser sacerdote eternamente, motivado por el deseo de entregarme de tiempo completo al amor de mis semejantes. Como sociólogo he querido que ese amor se vuelva eficaz, mediante la técnica y la ciencia; al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal. Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria, podemos realizare! amor que los hombres deben de tener a sus prójimos.

Desde que estoy ejerciendo mi ministerio sacerdotal he procurado, por todas las formas, que los laicos, católicos o no católicos, se entreguen a la lucha revolucionaria. Ante la ausencia de una respuesta masiva del pueblo a la acción de los laicos, he resuelto entregarme yo, realizando así parte de mi labor de llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios. Esta actividad la considero esencial para mi vida cristiana y sacerdotal, como colombiano. Con todo, es una labor que actualmente riñe con la disciplina de la Iglesia actual. No quiero faltar a esta disciplina, ni quiero traicionar mi conciencia.

Por eso, he pedido a Su Eminencia, el cardenal, que me libere de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo en el terreno temporal. Sacrifico uno de los derechos que amo más profundamente —poder celebrar el culto externo de la Iglesia como sacerdote— para crear las condiciones que hacen más auténtico este culto.

Creo que mi compromiso con mis semejantes de realizar eficazmente el precepto de amor al prójimo me impone este sacrificio. La suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad, debe ser el

amor sobrenatural. Correré con todos los riesgos que esta medida me exija.

La noticia de la laicización de Camilo salió en las primeras páginas de los periódicos el día que el cardenal Concha anunció la posible llegada de Pablo VI al Congreso Eucarístico Internacional citado para 1968 en Bogotá. Lo de Camilo le quitó importancia al anuncio de la visita papal, y esto Su Eminencia no lo tomó bien. Había dado por terminado el asunto del padre Torres, y se sintió perseguido por su fantasma.

A los dos días la Curia le comunicó a Camilo que, de allí en adelante, debería considerarse como laico; sin embargo, como favor especial, se le concedió permiso de celebrar la misa por última vez al día siguiente, domingo.

Aquel domingo, el 27 de junio, Camilo pensaba viajar a Lima. El motivo del viaje era una invitación que se le había hecho varios meses antes para participar en un seminario intitulado Desarrollo de la Comunidad. Tal vez habría cancelado la cita si no fuera por el hecho de que, de todos modos, le hacía falta ausentarse por unos días de Bogotá. Su penoso debate con el cardenal y la pérdida de su sacerdocio le habían afectado muy duramente; y como si eso fuera poco, un gran número de personas se habían dedicado a la tarea de "salvarlo".

Algunos sacerdotes, con quienes no se había visto en años, aparecieron como figuras del pasado e hicieron lo posible por persuadirlo a "no abdicar". Evidentemente no entendían que para él someterse al cardenal hubiera sido la solución fácil; estaban convencidos de que Camilo era un gandul, y esta absoluta falta de comprensión sólo aumentó su dolor. Algunos hasta se tragaron el cuento de que estaba resentido por el poco sueldo que le habían ofrecido en la Curia, lo cual le causó gran tristeza, pues pensaba que sus amigos deberían conocerlo mejor. No todos, por supuesto, le atribuían motivos tan indignos. Algunos creían que su actitud se debía a un momentáneo desequilibrio mental. Entre éstos estuvo el padre Miguel Triana quien, en los días del seminario, había asumido el papel de consejero espiritual de Camilo. Miguel no había cambiado; volvió a buscar a su amigo para ganarlo de nuevo para la Iglesia.

"La Iglesia necesita de tus talentos, Camilo —le dijo—. Hay muchas maneras de servir a Dios. Considera el caso mío, por ejemplo". (Camilo pensó en la vida de Miguel, capellán de las niñas bien de El Chicó). "Yo comparto tus ideas, Camilo, pero he escogido el apostolado a la clase opresora".

No solamente lo persiguieron sacerdotes, sino laicos también, insistiendo en que no renunciara al sacerdocio, al menos para no perder su atractivo para las masas. "Te quitas esa sotana —le decían—y nadie vuelve a mirarte".

Con razón se sentía agotado. La invitación a Lima, entonces, le proporcionaba un pretexto para alejarse. Decidió tomar el vuelo programado para el domingo por la mañana.

El sitio de su última misa fue la iglesia colonial de San Diego en el centro de Bogotá. Al amanecer, llegó a la iglesia con Guitemie, y mientras entró a la

sacristía a ponerse los ornamentos, ella tomó un puesto entre las muchachas de servicio doméstico que constituían el grueso de la feligresía. Las criadas habían venido, como de costumbre, a la misa más temprana del día, para poder estar de regreso en sus casas antes de las siete a preparar el desayuno de sus amas.

“La esclavitud de estas niñas —meditaba Guitemie— es otro mal que Camilo quiere arreglar con la revolución”.

Al repique de una campanita, los asistentes se pusieron de pie, raspando sus bancos contra el piso enlosado, y Camilo, caminando detrás de un acólito, apareció en la pálida luz del sagrario. Se inclinó a besar el altar, tocando el suelo con la punta de su casulla verde, ajustó el paño que cubría el cáliz y se volteó a mirar al público. Creían que iba a decir algo, pero no encontraba las palabras y, después de una pequeña pausa, bajó a la última grada y giró de nuevo hacia el altar.

“Estas niñas —pensó Guitemie— no tienen idea del sufrimiento de Camilo”.

Ella sí sabía por qué trazaba los gestos rituales tan lentamente en el aire, como despidiéndose de ellos, y pronunciaba con especial deliberación las palabras en latín.

Introito ad altare Dei, enunciaba.

Ad Deum qui laetificat juventutem meam, respondió el acólito.

No hubo sermón, ni cantos. Celebró su última misa en la más austera versión del rito romano, totalmente desprovisto de adornos. A las seis y media regresaban al apartamento.

Durante el desayuno, Guitemie e Isabel le notaban a Camilo pocas ganas de hablar. Antes de acompañarlo al aeropuerto, alistaron su maleta y opinaron sobre cómo debería vestirse ahora para presentarse en público de seglar. Él mismo escogió su atuendo: camisa negra abotonada hasta el cuello y traje gris oscuro.

—Todavía te ves como un cura —comentaron.

Camilo sonrió.

—Pues, es lo que soy...

Su viaje fue un cambio, pero de ninguna manera un des canso. Aparte de las sesiones diarias sobre desarrollo de la comunidad, sus anfitriones peruanos lo mantuvieron ocupado dictando conferencias a los estudiantes de las universidades de San Marcos y La Molina, y dando entrevistas para la prensa. Lo trataron de celebridad. Camilo aprovechó la ocasión para divulgar sus ideas, considerando que mientras más apoyo ganara a nivel continental, más prestigio tendría su Frente Unido en la misma Colombia. En Lima, entonces, hizo circular una copia de su plataforma con el título de “Una Plataforma Latinoamericana de Unidad Popular”, y llamó al doctor Matos Mar y a otros prestigiosos personajes del Movimiento Social Progresista, invitándolos a un intercambio sobre perspectivas revolucionarias. Ellos, francamente, no

quedaron bien impresionados. El Camilo académico que conocieran de colega en varias reuniones internacionales de sociología les gustaba mucho más que el Camilo caudillo rebelde. El nuevo papel les pareció un poco indigno.

A pesar del trajín de su semana en Lima, Camilo encontró tiempo para verse con un viejo amigo, el padre Gustavo Gutiérrez. El sacerdote peruano era, por temperamento, muy distinto de Camilo. Se conmovió mucho al ver a Camilo llorar ante el recuerdo de su última misa, pero lamentaba la renuncia de su amigo al sacerdocio por motivos más políticos que sentimentales. El hecho de que Camilo se alineara abiertamente con los marxistas perjudicaba, a su parecer, la posible aceptación de otros sacerdotes progresistas por parte de la jerarquía en Latinoamérica. Otra diferencia: por más que tratara de ver las cosas desde el ángulo de Camilo, la mera idea de un sacerdote como político le olía a clericalismo de izquierda, y Gustavo rechazaba el clericalismo de cualquier color.

No disimulaba sus divergencias con Camilo. Al contrario, sus críticas eran a la vez fraternales y extremadamente francas. Se expresó en desacuerdo, por ejemplo, con el contenido teológico de la declaración que Camilo hizo para la prensa. "Si no podemos celebrar la eucaristía hasta lograr una sociedad perfecta, tendremos que postergarla para el paraíso, y en tal caso la eucaristía sería superflua".

Le molestó también la afirmación de Camilo de que los marxistas eran siempre más generosos que los cristianos. —No me venga con eso —le dijo—. Es una especie de esnobismo a la inversa.

Más allá de estas diferencias, Camilo y Gustavo compartían convicciones fundamentales sobre el cristianismo y el cambio social, y Camilo quería desahogarse con su amigo. Le preguntó qué pensaba de la lucha armada.

Gustavo pensaba en las guerrillas del Perú, los insurgentes del MIR que esa misma semana habían eliminado a dos guardias en las montañas de Junín. Contestó que, según su cálculo personal, la guerrilla ofrecía poca posibilidad de éxito. Camilo le confió la noticia de su compromiso con el ELN y, una vez más, Gustavo lo creía equivocado.

—Admiro tu valentía, Camilo. Pero no te veo como guerrillero. Es decir, no te puedo imaginar matando soldados. Y tampoco te veo caminando por la selva durante años. Si decides meterte, lo mejor que te podría pasar — la franqueza!—, pero lo mejor sería ¡que te mataran con la primera bala!

En Colombia, los militantes del ELN estaban preocupados por Camilo. Durante sus giras en junio se había dejado rodear por izquierdistas de todos los tintes, y parecía creer, ingenuamente, cuantas cosas le contaban. Fabio Vásquez estimó que era hora de hablar con Camilo y coordinar los proyectos del Frente Unido con las tácticas del ELN. Mandó una carta al jefe de la red clandestina en Bogotá proponiendo que Camilo visitara el campamento secreto de Santander tan pronto llegara de Lima.

—Y no me lo traiga aquí —escribió Fabio—, dízque a conversar conmigo, a entrevistarse conmigo. Sino como él mismo lo ha dicho: como miembro de la organización.

El sábado 3 de julio, cuando Camilo descendió del avión en el aeropuerto de El Dorado de Bogotá, se encontró con una recepción apoteósica. Brillaba el sol y la multitud era más numerosa y más entusiasta aun que los miles que acudieran a la universidad el día de su despedida. Lo llevaron en hombros por las dependencias del aeropuerto y una caravana de autos y buses lo acompañó, al son de bocinas, por la Avenida de El Dorado a la Universidad Nacional. Una vez allí, lo subieron por una escalera al balcón de la cafetería, desde donde se dirigió a la multitud. No dijo nada nuevo, pero lo que todos recordarían después fue su promesa de no volver a salir del país hasta que la lucha revolucionaria hubiera triunfado y el pueblo estuviera en el poder.

Cuando la multitud se dispersó, jóvenes del ELN lo llamaron a un lado para comunicarle las instrucciones de Fabio: esa noche viajarían a Bucaramanga. Un auto pasaría por él a las once.

Su apartamento estaba atestado de amigos y lagartos brindando por su éxito político. En el curso de la noche Isabel lo vio retirarse a su habitación. Lo encontró echando ropa en un maletín.

—Estoy cansado —le dijo— un amigo me invitó a pasar unos días en su finca. Creo que me hará provecho.

Se despidió. Y antes de la medianoche partía de la ciudad por la carretera de Santander.

Capítulo 10

El Frente Unido

Viajaron en silencio. Al volante Galo, líder estudiantil, permaneció callado, simplemente cumpliendo órdenes. Camilo tampoco quería conversar. Le pesaba el sueño acumulado de una semana de trasnochadas y su voz estaba ronca de tantos discursos. Cerró los ojos y trató de acomodarse en el asiento desvencijado. El auto daba tumbos sobre la carretera mal pavimentada. Le fastidiaba un resorte roto hundido en sus costillas. Se deslizó, evitando un agujonazo, y volvió a cerrar los ojos. Pensaba en Fabio Vásquez y sus compañeros de armas. Finalmente, en el transcurso de la noche, se quedó dormido.

Zigzagueando por un paso rocoso, el coche descendió a una zona de clima cálido y llegó, muy de mañana, a la ciudad de Bucaramanga.

Camilo despertó de una sacudida encontrándose estacionado en un callejón frente a la puerta de una casa.

“Esto lo llamamos *La Cueva* —informó Galo—. Algunos compañeros nos estarán esperando”.

Efectivamente, los recibieron un par de jóvenes —el uno, estudiante a quien decían Juanito, y el otro José Manuel Martínez, abogado recién graduado,

conocido en el ELN por el seudónimo de Martín. Ambos de muy buen ánimo. Preguntaban si Camilo se había enterado de su más reciente acción, el arreglo de cuentas con El Loro. ¿Cómo así? Se les pidió una explicación.

El Loro, le contaron, era el apodo de un tal Florencio Amaya, campesino de San Vicente muy dado a soltar la lengua. Su tema preferido, Fabio Vásquez y el ELN. Pero aún, se comunicaba con la inteligencia militar. Como consecuencia, una noche de la semana anterior le metieron tres balas por la espalda. Sobrevivió, infortunadamente, y fue hospitalizado en Bucaramanga. El ELN todavía necesitaba callarlo. El sábado por la tarde —a la hora en que a Camilo lo vitoreaban en el aeropuerto de El Dorado— dos campesinos se presentaron en la clínica de Bucaramanga rogándole a la enfermera permiso para saludar al señor Amaya, paciente de la pieza número diecisiete. Siendo hora de visitas la enfermera los dejó entrar. Al momento, viéndolos salir se asomó por curiosidad a la habitación de Florencio Amaya donde lo descubrió bañado en sangre, acabado a cuchilladas. El día de la llegada de Camilo los periódicos relataban los pormenores de la muerte de El Loro, ajusticiado por el ELN.

Oyéndoles narrar esto fríamente, Camilo se sintió golpeado, pues se había imaginado la guerrilla como algo romántico. No dijo nada, pero su mero silencio constituía un comentario suficiente. Más tarde preguntó:

—Sobre lo de El Loro ¿qué opinan ustedes?

Martín le dio la respuesta sin emoción, tal como le había contado la operación.

—La revolución nos impone tareas desagradables, Camilo. La cosa es en serio. El Loro fue un traidor.

Juanito escrutaba el rostro de Camilo y cuando se encontraron a solas le dijo:

— ¿Podrías tú matar?

—Hablemos de eso más tarde —respondió Camilo.

Lo mantuvieron 24 horas en un escondite. Cada vez que insistía “Vámonos” le exigían paciencia: “Tranquilo, Camilo. No te afanes. Se nos presentó un problemita”.

El lunes lo llevaron por el camino de San Vicente donde hizo trasbordo a un jeep. El jeep, a su turno, se detuvo en un punto solitario de la carretera para permitirle bajar con un compañero. Los dos se internaron en la selva. Camilo siguió a su guía por un laberinto de senderos, hasta llegar finalmente a un ranchito campesino donde entraron a tomar una taza de café. Tenían que esperar la llegada de un mensajero.

Permanecieron el día entero a la espera de alguna señal de los guerrilleros, y nada. Las horas se arrastraban pesadamente, lloviznaba sin cesar y el bochorno se hacía insoportable. Al caer la tarde apareció un grupo de labradores que se saludaron con el guía, evidentemente conocido suyo. A Camilo, el forastero, le ofrecieron la mano, invitándolo a compartir la comida.

Se acostaron temprano, la lluvia traqueteó toda la noche en el tejado y no recibieron ninguna noticia de los guerrilleros.

—Algo ha fallado —murmuró el guía—. Parece que no les llegó una comunicación nuestra.

Al otro día, enervado por tan larga espera, Camilo decidió no aguantar más. Dejaría una carta a Fabio antes de regresar a la ciudad. Comenzó a redactarla en las páginas de un cuaderno, dirigiéndose a Fabio por su seudónimo:

—Estimado compañero Helio: solamente al llegar de Lima supe del deseo que ustedes tenían de que yo viniera para que coordináramos la acción legal con la acción clandestina... Mañana, miércoles, tengo una gran concentración en Cali que ya aplacé anteriormente. Por eso, si no viene el enlace, me devolveré a Bucaramanga. Comprendo que mi viaje a Lima les impidió a los compañeros de Bogotá coordinar mejor las cosas. Por intermedio de ellos seguiremos comunicándonos...

Se trataba de una comunicación demasiado tenue. Camilo deseaba un encuentro personal. Pero ¿qué hacer? Llenó dos hojas con un informe sobre sus actividades y proyectos y las dobló, entregándolas a su compañero.

Al punto de tomar el camino de regreso, percibió un hombre en la puerta del rancho que los llamaba con señas. Lo siguieron a un punto alejado de la casa donde los saludó calurosamente pidiendo disculpas por la demora. Sólo la noche anterior Fabio se había enterado de su presencia. El hombre que hacía de enlace averiguó si el calzado de Camilo resistiría el trajín de la selva y quedó satisfecho al ver que llevaba botas adecuadas. Los condujo tras una larga caminata al campamento guerrillero, andando en fila por sendas lodosas, cruzando una cordillera y bajando por abruptas pendientes. Llegaron a su destino al anochecer.

Salió a su encuentro un hombre alto, delgado, de sombrero alón y amplia sonrisa —Fabio Vásquez les daba la bienvenida. Camilo se sintió inmediatamente a sus anchas. Atravesaron un claro, inclinándose para no topar la cabeza con el quicio de la choza que servía de cuartel general. A Camilo se le presentó a Víctor Medina, "El Tuerto" Afanador y José Ayala, también de extracción campesina. Se acomodaron en banquitos.

—Estás son el estado mayor, Camilo —Fabio indicaba a sus compañeros—. Los demás combatientes no tienen por qué enterarse de tu identidad. Por razones de seguridad.

Durante los primeros minutos conversaron de asuntos personales, tanteándose el uno al otro. Camilo habló de su visita al pueblo natal de Fabio.

—Estuve visitando a tu familia, tratando de explicarles el sentido cristiano de nuestra lucha. Creo que quedaron bastante consolados. Tu mamá me dijo que se quedaba rezando por la causa.

Fabio sonrió. Le hizo gracia lo del "sentido cristiano" de la revolución. No obstante, apreciaba la delicadeza del sacerdote para con su madre, y se lo agradeció.

Llegando al grano, Camilo propuso como punto de partida para una discusión la carta que había escrito esa mañana, ya que contenía la síntesis de sus ideas. La entregó a Fabio. Leyéndola, el comandante guerrillero frunció la frente, pues la carta constaba de una lista pormenorizada de los más ingenuos errores que revolucionario alguno pudiera cometer.

"La situación no puede ser mejor. Los sectores sindicales están listos, a apoyar la lucha armada. Lo mismo algunos sectores de clase media, los universitarios, y aun sectores de clase alta. Hay posibilidades de división en el ejército... Me parece que lo más importante, salvo lo que ustedes piensen, es: 1) dar golpes seguros y seguidos, ampliando cada vez más la base; 2) tratar de coordinar acciones con los otros grupos, principalmente con MOEC, Vanguardia del MRL, Partido Nuevo, ORC, Juventudes de la Democracia Cristiana y PC. Todos tienen focos preparados; 3) creación de grupos urbanos; 4) compra de una imprenta y clandestinizarla (la financiación está prácticamente completa); 5) procurar la división del ejército.

Si lo demás resulta, planeamos una marcha sobre las ciudades para la toma del poder. En este último caso yo me uniría a ustedes después de haber logrado al menos la neutralidad del ejército...".

"Ten la seguridad de que con la ayuda de Dios pospondré cualquier otra consideración al bien de la revolución en el puesto que ésta me asigne. No aspiro a ser jefe sino a servir hasta las últimas consecuencias. Cuando creas que yo soy más necesario aquí que afuera te pido que me lo digas... Espero tener el honor de poder encontrarme entre ustedes tan pronto como sea necesario. Recibe un sincero abrazo de tu hermano y compañero incondicional en la Lucha de Liberación Nacional".

Al terminar de leer, Fabio se fijó en la mirada inocente de Camilo quien aguardaba su comentario como un niño de escuela que espera el resultado de un examen. Su "hermano y compañero incondicional". Con mayor razón tendría que demostrarle las falacias de su plan.

— ¿Cuánto tiempo piensas pasar con nosotros, Camilo?

—Tengo una cita en Cali para mañana...

—Olvídalo. Tenemos mucho de que hablar.

Sus conversaciones se iniciaron esa misma noche. Fabio tomó la carta punto por punto, indicando sus equivocaciones más evidentes. Le hizo ver que los sindicalistas, lejos de ser maduros para la insurrección, se dejaban conducir por una pandilla de burócratas. Le recordó también que se podía contar con los dedos de una mano aquellos "sectores de la clase media" dispuestos a apoyar a los insurgentes, y que eran escasísimos los estudiantes con el valor y la convicción de comprometerse en un conflicto armado.

—La mayoría ni se atreven a mandarnos una lata de sardinas o una cajita de aspirinas. ¡Se cagan del susto!

En cuanto a “los sectores de la clase alta”, Camilo debía saber que no se pudo contar sino excepcionalmente con uno que otro individuo. Y con respecto a “la división del ejército”, le parecía sumamente improbable. A los militares se les adoctrinaba con una disciplina totalmente jerárquica. ¡Que estaban con Camilo “de coroneles para abajo”! ¡Una locura!

El error más grave, estimaba Fabio, fue la ingenua convicción de Camilo de que cada grupúsculo o secta de seudorrevolucionarios mandara su propio movimiento guerrillero. Cuando mucho, disponían de muchachos lo bastante lanzados como para colocar una bomba en el coche de un ministro. Algunos, ni eso. Entre los grupos mencionados por Camilo figuraban los jóvenes demócratas-cristianos que no poseían siquiera una granada casera. Ciertamente que el Partido Comunista controlaba la política de los guerrilleros del Bloque Sur, pero los miembros del Comité Central, por celos al ELN obstaculizaban la comunicación de los “elenistas” con los combatientes de Marquetalia y El Pato.

—El Partido Comunista en Colombia se atiene a las reglas del juego impuestas por la democracia burguesa. En ciertas coyunturas los camaradas sirven como aliados tácticos. Pero a la hora de la verdad, con ellos no se puede contar.

Camilo se manifestó desanimado por las críticas del máximo jefe del ELN.

—Lo que pasa, Camilo, es que tú crees la revolución a la vuelta de la esquina. No te preocupes. Al comienzo sufrimos todos de esa misma ilusión. Hasta cuando nos damos cuenta que la lucha es una auténtica joda. Es una vaina a muy largo plazo. Como dice Mao, una guerra prolongada. Esa es la primera lección que los compañeros tienen que aprender.

Al estilo de un recluta, Camilo se dispuso para el aprendizaje. Todo indicaba su deseo de integrarse al movimiento —la tónica de su carta, sus evidentes ganas de comprender la estrategia guerrillera, su apertura a la crítica. Así que Fabio le dio una primera clase.

Insistió en que el ejército guerrillero apenas estaba formándose. Hacía dos años escasos, en 1963, después de un período de entrenamiento con Víctor Medina en Cuba, los dos habían regresado a Colombia a buscar adeptos. Explicó la elección de Santander como lugar de operaciones y describió el encuentro con José Ayala, campesino del municipio de San Vicente y comandante, por esa misma época, de una pequeña banda de rebeldes. Era no-conformista, pero le faltaba la formación política que Fabio y Víctor le podían ofrecer. Junto con Parmenio y un puñado más se cuajó el núcleo del Ejército de Liberación. Su primera acción en Simacota significó un éxito rotundo. Lo consolidaron con otra victoria en Papayal. No obstante, faltaba mucho para la “marcha sobre las ciudades y la toma del poder”. Fabio no pudo suprimir una sonrisa.

Lo lento, explicaba, lo terriblemente lento era la formación de los campesinos. Muchos de ellos, influenciados por los sacerdotes y las

autoridades civiles, evitaban todo contacto con los "bandoleros". Una colaboración podía significar la tortura o el asesinato. Otro obstáculo a la labor de reeducación era la apatía de la gente. La mayoría se sentía aplastada por una miseria aparentemente sin remedio. Resultaba muy difícil despertarlos políticamente. La guerrilla, en el concepto de Fabio, desempeñaba un doble papel: daba golpes esporádicos como muestra de vigor, mientras conquistaba gradualmente las diversas comarcas rurales. La región al sur de San Vicente ya constituía una zona de influencia. Los revolucionarios se movían en ella "como peces en el agua".

La lección de Fabio operó un cambio en Camilo: sus sueños de un triunfo inmediato dieron paso a una concepción más realista. Por consiguiente, le surgían dudas sobre el futuro. ¿Cuál sería la estrategia global? ¿Cómo podría contribuir él? ¿Qué tal la idea del Frente Unido? Pero antes que formulara las preguntas, Fabio esbozaba algunas respuestas.

La guerra, aunque larga, no sería eterna. Varios factores los favorecían. Primero, las "condiciones objetivas"; la miseria de las masas de por sí exigía una solución. El guerrillero debía tener por tarea preparar las "condiciones subjetivas", o sea, organizar y armar al pueblo. A la larga, un ejército guerrillero se mostraría invencible. Aunque perdiera combates y también combatientes, la guerrilla seguiría llevándole al enemigo una ventaja insuperable. Mientras la tropa regular andaba a tientas en una selva hostil, los guerrilleros se movían en terreno familiar vestidos con el camuflaje natural de la vegetación. Tampoco luchaban solos. El nuevo Partido Comunista de inspiración maoísta iba formando su vanguardia armada, mientras que el Bloque Sur se fortalecía a diario. Con ambos grupos se contaría en el futuro. El ELN no descartaba la coordinación de acciones con ellos, y con todos los que reconocieran la necesidad de la lucha. Se plasmaba un frente unido guerrillero.

El Frente Unido de Camilo serviría de catalizador. Él debía continuar su programa de agitación política por el país inculcando una conciencia de explotación por medio de un lenguaje asequible. También por la prensa. Con plata obtenida para una imprenta, podría comprar una pequeña off-set y publicar regularmente un boletín de instrucciones para los militantes, dándole la más amplia circulación posible. Ya que las masas lo tenían por ídolo, en su Frente Unido se inscribirían políticos de todos los tintes. Pero el día de la represión, los oportunistas se darían a la fuga, abandonando el movimiento — oportunidad ideal para enseñarles una gran lección a los trabajadores: a saber, que no depositaran sus esperanzas en los palabreros, que el único camino eficaz era el del combate armado. Llegado este momento, Camilo haría un gesto sin precedentes en la historia de Colombia: respaldando sus palabras con el ejemplo personal, se integraría a las fuerzas armadas de liberación. Una vez en el monte, publicaría una declaración, una proclama.

Así entendía Fabio la función de Camilo. Por lo avanzado de la hora, propuso un descanso. Conversarían más detenidamente al otro día.

Camilo se revolvía en la hamaca escuchando los sonidos de la selva, asimilando las palabras de Fabio. Hacía unas horas había llegado al campamento, ignorante en gran parte del trabajo de Fabio y sus compañeros,

pero totalmente dispuesto a compartir su destino. Ahora lo motivaban razones más concluyentes. Sin embargo, la seriedad del compromiso lo obligaba a sopesar la decisión. Una vez tomada, no cabía la posibilidad del retorno. Además la guerra duraría muchos años y no se le garantizaba participación en el triunfo final.

En la noche sentía la pesada respiración de algún guerrillero dormido y el paso liviano del centinela que vigilaba a la puerta de la choza. Finalmente lo adormeció un tamborileo de lluvia en las hojas.

Se levantó al amanecer y pasó el día en compañía de los guerrilleros, quienes hicieron mucho por disipar sus dudas. Eran en su mayoría campesinos, y Camilo observaba cómo Víctor Medina y el propio Fabio se asimilaban a los demás. La identificación con los oprimidos había constituido su ideal desde el encuentro con los sacerdotes-obreros en París y Lovaina. Anhelaba una vida comunitaria de este tipo, compartiendo tareas en un espíritu de hermandad. Quería permanecer junto a estos revolucionarios jugándolo todo por la causa. Los teóricos y políticos urbanos le parecían insípidos en comparación con los guerrilleros que habían abandonado hogar y familia. Camilo no quedaría contento hasta ingresar en sus filas.

De esto Fabio se dio fácil cuenta. Tomando por descontado el plan de acción trazado la noche anterior, el líder simplemente destacó ciertos detalles. Aclaró que Camilo, de allí en adelante, debería tenerse por militante "en comisión en la ciudad". Dicho de otro modo, el guerrillero normalmente militaba en el monte; sólo por las circunstancias excepcionales Camilo recibía instrucciones de volver a Bogotá. Debía observar la más estricta disciplina y discreción. Tendría un consejero, nombrado por Fabio, para acompañarlo en todo momento, puesto que su falta de experiencia política representaba un innegable peligro. Finalmente, estaría dispuesto a partir para el monte tan pronto como Fabio diera la orden.

Camilo aceptó gustoso. No solamente por su fe en la lucha armada como única vía a la revolución, sino por la fuerza persuasiva del propio Fabio. Se atraían mutuamente. En las horas de descanso intercambiaban anécdotas sobre el camino personal que los había llevado al compromiso con el pueblo.

Fabio evocaba el recuerdo de su niñez en una aldea cafetera durante los peores años de La Violencia. De familia liberal le tocó, de niño, presenciar el asesinato de su padre a manos de los godos. Como adolescente llegó a comprender el error de su padre al poner sus esperanzas en los liberales. Entendió que tanto el Partido Liberal como el Conservador defendían los intereses de la oligarquía.

Por los años cincuenta se despidió de su pueblo, yendo a buscar oficio en la capital. Trabajaba de empleado en un banco, arrendando una pieza con su hermano Manuel, el estudioso de la familia quien seguía cursos de derecho y leía las obras de Marx y Engels. Aunque poco aficionado a la lectura, Fabio conversaba ampliamente con su hermano y participaba en reuniones con jóvenes revolucionarios planeando huelgas y manifestaciones. Aprendió mucho en esos años. Llegó a entender, sobre todo, la importancia del socialismo.

Camilo interrumpió, tomándole el pelo.

— ¡Pero tú eres un bandolero analfabeto, según los periódicos!

—Sí, un sangriento antisocial ¿verdad?, vengando la muerte de mi padre.

Se rieron recordando los epítetos de la prensa.

Una vez Camilo estuvo a sus anchas con Fabio, le habló de la impresión que le causó la muerte de El Loro. Comprendía la violencia como cosa necesaria e inevitable. Pero expresó la repugnancia que le producía debido a su formación cristiana.

—El día que esté aquí con ustedes, a lo mejor podría ser útil sin cargar armas. No me siento capaz de matar.

—No te preocupes —le aconsejó Fabio. Y cambió de tema.

Camilo regresó a Bucaramanga con las botas untadas de lodo, los pies ampollados, los pantalones rotos, pero el ánimo en alto. Traía una carta de Fabio para Jaime Arenas, líder estudiantil bumangués, célebre a escala nacional por su organización de una marcha de Bucaramanga a Bogotá durante el paro universitario de tres meses. A Jaime se le conocía también como orador. No era conocido, por supuesto, como militante del ELN.

Inolvidable para Jaime resultó su primer encuentro con Camilo. Admiraba de lejos al sacerdote revolucionario y le había gustado su plataforma. Pero ignoraba su grado de convicción, y ciertamente no esperaba las revelaciones que contenía la carta de Fabio.



Saliendo con Jaime Arenas de las oficinas del Frente Unido, 1965.

Con Alfredo Castro (Fabio usaba el seudónimo de Camilo) hemos llegado a algunos acuerdos, entre ellos el principal —que va a trabajar con nosotros. Hablé con él sobre el periódico. Quedamos en que la edición sería pequeña. También acordamos que él se haría a un offset para la propaganda de Eliseo (ELN). Es necesario, absolutamente necesario, que todo esto esté bajo nuestro efectivo control... que Alfredo no vaya a perder de vista esto. Hay que vigilar que él no cambie de concepto. Parece que inteligentemente lo asesoran, rodeándolo en forma planificada los del PC. La ingenuidad de Alfredo y la pericia de ellos nos puede traer problemas. Si es necesario tener a su lado un compañero nuestro, debes hacerlo, encargando de ello a un compañero inteligente y capaz.

Alfredo debe salir para acá apenas yo lo determine.

Y como si anticipara la incredulidad de Jaime, Fabio agregó:

Y estas no son ilusiones sino acuerdos con él, basados en planes concretos.

Jaime, en cierto modo, se sentía incrédulo. No era extraño el hecho de que Camilo colaborara con el ELN. Pero le sorprendía su militancia. Esto le daba otro aspecto a las cosas. Con su apoyo, Jaime estimaba que el ELN, de un pequeño núcleo, se convertiría en un auténtico movimiento de masas. Al menos se despertarían simpatías entre miles de sus seguidores. Esta era evidentemente la idea de Fabio, y a Jaime le pareció certera.

Junto con Camilo se puso a programar actividades, comenzando con el asunto de la propaganda. Con 50.000 pesos (aproximadamente US\$ 4.000), donados por un célebre abogado, Camilo pensaba iniciar la publicación de un periódico que más tarde se mantendría solo. Tan pronto volviera a Bogotá se dedicaría a la organización del primer número. Discutió también con Jaime el itinerario de sus proyectadas giras por el país. Comenzaría en el departamento de Santander donde el ELN ejercía su mayor influencia. Decidieron viajar por separado a la capital, Camilo en avión y Jaime por tierra. Reunidos en Bogotá, organizarían el periódico antes de partir para el recorrido por Santander.

Desde aquella primera reunión, Camilo y Jaime establecieron los cimientos de una buena amistad. Un poco más tarde se harían inseparables. Jaime, en su papel de consejero político, lo acompañó día y noche durante la mayor parte de tres meses y medio. Allí donde Camilo hablara, a su lado se encontraba el joven universitario, delgado y de pelo rojizo. Jaime hablaba en las manifestaciones, participaba en toda discusión política, lo mismo en las reuniones abiertas como en los círculos cerrados. Viajaban juntos a lo largo y ancho del país, durmiendo a menudo en la misma habitación. Y en Bogotá, Jaime prácticamente vivía en su apartamento. En efecto, de julio a octubre, meses de extraordinaria actividad política, nadie en el mundo estaría tan cerca a Camilo. Excepto Guitemie Olivieri.

Guitemie se sintió feliz al llegar Camilo de Bucaramanga con su informe sobre el encuentro con los combatientes del ELN. Diez años atrás, cuando

conoció a Camilo por primera vez en París y se hicieron amigos de los argelinos, se sentía su cómplice en la guerra anticolonial. De allí en adelante, su vida y la de Camilo se vinculaban estrechamente. La mística católica de ambos evolucionó para abarcar la mística de la lucha de clases; o para transformarse en ella. Si su proceso espiritual era semejante, no resultaba de una mera coincidencia. A partir de 1962, trabajando juntos día tras día en las oficinas de la ESAP, Guitemie estimulaba a Camilo llevándolo constantemente hacia el conflicto. Cuando él se inclinaba por la conciliación, ella se ponía más intransigente que de costumbre. A la hora del contrato de Yopal y de los primeros roces con la junta del Incora, si Camilo tendía a encogerse de hombros, Guitemie se refería a sus adversarios como "unos hijueputas", emitiendo un sonido despectivo entre escupido y exclamación. Al oponerse Camilo a Álvaro Gómez y, más tarde, en la ocasión de su incidente con Nannetti, lo empujaban los aplausos de Guitemie. Con los años se iban radicalizando juntos a tal punto que ahora, 1965, se alistaban para una lucha frontal contra las clases dominantes. Guitemie manifestó su adhesión incondicional a la causa, jurando que, con Camilo, lucharía hasta el final. Se convirtió, junto con Jaime Arenas, en una especie de manager de Camilo. Y a partir de la segunda semana de julio los tres se encargaban ya de los asuntos del Frente Unido.

Lo manejaban casi de forma exclusiva, a pesar de la amplia gama de personas llamadas a colaborar. Muchos creían que el Frente Unido pretendía convertirse en un saco político abierto a cualquier tendencia o línea izquierdista sin excepción alguna. Así por lo menos lo concibió Israel Arjona, el primero a quien Camilo invitó a participar. Arjona, independiente entre los marxistas, editaba periódicos y revistas de tipo radical. A comienzos de julio lo llamó Camilo citándolo a una reunión para organizar el periódico, del que le ofrecía la gerencia. Arjona aceptó con el mayor gusto. En su ya larga trayectoria de panfletero revolucionario, jamás había conocido coyuntura tan propicia ni caudillo tan convincente.

A la reunión acudió un número crecido de personas, hablando todos al mismo tiempo, algunos con propuestas totalmente irrealizables. El propio Camilo abogaba por la publicación del primer número en el plazo de ocho días con un tiraje de medio millón. Arjona se opuso, alegando que en menos de un mes no podía juntar material suficiente para asegurar la continuidad, y que un semanario de tipo radical no podía esperar una circulación superior a los treinta mil ejemplares. Cuarenta mil máximo. Arjona se manifestó también en contra de la idea de nombrar en la dirección del periódico a un representante, con poder de veto, de cada uno de los grupos afiliados al Frente Unido. Con un equipo directivo así constituido, ningún periódico saldría nunca. En fin, la reunión fracasó.

En otra reunión, más tranquila y menos concurrida, Camilo confió a Israel Arjona la organización del periódico. El semanario se llamaría *Frente Unido* y se lanzaría el jueves 26 de agosto. Camilo se comprometió a escribir un artículo para cada número, completándose el material con aportes de los miembros del Frente. A mediados de julio, depositando el asunto en las manos de Arjona, Camilo partió con Jaime en gira por Santander, dejando a Arjona en

busca de una imprenta, ya que el precio de un off-set superaba con mucho los exiguos fondos.

El periódico, un mes antes de su publicación, encerraba contradicciones insolubles. Cada participante le atribuía características opuestas. Arjona no lo tomaba precisamente como órgano del Frente Unido, puesto que el frente, como tal, todavía no existía. Lo veía más bien como herramienta para la construcción de un movimiento, entendiéndolo no tanto como una unión de los grupos existentes (¡pues Arjona rechazaba a todos!), sino como foco de organización para las masas de colombianos marginados de la política. Por otra parte, la mayoría de los grupos de oposición concebían el periódico de manera distinta. Lo consideraban como el vocero semipersonal de Camilo, la figura central del momento, y los activistas políticos, desde demócratas- cristianos hasta comunistas, no vacilaban en agitar la bandera camilista, aspirando a que Camilo eventualmente agitara la de ellos. Para Camilo, en cambio, el semanario encajaba dentro de su plan de mover a las masas antes de entrar a la guerrilla. Como tal, serviría como órgano de propaganda del ELN. Desde el principio, entonces, el Frente Unido se editaba con base en concepciones irreconciliables, y nunca formuladas.

Pero nadie dudaba de su éxito. El mero anuncio del "periódico de Camilo Torres" aseguraba la venta, pues su fama iba creciendo día a día.

A fines de julio y durante las primeras semanas de agosto recorría Santander, el departamento del Valle y varias ciudades de la costa Atlántica. Inició la gira en la plaza de Cúcuta de donde viajó a Ocaña, Convención y Río de Oro, regresando a Bucaramanga para un gran mitin al aire libre. Habló en salas sindicales, aulas universitarias, clubes profesionales y, sobre todo, en plazas y calles. Pueblos en donde, durante el siglo dieciocho, José Antonio Galán pronunciara incendiarios llamados a la rebelión, vibraban ahora con los discursos de Camilo que se oían en el Socorro, Suaita, Barbosa y a la sombra de los torcidos olmos de la plaza de San Gil. Su recorrido de Santander concluyó con una concentración gigantesca en Barrancabermeja, principal pueblo petrolero.

Estando en territorio del ELN, a escasos kilómetros de la selva, escribió una nota a su comandante.

"Estimado hermano y compañero Helio:

La revolución sigue en marcha en forma verdaderamente estupenda.
El sentimiento popular parece unánime".

A Fabio lo decepcionó esta evidencia de que Camilo anhelaba todavía los resultados inmediatos.

"En todas partes he tratado de explicar los procesos y prever el futuro. En cada sitio se ha dejado un comité coordinador del Frente Unido en el que los alineados en grupos políticos son la minoría. Con los 'camaradas', como siempre desde el principio, ha habido dificultad por el deseo de control, pero parece que van comprendiendo poco a

poco. Nos han ayudado mucho. He seguido insistiendo en la necesidad de formar los comités de base, primero para discutir y divulgar la plataforma, luego para divulgar el periódico y después para que formen comités regionales y comité nacional. El Comité Nacional dará las consignas del Frente Unido para la toma del poder. Esta toma del poder he tratado de explicarla mostrando que en estado de sitio, por ejemplo, nos podemos tomar una plaza, una ciudad, con una manifestación. Que el poder se toma, cuando los campesinos puedan controlar una hacienda, un latifundio, cuando controlen una región, una carretera, una fábrica, una ciudad. Como verás, todos estos planteamientos nos llevan a deducir que "la joda" es necesaria. Como comprenderás también, todos estos planteamientos yo no los haría si no fuera por saber lo que ustedes tienen y están haciendo. Lo que conocí en la montaña ha sido siempre un estímulo, un ejemplo y un apoyo seguro en toda esta campaña de agitación".

La campaña continuaba. De Barrancabermeja, Camilo regresó a Bogotá, de donde partió a los pocos días para la ciudad de Cali.

A Cali se le había prometido una visita en dos ocasiones anteriores, y en ambas Camilo falló. Esta vez, aunque arribó con tres horas de retraso, encontró a la multitud aguardando. Los caleños llenaban la Plaza de San Nicolás desde las cinco de la tarde, aplaudiendo, cantando, gritando consignas, hasta que Camilo, quien había perdido el vuelo previsto, llegó finalmente a las ocho. Lo llevaron en hombros por la plaza entre risas y vitoreos, y al depositarlo en la plataforma de un camión pronunció por más de una hora una denuncia arrolladora contra la oligarquía.

Un discurso similar dictó seguidamente en los pueblos vecinos de Palmira, Buga y Sevilla. En la plaza de este último, un domingo por la mañana, habló a pulmón partido para hacerse oír contra el ruido de parlantes colocados en la torre de la iglesia, pues el cura párroco intentaba ahogarlo con una mezcla de himnos sagrados y anatemas contra los feligreses que osaban prestar atención al mensaje del "sacerdote renegado".

De pueblo en pueblo, el clero salió a combatirlo. Lo mismo el ejército, puesto que sus mítines violaban el estado de sitio decretado en mayo por el presidente Valencia. Sin embargo, como no podían frenarlo sin disparar contra los manifestantes, Camilo recorría el país sin restricción.

La población negra de Buenaventura, puerto sobre la costa Pacífica, realizó la más impresionante manifestación de su historia cuando el 2 de agosto, Camilo se dirigió a miles de estibadores y tugurianos. A los pocos días se encontraba en la costa Atlántica llenando las plazas de Barranquilla, Santa Marta y Cartagena. Programaba viajar el domingo 8 de agosto de Cartagena a Medellín donde se le había preparado una manifestación. Para su sorpresa, la agencia de Avianca se negó a venderle un pasaje. Acatando instrucciones transmitidas por el gobernador de Antioquia, se le cerraba el acceso a la capital del departamento.

Aquel domingo el arzobispo de Medellín, monseñor Botero Salazar, apoyando la decisión del gobernador, ordenó leer en los púlpitos de su



En campaña política del Frente Unido, 1965.



El cardenal
Luis Concha Córdoba.

arquidiócesis una pastoral condenando las doctrinas del "señor Camilo Torres... quien, por haber renunciado al ejercicio del sacerdocio, ha perdido la categoría y los derechos de los clérigos y que, por tanto, las autoridades y los fieles deben considerarlo y tratarlo como a un simple ciudadano". La Iglesia bendecía por anticipado el tratamiento que guardaba el gobernador para el turbulento exsacerdote, en caso de que éste apareciera.

Apareció, en efecto, de modo espectacular. El lunes, centenares de camilistas acudieron al aeropuerto de Medellín a darle la bienvenida cuando aterrizó a las cinco de la tarde en un pequeño Cessna alquilado.

Inmediatamente un pelotón de policías militares se desparramó por la pista, cercando la avioneta. Al descender Camilo el teniente encargado de la operación se puso nervioso, lo requisó en forma reglamentaria y lo dejó entrar en la terminal. De allí salió, junto con Jaime Arenas, a la cabeza de un desfile hacia la Plaza de Cisneros a tres kilómetros de distancia. Pero no estaban destinados a llegar. En el camino toparon con un puente cerrado por los militares. Los caminantes pasaron desconcertados, salvo Jaime y Camilo, quienes percibieron una salida por un pequeño puente de peatones que quedaba sin guardia. Pasaron corriendo al otro lado y desaparecieron entre un grupo de personas que subían a un autobús.

Dos cuadras más adelante descendieron del bus para tomar un taxi. "la Plaza de Cisneros!" El conductor relató que la plaza estaba sitiada por policías que golpeaban a los manifestantes con sus bolillos. Más aconsejable no intentar llegar a la plaza. Se dirigirían más bien a las oficinas de la ASA (Asociación Sindical Antioqueña), patrocinadora de su visita a Medellín.

En el edificio sindical se armó un gran jaleo. Gracias a la colaboración de un locutor de radio, Camilo pudo transmitir un mensaje citando a los manifestantes al local de la ASA. Llegaron en tropel, algunos ya magullados por los bastones de los policías, y a las nueve de la noche desbordaban el patio llenando las calles adyacentes mientras Camilo hablaba por un micrófono. El gobernador, indignado, mandó a la policía para dispersarlos, aunque en realidad fueron los camilistas quienes, a base de pedrea y garrotazo, dispersaron a los propios policías. Horas más tarde, con dos agentes ya hospitalizados, llegaron refuerzos a cercar la ASA y hacer detenciones. Tenían órdenes de ocupar el sitio y no dejar salir a nadie. De modo que Camilo y un centenar de sus discípulos se encontraron detenidos durante esa noche y la mañana siguiente en la sede del sindicato.

Lejos de molestarse, saludaban a los policías por entre la alambrada, cantando canciones revolucionarias. Por la mañana posaron para camarógrafos en torno a Camilo haciendo la V de la victoria con los dedos. Estas fotos se publicarían en el Frente Unido, refiriéndose al incidente como un "bautismo de persecución violenta". En realidad, los únicos lisiados fueron los dos desdichados policías. Camilo y sus amigos fueron puestos en libertad a la una de la tarde. Y después de dar varias conferencias y realizar unas reuniones privadas, Camilo regresó a Bogotá el jueves 12 de agosto.

Dedicó la semana siguiente al trabajo del periódico. A pesar de encabezar un fenómeno multitudinario que movilizaba a los colombianos como no lo había hecho nadie desde la época de Gaitán, Camilo empleaba pocos colaboradores en el Frente Unido y poseía escasísimos fondos. Y dado que su propia personalidad constituía la principal fuerza aglutinadora del movimiento, le correspondía supervisar no solamente el contenido del periódico sino también las "brigadas", como les decía, de jóvenes que se comprometían a venderlo.



Sacerdote, decano y profesor:
la época de la Universidad Nacional
y la Escuela Superior de Administración Pública.



Isabel a su lado
en una manifestación
política.

Planeaba también una serie de “mensajes” dirigidos a diferentes sectores del pueblo, sintetizando sus planteamientos. Si el tiempo lo hubiera permitido, le habría gustado sentarse tranquilamente a su escritorio para redactar estos mensajes. Sucedió en realidad que los dictaba a Guitemie mientras se bañaba o durante el desayuno. Cuando estaba en provincias, los dictaba por teléfono.

No obstante, le salieron bien. El primero, titulado “Por qué no voy a las elecciones”, saldría en primera página del primer número de *Frente Unido*.

Paradójicamente, pues la piedra de toque destinada a dividir a los miembros del Frente Unido fue precisamente la oposición cerrada a los electoreros por parte de Camilo y el ELN. Consciente de que la búsqueda de votos sólo serviría a los intereses de la oligarquía, Camilo, apoyado por Jaime, sentó claramente su posición.

—El aparato electoral —gritó desde la ducha— está en manos de la oligarquía y por eso el que escruta elige, el que cuenta los votos determina la victoria. Las elecciones se hacen más en las oficinas del gobierno oligárquico que en las mesas de votación.

—En el sistema actual —dijo, explicando su decisión de no llevar una campaña electoral— para votar la clase popular colombiana tiene que dividirse en liberal y conservadora. Todo lo que divide al pueblo está contra sus intereses.

—En el caso que sucediera el milagro que la oligarquía se equivocara contando los votos y la oposición pusiera la mayoría... sabemos que la oligarquía puede anular las elecciones y dar un golpe de Estado. Una oligarquía que no le ha temblado la mano para matar jefes revolucionarios, para lanzar el país a la violencia y para respaldar gobiernos militares, creo que no va a entregar el poder por el simple hecho de una mayoría opositora en la votación.

Remató con “el cardenal ha dicho en varias ocasiones que es pecado mortal abstenerse de ir a las urnas. Yo digo que es pecado mortal abstenerse de la revolución”.

Esta política abstencionista, aunque no agradaba a los camaradas del Partido Comunista, tampoco impidió que participaran en el Frente Unido. Al contrario, los obligó a mayor vigilancia. Camilo no rechazaba su participación, pues reconocía que sus cuarenta años de experiencia política y su red de células por todo el país aseguraban una colaboración valiosa para organizar mítines, establecer “comités locales” y repartir propaganda. El Comité Central del partido destacó a Álvaro Marroquín, activista de la Juventud Comunista, como una especie de representante suyo en la comitiva de Camilo. Y de agosto en adelante, Marroco, como lo llamaban, se hallaba constantemente a su lado.

La actitud antielectoral de Camilo tampoco gustaba a políticos como Carlos Lleras Restrepo, quien iniciaba su campaña presidencial, ni a Alfonso López Michelsen, máximo dirigente del MRL y más tarde presidente del país. Éstos invertían hasta 200.000 pesos para montar una manifestación pública, y aun así, les costaba trabajo medio llenar una plaza. Camilo, en cambio, sin gastar más de cincuenta pesos en las pancartas y el alquiler de un parlante, predicaba el abstencionismo a plazas colmadas de entusiastas seguidores.

López Michelsen, una de las figuras políticas más distinguidas del país y delfín de la dinastía liberal, se sometió a la humillación de solicitar audiencia con Camilo. Y para ganar acceso seguro, hizo contacto por medio de Luis Villar Borda, colega suyo y viejo amigo de Camilo. Intrigado, Camilo le concedió la entrevista al líder liberal quien hizo lo posible por disuadirlo de su actividad política.

—Los periódicos te acabarán, Camilo. Esa es su técnica. Te dan harta publicidad para gastar tu imagen y luego te desechan. No sé si conoces la leyenda de los guerreros aztecas. Dicen que cuando un guerrero ganaba una batalla, lo ascendían a general. Si ganaba otra, lo nombraban gobernador de una provincia. Pero cuando ganaba la tercera le cortaban la cabeza. Es lo que piensan hacer contigo, Camilo. Te lo advierto.

Obviamente, a Camilo el cuento no lo intimidó. Al contrario, le causó risa. De la misma manera como se divirtió con las propuestas del viejo general Rojas Pinilla, caudillo político y jefe de la Anapo. Éste mandó ofrecerle un soborno: con tal que Camilo abandonara el abstencionismo y se pronunciara a su favor, el exdictador militar le prometía, al ganar las elecciones, un alto puesto en su administración: la embajada de París o, si prefería, el palacio cardenalicio.

Otro esfuerzo por desviarlo de su rumbo lo intentó Gustavo Pérez. Una agitada noche de agosto, el apartamento de Camilo bullía de actividad —se redactaban artículos en la sala, se llevaban a cabo debates políticos en el baño, y en el pasillo alguien trataba de hablar por larga distancia— cuando Gustavo tocó el timbre. Quería conversar con Camilo, pero no en medio de tanta bulla y confusión. Salieron a la calle para sentarse en su coche.

Apenas iniciada la conversación, Gustavo comenzó a ofrecerle sus consejos.

—Camilo, ¿por qué no vuelves a Lovaina y sacas el doctorado? Podrías publicar un libro. Te daría prestigio. La gente te prestaría más atención.

Camilo se enojó, pues le prestaban más atención ahora que a Gustavo le prestarían jamás.

—¿Publicar un libro? ¿Cuántos libros has publicado tú, Gustavo? ¿Y para qué han servido? Esta no es la hora de escribir más libros. Es la hora de la acción.

Gustavo insistió en la necesidad de preparar el terreno.

—Busca el apoyo del clero, Camilo. Yo te consigo cien sacerdotes, si quieres, y podríamos invitar al cardenal a un debate público sobre la doctrina social de la Iglesia...

—No es con la Iglesia, Gustavo. No me interesa reformar la Iglesia. Lo que me interesa es la revolución.

Lo cual le recordó una queja que guardaba contra Gustavo. Durante un simposio en Cali la semana anterior éste había señalado la "explosión demográfica" y la anticuada actitud de la Iglesia como principales responsables del subdesarrollo.

—Y ¿qué dices de los factores sociales y económicos? ¡Ni los mencionas! ¡Qué cosa tan típicamente proyanqui!

Discutieron animadamente por horas, Gustavo difícilmente reconciliaba su recuerdo de Camilo apacible y bienhumorado con este hombre beligerante y apasionado que estaba a su lado. A los alegatos de Camilo sobre el sabor pro-

capitalista de su instituto y del material que publicaba, Gustavo señaló la prudencia que debía guardar frente a las agencias norteamericanas y alemanas que lo financiaban.

—Allí está. ¡Te vendiste a los gringos! Te has vuelto muy burgués, Gustavo. Muy burgués. Y muy preocupado por el prestigio.

Gustavo no soportaba más. “Muy bien, soy burgués y me preocupo del prestigio. Si tú realmente piensas así, Camilo, no hay nada más que discutir”.

Miró su reloj. Iban a dar las tres de la mañana. Prendió el carro y comenzó a calentar el motor. Camilo bajó y cerró la puerta. Gustavo nunca hubiera creído posible que una conversación con su viejo amigo podría ser tan desagradable o terminar así, de forma tan abrupta. Le dio las buenas noches y partió, dejándolo en la acera.

Uno a uno, Camilo rompía los vínculos. Gustavo no lo volvería a ver. Tampoco otros muchos amigos de antaño. Se enfadaban las damas y caballeros de El Chicó que en otra época lo habían festejado en sus salones. “El pobre Camilo ha perdido todo sentido de la proporción” decían las damas, mientras que los caballeros se expresaban en términos algo más agresivos. Algunos, iracundos por sus referencias a las veinticuatro familias que controlaban el país, lo citaron a una discusión en la residencia de un cierto señor. No se trataba de una invitación amistosa, ni tenía Camilo mucho tiempo disponible. Sin embargo, aceptó y llegó a la hora señalada.

Una docena de conocidos personajes de la alta sociedad bogotana lo aguardaban en la sala con la impaciencia de leones de coliseo esperando la aparición de un cristiano. Apenas Camilo se asomó por la puerta le cayeron encima, malcitándolo, tergiversando, ridiculizando cada una de sus declaraciones públicas.

— ¡Un momentico! —Camilo alzó las manos—. ¡Un momentico! Ustedes están tomando whisky, si no estoy equivocado. Hace mucho que no me he tomado un whisky. La gente con la que ando yo, no me ofrecen sino puro aguardiente. No sean tacaños. ¿Por qué no me dan un whiskycito?

El anfitrión, avergonzado, destapó una botella.

—Gracias —Camilo le recibió el vaso—. Ahora bien, lo rico de un whisky no es tanto el whisky en sí como la compañía. No hay (como un buen whisky saboreado entre amigos.

Se acomodó en un diván. Sus adversarios se cruzaban miradas, desconcertados. Lo habían creído más antagónico.

—Yo los comprendo a ustedes —prosiguió—. Los comprendo perfectamente. A mí también me encanta la vida de oligarca. Nada mejor que departir con gente culta en una sala bien alfombrada, con lindos cuadros en las paredes...

A pesar de un asomo de ironía, los caballeros reconocieron en esto al Camilo de antes, el que solía aceptar un whisky después de bautizar a sus hijos. Realmente no había cambiado. Le sirvieron otro trago, hablando de

asuntos políticos y sociales, dándole tiempo para elaborar sus ideas. Camilo se sentía como Daniel con los leones recostados a sus pies.

Al despachar el cuarto o quinto whisky lo oían con verdadera simpatía, y alguno expresó su deseo de colaborar con él.

—Yo, como abogado, ¿qué puedo hacer para mejorar las cosas?

Camilo se levantó, súbitamente transformado, y respondió con una vehemencia insólita:

—No puedes hacer nada ahora. Es demasiado tarde. Les dije todo esto mil veces y no me hicieron caso. Ahora estamos peleando. Estamos en las calles. Si gano yo, ustedes estarán colgados de los postes. Si ustedes ganan, me colgarán a mí.

Y dicho esto, se fue.

Mucha gente se asombraba con el aparente “cambio de personalidad” de Camilo. Algunos lo juzgaban a la ligera sin comprender la seriedad de su objetivo. Incluso a muchos de sus propios simpatizantes les molestaba tanto su aspereza como sus actitudes simplistas. Creían que estaba perdiendo el equilibrio. No sospechaban que sus palabras adquirirían un valor casi profético por el hecho de que, en breve, partiría para el frente guerrillero. Aquella decisión daba un tono especial a sus discursos y a los artículos que escribía para Frente Unido. La inmensa mayoría, sin embargo, no supo entenderlo hasta más tarde. Por entonces ni siquiera muchos de sus más próximos colaboradores sabían que Camilo era un miembro del ELN. Sólo lo sabían Fabio, Jaime, Guitemie y un grupo de jóvenes que trabajaban para el ELN en la clandestinidad. Y desgraciadamente, debido a la indiscreción de estos últimos, el secreto pronto llegaría a oídos de sus propios enemigos.

Sucedió que los hombres de la red urbana del ELN habían escondido, dentro de una caja en un apartamento de Bogotá, un montón de cartas que contenían, entre otras cosas, detalles referentes a Camilo y a su relación con la guerrilla. Era vital que esta correspondencia no fuera descubierta. Pero el hombre encargado de ella, Martínez, joven abogado al que llamaban Martín, estaba siendo estrechamente vigilado por agentes secretos.

A principios de agosto, Martínez recibió un aviso de Fabio Vásquez: un campesino de Santander, colaborador del ELN, había sido arrestado portando “tres cartas y otro material de gran importancia”. En consecuencia, Fabio urgió a Martínez, como tantas otras veces, para que “tomara todas las medidas de seguridad necesarias”. Martínez subestimó el peligro. En lugar de destruir la correspondencia, la trasladó, junto con varias pistolas y revólveres, a un sitio que le parecía seguro: una pieza desocupada del apartamento que compartía con un dentista amigo suyo.

Entre tanto, unos peritos del ejército se pusieron a descifrar los papeles confiscados al campesino y, a pesar de que los nombres estaban en clave, dedujeron que uno de los documentos era una carta escrita por Martínez al jefe de la guerrilla. Una veintena de detectives comenzaron a seguirle los pasos a Martínez. Y después de observarlo durante quince días suministrando rifles a

un campamento de entrenamiento guerrillero, el servicio de inteligencia se decidió a actuar.

La noche del lunes 23 de agosto, un coche-patrulla aparcó junto al consultorio del dentista. Éste fue detenido por la policía militar y conducido a su apartamento. Le ordenaron abrir. Y en cuestión de minutos, las armas y la caja de documentos eran encontrados debajo de una cama.

La misma noche Antonio Vásquez, hermano menor de Fabio, que trabajaba en la red clandestina de Bogotá, se precipitó con las noticias en el apartamento de Camilo. Tras la redada, el dentista había sido llevado y varios policías vestidos de paisano se habían puesto a esperar el regreso de Martínez. Éste cayó en la trampa a eso de las ocho, cuando volvía acompañado de otros dos importantes miembros del ELN. Todos estaban encerrados.

Camilo se sintió desconcertado. Esto significaría el fin de su campaña abierta. Pensó que ahora debería esconderse y unirse inmediatamente a la guerrilla, ya que el gobierno, con aquellas cartas en su poder, no tardaría en tomar las más drásticas medidas.

Pasó la noche con Jaime, Guitemie y Antonio Vásquez discutiendo sobre las posibles alternativas. Se maldecían por no haber asegurado la destrucción de las cartas deladoras. Había sido una locura conservarlas para la historia. Sin embargo, a pesar del grave riesgo, Jaime dijo que Camilo no tenía autoridad para alterar sus planes hasta recibir órdenes del jefe. Su trabajo de agitación política y su actividad en el periódico debían continuar normalmente. El hombre que le servía de guardaespaldas sería informado del nuevo peligro y, si era posible, se buscarían refuerzos. Pero no se debía cambiar nada. Dejarían que el enemigo diera el primer paso.

Pasaron los días y no ocurrió nada. El gobierno de Valencia le estaba alargando la cuerda a Camilo. La policía militar seguía disolviendo sus reuniones y amenazando a los participantes con un despliegue de ametralladoras. Pero eso era normal, teniendo en cuenta que imperaba el estado de sitio. Por otra parte, no hubo la menor señal de un atentado contra su vida. Así y todo, tanto Camilo como Guitemie esperaban cada día lo peor.

Una noche el teléfono los despertó a las dos de la mañana. Era un hombre que se identificó como residente de un barrio obrero. Dijo que le acababan de desahuciar y no sabía a dónde ir. Quería que Camilo fuera a ayudarlo. Éste apuntó la dirección y dijo que saldría en seguida.

Guitemie lo detuvo. "No te vayas todavía, Camilo. Espera a ver si vuelve a llamar".

Ella hizo café y esperaron junto al teléfono por una hora. No hubo ninguna llamada. Al día siguiente Camilo mandó investigar la dirección; nunca existió allí nadie con aquel nombre y no hubo desahucio alguno. El caso quedó en el misterio. No había pruebas de que el asunto fuera una trampa, pero no ayudó a calmarle los nervios a Camilo. Tampoco a Guitemie. Desde la última semana de agosto, vivieron en una angustia continua que sólo se podía romper con una palabra de Fabio Vásquez. Y las órdenes de Fabio no les llegarían sino en la primera semana de octubre.

En aquel momento Fabio y sus hombres tenían más en qué pensar que en Camilo.

Antes de recibir la noticia de las cartas descubiertas, se habían embarcado en una nueva serie de ofensivas. La táctica de rápidos ataques de sorpresa y retirada, repetida una y otra vez contra diferentes destacamentos del ejército, tenía la misión de exasperar a las patrullas militares y mantenerlas en un constante estado de desconcierto ante un enemigo invisible. Era la "guerra de la pulga".

El 15 de agosto una columna guerrillera al mando de Víctor Medina emboscó a un jeep del ejército en Cruz de Mayo, lugar solitario cerca de San Vicente. Víctor intentaba capturar armas y municiones, pero su columna fue rechazada y hubo de retirarse, con un guerrillero muerto y otro herido. A pesar de ello, su moral quedaba en alto: en la emboscada habían logrado matar a cuatro soldados y herir a tres. El combate no fue, ni mucho menos, un fracaso. Como resultado, el ejército les tenía más temor que nunca, mientras que los campesinos confiaban en la guerrilla cada vez más. Dos días después, cerca de Barranca, volaron dos gigantescos oleoductos pertenecientes a la Texas Petroleum y Cities Services. Esta acción, que causó graves daños a las compañías, dio a los explotados trabajadores del petróleo una nueva esperanza reivindicativa contra sus patronos yanquis.

En aquellos días los guerrilleros del ELN se sentían más optimistas que de ordinario. La economía colombiana iba de mal en peor; se multiplicaba el número de huelguistas; el presidente Valencia solicitaba del parlamento "facultades especiales" para no perder el total control del país, y los mítines de Camilo seguían debilitando la autoridad moral del gobierno, ya que tenían la virtud de movilizar a las masas, haciendo caso omiso del estado de sitio. Los guerrilleros sabían que el enorme prestigio que estaba adquiriendo Camilo redundaría pronto en beneficio del ELN.

En el panorama internacional, a mediados de 1965, se registraba un desbordamiento a favor de la lucha armada. El desembarco de los *marines* en Santo Domingo hizo crecer la impopularidad norteamericana en toda la América Latina. Fidel Castro, en su discurso del 26 de julio, declaró que Cuba apoyaba a los movimientos insurreccionales del continente; las fuerzas guerrilleras de Venezuela comenzaban a consolidarse tras varias derrotas casi fatales; a lo largo de los Andes peruanos se desencadenaba una serie de acciones guerrilleras que hostigaban al gobierno demagógico de Belaúnde Terry, y en círculos revolucionarios secretos ya se sabía que el "Che" Guevara había salido de Cuba para organizar un ejército internacional de liberación en algún lugar del continente latinoamericano.

Los cálculos de Fabio no se basaban, por tanto, en la esperanza de una victoria quimérica, sino en una auténtica estrategia en la cual el ELN colombiano formaba parte integrante de un plan continental de insurrección. Fabio sabía muy bien que el mínimo descuido en las medidas de seguridad podía echar por tierra toda posibilidad de éxito. Por eso se puso furioso al enterarse, la última semana de agosto, que la inteligencia militar había capturado a Martínez e incautado la correspondencia de Camilo.

Esto significó un cambio inmediato de tácticas. Traslada ron el campamento a otro lugar, poniendo especial cuidado en borrar sus huellas. Habrían de modificar sus vías de aprovisionamiento y su logística, tanto entre los campesinos como en la ciudad, a fin de despistar al enemigo. Entre tanto disminuirían sus ofensivas; era demasiado pronto para poder enfrentarse a la terrible embestida de una guerra abierta, tal y como la misión militar gringa podía desencadenar contra ellos. En todo caso, a partir de septiembre tuvieron que soportar una intensificación de patrullajes e investigaciones llevados a cabo por los militares de la Quinta Brigada de Bucaramanga, bajo las órdenes de su nuevo jefe. Éste era el coronel Álvaro Valencia Tovar, cuyos oficiales, hasta hacía poco, habían tomado los cursos de Acción Cívica que Camilo daba en la ESAP. Valencia Tovar era enviado ahora para hacer frente a los "serios desórdenes" de Santander. Y el 1 de septiembre se hizo cargo de la Quinta Brigada con instrucciones especiales del Ministerio de Guerra.

Sus instrucciones eran muy concretas: destruir el Ejército de Liberación Nacional. Podía usar los métodos que quisiera. Quizás pudiera reprimir a los rebeldes por medio de la Acción Cívica, como había hecho con Tulio Bayer en Los Llanos. Pero el ministro lo dudaba. En su opinión, Fabio Vásquez era un tipo mucho más duro que el doctor Bayer. Y si Camilo Torres se unía al ELN, como se suponía, la chispa que había saltado en Santander podría convertirse en una conflagración nacional. En cualquier caso, el asunto estaba en manos de un experto. El coronel Valencia Tovar era considerado como la cabeza más fría del ejército en materia de insurrección revolucionaria.

Fabio lo sabía. En consecuencia, de acuerdo con su Estado Mayor, planeó intensificar la campaña de orientación política del campesinado a fin de contrarrestar el doble efecto de Acción Cívica y tácticas terroristas iniciadas por Valencia Tovar.

En las reuniones del Estado Mayor de la guerrilla también se discutió el tema de Camilo. Algunos eran de la opinión de ordenarle unirse a ellos inmediatamente. Otros preferían aceptar el riesgo y dejar que continuara su campaña política, aduciendo que cuanto mayor impacto produjera entonces, más se beneficiaría el ELN a la larga. Fabio estaba indeciso. Y durante el mes de septiembre Camilo no recibió nuevas órdenes. Se mantuvo a la expectativa.

Afortunadamente, el ritmo creciente de los acontecimientos no les dejaba tiempo ni a él ni a Guitemíe para ponerse nerviosos. Las manifestaciones de Villavicencio y otros pueblos de Los Llanos, así como una serie de reuniones semiclandestinas en los barrios de Bogotá, no les daban respiro. Y el 26 de agosto, como estaba previsto, publicaron el primer ejemplar del periódico.

En cuestión de horas se vendieron treinta mil copias, y la editora se apresuró a tirar otras quince mil. Hubiera impreso más, pero se le agotó el papel ya que nadie había imaginado que, antes de la noche, no habría un solo ejemplar disponible en Bogotá y solamente unos pocos en provincia. Las brigadas de vendedores voluntarios estaban jubilosos con el éxito. Entre ellos

Isabel, quien había estado haciendo campaña para el lanzamiento del periódico revolucionario de su hijo.

Pocos meses antes, ella se había impacientado con la lentitud de Camilo para romper con la Iglesia. “ no estuvieras tan obsesionado con todas esas pendejadas de cura —le había reconvenido— podrías llegar a ser más importante que Gaitán!” Y ahora que él había alcanzado la fama, los resplandores se reflejaban también ella. Se sentía gustosa a la luz pública. A sus casi setenta años, elegantemente vestida de negro y con su cabello blanco marcado con permanente y teñido de un suave tono azul su figura resaltaba incongruente vendiendo periódicos en un esquina. Los transeúntes que se detenían para reírse, se veían obligados por Isabel a comprar un ejemplar. Reporteros de la prensa llegaron con cámaras a sacarle una foto, y ella se sentía de nuevo como en sus buenos tiempos cuando encabezaba marchas de protesta contra el régimen de Rojas.

La acogida masiva que tuvo *Frente Unido* se debió a la carismática imagen de su director, Camilo, y no a sus méritos intrínsecos. A pesar de la mejor voluntad puesta por Isarel Arjona, el periódico era un auténtico batiburrillo. Estaba montado como una especie de crucigrama irregular, y únicamente el lector más perseverante era capaz de seguir sus artículos que saltaban de una columna a otra y de una página a la siguiente. Gran parte de los trabajos eran muy difíciles de entender. Aparte de los artículos de Camilo “Por qué no voy a las elecciones” (que comenzaba en la primera página y terminaba en la última) y “Mensaje a los cristianos”, en la página 3, el resto estaba escrito en una prosa pesada y abstracta. Por ejemplo: “La violencia — decía un párrafo— ha sido institucionalizada con la institucionalización o legalización de la injusticia económica y la aberrante desigualdad social”.

La confusión del lector aumentaba con un gran anuncio de un salón de belleza, impreso directamente debajo del “Mensaje a los cristianos”, con el título “Mensaje a los padres de familia” y sin indicación alguna de que se trataba de publicidad pagada. El anuncio urgía a mamás y papás, como si fuera en nombre de la revolución, a enviar a sus niñas a aprender maquillaje en “la Escuela Nacional de Belleza afiliada a la Asociación Colombiana de Peinadores”.

Tal vez por haberse quedado corto de material, Arjona relleno con una reimpresión del programa político de Camilo y con parte de una de sus viejas conferencias sobre los círculos viciosos, que podría haber sido digerible en una revista sociológica, pero estaba totalmente fuera de lugar en algo que pretendía ser un periódico de carácter popular. Arjona también puso como relleno un extracto de uno de sus propios artículos, entresacado de una revista marxista, y un fragmento escrito por el secretario nacional del Partido Demócrata-Cristiano, que resultaba alta mente engañoso, ya que presentaba a Camilo como un declarado anticomunista, y decía que “el padre Torres no es ni ha sido rebelde. Sí es revolucionario, pero el Concilio y la Iglesia también son revolucionarios. Hay que comprender bien el sentido de revolución, que no es el de violencia. Y el padre Torres no ha hablado de revolución ‘violenta’, ni pretende llevarla a cabo”.

¡Esto en el propio órgano oficial de Camilo! Con razón *Frente Unido* no estaba destinado a gozar de larga vida. Con su publicación, las divergencias políticas entre los seguidores de Camilo se hicieron demasiado patentes. Más aún: tan pronto como estas divergencias pasaron a la imprenta, se vieron como incompatibles. Y la edición de un periódico, lejos de consolidar el Frente Unido, resultó ser uno de los medios más rápidos y seguros para acabar con él.

—Camilo, tenemos que hablar seriamente del periódico.

Era Jaime. Entró, ceñudo, una tarde de septiembre, justo cuando Camilo y Guitemie se sentaban a almorzar.

Camilo le invitó a que se sentara con ellos: — ¿Qué pasa, Jaime? El periódico va bien. Esta semana sale el número tres, y todavía se venden cincuenta mil.

—Sí —respondió Jaime—, pero ¿lo has leído?

—Pues... no —admitió Camilo—, no del todo.

—Échale un vistazo a esto, entonces.

Y lo abrió sobre la mesa en la página central, Camilo leyó la cabecera — *“Alianza CONTRA el Progreso; El nuevo plan para perpetuar el subdesarrollo”*— y comenzó a leer el artículo que seguía. Al llegar al final de la primera columna, miró a Jaime y dijo — hay de malo en esto? ¡Es un ataque contra Kennedy, Johnson y Alberto Lleras!

—Espera un momentico. No acabaste todavía. No leíste lo que el autor propone como alternativa.

Jaime puso el dedo impacientemente sobre un párrafo que había subrayado con lápiz rojo.

“Ya no se dice simplemente: escojan entre Fidel Castro y la Alianza para el Progreso, entre el paredón y el progreso... Otras alternativas se sitúan en el panorama hemisférico”.

— ¿A dónde va este artículo? —preguntó Camilo.

—Es pura propaganda para Frei y los demócratas cristianos.

Jaime entresacó una frase: *“Eduardo Frei, quien ha llegado a la presidencia de Chile mediante un triunfo electoral irreprochable...”*.

— ¿Te das cuenta, Camilo? Esto es anticomunista y pro- electoral. ¡No es nuestra línea precisamente!

— ¿Quién lo escribió?

—Pedro Acosta —contestó Jaime—. Mira. Hasta lo firmó.

Camilo, desde un principio, no había querido a Pedro Acosta en el periódico. Fue la idea de Israel Arjona que lo consideraba un hábil periodista. Pero Camilo lo conocía como un antimarxista militante y sabía que usaría Frente Unido para hacerles propaganda a los demócratas-cristianos.

—Hablaré con Arjona —prometió Camilo— para que no deje pasar más vainas de estas.

—Pero no es sólo este artículo —arguyó Jaime—. El periódico hay que revisarlo de arriba abajo.

Hizo que Camilo recorriera con detalle los primeros números, mientras le señalaba todas las confusiones y errores que contenían.

—El periódico debería marcar una línea consecuente. ¿Me entiendes? *Nuestra* línea. Tenemos que romper de una vez con los electoreros. El Frente Unido es para los no-alineados. ¿Por qué no escribes un mensaje para ellos?

De hecho, la idea de Jaime era lanzar un número especial para los no-alineados. Alguien ya le había preparado un artículo pronosticando que todos los miembros del Frente Unido —menos los no-alineados— abandonarían el movimiento a la hora de las elecciones, ya que éstas “harían esparcirse por los cuatro vientos a todos los grupos buscando escaños en el parlamento”. Julio César Cortés había escrito un ensayo en el que retaba a los comunistas a salirse del Frente Unido, declarándolos incapaces de desbaratarlo. Para redondear el número, Jaime necesitaba un mensaje de Camilo.

Éste no tenía dificultad para escribirlo. Los únicos que él consideraba políticamente importantes eran los no-alineados —exmiembros del Partido Comunista, por ejemplo, o los que nunca pertenecieron a ningún partido. El resto era gente indecisa. Cualquiera que participara en elecciones se estaba comprometiendo con el *statu quo*, y el 70% de votantes potenciales, que se había abstenido de acudir a las urnas en 1964, eran como una gran reserva en espera de ser canalizada por la revolución.

“Los abstencionistas —dictaminaba con optimismo— son aquellos revolucionarios que no están organizados en partidos... La mayoría de los colombianos se han unido al Frente Unido sin ser miembros de los grupos políticos ya existentes. Esos grupos tienen que entender la misión del Frente Unido: la organización de los no-alineados.

Guitemie anotó esta frase. Sonreía pensando cuánto ofendería a algunas vacas sagradas del Partido Comunista. Y no era la única en divertirse ante tal perspectiva. Israel Arjona, el gerente del periódico, era otro. Veterano oponente de la línea estalinista del PC, había librado una batalla perdida contra el partido por casi treinta años. Así que, cuando Jaime le entregó el material para el número cuatro, Arjona opinó que aquello era exactamente lo que necesitaba el periódico. Le gustó especialmente el duro artículo de Julio César y decidió destacarlo con grandes titulares en la contracarátula.

El periódico salió de prensa, como siempre, el miércoles por la tarde, pero Camilo andaba por provincia y no lo vio sino el jueves. Era el 16 de septiembre y estaba en el Tolima. Recorrió las páginas, de camino a la plaza de El Líbano donde debía hablar en un mitin. Le gustó el aspecto del número; estaba mejor compuesto que los anteriores, y los tres artículos sobre los no-alineados resaltaban visiblemente. Esto le daba un *leitmotiv* del que antes carecía. Estaba a la venta en el pueblo de El Líbano, y mucha gente lo estaba leyendo en la plaza, mientras esperaban a Camilo. Cuando éste llegó, lo

saludaron agitando el periódico por encima de sus cabezas y gritando " ¡viva el padre Camilo!, ¡que viva el Frente Unido!".

Entre bastidores el periódico no fue tan bien recibido. El rostro de Marroco, dirigente del Partido Comunista, iba pasando del rojo al escarlata conforme leía el destacado artículo de la última página, titulado: "El Frente Unido no es ni comunista ni demócrata-cristiano". Sin prestar atención a la voz de Camilo que resonaba a través de los altoparlantes, Marroco fue en busca del autor del artículo, Julio César Cortés. Lo encontró en un rincón de la plaza, escuchando a Camilo. Dramáticamente, le colocó el periódico ante sus narices con la última página claramente visible. Luego, sin una palabra, la rasgó de arriba abajo, juntó los pedazos con las puntas de los dedos y la volvió a rasgar y, con toda lentitud, procedió a hacer lo mismo con todo el Frente Unido, esparciendo los pedazos alrededor de Julio.

Era como decirle: "Esto es lo que piensa el Partido Comunista de su estrafalario Frente Unido para los no-alineados".

Los siguientes en ofenderse fueron los demócratas-cristianos. No tanto por lo escrito en el periódico, como por la forma en que se comportó Camilo en una convención de tres días que ellos habían montado en Medellín.

Este acontecimiento había sido concebido originalmente por la Federación de Universitarios (FUN). Pero la Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos (Clasc), que recibía apoyo económico de la Democracia Cristiana europea y era, en consecuencia, una entidad mucho más fuerte que la FUN, se encargó de organizar lo que se llamó el Primer Encuentro Nacional Obrero-Estudiantil-Campesino. Su comienzo estaba previsto para el viernes 17 de septiembre, veinticuatro horas después de la cita de Camilo en la plaza de El Líbano.

Los organizadores habían pregonado a Camilo como principal atracción, y llegaron incluso a alquilar una avioneta para trasladarlo de El Líbano a Medellín. Pero se quedaron muy desconcertados al verlo llegar acompañado por Jaime Arenas y Julio César Cortés, a quienes consideraban un par de peligrosos extremistas. Estos líderes estudiantiles no habían sido invitados, y los oficiales de la Clasc se negaron a permitirles acceso al congreso. Camilo, con gran calma, replicó que Julio y Jaime lo acompañaban en calidad de editores de Frente Unido y que si no eran autorizados a asistir al encuentro, él tampoco participaría. Los de la Clasc se vieron obligados a facilitarles carnés y, de esta forma, el acto de apertura pudo tener lugar como estaba previsto, el viernes por la noche, con Camilo en la presidencia.

Heliodoro Agudelo, el autodenominado vocero único de la Clasc, anunció en la primera sesión que, de todos los demócratas-cristianos presentes, sólo él estaba autorizado para votar y que lo haría en nombre de sus demás correligionarios. Agudelo era un pequeño burócrata oficioso, y su decisión le hizo enemistarse con todos, especialmente con el delegado de los estudiantes cristianos que estaban más cerca de la línea de Camilo que la mayoría de los cristianos-demócratas. Pero Agudelo no le dejó decir una palabra. El estudiante

permaneció todo el fin de semana al margen, observando el debate que sobrevino entre Camilo y la Clasc.

Sucedió así: para empezar, los setecientos participantes fueron distribuidos en cuatro grupos y a cada uno se le asignó un tema de discusión. Las conclusiones debían presentarse en una asamblea general de clausura en la noche del domingo 19 de septiembre. El sábado discurrió en relativa calma, aparte de algunas voces airadas y ciertos brotes de apasionamiento. El domingo por la tarde dio comienzo, sin incidentes, la asamblea general. Los dos primeros grupos presentaron sus conclusiones en asuntos concernientes a los trabajadores y campesinos y, automáticamente, fueron aprobados. Luego se escuchó la ex posición de los estudiantes, que proponían, entre otras cosas, una condena al imperialismo norteamericano. Ante esto, Agudelo, el hombre de la Clasc, saltó de su asiento protestando que los demócratas-cristianos no lo aceptarían a menos que se incluyera así mismo una condena a "los imperialismos soviéticos y chinos". La mayoría rechazó rotundamente la propuesta, dejando el documento sin alteración alguna. Luego las conclusiones sobre "Problemas políticos generales" fueron presentadas, en nombre del cuarto grupo de discusión, por Julio César Cortés.

Agudelo se puso inmediatamente en guardia. Le sacaba de quicio que precisamente un cura católico hubiera introducido en su reunión a aquel elemento marxista y, como se lo temía, los puntos del discurso de Julio fueron contrarios a la política cristiano-demócrata: su elogio incondicional de Cuba y su inequívoca denuncia de los Estados Unidos. Los demócratas-cristianos no ponían objeciones para apoyar a Cuba, dentro de las debidas limitaciones, o para airear el intervencionismo norteamericano, en forma mitigada. Pero la franqueza con que Julio expuso las cosas era totalmente inaceptable. Y lo que irritó más a Agudelo fue el abstencionismo propuesto por Julio y su alabanza de la insurrección armada como camino de la revolución. Apenas éste acabó de hablar, el hombre de la Clasc saltó en defensa de los "valores cristianos", por los cuales entendía el mantenimiento, a cualquier precio, del orden establecido. Todo en nombre de "la revolución pacífica cristiana", en oposición a la marxista. Al mismo tiempo prevenía a sus oyentes sobre la terrible amenaza del comunismo.

Este discurso hizo estallar una caótica algarabía en la que todos trataban de dar su opinión a un mismo tiempo. Camilo restauró el orden momentáneamente, pero en cuanto empezó a hablar a favor del punto de vista de Julio, Agudelo, abalanzándose, le arrancó el micrófono de las manos y comenzó una nueva diatriba, esta vez contra "la gente que deliberadamente trata de sabotear nuestro encuentro".

"Están tratando de mezclarnos en política —vociferó en respuesta a los gritos—. Esto nunca intentó ser un encuentro político. Se trata de un simple asunto sindical".

A lo cual Jaime, Julio o algún otro respondió con sarcasmo: "por qué anunciaron temas políticos en el programa?".

Los insultos empezaron a volar de un lado a otro como pelotas de ping pong. Los partidarios de Camilo, los más numerosos y los que más gritaban, vencieron a los de la Clasc. Hacia la medianoche, éstos habían cedido ante el ataque y, a una señal de Agudelo, comenzaban a retirarse. Los siguieron los cuadros del Partido Comunista, que no estaban dispuestos a votar la cláusula abstencionista de la moción de Julio. Por consiguiente, a primeras horas del lunes, los únicos que quedaban en la sala eran los propios “elenistas” o simpatizantes del ELN como los maoístas, que pasaron la moción por unanimidad. Antes de dispersarse, escucharon adormecidos un breve discurso de Camilo en el que declaraba clausurado oficialmente este Primer Encuentro Nacional Obrero Campesino Estudiantil.

Al día siguiente, Camilo telefoneó a Israel Arjona a las oficinas del *Frente Unido* pidiendo que le mandara algo de dinero. La Clasc había financiado su vuelo especial a Medellín, pero no le habían pagado el viaje de regreso.

Según la opinión de Arjona, Camilo había cometido un error al romper con los cristianos-demócratas. No era que el Partido Demócrata-Cristiano representara un gran número de personas —en realidad constituía un grupo minoritario— pero su conexión con el *Frente Unido*, decía Arjona, favorecía la imagen pública de Camilo. Arjona lo había criticado antes por dictar una conferencia en la sede del Partido Comunista. Basaba su crítica en el hecho que la indebida publicidad dada al acto, tanto por la prensa como por el partido, identificaba a Camilo con los comunistas, cosa que, en un país tan católico como Colombia, resulta políticamente negativa. Y la actual ruptura pública con los demócratas-cristianos no venía sino a empeorar la situación. Sin embargo, Arjona, aceptándolo como un hecho consumado, le pidió a Camilo que dedicara una noche a reunirse con el comité editorial y decidir los reajustes necesarios en la línea política del periódico.

Así que, una noche hacia finales de septiembre, se reunieron alrededor de una mesa en la pequeña oficina de Frente Unido. Había tres grupos presentes. Camilo, a la cabecera de la mesa, flanqueado por Jaime Arenas y Julio Cortés, representaba al ELN. A su derecha se sentaba Arjona con su amigo Pedro Acosta. Éstos defendían una tesis que incluía la expulsión del Partido Comunista y la organización de los no-alineados. El tercer grupo, compuesto por Marroco y otro miembro del Partido Comunista, todavía esperando aprovechar el movimiento del Frente Unido en beneficio del partido, se hallaba, por un curioso azar de la historia, a la izquierda de Camilo.

Arjona se levantó. Con el tono templado y mesurado de un veterano, examinó el fenómeno del Frente Unido y el vertiginoso ascenso de Camilo, quien, aseguraba, era un perfecto modelo de hombre no-alineado —un ciudadano carente de todo historial político previo. Paradójicamente, para formar su Frente Unido se había comprometido con dos partidos diametralmente opuestos: los cristiano-demócratas y los comunistas. El primero de estos compromisos se había roto de forma irreparable en Medellín. Arjona optaba por romper el segundo. Opinaba que las masas aún estaban listas para seguir a Camilo, pero sólo a condición de que rompiera con los

comunistas y dedicara sus energías, como había prometido, a la organización de los no-alineados. Esta ruptura, concluyó, era ya algo virtual. Le pidió a Camilo que la ratificara.

El alegato fue elocuente y Arjona se sentía satisfecho ante la visible inquietud de los dos miembros del partido, sentados frente a él. Seguro de sí mismo, tomó asiento y esperó a que Camilo dijera unas palabras para rematar el asunto. Pero, para su mayor asombro, éste lo contradujo de plano. Consciente de que necesitaba a los comunistas, Camilo confirmó su alianza con ellos. Marroco y su compañero se lanzaron una mirada de alivio y sonrieron irónicamente a Arjona. Éste se levantó despacio para pronunciar unas breves palabras de despedida.

—Respeto tu decisión, Camilo, pero confieso que no entiendo qué te pasa. Predicas la organización de los no-alienados. Sin embargo, echas por tierra toda posibilidad de conseguirla. Simplemente ¡no te entiendo!

Estaba visiblemente excitado.

—Ya no puedo seguir con el Frente Unido. Desde ahora re nuncio a la gerencia. Puedes organizarla como mejor te parezca. ¡No tengo nada más qué decir!

Retiró la silla y se dirigió a la puerta, abatido pero resuelto. Lo siguió Acosta, su discípulo fiel. Camilo hizo seña a Jaime de que los siguiera, y los demás esperaron en medio del vacío dejado por la salida de los dos hombres.

A los pocos minutos regresó Jaime. —Intenté razonar con Israel, pero no hubo caso. Es obvio que ya rompió con nosotros. Sólo repetía: ¡No tengo nada más qué decir!

Camilo no parecía preocuparse por la crisis dentro de su cada vez más desunido frente. Bastaba con que cientos de miles de no-alienados le siguieran escuchando. A pesar de su poca capacidad para hablar en público —después de todo era más un profesor universitario que un orador de masas— lograba mantener la atención de la gente con la simple y llana verdad de sus afirmaciones. Sus discursos llegaron a los sectores más variados del país, desde los vaqueros de Los Llanos a los trabajadores del banano de la United Fruit en la cuenca del Magdalena y los negros arroceros del Sinú. En todas partes se encontraba con viejos amigos, algunos que había conocido durante un estudio para la reforma agraria, otros que habían tomado parte en sus cursos de la ESAP o que fueron alumnos suyos de la UARY en Yopal. No era un extraño, Multitud de seguidores atestaban las plazas para oírlo.

Anunció una “gran convención” para diciembre, e invitó “no a los ricos, ni a los más instruidos ni a los de mejor familia, ni a los caciques y gamonales tradicionales. A esta convención asistirán los débiles, los ignorantes, los imprudentes —según la oligarquía—, los que no son bien nacidos, los hambrientos, los mal vestidos, pero los que tienen el ideal de la revolución en sus conciencias y el fuego de la lucha por sus hermanos en sus corazones y en sus brazos”.

Sus palabras tenían una resonancia bíblica, casi mesiánica. Los cojos, los tullidos y los ciegos se sentían convocados por Camilo al reino de Dios.

Al principio hablaba como si aquel reino estuviera al alcance de la mano. En agosto, por ejemplo, se había referido a un “comando nacional” que “dará las consignas y determinará los pasos tácticos hacia la toma del poder”. Pero, conforme pasaban las semanas, la fuerza decreciente del Frente Unido lo obligó a ser más circunspecto y comenzó a referirse a la lucha revolucionaria, con frase aprendida de Fabio, como “una guerra prolongada”.

En realidad, una vez superada la etapa de agitación —tras haber hablado en cada ciudad medianamente grande y en un gran número de pueblos— y llegado el momento de ponerse a organizar, se dio cuenta de cuán “rudimentaria” (como dijo) era la maquinaria política del Frente Unido. Las docenas de comités locales, creados bajo su influencia, se habían reunido apenas un par de veces, y muchos de sus miembros estaban sumidos en un mar de dudas y confusiones al llegarles noticias de la ruptura de Camilo con los demócratas-cristianos y de sus tensas relaciones con los comunistas. Le faltaban activistas revolucionarios bien entrenados que visitaran a los grupos de base para animarles a continuar. También necesitaba brigadas de propaganda. A pesar de que el periódico tenía ahora una línea política consistente (o quizás por esto mismo), las ventas se habían reducido a la mitad. Muchos de los miembros del Partido Comunista, por lo general buenos distribuidores, se negaban a repartirlo. El periódico requería una nueva campaña de promoción. Pero, para satisfacer todas estas exigencias, el Frente Unido no contaba sino con cuatro personas de tiempo completo —el propio Camilo, Jaime, Julio y Guitemie. Y de ellos, dos no participarían por mucho tiempo en actividades públicas, pues Camilo aguardaba órdenes para unirse a la guerrilla, y Guitemie tenía esperanza que le mandaran acompañarlo.

Ambos estaban en ascuas. Guitemie porque no sabía si Fabio aceptaría su propuesta para unirse a la guerrilla, y Camilo porque cada vez que se levantaba a hablar ante un auditorio general, tenía la impresión de que algún pistolero oculto le iba a pegar un tiro.

“Es posible —repetía dramáticamente—, es más que posible que la oligarquía me asesine antes de haber logrado una sólida organización.., creo que sería demasiado torpe que me en carcelaran o me inventaran un proceso de guerra verbal. Por eso creo más en el asesinato”.

Fabio Vásquez tomó su decisión sobre Camilo en la primera semana de octubre.

Los informes que recibía de Jaime y otros le habían hecho dudar que su organización fuera capaz de responder por la seguridad de Camilo. Por supuesto se estaban tomando medidas. Adondequiera que iba, lo seguía un miembro del ELN con una pistola en el bolsillo, y durante varios de sus recorridos un hombre fornido del Partido Comunista, igualmente armado, formaba también parte de su escolta. Pero estos guardaespaldas eran inexpertos y, en todo caso, insuficientes para dominar cualquier complot bien planeado contra la vida de Camilo. En dos escaramuzas callejeras se habían

visto forzados a quedarse a la expectativa, imposibilitados ante la violencia oficial. La primera vez sucedió en agosto en la ciudad de Girardot, y la segunda en Bogotá, el viernes 1º de octubre.

Este último incidente fue, tal vez, lo que hizo decidirse a Fabio. El acto, aunque concebido como una manifestación multitudinaria, fue disuelto en media hora por la policía militar. Tres o cuatro hombres uniformados cayeron sobre Camilo, derribándolo y golpeándolo a bolillo. Cuando un golpe le dio de plano en la espalda, Camilo reaccionó y luchó por levantarse del suelo. Consiguió arrancar el bolillo de las manos de un policía con el que azotaba a sus agresores. Al echarse éstos atrás, Camilo se escapó corriendo por la Avenida Jiménez, riéndose mientras blandía su trofeo. Finalmente se refugió tras las puertas metálicas de un viejo edificio de oficinas. De esta forma, el espectáculo que se inició casi como una tragedia, acabó convertido en farsa.

Nada de esto le hacía gracia a Fabio. Y lo que menos le gustaba era la evidente falta de apoyo que Camilo tenía en la capital. En ninguna otra parte habían sido capaces las autoridades de disolver un mitin, excepto en Girardot, y eso venciendo enormes dificultades. Pero en Bogotá no tuvieron problema ninguno. Camilo sólo estuvo acompañado por unas docenas de estudiantes. Las masas de la ciudad no estaban tras él, lo que confirmaba la tesis de Fabio de que la batalla debía librarse primero en las zonas rurales. Las ciudades quedarían para el final.

A la luz de todo esto, Fabio mandó instrucciones a Camilo.

Le fueron comunicadas oralmente pocos días después del fiasco de aquel viernes. La fecha de su partida para la guerrilla fue señalada para el lunes 18 de octubre. Un coche enviado desde Santander lo transportaría de noche a la zona guerrillera. Encontraría el coche en un lugar a determinar, probablemente en una de las calles del centro. Viajaría solo. Gitemie no iba a acompañarlo. Una mujer que había luchado antes en la guerrilla, La Mona Mariela, se convirtió posteriormente en un obstáculo y ya no pertenecía a la organización. Por el momento Fabio prefería no asumir de nuevo la responsabilidad de una mujer en el ejército guerrillero. Un último detalle: nadie, absolutamente nadie, debía conocer esta decisión y, hasta el último momento, Camilo seguiría con sus actividades normales como si no hubiera cambiado nada.

Camilo y Gitemie escucharon estas órdenes sin hacer ningún comentario. No era lo que habían esperado. Creían que Camilo se marcharía después de la convención, a final del año, y habían imaginado su entrada en combate como un acontecimiento anunciado ampliamente. Esta desaparición furtiva parecía carecer de sentido. Pero si Fabio lo quería así...

En seguida Gitemie cambió de tema. Ni ella ni Camilo querían hablar de la separación que los esperaba, a dos semanas de distancia, en las sombras de una calle. Los dos tornaron una especie de acuerdo tácito de no mencionar el asunto.

Hablaron de la siguiente edición del periódico y del nuevo "mensaje" que Camilo estaba preparando. Ya había escrito unos apuntes y le propuso a Gitemie que copiara a máquina la versión final para mandársela a la editora.

Como iba a ser uno de sus últimos mensajes, Camilo decidió escribirlo con una claridad meridiana. Para su gusto, hubiera preferido gritar "¡Lucha armada!", desde los tejados, aunque reconocía que eso sería una locura. Por otra parte, no era menos absurdo que la inteligencia militar estuviera mejor informada sobre su próximo paso que los miles de personas que tenían puesta su esperanza en él. Pues bien, si no se podía referir tal cual a su partida para la guerrilla, la anunciaría en términos poco velados. Comenzó su

"Mensaje a los campesinos" con una descripción de *La Violencia* de los años cuarenta, y terminó llamando a los campesinos a la guerra.

La violencia ha sido principalmente campesina...

Los oligarcas liberales pagaban a los campesinos liberales y los oligarcas conservadores pagaban a los campesinos conservadores para que los campesinos se mataran entre sí. A los oligarcas no les hicieron ni un rasguño. Cuando la oligarquía no necesitó más de ellos, los declaró bandoleros, los cazó como a fieras y luego, cuando los asesinó, publicó las fotos de sus cadáveres en la primera página de la gran prensa haciendo alarde del triunfo obtenido en nombre de la paz, la justicia y la legalidad.

Esa violencia gubernamental, financiada por las oligarquías, enseñó muchas cosas a los campesinos. Les enseñó a reconocer en la oligarquía a su verdadero enemigo. Les enseñó a huir primero. Defenderse después. Y les enseñó a atacar para obtener lo que las oligarquías obtenían con la violencia: fincas, cosechas, ganado, poder. Estas cosas no se las daba el sistema. Todo lo contrario. El sistema les daba los salarios más bajos, el menor número de escuelas, las peores viviendas y las menores posibilidades de progresar.

Cuando acabaron con los cabecillas notorios quedaban zonas campesinas controladas por los mismos agricultores. La política represiva de los Estados Unidos, impuesta a los gobernantes colombianos, no podía permitir zonas "sospechosas", aunque fueran pacíficas. El ejército necesitaba aumentar su importancia y aumentar su presupuesto.

El gobierno dice que los campesinos iniciaron la violencia. Los campesinos dicen que fue el gobierno. En Francia, intelectuales de todas las corrientes, después de haber investigado, dicen que los campesinos tienen la razón.

Yo quiero retar al gobierno para que pida, si se atreve, una comisión investigadora a las Naciones Unidas, constituida por países neutrales, para que juzguen los casos de Marquetalia, El Pato, Guayabero y Río Chiquito. Conocemos la similitud del desembarco de los marines en Santo Domingo con los desembarcos del ejército colombiano, dirigidos por la misión militar norteamericana en las "repúblicas independientes". Estos desembarcos continuarán. El ejército empieza con la acción cívico-militar y acaba con los bombardeos, empieza sacando muelas y acaba metiendo bala. Los campesinos ya saben que los militares llevan una mano adelante con el pan y otra atrás con el puñal. La "república dependiente" de Colombia seguirá obedeciendo a los norteamericanos para que destruya a sangre y fuego las otras

repúblicas de colombianos independientes. Así lo ha decretado la Cámara norteamericana.

Nuestros campesinos ya saben a qué atenerse. Ya saben para qué se tienen que preparar. Ellos no se lanzan a una aventura, pero no rehuyen la lucha. Ya la oligarquía, con el estado de sitio, ha sacado al pueblo de las plazas públicas. Ya lo persigue con ametralladora en recintos cerrados, como en Medellín. Cuando nos haga la vida imposible en la ciudad, tenemos que ir al campo. Y del campo no podremos botarnos al mar. Allí tendremos que resistir. Para eso debe prepararse el campesino. Organizando ahora los comandos del Frente Unido con grupos de 5 o de 10. Purificando las zonas de traidores a la causa del pueblo. Haciendo depósitos de comida y de ropa. Preparándose para esa lucha prolongada. No dejándose provocar, no presentando resistencia cuando las condiciones sean desfavorables para el pueblo.

La oligarquía seguirá reafirmando a los campesinos en su convencimiento de que tienen que apoyar a las fuerzas revolucionarias. ¿Por qué no han acabado con la guerrilla de Simacota? Únicamente por el apoyo de los campesinos.

Cuando la oligarquía no deje otro camino, los campesinos tendrán que darnos refugio a los revolucionarios, a los obreros y estudiantes.

Por el momento deben unificarse y organizarse para recibirnos con el fin de emprender la larga lucha final.

Este mensaje se publicó en *Frente Unido* el jueves 7 de octubre. Y el sábado, día 9, Camilo iniciaba, como estaba previsto, su último recorrido de campaña. Habló en varias ciudades a lo largo del río Magdalena —en Honda, La Dorada y Puerto Boyacá. Las multitudes eran tan entusiastas como siempre. Después del mitin de Puerto Boyacá, alguien propuso que fueran en desfile a la tumba de Federico Arango, un guerrillero que había sido fusilado y enterrado cerca de allí. Se trataba del hermano de María Arango de Marroquín, asesinado por la policía en 1963. En el cementerio hubo discursos y después un minuto de silencio, durante el cual Camilo estuvo con la cabeza inclinada ante la lápida, recordando al joven ingeniero y su temeraria aventura guerrillera, y quizás preguntándose cuál iba a ser su propio destino.

El 14 de octubre viajó al sur, a Popayán, capital del departamento del Cauca, para hablar a los estudiantes de la Universidad del Cauca. Pasó tres días en la zona. Y una noche el jeep en el que viajaba se descompuso en pleno campo, dejándolo plantado, con tiempo lluvioso, a quince kilómetros del pueblo más cercano donde una plaza llena de gente lo estaba esperando. Camilo decidió ir caminando, a pesar de las protestas de Marroco y demás miembros de su comitiva. Él se reía de verlos avanzar penosamente por el barro. “¿Qué clase de revolucionario se dejaría desanimar por unas gotitas de agua?”.

La broma llevaba aguijón. Camilo había visto a muchos llamados revolucionarios descorazonados por cosas poco más importantes que un aguacero. Muchos de sus seguidores ya estaban asustados ante la animosidad

de la policía militar. Y aquello no era nada comparado con la represión que seguiría cuando Camilo se incorporase a la guerrilla. Para entonces él ya no depositaba falsas esperanzas en el entusiasmo de las multitudes. Sabía que, tan pronto como se conociera su ida al monte, el Frente Unido comenzaría a desintegrarse. Incluso, entre sus compañeros más activos, muchos no seguirían siendo leales.

“Si solamente queda conmigo un puñado de hombres decididos, con ellos seguiremos la lucha. Lo que importa es que todo el que se decida a incorporarse a la lucha, se decida también a continuar hasta el fin”.

Con estas medidas palabras comenzó Camilo una peroración ante el Consejo Nacional de la FUN en Bogotá, la noche del domingo 17 de octubre. Había vuelto en avión de Popayán a tiempo de asistir a la sesión de clausura de la reunión de estudiantes, y desde el aeropuerto se dirigió a la Universidad Nacional. Los delegados estudiantiles estaban reunidos en el salón de conferencias, el lugar donde tres años atrás lo habían proclamado como su rector. Esta noche estaban dispuestos a nombrarlo comandante-en-jefe de la revolución. Cada una de sus cortas y retadoras frases era seguida de una aclamación ensordecedora.

“Estamos en una coyuntura revolucionaria., están cerrados todos los caminos legales, por cuanto la oligarquía está dispuesta a librar una guerra a muerte contra nuestro pueblo. De ahí que debemos organizarnos para una lucha encarnizada contra el enemigo y para atacar el sistema utilizando formas superiores de lucha”.

A los jóvenes les encantó esta alusión abierta a las guerrillas, y redoblaron sus aplausos. Ninguno imaginaba, por supuesto, que Camilo hablaba en serio. Estaban acostumbrados a estas frases retóricas en los labios de los oradores estudiantiles. No sabían que el hombre que las pronunciaba ahora partiría al día siguiente para la guerrilla.

“Debemos comprometernos de tiempo completo con nuestra vida, con nuestra sangre, con nuestros sacrificios y con nuestro trabajo en esta prolongada y difícil lucha por la definitiva liberación de nuestra patria. Todo cuanto constituya un obstáculo para la lucha revolucionaria —nuestros estudios, nuestro trabajo, nuestro bienestar, aun nuestra propia familia— es necesario abandonarlo para entregarnos de lleno a la lucha por la toma del poder hasta la muerte”.

De este modo concluyó Camilo su último discurso público.

Llegó a casa hacia la medianoche. Guitemie lo estaba esperando y comenzaron a hacer los últimos preparativos para su partida. Todo debía estar listo para la tarde siguiente. No era mucho. Sólo se llevaba su pipa y su pequeña edición de la Biblia. En cuanto a ropa, un muchacho del ELN le entregaría una bolsa en el momento de partir. Por ahora, todo lo que empaquetó fue un viejo suéter negro que siempre llevaba a todas partes. Agregó una navaja-abrelatas que Guitemie le obsequió como regalo de despedida.

Juntaron estas cositas y las pusieron aparte, todo en silencio para no despertar a Isabel. Por fortuna, ésta se había retirado temprano aquella noche, lo que les permitió discutir el problema de cómo explicarle la ausencia de Camilo. No era difícil de prever lo histérica que se pondría tan pronto como se enterase. Meses antes, Camilo había hablado con su hermano Fernando, quien enseñaba medicina en Minneapolis. Fernando había aceptado cuidarla el día que a Camilo le pasara algo. Y Gitemie aceptó la desagradable tarea de poner a Isabel a bordo de un avión que la sacara del país. Camilo había planeado que se estableciera, por un tiempo, en París. Sólo le quedaba escribirle una nota que Gitemie le entregaría una vez que él se encontrara en el campamento guerrillero.

En cuanto empezó a escribir, le vino a la mente el recuerdo de otra noche, casi veinte años atrás, cuando le había dejado una nota antes de desaparecer sin decir adiós. ¡Pobre Isabel! Si no hubiera sido siempre tan posesiva, Camilo no se habría visto obligado a actuar a espaldas suyas. Pero no había más remedio.

Primero escribió su nombre cariñoso en inglés —Darling— tal como le gustaba llamarla; era un apodo que le había puesto desde su primer viaje juntos a Nueva York. Se quedó mirando la palabra Darling sobre la hoja de papel en blanco. ¿Qué más podía escribir? ¿Qué decirle? Iba a dejarla por quién sabe cuántos años, tal vez para siempre. Pero no confiaba en que ella guardara su secreto. En verdad, poco le podía contar. Tras unos momentos de vacilación, escribió las siguientes líneas:

Por algunos informes de última hora decidí ocultarme durante algún tiempo mientras la situación se clarifica, de acuerdo con lo que habíamos hablado. Creo que así estarás más tranquila tú y yo lo estaré también. Tu situación económica está asegurada para este tiempo y para cualquier imprevisto. Estoy en lugar y compañía seguros. Apenas pueda te escribo. Cuídate mucho. Acuérdate que tu valor siempre me ha alentado y que si hago algo por Colombia es en gran parte debido a ti. Tienes que estar a la altura de las circunstancias. Te dejo la bendición y mándame la tuya.

Te adora.

Camilo.

Al anochecer del día siguiente, Camilo y Gitemie se zafaron de un grupo de gente en la oficina de *Frente Unido* y salieron a la calle ya oscurecida, bajo una lluvia menuda. En 45 minutos un coche estaría esperando a Camilo en cierto lugar de la Calle 82. Jaime se unió a ellos en la acera, y los tres tomaron un taxi, dirigiéndose hacia el norte.

Habían procurado tener tiempo de sobra, a fin de burlar la posible vigilancia de agentes de seguridad. Su primer maniobra fue dejar a Camilo a la puerta de un hospital, como si fuera a visitar a un paciente. Pocos minutos después, Camilo salió, tomó otro taxi y recogió a Jaime y Gitemie a la vuelta

de la esquina. Diez cuadras más allá volvieron a cambiar de taxi, y Jaime le pidió al chofer los llevara a la Calle 80.

Eran casi las siete cuando abandonaron el taxi. Por la avenida bordeada de árboles no andaba sino uno que otro peatón con paraguas que se dirigía apresuradamente a su casa huyendo de la lluvia. Nadie se fijó en dos hombres altos y una mujer delgada que caminaron dos cuadras hasta llegar a la altura de un coche estacionado cerca de la esquina.

—Ése es —señaló Jaime—. Placas de Santander.

—Bueno, ya llegó el momento. Camilo se volvió hacia Gitemie.

—Todavía no, Camilo. No ha llegado el muchacho con tus cosas.

A Camilo se le había olvidado; tenía instrucciones de no partir hasta que uno del ELN le entregara un maletín de cuero. El que fuera, llegaba tarde. Se cobijaron a esperar bajo un árbol a la vista del coche. Los minutos pasaban lentamente y Camilo trataba de mantener tranquilos a Jaime y Gitemie, hablando de cualquier cosa.

—Bueno, me toca el adiós a Bogotá. Qué raro pensar que no volveré a ver estas calles —por unos años al menos.

Jaime se ponía nervioso.

— ¿Qué demonios le pasará al de la maleta?

— Camilo intentó quitarle importancia.

—No te emberraques, Jaime. Ya vendrá. Yo siempre he sido comprensivo con la gente incumplida.

De pronto sintieron los pasos de un hombre que se acercaba, caminando rápidamente en la lluvia. Se aproximó al coche, abrió la puerta y tiró un maletín sobre el asiento trasero.

—Ahora sí, Camilo.

El hombre mantenía la puerta del coche abierta. Sólo había un segundo de tiempo. Un rápido abrazo.

—Cuídame a Isabel.

—No te afanes.

— ¡Suerte!

—Gracias.

Y se fue.

Caminaba por un sendero en la región de San Vicente. Lo acompañaba un guía que abría camino cortando malezas con un machete. Acababa de amanecer y el guía calculaba que en menos de una hora estarían en el campamento guerrillero.

Pero se equivocaba. Una patrulla militar venía hacia ellos por el mismo sendero. En una vuelta del camino el guía divisó a los soldados antes de que ellos lo vieran a él y, con un rápido movimiento, se arrojó entre la densa maleza arrastrando a Camilo tras de sí. Desde su escondite, observando por entre cañas de bambú, vieron pasar a los uniformados a un paso de sus caras. No movieron un solo músculo. Camilo casi ni respiraba.

Pasaron varias horas antes que el guía se arrastrara fuera para ver si todo estaba despejado. Volvió a los pocos minutos y soltó una carcajada al ver a Camilo, todavía tumbado, impotente. Camilo también vio el lado cómico de la situación.

“Casi no llego siquiera al campamento!”.

No pareció un principio muy prometedor en su nueva carrera.

Capítulo 11

La guerrilla

“Tienes que llevar todo a la espalda —comida, ropa, cacharros de cocina—, ¡todo! Lo mismo que la munición, y tu hamaca, y este caucho contra la lluvia. También te hace falta hilo y aguja para remendar tu ropa. En mucho tiempo no vas a tener una camisa nueva u otro par de pantalones. Y lo más importante, las botas. Si no son buenas, ¡te jodes!”.

Algunos aspectos de la vida guerrillera que Fabio explicó a Camilo en su primera noche de campamento. También le proveyó de una mochila, un uniforme de tipo militar, una boina verde, un cinto y un par de botas, todo de fabricación casera. Las botas, le dijo, eran obra de un colaborador del ELN, el zapatero de San Vicente. Camilo se las probó. Le iban bien.

Luego Fabio le entregó un revólver en una funda de cuero, diciéndole que era la única arma que le podían dar de momento, pero que, en todo caso, le sería más fácil de manejar que un fusil. Ninguno de los dos mencionó la petición de Camilo de no tener que disparar.

“Hay tiro al blanco por la mañana” —dijo Fabio, como sin darle importancia al asunto, “Otra cosa —añadió—, sería mejor cambiar tu nombre. ‘Alfredo’ ya es demasiado conocido. En el futuro te llamaremos Argemiro. Bueno, mejor duermes un poco, Argemiro. Nos levantamos a las cinco”. Camilo no colgó su hamaca inmediatamente. Primero sopesó el revólver en su mano, dándole varias vueltas. Luego lo metió en la funda, lo amarró a su cinto y lo colocó sobre su pila de ropa. Reflexionó sobre las armas, el combate, la matanza. Rechazando la idea, se puso a cavilar sobre el extraño nombre que le había puesto Fabio.



Años atrás, cuando soñaba con ser un dominico, se había preguntado qué nombre elegiría cuando tomara el hábito. Ahora, al comenzar un noviciado diferente, lo habían bautizado Argemiro. Imaginó que se acostumbraría al nombre. Un amigo suyo, Hermías, joven médico de Bogotá, había cambiado dos veces de nombre en cuestión de meses. Primero fue Hermes, luego Hernando.

Camilo destapó un frasco de píldoras contra la malaria que le había dado precisamente Hernando. Se tomó una. Después, siguiendo su costumbre, sacó la Biblia y fue pasando unas páginas. Se detenía aquí y allá, leyendo unas pocas líneas ya familiares —palabras de “le Maitre”, como él y Guitemie solían decir.

Luego de leer distraídamente por unos minutos, comenzó a preparar la hamaca. Percibió la alta silueta de Fabio inclinada sobre una pequeña máquina de escribir portátil. Más tarde, en la noche, después de acostarse y apagar la vela, estuvo revolviéndose desvelado por el tap-tap de aquella máquina de Fabio.

Se levantó al clarear la mañana, se puso el uniforme y fue a unirse con un grupo de unos treinta hombres que habían formado una fila en un claro del bosque. Vio que sólo dos o tres llevaban uniforme. Los otros vestían ropa de trabajo normal entre los campesinos. Camilo los acompañó en una serie de agotadores ejercicios. Estaba torpe y pesado, le dolían los brazos de las flexiones, y se quedó sin aliento. Se hubiera retirado con gusto, pero aguantó casi una hora. Por fin, a las seis, hubo un descanso para tomar café.

Los hombres se sentaron alrededor del fuego y, uno tras otro, todos encontraron algún pretexto para acercarse a hablar con Argemiro. Uno hizo un comentario sobre su revólver, otro quiso ver su reloj, un tercero le pidió permiso para dar una chupada a su pipa. Eran como niños cautelosos, tímidos y curiosos a un mismo tiempo. Camilo lo comprendía. Se sentía relajado, y no tenía que esforzarse para hacer amigos.

Los había conocido en julio, durante su visita al campamento. Ahora comenzó a aprenderse sus nombres —sus nombres monásticos, pues no se preguntaba jamás a otro cómo se llamaba afuera. Aquí se les conocía como Juvenal e Isidro, Plutarco y Anselmo, Humberto, Libardo e Ismael. A uno recio de anchas espaldas le llamaban El Toro.

Un joven alto y bien parecido cantaba fragmentos de una canción romántica mejicana mientras se lavaba la cara.

—Es Silverio —dijo un hombre que estaba junto a Camilo—. Mi sobrino. Yo me llamo Delio. Y le tendió la mano.

Delio, quien andaba por los cuarenta, era el elemento más viejo del ELN. Le dijo a Camilo que, en cuanto terminaran el café, todos tenían que coger los libros y ponerse a estudiar.

“Es una pérdida de tiempo _gruñó—. Silverio y yo nunca aprendimos a leer ni a escribir. Y ¿qué? Silverio no ha visto siquiera un pueblo, excepto el día que lo bautizaron, y lo único que hizo entonces fue berriar”.

Silverio, secándose la cara, se echó a reír.

Ramiro, hombre gordo con un cinto de cartuchos bordeando su barriga, miró desde debajo de un ajado sombrero de paja y dijo: "Delio tiene razón. Esto de las clases es una pendejada. Los libros no te ayudan a disparar".

Se dio la orden y fueron sin entusiasmo a sus lecciones, sentándose en pequeños grupos para aprender historia, geografía y nociones elementales de gramática, así como el marxismo y técnicas guerrilleras. Sus libros de texto iban desde lecturas de primer grado a las *Tesis filosóficas* de Mao Tse-Tung. Por profesores tenían a Hernando, Fabio, Víctor Medina y un joven delgado de gruesas gafas con un bigote ralo y caído. Alguien le contó a Camilo que el joven de gafas era Joaquín, un exlocutor de radio de Bogotá, uno de los pocos guerrilleros con formación universitaria. Este último detalle convenció a Camilo que él también podía ser útil como profesor. Por el momento se limitó a observar las clases para captar el ambiente.

La sesión terminó a las ocho y media, y los hombres formaron una fila delante de un gran puchero que había sobre el fuego, mientras se les servía una pequeña ración de mazamorra en platos de hojalata.

Durante el desayuno, Camilo por primera vez pudo observar con detenimiento a todos sus compañeros. Contó cerca de cuarenta, incluyendo tres muchachos que no pasaban de los trece años y que parecían pequeños para su edad. Le preguntó a Fabio quiénes eran.

—Esos dos son Pablo y Martín de la familia Comején. Los llamamos así porque son muchos y chiquiticos. El otro se llama Camilito.

Camilito era ligeramente más alto que los otros dos, pero parecía empequeñecido por el fusil M-1 que llevaba al hombro. Volvía del servicio de centinela.

—No parece gran cosa —comentó Fabio—, pero es uno de los mejores combatientes que tenemos. ¡Camilito! —lo llamó—. Ven aquí a conocer a Argemiro.

El muchacho se acercó y estrechó muy serio la mano de Camilo, sin decir una palabra.

—Camilito es de Río Fuego, justo detrás del monte. Hizo un gran trabajo en Simacota. También estuvo en la operación de Cruz de Mayo.

Durante la presentación, Camilo observó el azoramiento de su tocayo. Para ser un veterano, Camilito se veía muy modesto.

Después del desayuno, Fabio llevó a Camilo a pasear. Caminando bajo el temprano sol de la mañana, se protegieron a la sombra de ceibas y algarrobos y se sentaron a charlar junto a un arroyo.

Fabio le dio a Camilo una clara idea del desarrollo del ELN desde su encuentro en julio. El grupo se incrementaba con el reclutamiento de nuevos elementos. Pero su situación estaba lejos de ser segura. El ejército había intensificado su control, y el coronel Valencia Tovar estaba tomando medidas

para enfrentarse a los problemas que supondría la presencia de Camilo en la zona.

—Ahora que estás aquí —dijo Fabio enfáticamente—, tu amigo el coronel no descansará hasta que te haya puesto fuera de juego. Tendremos que cuidarte. Y tendrás que cuidar de ti mismo.

Fabio le dijo que le enseñaría a manejar el revólver y que no se preocupara por sus “escrúpulos”. Camilo no puso ninguna objeción. Si el peligro era tal como Fabio lo pintaba, sería una locura andar desarmado. Además, cuanto más lo pensaba, más incongruente le parecía la idea de un guerrillero sin armas. Decidió seguir el consejo de Fabio y dejar que el tiempo resolviera el problema.

Hablaron de estrategia guerrillera. Con un palo, Fabio dibujó un mapa en el barro. Aquí, corriendo aproximadamente de norte a sur, estaba el cerro de los Andes. Marcó el lugar donde se hallaban acampados. Después trazó una línea paralela que representaba la cadena montañosa que se veía al este, la cordillera de los Cobardes. Entre las dos había una franja de terreno escabroso en el que, por ahora, podían moverse libremente, ya que los habitantes en su mayoría estaban de su lado. Hacia el norte quedaba el pueblo de El Carmen, donde el ejército había establecido un destacamento permanente. En dirección sur la vegetación se volvía aún más espesa y se abría a una zona de selva inexplorada alrededor del río Opón. Ésta sería su ruta de huida en caso de emergencia.

Mas harían lo posible por evitar emergencias. No pensaban atraer el fuego enemigo. Su táctica actual consistía en permanecer ocultos y fortalecerse. Una vez en situación de fuerza, lanzarían ofensivas contra las patrullas enemigas. Le recordó a Camilo la máxima del guerrillero: no atacar hasta que no estés seguro de la victoria.

Le preguntó por el Frente Unido. Estaba ansioso por saber en qué estado había quedado. Camilo habló de los problemas, reconociendo que el entusiasmo había menguado, que la situación económica era mala y que resultaba muy difícil encontrar gente totalmente dedicada.

—Naturalmente tenemos gente buena. Jaime, por ejemplo. Está a cargo del periódico y de los aspectos organizativos. Y Guitemie va a coordinar las actividades clandestinas. Pero los que me preocupan son los activistas comunes y corrientes. Especialmente ahora que yo he desaparecido y no saben dónde estoy. Lo que deberíamos hacer... (Miró a Fabio. Algo en el jefe le hacía dudar antes de ofrecer sugerencias). “Bueno, lo que quiero decir es ¿por qué no publicamos una proclama —como habíamos planeado ¿recuerdas?— para hacerle saber a la gente que estoy aquí?”

—Todavía no, Argemiro —Fabio parecía sonreír ante su impaciencia—. Esperemos hasta que te acostumbres a las cosas de aquí. Quizás en un par de meses...

A Camilo un par de meses le parecía demasiado tiempo. Se imaginaba la reacción de la gente del Frente Unido ante un silencio tan prolongado. Se sentirían desconcertados, y hasta defraudados. Por otro lado, Fabio tendría sus

razones para mantener en secreto su paradero. A lo mejor prefería no anunciar nada hasta estar seguro que Camilo iba a adaptarse a la nueva vida. Durante los dos meses siguientes estaría a prueba.



Con Victor Medina Morón y Fabio Vásquez Castaño, Santander, 1965 (foto inédita).

Con el grupo guerrillero (foto inédita).



Un par de meses resultó ser tiempo más que suficiente para que Camilo se probara. Y también para que el Frente Unido se desintegrara. Para cuando

Camilo hubiera terminado su aprendizaje como guerrillero, su movimiento político estaría en ruinas.

Una vez que Camilo hubo desaparecido de la vida pública, el Partido Comunista retiró su apoyo. Los dirigentes del partido se imaginaban dónde estaba y les enojaba sobremanera que los hubiera engañado. Por otra parte, sabían que no les quedaba nada que ganar con su adhesión al Frente Unido, pues previeron su caída.

Otros miembros del Frente Unido que fueron a preguntar por Camilo eran informados por Jaime de que "Camilo está donde la lucha de su pueblo lo requiere". Algunos sacaban la lógica conclusión y palidecían de miedo. Otros se quedaban desconcertados por la respuesta. Ninguno volvió de nuevo para informarse. Simplemente esperaban el desarrollo de los acontecimientos.

En consecuencia, una semana después de aquel lunes en que Camilo subió al coche con matrícula de Santander, la pequeña oficina en Bogotá estaba casi desierta. Sólo Jaime Arenas y Julio Cortés, con un puñado de incondicionales, se las arreglaban para mantenerla abierta por unas semanas y sacar a la calle el *Frente Unido*.

Su circulación se redujo enormemente. Lo imprimían en páginas más pequeñas y con papel más barato a fin de reducir los costos, y luchaban desesperadamente por apagar el renovado fervor electoral de la gente. En el reflujó revolucionario que produjo la retirada de Camilo de la escena política, el candidato presidencial Carlos Lleras Restrepo había atraído la atención pública. Como maniobra publicitaria, Lleras se negó a aceptar el nombramiento a la candidatura a fin de provocar una campaña en favor de su retorno. En noviembre se colocó de nuevo al frente del Partido Liberal, con la seguridad de obtener una victoria en las urnas. El estrépito de la prensa liberal ahogó las tímidas voces de la oposición, y el Frente Unido de Camilo perdió su oportunidad política. En cuanto a su periódico, estaba muriendo sin pena ni gloria.

Jaime Arenas pasó la tarde del lunes 8 de noviembre trabajando en la edición del periódico. Hacia la noche, salió de la oficina para caer en manos de cuatro policías con una orden de captura. Los dos años siguientes los pasaría en la cárcel.

Tras la detención de Jaime, se hizo virtualmente imposible mantener el movimiento a flote. *Frente Unido* aparecería por última vez a principios de diciembre.

Guitemie, quien andaba oculta, le escribió a Camilo: "Tenemos muchas deudas, el periódico de esta semana no ha podido salir todavía, el último número no servía para nada, no era siquiera leíble. El resultado no corresponde a los esfuerzos y buena voluntad del equipo. Estamos bastante preocupados".

En la misma carta, Guitemie enumeraba contratiempos y traiciones, se quejaba de la falta de fondos y relataba el fracaso de un plan para liberar a Jaime y otros elenistas de la cárcel. Lamentaba no haber podido adquirir armas y un transmisor de onda corta que necesitaban. También le informó que Isabel, "La Belle" como le llamaba, se había sentido muy sola en su exilio de

París y se había marchado a Minneapolis a vivir con Fernando, cosa que dificultaba el envío de sus cartas.

Esta letanía de lamentaciones no seguía ningún orden. Guitemie la entremezclaba con palabras de aliento —“No sigas preocupado por mi situación; el ánimo sigue estupendo y la presencia continua del Maître es una ayuda maravillosa”—, y con noticias de la familia —“el doctor tal rindió un homenaje a tu papá en la sede del Colegio de Pediatría”.

En cierto momento pasaba al francés. “*Le soleil brille*”, escribía sin mayor convicción. Después añadía con más convencimiento: “*Je te pense énormément*”.

A Camilo no lo tomó por sorpresa este inventario de fracasos. En octubre había predicho el efecto que su desaparición iba a producir. La carta de Guitemie tampoco lo desanimó. Estaba tan inmerso en los problemas cotidianos de la vida guerrillera y tan seguro del éxito final, que los contratiempos momentáneos le parecían no venir al caso. Ya no consideraba vital buscar el momento político más oportuno. En la larga guerra del pueblo cualquier momento le parecía bueno. Sabía que dentro de poco tiempo Fabio daría a conocer su presencia en el ELN, y estaba convencido de que la noticia arrastraría a la mayoría de sus antiguos partidarios.

Estaba animadísimo. Para entonces ya había vencido totalmente su repugnancia a disparar. Sabía manejar su revólver y era hábil con el rifle y la carabina; había usado ambos para cazar micos, loros y cerdos salvajes. Pero, como aún no había entrado en combate, el revólver sería su única arma permanente. No tendría otra hasta que se la ganara, y “el guerrillero —le explicó Fabio— se gana su arma cuando tumba a un soldado enemigo y se apodera de su fusil o ametralladora”.

Camilo estaba deseando que llegara el día en que pudiera conseguir aquel trofeo. Quizás en un mes. En diciembre, el Estado Mayor comenzó a hablar de una posible acción para primeros de año.

También en diciembre, Fabio le sugirió a Camilo que fuera pensando en escribir su declaración a la prensa. Estaba satisfecho con los progresos de Camilo. Nunca había esperado que se adaptara tan rápidamente. No es que dudara de su buena voluntad, pero habida cuenta de su edad —a sus treinta y seis años Camilo les llevaba diez años a la mayoría de los combatientes— se había figurado que encontraría muy dura la experiencia.

Camilo la había encontrado dura, pero tomaba las cosas tan a la ligera que Fabio apenas podía imaginarse lo mucho que le estaba costando. Bromeaba sobre las picaduras de los mosquitos y la comezón del sarpullido que dejaba un insecto llamado el *pitu*. Todos se quejaban del *pitu*, excepto Camilo, quien exhibía las feas manchas marrones en su cuerpo como si fueran tatuajes.

Haciendo payasadas, disimulaba su malestar. Pero la verdad es que al principio nada había sido fácil. Descubrió que no sabía ni caminar. Una cosa era andar por la Carrera Séptima, incluso de sotana, y otra muy diferente mantener el equilibrio en los troncos húmedos y resbaladizos sobre los que

caminaban los guerrilleros para no dejar huellas. Patinaba y resbalaba, lo que le hacía asirse a cualquier rama que a menudo cedía y acababa por partirse. Otras veces se agarraba a simples tallos que se arrancaban de raíz y le hacían salir hacia atrás y caer torpemente en el barro. En cierta ocasión, buscando apoyo, agarró una hierba de apariencia inofensiva, la cual resultó ser un punzante hortigo que le dejó la mano acribillada de espinos. Después de esta experiencia aprendió a reconocer cada planta y pensaba dos veces antes de echar mano a cualquiera.

Al principio su caminar se hacía más penoso aún por el puro peso de su morral. Y es que, aparte de sus pertenencias, había añadido un montón de cosas más, como cacharros de comer, pantalones, bolsas de azúcar, que pertenecían a los otros. Los astutos campesinos lo tenían calado. Sabían que Argemiro no podría negarse. Pero después de caerse por milésima vez, comenzó a devolver cosas y a sugerir dónde se las podían meter. Ellos se reían ante la insinuación. Esta vez era Argemiro quien los había calado a ellos.

El conocimiento que Camilo tenía de los hombres era una valiosa ventaja. Lo mismo su sentido del humor, que sirvió para amortiguar momentos de tensión que surgían entre ellos a causa del aburrimiento. La acción que Fabio tenía en mente para enero sería su primer combate desde el mes de mayo, y un período de calma tan largo los tenía enervados. Eran capaces de soportar las raciones pequeñas, los entrenamientos constantes, el calor, los mosquitos —cualquier cosa menos la inercia.

Por la noche, en torno a la hoguera, cada hombre tenía derecho a manifestar sus motivos de queja. Los austeros campesinos como Delio, o los muchachos tímidos como Camilito y los hermanos Comején, eran reacios a franquearse. En cambio otros —El Toro, por ejemplo— eran bruscos, rudos y francos en exceso. Los hombres de la ciudad no sabían cómo manejarlos. Hernando, el médico, era demasiado serio. Víctor Medina tenía más tino y trataba de aligerar el ambiente con chistes. Pero Víctor era uno de los fundadores del ELN, y después de tanto tiempo en el monte, su repertorio de chistes se había quedado anticuado.

Camilo llegó como llovido del cielo. No sólo trajo una buena reserva de chistes recientes, sino que también les enseñó joro pos que había aprendido en Los Llanos y las canciones de las Brigadas Internacionales de la guerra civil española. Víctor improvisaba la percusión sobre una lata de petróleo y Camilo dirigía los coros. Cuando la música paraba y los hombres comenzaban sus sesiones nocturnas de lo que llamaban “crítica y autocrítica”, todo el mundo estaba de mejor humor y era menos probable que se encendieran los ánimos.

Fue después de una de estas sesiones, una noche a mediados de diciembre, cuando Fabio anunció su nuevo plan de acción: a partir de enero, la guerrilla tomaría la ofensiva. El compañero Argemiro, dijo, iba a redactar una proclama para enviarla a los periódicos junto con una fotografía, el día 7 de enero, exactamente un año después de Simacota. Los periódicos no serían capaces de resistirse ante el valor informativo del documento. Al publicarlo, les haría a los guerrilleros una amplia publicidad que, a su vez, sería respaldada por la acción. Desde aquel momento el Frente José Antonio Galán iba a

dividirse en dos "comisiones". La primera, un pequeño destacamento al mando de José Ayala, haría un reconocimiento en la región de Los Aljibes a unas millas de distancia. Ayala decidiría qué acción debía tomar su comisión. Entre tanto, el cuerpo principal del ejército guerrillero continuaría a las órdenes de Fabio, y llevaría a cabo un asalto a uno de los destacamentos militares que estaban patrullando la región.

Esta noticia fue acogida con entusiastas vivas a la revolución. A los guerrilleros el anuncio de Fabio les cayó como la lluvia tras una prolongada sequía. Camilo sintió la corriente de excitación. ¡Qué viva Argemiro!, gritó alguien. ¡Qué viva! Los hombres gritaban, reían, lo miraban. Querían luchar y Camilo les estaba dando la oportunidad. Iba a ser su oportunidad también, quizás para ganar un fusil y para demostrar que servía para algo más que para cantar y hacer chistes.



Con Victor Medina, y un rifle prestado (foto inédita).



Victor Medina, Manuel Vásquez y Camilo leen la prensa (foto inédita).

Aquella noche tendieron tarde sus hamacas. Primero Fabio nombró a los hombres para el contingente de Los Aljibes y les dio minuciosas instrucciones. Luego se sentaron y comenzaron a especular sobre cómo sería el próximo combate.

—Yo me hago al lado de Hernando —dijo El Toro—. En caso de accidentes es bueno estar cerca de un médico. Y si hay fusiles que coger, los pescaré con un palo. ¡No tiene sentido exponer el cuello!

El joven Camilito estaba silencioso como siempre. Sentado aparte, escribía versos en un cuaderno que guardaba en su mochila. Escribía sobre Simacota y el asalto de Cruz de Mayo. Y tal vez fue aquella noche que apuntó este verso:

Llegó el primer combate
llegó el segundo y derecho
y al tercero una bala
atravesó mi pecho.

Guardó el cuaderno sin enseñárselo a nadie, ni siquiera a Argemiro.

A la mañana siguiente, le sacaron una foto a Camilo, colocando un fusil en sus manos y tomándole varias instantáneas con Fabio y Víctor. Después, mientras alguien sacaba la película de la máquina, Camilo se puso a escribir su proclama.

No había mucho tiempo. Ayala y El Tuerto Afanador salían con varios hombres para Los Aljibes y tenían que entregar el documento y la película a un contacto de San Vicente. De todas formas, Camilo no necesitaba mucho tiempo. Había estado rumiando su declaración durante días enteros. Se alejó un poco, se sentó en un tronco con un cuaderno sobre las piernas y, casi sin correcciones ni tachaduras, escribió lo siguiente:

Colombianos:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía.

En aquellos momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado al extremo, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada.

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas para tomarse el poder, la oligarquía intentó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponían la dictadura de la oligarquía.

Ahora el pueblo ya no creerá nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestido y, sobre todo, dignidad. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.

Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo, el pueblo espera que los jefes, con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate.

Yo quiero decirle al pueblo colombiano que este es el momento. Que no le he traicionado. Que he recorrido las plazas de los pueblos y ciudades caminando por la unidad y la organización de la clase popular para la toma del poder. Que he pedido que nos entreguemos por estos objetivos hasta la muerte.

Ya todo está preparado. La oligarquía quiere organizar otra comedia de elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimientos de renovación a base de ideas y de personas que no sólo son viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos, colombianos?

Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, la base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionalistas. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que buscan liberar al pueblo de la explotación, de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido.

Todos los colombianos patriotas debernos ponemos en pie de guerra. Poco a poco irán surgiendo jefes guerrilleros experimentados en todos los rincones del país. Mientras tanto debemos estar alerta. Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. Conversar con los más íntimos. Reunir ropas, drogas y provisiones para prepararnos a una lucha prolongada.

Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo, en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar, pero no nos impacientemos. En una guerra prolongada todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese preciso momento la revolución nos encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y confianza en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado, porque la jornada es larga.

Colombianos: no dejemos de responder al llamado del pueblo y de la revolución.

Militantes del Frente Unido, hagamos una realidad nuestras consignas.

¡Por la unidad de la clase popular, hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular, hasta la muerte! ¡Por la toma del poder para la clase popular, hasta la muerte!

Hasta la muerte, porque estamos decididos a ir hasta el final.

Hasta la victoria, porque un pueblo, desde que se entrega hasta la muerte, siempre logra la victoria.

Hasta la victoria final, con las consignas del EJÉRCITO DE LIBERACION NACIONAL.

Ni un paso atrás... ¡Liberación o muerte!

Quando hubo terminado de escribir volvió junto al grupo principal de guerrilleros, que se habían reunido alrededor de los que estaban a punto de partir para Los Aljibes. Fabio le pidió que leyera su proclama en voz alta para todos. Así lo hizo. Los hombres lo escucharon, críticamente al principio, con entusiasmo después y, al final, coreando cada frase con estruendosos gritos de guerra y con una salva de largos, atronadores aplausos.

El 7 de enero los periódicos vespertinos de Bogotá aparecían con gruesos titulares rojos que anunciaban la reaparición de Camilo, junto con una foto tan borrosa que era difícil distinguir sus rasgos. Aparecía de pie, en el centro, con barba de varios días, sonriente y con un arma apretada bajo su brazo. Los dos hombres que lo flanqueaban, adoptando posturas truculentas, se suponía, según el periódico, que debían de ser Fabio Vásquez y Víctor Medina.

Un solo periódico publicó el texto íntegro de la proclama. Los otros ofrecían una síntesis en media columna. Voz Proletaria, el semanario del Partido Comunista, imprimió extractos al gusto del partido, omitiendo aquellos pasajes que diferían de su línea ideológica. En suma, se le dio poca publicidad.

Camilo todavía era noticia, pero mucho menos de lo que había sido unos meses atrás. La noticia no produjo gran revuelo ni siquiera en círculos universitarios donde tenía a sus principales aliados. La época posnavideña era un momento soporífero. Las campañas políticas habían sido suspendidas y los estudiantes estaban de vacaciones. No era el momento más oportuno para hacer proclamas.

En los cafés se leían los comentarios de los editoriales. Algunos decían: "Para mí que no se parece a Camilo". Otros, que era una estratagema. Y unos pocos, muy pocos, pensaban que significaba el comienzo de una guerra civil. La mayoría no era de esta opinión. "Camilo no dura mucho ahora —decían—. Pues lo van a matar".



Camilo (segundo a la izquierda) con "Pelé", Pedro Vargas (en el centro). Manuel y Fabio Vásquez están a la derecha (foto inédita).



Camilo (sentado) con Fabio Vásquez (sombrero alón) y guerrilleros campesinos (foto inédita).

Desde donde se hallaba Camilo, en la lejanía de la selva de San Vicente, no era posible calibrar la reacción pública. Y aunque lo hubiera sido, nada lo habría descorazonado en aquel momento, cuando él y los demás guerrilleros se aprestaban para emboscar a un destacamento en una carretera aislada, matar a cuantos soldados pudieran y apoderarse de su equipo. Se había previsto que esta acción se llevara a cabo inmediatamente después de aparecer la proclama.

Una de las últimas noches de diciembre, Fabio se llevó a Camilo aparte para comunicarle una importante decisión que había sido tomada por el Estado Mayor; que Camilo no tomaría parte en la emboscada, que era demasiado pronto para que entrara en combate.

Camilo, molesto, arguyó que él estaba allí para combatir como cualquier soldado normal, y que no aceptaría un trato especial.

Fabio dijo que lo sentía pero que el Estado Mayor había puesto el asunto a votación y había decidido que Camilo era demasiado valioso para arriesgar su vida. Era cuestión de disciplina.

Camilo se enojó más. No había dejado de respetar la autoridad de Fabio, pero esa autoridad ya no le impresionaba como antes. Y en lo que concernía a este punto, se negaba a obedecer.

“Primero me ayudas a vencer mi obsesión con las armas, y ahora que estoy rabiando por ir, quieres que me quede. No tiene sentido. Tú piensas que soy demasiado importante para arriesgarme. Pero allí está. No quiero seguir siendo importante. Quiero ser como los demás”.

Pero aquel era el problema. Camilo no era realmente como los demás. Lo cual explica por qué Fabio quería mantenerlo a salvo de peligros. Pero explica también, paradójicamente, por qué al final lo dejaría hacer lo que quería. Con otro hombre hubiera impuesto su voluntad, pero la insistencia del cura lo desarmó. Finalmente se dio por vencido, invalidó la orden del Estado Mayor y le permitió a Camilo ir con los demás a la emboscada.

Así que, un día a principios de enero, abandonaron el rancho donde habían pasado más de un mes y comenzaron a descender la ladera occidental del cerro de los Andes hacia el valle del Río Fuego. Se encaminaban a su cita con el enemigo.

Capítulo 12

La emboscada

A camparon en un sitio conocido como La Curva del Diablo. Desde sus escondites, dominaban una vuelta de la carretera que unía el pueblo de Yarima con el caserío de La Mugrosa.

Pelotones del ejército recorrían la carretera a intervalos irregulares, y Fabio tenía información acerca de un destacamento que debía llegar a La Mugrosa, procedente de Yarima, en el plazo de veinticuatro horas. La táctica consistía en dejarlos pasar y sorprenderlos a su regreso.

Ocultos entre la maleza, los guerrilleros vieron a los soldados avanzar por el camino de barro rojizo en dirección a La Mugrosa. Serían unos veinte.

“Mañana vuelven —dijo Fabio, y ordenó a los hombres que tomaran posiciones—. Argemiro. Tú, quédate a mi lado”.

Descendieron cautelosamente hasta alcanzar el borde de la carretera, y permanecieron inmóviles hasta el anochecer. Entonces, rápidamente, cada combatiente cayó un hoyo en el que pudiera atrincherarse. Una vez



La foto que se publicó en la prensa con la Proclama de Camilo, enero de 1966.



Fabio Vásquez con la Madsen que se iba a trabar en la emboscada de Patio Cemento (foto inédita).

desplegados, formaban una cadena de cien metros, totalmente invisibles, a dos pasos de la orilla de la carretera.

Camilo hizo trinchera con Fabio y, después de terminar, se sentaron en la barricada de tierra.

—Ponte más cómodo—le aconsejó Fabio— que vamos a estar aquí toda la noche.

Y así fue. La noche más larga para Camilo, la primera vez en su vida que no pudo dormir. Fabio se durmió. Sabía de sobra que, en caso de peligro, el

centinela avisaría. Pero Camilo se pasó la noche estirando las piernas, que se le dormían, matando insectos y esperando el alba y el regreso de la tropa.

Muy de mañana, Fabio se despertó.

— ¿Tienen muchas ganas de pelear? —le preguntó—. No te afanes, que el enemigo ya llega.

Camilo y Fabio se hallaban en el punto más alejado del lugar por donde los patrulleros iban a asomar. Al otro extremo, el guerrillero que sería el primero en verlos tenía órdenes de hacerle una señal a Fabio tan pronto como pasara el primer soldado. De esta manera, Fabio estaría preparado para abrir fuego y, una vez que lo hiciera, todos los demás seguirían. El primer guerrillero debía dar la señal de alerta tirando de una liana que iba desde él hasta Fabio. En caso de emergencia o contraorden, éste devolvería la señal.

Camilo pasó las largas horas de la mañana mirando por un atisbadero entre los árboles. A veces echaba un vistazo al extremo de la cuerda en la mano de Fabio. A través del follaje podían divisar un trecho de carretera y, a cierta distancia, una casa campesina que parecía desierta. No había la menor señal de vida humana, sólo el zumbido de los mosquitos y el monótono chirrido de las cigarras como de una sierra eléctrica.

Estaba observando la choza cuando percibió un movimiento con el rabillo del ojo. La cuerda se había tensado en la mano de Fabio, quien levantaba su metralleta Madsen. Camilo alzó su revólver y volvió a mirar hacia la choza. Alguien se movía dentro. Aparecieron varios soldados, pero no en la carretera sino dirigiéndose a la choza. Un hombre salió y le habló al primero. Luego volvió a entrar. Los soldados lo siguieron. Camilo miró hacia Fabio. Este había bajado su Madsen y estaba tirando de la cuerda, dando orden de suspender la operación. Le indicó a Camilo que se ocultara bien. La emboscada había sido can celada.

Durante más de una hora quedaron agachados en sus escondites. Los soldados iban y venían de la choza a la carretera hasta que unos cuantos formaron una columna y se encaminaron en dirección norte hacia Yarima. Los otros permanecieron junto a la choza. Poco después, éstos también tomaron la carretera. Al verlos pasar por delante, Camilo sintió una gran frustración. Después de una hora en silencio, Fabio dio la orden de retirada.

Aquella noche en el campamento, el comandante guerrillero debió usar mucho tacto para suavizar tensiones y explicar el porqué de su orden. Dijo que, desde el momento en que los soldados cambiaron de rumbo, se volvieron un blanco mucho menos vulnerable. Al estar dispersos, hubiera sido imposible atraparlos a todos dentro de su radio de cien metros.

“Habría sido irresponsable arriesgar las vidas de compañeros revolucionarios. Vamos a atacar sólo cuando el margen de error sea mínimo”.

Durante unas cuantas noches durmieron a la intemperie en las faldas del cerro de los Andes. Madrugaban húmedos, tiritando de frío. De día se desplazaban por los alrededores para hablar con los campesinos y establecer la posición de las patrullas militares.

La tarde del 22 de enero, un mensajero llegó al campamento con un informe de José Ayala y su contingente de Los Aljibes: aquella mañana habían hecho contacto con el enemigo, dando muerte a dos soldados y apoderándose de sus armas y equipo. Ante esta noticia, los guerrilleros se pusieron jubilosos e impacientes por combatir. Fabio les prometió una emboscada en breve.

Casi dos semanas más tarde tomó su decisión. Se había enterado de que el domingo 6 de febrero saldría un pelotón del ejército para efectuar un patrullaje. Partiría de un lugar llamado Dos Bocas, circularía por la región de Río Sucio y La Pitala para regresar, al cabo de una semana, al puesto de avanzada de El Centenario. Tras discutirlo con su Estado Mayor, Fabio convocó una reunión en la que explicó a grandes rasgos la estrategia a seguir. Se apostarían cerca de El Centenario, donde había una zona selvática ideal para una emboscada. Los soldados vendrían de regreso a su base cansados y probablemente poco precavidos. Sería el momento justo para atacar.

Aquella reunión se realizó el 3 de febrero, el día en que Camilo cumplía treinta y siete años. Un mensajero iba a salir para San Vicente, así que Camilo pensó enviar unas palabras a las dos personas que más lo estarían recordando en su cumpleaños. Garabateó de prisa una nota para su madre, y otra para Guitemie. La primera era respuesta a una carta que le había traído el mensajero, escrita por Isabel en Minneapolis, en la que se quejaba por no tener ni idea de dónde estaba, ni de lo que hacía. La carta había tenido un tono cariñoso pero enojado. Camilo contestó con unas cuantas frases evasivas, diciéndole que estaba bien y que no debía preocuparse por él. En su carta a Guitemie era más sincero.

Hace tiempo que no te escribía ya que el peligro que tienen las cartas obliga a no emplearlas sino cuando es inevitable. Me imagino lo intranquila que habrás estado por falta de noticias directas. Sin embargo, la confianza que tengo en tu moral ha impedido que me inquiete demasiado.

El trabajo por aquí va bastante bien, salvo las fallas humanas que son naturales. Es cuestión de método y paciencia. Lo importante es conservar una inquebrantable fe en la victoria final. Aunque no me siento un trabajador calificado, ya estoy adaptado al grupo y al ambiente.

Necesito que me escribas largo sobre ti, sobre las reacciones de la gente, sobre proyectos futuros.

Todavía confiaba en que Guitemie podría unirse a la guerrilla más tarde, cuando las cosas marcharan mejor —quizás después de la emboscada.

Espero que el proceso avance para que tu situación se clarifique. El Maestro nos sigue guiando y acompañando...

Le hubiera gustado escribir más, pero no había tiempo. El correo se marchaba ya.

En el campamento imperaba una actividad febril. Los combatientes secaban cartuchos, alistaban pertrecho, brillaban armas. De éstas, las únicas de cierto calibre eran el Madsen de Fabio y tres buenos fusiles. Por lo demás, se las tenían que arreglar con pistolas, escopetas y carabinas. Joaquín, el joven de gruesos lentes, andaba con un arma viejísima que, después de cada disparo, se cargaba con una baqueta. No obstante, los guerrilleros confiaban en su éxito. Los soldados, es cierto, estarían mejor armados. Pero serían sorprendidos, atrapados, en un sendero angosto. No tendrían tiempo de hacer un disparo antes de que los guerrilleros ya les hubieran causado daños gravísimos.

La operación estaba prevista hasta el mínimo detalle. El primer guerrillero que divisaría a la tropa sería Juanito, el mismo que en cierta ocasión, en Bucaramanga, le había preguntado a Camilo si sería capaz de matar a un hombre. Juanito estaba al frente del grupo de contención,

compuesto por Delio, su sobrino Silverio y un campesino alto y moreno conocido como Abel que había servido un tiempo en el ejército. Estos cuatro llevaban las armas de mayor calibre y tenían la misión de rechazar el fuego enemigo en caso de surgir problemas con los soldados de la retaguardia. Delio estaba especialmente orgulloso de su fusil, un M-1 del ejército que habían capturado en el asalto a Simacota.

Los demás guerrilleros estarían desplegados por el camino, como en La Curva del Diablo, bien ocultos y armados con lo que tuvieran. Fabio se emplazaría con su Madsen al extremo opuesto al grupo de contención. Por razones de seguridad, Camilo estaría de nuevo a su lado.

El viernes 11 de febrero acamparon junto al Río Sucio, a la otra orilla de un lugar conocido como Patio Cemento. No tenían prisa. Según los campesinos, la patrulla se había perdido en la montaña y ya no podía hacer contacto por radio con El Centenario. Esto quería decir que el pelotón se retrasaría y no podría llegar al Patio Cemento sino al día siguiente, sábado, o quizás más tarde. Los guerrilleros tuvieron tiempo para bañarse en el río y preparar una comida de arroz y plátanos fritos. Durmieron unas



En la Escuela Superior de Administración Pública con el coronel Alvaro Valencia Tovar y Ruth Argandoña.

cuantas horas y antes del alba del sábado ya estaban en pie. Guardaron sus mochilas en un lugar seguro y, todavía a oscuras, vadearon la rápida corriente de agua y comenzaron a cavar sus trincheras en la ladera del monte que dominaba el camino. Cuando salió el sol, los treinta y un guerrilleros quedaban escondidos entre la maleza. El sol jaspeaba de luz y sombra las hojas, las plantas y los troncos de los árboles a su alrededor, pero los hombres permanecían invisibles.

A primeras horas de la mañana un burro pasó trotando por el camino, seguido de un campesino que le iba golpeando la grupa con un palo y dando silbidos. Anduvo muy despacio junto al lugar donde Camilo y Fabio se ocultaban. Pareció que los miraba. Camilo contuvo el aliento. Pero el hombre no vio nada extraño. Continuó caminando. El camuflaje era perfecto.

Cuando el hombre se hubo perdido de vista, Fabio le hizo señas a Camilito, el guerrillero adolescente. Éste se acercó y recibió órdenes para que vigilara un punto del camino a unos trescientos metros de distancia. Una vez tuviera noticia de que la patrulla se estaba acercando, Camilito debería salir al paso de cualquier transeúnte y evitar que entrara en la línea de fuego.

Ahora todo estaba listo para la emboscada. Sólo debían esperar. Fabio le advirtió a Camilo que la espera podía ser larga, ya que la información que tenían sobre el paradero de la tropa no era muy exacta. Tenían el mismo sistema de señales que la vez anterior, una larga cuerda que iba de Fabio a Juanito, el encargado del grupo de contención. Éste le haría saber a Fabio tan pronto como los soldados aparecieran. Pero era posible que esto no sucediera hasta el día siguiente, o al otro.

El sol se elevaba a sus espaldas. Camilo sintió cómo le quemaba en el cuello. Cada cierto tiempo echaba un trago de una cantimplora que le alargaba Fabio. Se esforzaba por no mirar el reloj. Esperaba. Trataba de relajarse. Hablaba en susurros con Fabio de cualquier cosa, de nada. Le pegaba el sol de mediodía. Por la tarde lo observó descendiendo lentamente por entre los árboles hasta desaparecer detrás del cerro. El río se puso rojo. Luego violeta azul oscuro. Por fin, negro. Fabio les comunicó que podían levantarse a estirar las piernas, pero sin abandonar sus puestos.

Pasaron la noche en sus trincheras. De vez en cuando uno de los hombres se arrastraba entre los demás repartiendo pan y pedazos de panela. Cuando la luna asomaba entre los árboles, Camilo distinguía los rostros de los compañeros más cercanos —Ramiro, con su gran sombrero de paja calado hasta las cejas, y El Toro limpiando una pistola con el rabo de la camisa. Más allá, Pelé, el zapatero de San Vicente, quien se había unido a ellos en noviembre. Pelé era, además de Camilo, el único fumador de pipa. Con señas se dieron a entender cuánto echaban de menos poder fumar. Impensable encender un fósforo en la noche; resplandecería igual que un faro.

Los otros se desvanecían en la oscuridad. Camilo sabía que Hernando y Víctor estaban por el centro del grupo. Lo mismo Joaquín, con su viejo tabuco. Pero todo lo que acertaba a ver era el oscuro perfil del bosque. De pronto crujieron hojas. ¿El movimiento repentino de un hombre? ¿O la brisa de la

noche? Imposible saberlo. Lo prolongado de la espera fue, poco a poco, relajando su ansiedad. Acabó por quedarse dormido.

El día siguiente lo pasó observando y esperando bajo un sol abrasador. Buscaba la sombra de los altos *guarumos*. Por la pernera de su pantalón trepaban hormigas. Rojos ciempiés cruzaban su mano. Encima de su cabeza volaban saltamontes, avispas, mariposas. Daba manotazos a los mosquitos, *pitus y pringadores*, que eran los más prolíficos. Al caer la noche le picaba todo el cuerpo.

Llegó un enlace con noticias de la tropa. Todavía estaban a mucha distancia, y probablemente no llegarían a Patio Cemento sino al cabo de dos días. Fabio ordenó que dejaran sus puestos y cruzaran el río. La noche estaba nublada, sin luna. Atravesando el agua sigilosamente alcanzaron el campamento para preparar una comida.

Camilo, rascándose, llamó a los demás para que se le acercaran. "A ver si algún hijueputa pringador de éstos les salta encima. ¡Parece que me quedé yo con todos!".

Se echaron a reír y algunos simulaban arrancar pringadores de su camisa. Su alegría se desbordaba tras la tensión de dos días de espera.

Descansaban, con órdenes de ocupar sus puestos de nuevo antes del alba. Era el domingo, y hacia la medianoche el centinela percibió señales de linterna. Algún colaborador de la guerrilla se aproximaba al campamento. Dos figuras emergieron de la oscuridad: un guía, acompañado de un nuevo recluta, Julio César Cortés, viejo amigo de Camilo. Alguien avisó a Camilo, y Hernando también se levantó y fue al encuentro de Julio, quien había sido su compañero en la Facultad de Medicina de la Nacional. Julio traía cartas y noticias de los miembros del Frente Unido. Camilo y Hernando le contaron cosas del monte. Fueron breves. En pocas horas debían levantarse y ponerse en marcha.

A la mañana siguiente, Fabio le dio instrucciones a Julio para que se quedara junto al muchacho Camilito, quien se había comprometido a advertir a cualquier campesino que se metiera en la zona de la emboscada. Todos ocuparon de nuevo sus puestos.

Lo que siguió fue otro largo día en las trincheras, con el cuerpo entumecido y los nervios de punta. Hacia el atardecer tuvieron noticias. El enlace llegó excitado. El pelotón del ejército estaba acampado a la altura de la casa de la familia Parada, a tan sólo una hora de camino. Patio Cemento, donde se hallaban los guerrilleros, quedaba a mitad de camino entre la casa de los Parada y el cuartel de El Centenario. Las tropas, por consiguiente, pasarían por allí, sin ninguna duda, a la mañana siguiente.

Amaneció encapotado. A eso de las once y media se abrió un claro en el cielo. En el mismo instante llegó el enlace para hacerles saber que la columna de soldados planeaba salir a las nueve. Había acertado oír al comandante hablando a la tropa.

Lo que sin embargo no había llegado a oír fue la conversación del oficial con Belarmino Rojas, un campesino que pasó por allí de mera casualidad en

busca de un burro. Rojas no era un colaborador de los guerrilleros. No tenía nada que ver con ellos. Pero su forma servil de pedir permiso antes de pasar levantó las sospechas del subteniente que estaba al mando de la tropa. Los guerrilleros ignoraban esto. No sabían que, como medida de seguridad, los soldados marcharían en tres escuadras separadas. Por el contrario, se imaginaban que vendrían en filas cerradas para poder rechazar un posible ataque.

Para Camilo, la hora que siguió fue tan larga como los tres días precedentes. Volvió a limpiar su revólver. Se cruzó una mirada con Fabio. No se decía ni una palabra. Silencio, Camilo quitó el sudor de la frente con el dorso de la mano y buscó una posición más cómoda. Temía que le diera un calambre. Quería estar listo para saltar a la mínima señal. Sintió el escozor de un corte bajo el vendaje, de su pierna derecha que se había lastimado contra un árbol el domingo por la noche. Se agachó para tensar el vendaje y se incorporó de nuevo. Fabio estaba totalmente inmóvil. Camilo echó una rápida ojeada al reloj. Eran casi las nueve y media.

Media hora más tarde, por encima de la maleza, Juanito divisó las cabezas de dos soldados. Tiró de la cuerda. Unos segundos después, cuando el primer soldado había avanzado a su altura, la tiró de nuevo. Así Fabio supo la posición exacta del soldado y aprestó su Madsen.

Juanito se dio cuenta de que el primer soldado iba a considerable distancia del que lo seguía. Tan sólo dos soldados estaban a la vista. Los otros quedaban muy atrás. Juanito sintió un escalofrío. Contó los segundos entre cada soldado. Doce, trece, catorce. El cuarto demoró todavía más tiempo en llegar. Rápidamente Juanito hizo un cálculo. Cuando Fabio abriera fuego, no más de un tercio del pelotón estaría dentro del área de la emboscada.

Fabio ignoraba esto. Al segundo tirón de la cuerda se puso en pie, oculto de los soldados por un grueso tronco de árbol. Camilo se agazapó a su lado. Las cabezas de los dos primeros soldados aparecieron a la vista. Luego el tercero. Era el comandante del pelotón; se veía por el uniforme. Se detuvo de pronto y parecía escudriñar el bosque con la mirada. Parecía increíble que no los viera. Un soldado se le acercó. El oficial pareció darle una orden y luego continuó su marcha hacia aquel tronco.

Fabio dio un salto adelante y, plantándose en medio del camino frente a los soldados, con su Madsen a la altura de la cadera, yació el cargador sobre sus rostros. Produjo un estruendo horroroso. Los otros comenzaron a disparar. Camilo alzó su revólver, lo sujetó firmemente y disparó los siete tiros en la dirección de los soldados.

De repente Fabio le hizo tumbarse al suelo. Durante un minuto hubo silencio absoluto. La selva parecía vacía. Camilo miró entre las matas. A unos pasos vio su trofeo, el fusil de un soldado caído. Sin vacilar, se lanzó para cogerlo.

Sonó un disparo. Camilo sintió chamuscarse su hombro izquierdo. Se lo agarró, cayendo de bruces.

— ¿Qué te pasa?

Era Fabio.

—No es nada.

— ¡Échate pa'atrás!

Se puso de rodillas y comenzó a arrastrarse hacia los árboles. Se mareaba. Por delante, hacia el río, percibió sombras que se movían. De pronto surgió un bulto. Un soldado. Que le apuntaba con su arma. E hizo fuego. Una terrible quemadura le abrazó el cuerpo. Cayó. Oyó gritos, tiros. Intentó moverse, pero no pudo. El calor estaba invadiendo su mente. Quería moverse, pero sus músculos no eran capaces. No respondían.

—¡Argemiro! ¡Argemiro!

Alguien lo estaba llamando. Fue lo último que oyó.

Al lado de Fabio apareció el muchacho Camilito.

— ¿Qué pasa?

—Es Argemiro.

El muchacho vio a Camilo caído. Se puso de rodillas y salió gateando a rescatarlo.

Fabio ya sabía de dónde vinieron los disparos.

—Cuidado —le gritó a Camilito—. ¡Hay alguno escondido allí abajo!

Camilito no hizo caso. Estaba inclinado sobre Camilo, resuelto a jalarlo hasta el refugio de los árboles. Fabio sintió otra ráfaga. Una hilera de humo se levantó cerca del río y Camilito se desplomó. Fabio apuntó su Madsen hacia el lugar de donde salía el humo. Apretó el gatillo, pero no pasó nada. Su arma se le había atascado.

Ramiro, cerca de Fabio, había visto caer a Camilito encima de Camilo. Se lanzó a ayudarlos. Balas invisibles le alcanzaron en el rostro. Cayó dando traspiés.

Fabio echó una granada de mano a El Toro.

—Tírala al lugar del humo —rugió desesperadamente—. ¡Tírala, hijueputa, ya!

Cuarenta metros más adelante, Joaquín había vaciado su trabuco contra un soldado que se aproximaba. Sin molestarse en recargarlo, y ajeno a lo que le había ocurrido a Camilo, saltó hasta el soldado y comenzó a despojarlo de su equipo.

—Alcánceme una cuchilla —le gritó a Libardo, el guerrillero más próximo.

Libardo le pasó un machete, y Joaquín se puso a horcajadas sobre el soldado aparentemente muerto y comenzó a cortar los cordones de sus botas. De repente, Libardo oyó un disparo, vio volar los lentes de Joaquín y la sangre brotándole a chorros de la cara.

El grupo de contención sufría el violento impacto de la tropa que se había mantenido fuera del tiroteo inicial. Los soldados trepaban hacia Juanito y los otros. Delio disparó su M-1. Los soldados tenían armas de igual calibre y dispararon frenéticamente. Una bala alcanzó a Delio en el pecho, abriéndoselo en canal. Ya Juanito se retiraba. Tropezó con el cuerpo de Abel que sangraba de un costado. Con Silverio, trató de arrastrarlo a un lugar seguro. Abel lanzó un gemido y perdió el sentido. Lo dejaron, sin vida, y corrieron a ponerse a cubierto.

Corrían todos de la furia de las armas. Algunos se abrieron paso por el terraplén. Otros cruzaron el río hacia el campamento.

El monte quedó súbitamente en silencio. A un extremo del lugar de la emboscada yacían Abel y Delio entre los árboles. Joaquín estaba tendido en medio del camino con la cabeza destrozada. Ramiro caído en el lodo y, a su lado, en un amasijo de sangre y huesos, el cadáver de Camilito, retorcido sobre un costado. Debajo de él, cara al suelo, yacía Camilo. Su vida se escapaba como los sesos de Joaquín. En cuestión de segundos estaría muerto.

Capítulo 13

El holocausto

La primera persona que identificó el cadáver de Camilo fue el coronel Valencia Tovar. Sentado a su escritorio en el cuartel general de la Quinta Brigada de Bucaramanga, se enteró de la emboscada mediante un mensaje de radio; desde Barranca le informaron que había varios guerrilleros muertos y que uno era diferente de los otros —más grande y más “blanco”.

El coronel ordenó que un helicóptero lo transportara de inmediato al puesto militar cerca de El Centenario, pero se le contestó que las condiciones climáticas no permitían un aterrizaje; imperaba una espesa neblina en la zona montañosa. Así que, después de dar órdenes a un subalterno para que se mantuviera en contacto con Barranca, el coronel pasó la tarde en su despacho esperando, ansioso, la llegada de más noticias.

A las seis lo llamaron por teléfono desde una base militar en el pueblo de El Carmen. Hablaba el sargento Castro. Éste explicó que había asumido el control de la operación después de que el comandante del pelotón, el subteniente González, quedara incapacitado, y que había llevado a muertos y heridos hasta El Carmen. Pedía que un helicóptero fuera enviado cuanto antes para sacarlos del lugar.

El coronel averiguó por el guerrillero muerto, aquel que era distinto de los demás.

— ¿Hay señales de identificación? ¿Algún documento?

—Sí, mi coronel. Cargaba documentos. Pero la mayoría en lenguas extranjeras.



El cadaver de Camilo: la imagen de Jesús crucificado.



La foto oficial
publicada en la prensa.

El coronel sabía que Camilo conversaba en francés, alemán e inglés.

— ¿Y qué más?

—Poca cosa, mi coronel. Únicamente una pipa.

Al coronel le vino a la mente el recuerdo del joven sacerdote tal como lo había visto la última vez en su despacho de la Escuela de Administración Pública. Retenía la imagen de Camilo con el hornillo de la pipa anidado en la palma de su mano y, quién sabe por qué, un detalle le quedaba grabado.

— ¿Tiene un anillo de plata —un anillo bastante ancho— a la mitad del cañón?

—A ver... Sí, mi coronel, tiene un anillo plateado. Y efectivamente es bastante ancho.

— ¡Qué me manden esas cosas! —ordenó el coronel— ¡En seguida!

A las pocas horas la pipa descansaba en su mano. Parecía familiar. La puso aparte y tendió sobre su escritorio los papeles sacados de entre los bolsillos del muerto. Estaba la carta de Isabel con matasellos de Minneapolis y una posdata de Fernando. Otra carta, en inglés, escrita por algún reportero de *Time-Life* pidiendo una entrevista con el sacerdote-guerrillero. También había una hoja arrugada, húmeda, escrita a máquina por ambos lados, mitad español, mitad francés. Le faltaba la firma, pero el coronel, al primer vistazo, cayó en la cuenta que su autor era Gitemie. Después de rastrear el país buscándola, la inteligencia militar había llegado a la conclusión de que Gitemie se había integrado a la guerrilla. De modo que el coronel leyó su carta cuidadosamente, esperando encontrar alguna pista.

Cuando terminó de leer, llamó a Bogotá para informarle al ministro de Guerra que aparentemente habían matado a Camilo Torres. Lo confirmaría, dijo, tan pronto pudiera.

Al otro día voló a El Carmen, donde fue conducido a un patio detrás del cuartel. Varios detectives se inclinaban sobre los cadáveres tendidos en el piso de cemento, tomando las huellas dactilares. Y un médico terminaba de hacer la autopsia. Abrieron paso al oficial. Valencia Tovar sintió náusea al ver los cadáveres magullados, uno con los cesos derramándose por el suelo, y otro, el que buscaba, con los brazos en cruz y el rostro, medio barbudo, caído sobre el pecho.

Sin demorar, regresó a Bucaramanga y telefoneó de nuevo al ministro para decirle que ya no existía duda alguna sobre la identidad del guerrillero.

El ministro le dio instrucciones de no permitir que ningún reportero penetrara en la zona donde se encontraban los despojos, y de mantener como secreto militar cualquier información acerca del lugar de su sepultura. El coronel no debía hacer ninguna declaración, dijo, pero podría preparar un comunicado oficial que se publicaría en el momento oportuno.

Fabio Vásquez también pensaba en el comunicado que sería preciso publicar. A veinticuatro horas de la emboscada, se reunió con los demás sobrevivientes en un lugar convenido y exhortó a sus hombres para que no se

descorazonaran. Más no era fácil. Se hundían todos en un silencio penoso, acusador. Y el propio Fabio, abrumado por la tragedia, difícilmente encontraría palabras cuando llegaba la hora de redactar una declaración pública.

Pero eso sería para más tarde. Por el momento tenía que pensar en la seguridad inmediata de los guerrilleros. Se retirarían de la zona, para evitar un encuentro con patrullas del ejército, y se volverían a reunir a los pocos días en un sitio a orillas del río Opón.

En aquella segunda reunión cada uno rindió su informe particular sobre la acción de Patio Cemento. Juanito relató lo del grupo de contención y la heroica defensa que hizo Delio, describiendo la caída de éste y de su compañero Abel. Mientras hablaba Juanito, algunos lloraban sin recato, ya que, hasta aquel momento, muchos no sabían quiénes habían muerto en el combate. El informe de cada cual suplía algún detalle desconocido por los demás, y para aquellos que no habían estado cerca de Camilo en la emboscada, y por tanto ignoraban la manera de su muerte, Fabio describió su salto para coger el fusil, y el esfuerzo por salvarlo que hizo Camilito, lo mismo que Ramiro. Contó lo de la trabada de su Madsen, y cómo le había pasado la granada a El Toro, quien, por razones desconocidas, no la había empleado. Las razones permanecerían siempre desconocidas, pues El Toro no volvió a aparecer. Evidentemente había desertado.

Después que cada combatiente hubiera contado su recuerdo de la acción, Fabio les ayudó a hacer una crítica positiva. Señaló que Patio Cemento había sido su primer revés. De las acciones anteriores —Simacota, Papayal, Cruz de Mayo, Los Aljibes— todas, sin excepción, habían sido un éxito. Como consecuencia, los guerrilleros habían confiado demasiado en su capacidad, al punto de preparar la emboscada a base de información errónea e insuficiente. Se habían equivocado al colocarse por encima del lugar en donde se encontraba el enemigo, pues constaba que, dadas las condiciones selváticas, un hombre escondido en las sombras les llevaba ventaja a los que se situaban más arriba, que quedaban resaltados, inevitablemente, por los rayos del sol. Eran lecciones que estaban aprendiendo a un costo muy grande. Seguirían en la lucha, insistió Fabio, por la causa de Camilo y de todos sus compañeros caídos. Y para los miles de colombianos que habían puesto su fe en Camilo, sacarían una declaración para mostrar que el ELN estaba lejos de ser vencido.

El comunicado del coronel Valencia Tovar se publicó a sólo dos días de la emboscada, ya que la noticia de la muerte de Camilo se iba conociendo, a pesar de los esfuerzos que hacían las autoridades por callarla. Un reportero que llegó a El Carmen y tomó fotos fue arrestado y su rollo de película confiscado. Pero aún así, los rumores sobre Patio Cemento llegaban a Bogotá.

El jueves 17 de febrero, luego de declaraciones ambiguas por parte de la Oficina de Prensa de la Curia Metropolitana, un reportero se precipitó en la Cancillería y logró entrevistarse, no con el cardenal, quien permaneció inalcanzable, sino con su vocero, el obispo coadjutor.

—Monseñor, ¿es cierta la noticia de que fue muerto el exclérigo Camilo Torres Restrepo?

El obispo era evasivo.

—Esa misma noticia la estoy oyendo desde las once de la mañana de hoy.

El reportero se enojó.

—Monseñor, ¿es verdad que usted habló con el señor ministro de la Defensa?

—Sí, es verdad.

— él le informó de la muerte de Camilo Torres?

—Sí.

—Entonces, ¿es cierto que Camilo Torres murió?

—Efectivamente.

Aquella misma tarde la declaración del coronel se comunicó a la prensa. Consistió en un resumido relato de la emboscada, afirmando que “entre las armas recuperadas se halla un fusil modelo M-1, calibre 30, que portaba uno de los soldados que pereció a manos de los bandoleros en el asalto a Simacota, el 7 de enero de 1965. Dicho fusil, distinguido con los números 508855 fue hallado en manos de quien posteriormente se identificó como Camilo Torres Restrepo, con señales técnicamente comprobadas de haber sido disparado momentos antes de su captura”.

Esto último fue invento del propio coronel. Creía quizás que le daría al comunicado un elemento más convincente, ya que muchas personas tomarían la muerte de Camilo como un hecho totalmente inaceptable. El coronel era un novelista aficionado; para él, la ficción sonaba a veces más verosímil que la realidad. Esta minuciosa descripción de un fusil en manos de Camilo podría darle, tal vez, un toque de realismo a una narración demasiado seca. En todo caso, hubiera resultado absurdo pintar al sacerdote revolucionario afrontando a una patrulla del ejército con un pequeño Colt, calibre 38, que era, en efecto, la única arma que el sargento Castro había encontrado a su lado.

Los vespertinos de la capital dedicaron sus primeras páginas a la noticia, con titulares rojos de ocho pulgadas, y la gente, callada, se detenía para leerlos en las calles. Uno de los periódicos sacó dos ediciones extras que se vendieron en el espacio de una hora.

Estallaron pequeñas manifestaciones, y algunos estudiantes quemaron coches y pintaron “Te vengaremos, Camilo” en los muros de la Universidad Nacional. La policía militar los aprehendió y los guardó en sus calabozos.

El presidente Valencia hizo una declaración para la prensa:

“Encuentro completamente normal lo que ha ocurrido; Camilo Torres prefirió morir matando que vivir sirviendo a sus conciudadanos”.

También un distinguido prelado se pronunció: “Es de pensar que, por las muchas dificultades que tuvo en su vida de hogar y en su vida social, el señor Camilo Torres haya llegado a experimentar un desequilibrio mental que lo

condujo al fracaso, pero que esperamos que nuestro Señor, en su infinita bondad, le haya perdonado sus errores y por su misericordia salve su alma”.

Al escuchar estos comentarios por la radio o leerlos en la prensa, muchos sintieron rencor, algunos hasta desesperación. No solamente aquellos que habían conocido a Camilo personalmente, sino también muchos que únicamente habían escuchado sus discursos, vertieron lágrimas, como hubieran hecho por un miembro de su propia familia. Otros se negaban simplemente a creer que estaba muerto.

El viernes, como si fuera para disipar las dudas, uno de los periódicos sacó una foto grande de su cadáver —la única que se dio a conocer. Yacía boca arriba en una camarilla, los ojos todavía abiertos, la camisa de dril doblada para descubrir el torso desnudo, y perforando el costado izquierdo, el pequeño agujero mortal que había dejado la bala.

La declaración del ELN se publicó unas semanas más tarde en Insurrección, el boletín semiclandestino de la guerrilla.

La muerte de nuestro compañero Camilo Torres, que ocurrió en combate contra las fuerzas punitivas de la oligarquía el pasado febrero, fue recibida con hondo y sincero dolor por el pueblo colombiano. Los campesinos guerrilleros lloraron esta pérdida irremediable y han jurado vengar con su lucha la muerte de su compañero de armas. Los obreros han elevado su protesta, a veces muda y silenciosa, pero reafirmada con la fe en el porvenir de la lucha en la cual cayó Camilo. Los estudiantes, no sólo de Colombia sino de muchos países de América, han manifestado su solidaridad pública con los planteamientos y con las acciones de quien fue su guía y compañero entrañable.

La revolución no es una línea recta, sino, por el contrario, un tortuoso camino lleno de zig-zags, de recodos traicioneros, de obstáculos sin fin



Isabel: " a sus casi setenta años, elegantemente vestida de negro " (foto: Hernán Díaz).

que hay que sortear día tras día. Todas las revoluciones han atravesado duras etapas, crisis, retrocesos, pero a la larga van conquistando victoria tras victoria, hasta lograr la meta final del poder para el pueblo.

La muerte de los dirigentes que, con su ejemplo, van indicando a las masas, al pueblo, el camino a seguir, es, sin lugar a dudas, y torpe sería negarlo, un traspies en la lucha, y muchas veces constituye un serio traspies. Pero el mismo hecho de que han caído en la lucha, a la vanguardia de los guerrilleros, dando un luminoso ejemplo, indica que sí es posible la lucha, porque a pesar de su muerte siguen avantes las guerrillas y la lucha armada se va extendiendo lenta pero firmemente.

Quienes piensan que la lucha armada ha terminado sin gloria, quienes piensan que el Ejército de Liberación Nacional ha sido liquidado, sufrirán con el tiempo un tremendo desengaño. Los oportunistas que tratan de sacar partido de la muerte de un dirigente de la lucha armada, tendrán que esconderse vergonzosamente. Porque los hechos demostrarán que la muerte de los dirigentes como Camilo, no acaba la fe en la liberación del pueblo, sino que la alimenta y la llena de más esperanza.

Así, efectivamente, los hechos lo han demostrado. Ocho años más tarde, cuando ya no figuraba la mayoría de aquellos que alguna vez habían sido "camilistas", Fabio Vásquez y los hombres del ELN seguían librando la guerra de liberación. Muchos habían caído en el campo de batalla; varios habían desertado; algunos inclusive habían transado con el enemigo, y las filas guerrilleras fueron diezmadas una y otra vez por las repetidas embestidas del ejército. Pero sobrevivían. Más aún, aumentaban. Ya para 1972 controlaban extensas zonas rurales, no sola mente en Santander, sino también en el departamento de Antioquia. La terrible ofensiva lanzada contra ellos por la Cuarta y Quinta Brigadas entre septiembre y noviembre de 1973 —una operación militar comparable con el bombardeo de Marquetalia en 1964— dejó al ELN muy reducido. Pero los campesinos guerrilleros no descansaban. Como ya habían afirmado, "la muerte de Camilo es un acicate para continuar la lucha por la liberación de Colombia, por la que él entregó su vida".